

Álvaro de Laiglesia

A photograph of a person's legs wearing patterned stockings, lying on a bed with a white sheet. The stockings have a repeating geometric pattern. The person is lying on their side, and the white sheet is partially covering their body. The background is a warm, brownish-orange color, possibly a wall or a headboard.

Morir
con las medias puestas

Lectulandia

Mapi, la famosa heroína de las mejores páginas de Álvaro de Laiglesia, había sentado la cabeza y renunciado a su ajetreada existencia al casarse con Chus Elorrieta, propietario de una tienda de comestibles de Tolosa; durante unos años fue una esposa fiel, pero la responsabilidad de su vida se vino abajo cuando su marido murió de un tiro fortuito en el curso de una manifestación; la viuda Elorrieta, ex Mapi, descubre entonces que Chus era un activo colaborador de la M.A.T.A., organización terrorista muchísimo más radical que la E.T.A., comprueba también que los amigos de su difunto esposo lo sabían y que ponen precio a su silencio, y por fin Mapi vende la tienda, se va del País Vasco e inicia una nueva serie de pintorescas y regocijantes aventuras que tienen como telón de fondo la España de hoy, tan distinta de la que fue escenario de sus antiguas peripecias. El humor de Álvaro de Laiglesia vuelve así por sus fueros con el más célebre de sus personajes, situado ahora en el marco de la más rigurosa actualidad.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

Morir con las medias puestas

ePub r1.0

jandepora 25.03.14

Álvaro de Laiglesia, 1980

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*«Aquellos polvos trajeron estos lodos...»
«Polvo eres y en polvo te convertirás...»
«Estoy hecho polvo...»
¡Está visto que los hombres sólo piensan en eso!*

M_AP_I

PEDAZO 1

HE OBSERVADO que los tiros al aire son inofensivos, siempre que a ningún estúpido se le ocurra asomarse a un balcón. He observado también que en ese caso hay muchas probabilidades de que los tiros al aire puedan sacudirle en el coco al estúpido imprudente, dejándole lo que se dice como un pajarito.

Eso mismo le ocurrió a mi marido aquella tarde nefasta: que se interpuso en la trayectoria de un tiro que iba dirigido al aire, y la bala se le detuvo en el interior del cráneo porque ya no llevaba fuerza para perforar un orificio de salida.

—Es una imprudencia que te asomes, Chus —le había advertido yo cuando le vi abrir el balcón para asomarse.

—Pero si es una manifestación pacífica, mujer —insistió él.

—Todas lo son al principio, cuando están frías y recién formadas. Pero a ésta le sucederá lo mismo que a todas —pronostiqué—: que a medida que se vaya moviendo, se irá calentando. Y será pacífica hasta que llegue a ponerse en contacto con los guardias. Cuando se produzca esa fricción, saltarán chispas.

Y mi pronóstico se cumplió, porque una tiene un ojo bárbaro para pronosticar: en cuanto los manifestantes llegaron junto al cordón policial, o sea a juntarse con la fila de guardias formada en la plazuela que queda muy cerca de nuestra casa, se produjeron algunos gritos y porrazos. Como siempre en estos casos, nunca se supo si los porrazos motivaron los gritos, o fueron los gritos los que desencadenaron los porrazos. El caso es que los manifestantes gritaban mientras los guardias golpeaban negándose a retroceder, manteniéndose firmes a pesar de las presiones y empujones que partían de la manifestación.

Imagino que en este tira y afloja, para no ceder terreno, sacaron sus armas y efectuaron unos disparos al aire de los que llaman «de intimidación», por llamarles de alguna manera. Con la mala pata de que dispararon justamente cuando mi marido acababa de asomarse a fisgar donde nadie le llamaba.

—¡Chus, amor! —le llamé al oír los disparos—. ¡Entra ya! ¿Me oyes?

Pero él no entró ni podía oírme tampoco, por el motivo siguiente: el balazo le dejó asomado al balcón, caído sobre la balaustrada, con los brazos colgándole por fuera y como si se hubiese inclinado para ver mejor la calle. Y con esa inmovilidad absoluta que sólo da la muerte.

—¡Chus! —insistí—. ¿Quieres entrar de una puñetera vez?

Claro está que el hombre quería, pero el pobrecito no podía. Y como yo no lo sabía, salí al balcón para obligarle a entrar.

Sólo entonces me percaté de lo que había sucedido. Y al percatarme lancé unos gritos tan desgarradores, que mismamente parecían aullidos. Tan fuerte aullé que la muchedumbre formada por guardias y manifestantes, enmudeció. Fue un silencio

brusco, como si presenciando una película de acción, en plena batalla de indios y vaqueros, se cortara de pronto el sonido.

Cientos de rostros se volvieron hacia mi balcón en el tercer piso de la casa, mientras yo seguía aullando y llorando al mismo tiempo en confuso revoltijo de dolor y terror. La inmovilidad de Chus, subrayada por un chorrillo de sangre que le manaba de la barbilla por donde le había entrado la bala que le dejó patitieso, hacía innecesaria la explicación de la escena. Saltaba a la vista, y también al oído con mis gritos, lo que había sucedido. Y como mi balcón se veía perfectamente desde todos los ángulos de la calle, e incluso de la plazuela próxima, todo el mundo se dio cuenta de que mi marido, Jesús Elorrieta, acababa de morir.

La manifestación que había empezado siendo pacífica, como todas las manifestaciones, comenzó a encrespase, pues los hombres vienen a ser lo mismo que los tiburones: se excitan en cuanto huelen la sangre. O en cuanto la ven, como en este caso, pues el chorrillo que brotaba de mi marido iba dejando un pequeño charco en las blancas losas de la acera, al pie del balcón.

—¡Asesinos! —empezaron a gritar los manifestantes primero esporádicamente, o sea por aquí y por allá, y luego cada vez más al unísono, como muchedumbre futbolera que une sus voces formando un coro para insultar al árbitro—: ¡A... s... e... s... i... n... o... s...!

Los policías, conscientes de que aquel muerto era obra suya aunque fortuita, no se atrevieron a efectuar nuevos disparos al aire por si a algún otro imbécil se le ocurría la imprudencia de asomarse a otro balcón. Y aguantaron los insultos a pie firme, limitándose a repartir algunos porrazos entre los manifestantes que les pillaban más cerca.

Mientras tanto el oficial que mandaba la compañía, un capitán tan jovencito que parecía un alférez, subió corriendo las escaleras hasta el tercer piso y se puso a aporrear la puerta de mi casa.

—¡Abran, por favor!... ¡Policía!... ¡Abran la puerta!... ¡Por favor!...

Como yo estaba en el balcón paralizada por el espanto, inmóvil junto a mi pobre Chus que estaba más inmóvil todavía, tardé algún tiempo en oír los golpes y las súplicas del oficial. Cuando por fin le abrí, las cosas en la calle se iban poniendo cada vez más feas. Como nubarrones cargados de electricidad, así se iba espesando la multitud. Y crecía la tensión hasta el punto de que la tormenta se adivinaba a punto de estallar.

—Usted perdone, señora —se excusó el capitán al entrar—. ¿Ha sido en este piso donde mis hombres han herido a un inquilino?

—¿Cómo herido? —me indigné—. ¡Lo han matado y bien matado! Y no era un inquilino como usted dice, sino mi marido.

—Quizá no haya muerto aún —aventuró el oficial deseando consolarme por todos

los medios a su alcance, y por otros que desgraciadamente ya no podía alcanzar—. Puede que sufra una hemorragia producida por el choque con una bala de goma...

—Si acaso de goma-dos —le interrumpí—, porque casi le vuelan la cabeza. Salga usted al balcón a comprobarlo.

Llegaba hasta nosotros, desde la calle, el estallido de la tormenta con el coro de voces broncas que sonaban como un trueno, o sea mucho.

—¡Asesinos!... ¡Asesinos!...

—No me parece oportuno salir ahora —opinó el capitán, que a consecuencia sin duda de haber subido las escaleras corriendo, se había puesto muy pálido—. Además, si fuera verdad lo que usted dice de que el herido ha pasado a la categoría de difunto, no conviene que salga nadie a tocar nada. Hay que esperar a que venga el juez, a levantar el cadáver.

—Supongo que si saliera usted ahora al balcón —gruñí rencorosa—, serían dos los cadáveres que el juez tendría que levantar.

—Comprendo lo que usted siente en estos momentos —me disculpó él con generosidad—, ya que debe de ser sumamente fastidioso quedarse viuda tan de repente y por una balita de nada. En resumidas cuentas, por una bobada. Porque me imagino que su marido se asomaría por pura curiosidad.

—Pues sí —le expliqué—. Oímos el rumor de la manifestación que se iba concentrando en la plazuela cercana. Y como ya sabe usted que aquí en Tolosa nunca ocurre nada...

—Bueno; eso de que nunca, vamos a dejarlo —rechazó el capitán—. Porque últimamente el País Vasco está de lo más animado.

—Pero Tolosa, concretamente, no —insistí—. Por eso, en cuanto hay un enfrentamiento entre fuerzas del orden y fuerzas del desorden, nadie se lo quiere perder.

—Y así pasa lo que pasa —suspiró el oficial—: su marido por fisgar y nosotros por hacer ruido, provocamos un muerto tontorrón que a nadie beneficia.

—A ustedes, desde luego que no.

Y al decir esto hice un movimiento con la cabeza en dirección a la calle, donde la tormenta ya se había generalizado y el trueno que gritaba «¡asesinos!» alcanzaba su máxima potencia.

—Ya estamos acostumbrados —volvió a suspirar el capitán mientras sudaba con una intensidad que desmentía sus palabras—. Suponiendo que pueda uno acostumbrarse a este ingratisimo trabajo. Nuestra estúpida misión es disolver manifestaciones que podrían celebrarse perfectamente sin que nadie las disolviese, y enfrentarnos con grupos que nada nos han hecho y que nada nos harían si no nos enfrentáramos con ellos. ¿Querrá usted creer, señora, que las órdenes que hoy teníamos no eran más que éstas?: «Que los manifestantes no pasen de la Plazuela del

Pelotari».

—¿Por qué no? —pregunté sorprendida.

—Eso nadie lo sabe. ¿Simple cabezonería del que manda? ¿Necesidad de poner un freno a los manifestantes para que no crean que todas las calles son suyas y pueden recorrerlas cuando se les antoje? ¡Vaya usted a saber! Para mí es un misterio.

Mientras el juez llegaba y Chus se desangraba en el balcón, el capitán y yo estuvimos un rato de palique. Sé que puede parecer raro, e incluso cruel por nuestra parte, pero fue como si dijéramos una reacción de autodefensa frente a la tensa y dramática situación que estábamos viviendo. Charlando en tono natural y fluido, tratábamos de desdramatizar todo el horror que nos rodeaba: o sea el personal rugiendo en la calle, mi Chus muerto en el balcón y caído sobre la balaustrada... El palique intrascendente nos alejaba de la trascendencia de los acontecimientos que nos había tocado vivir. (Mi vieja amiga Nati, a la que dejé de ver mucho antes de mi matrimonio, estaría orgullosa de lo bien que explico las cosas).

—Otro aspecto de la cuestión que no entiendo —continuó con la charleta el capitán—, es el odio que nos tiene un sector del pueblo vasco. Desea a toda costa que nos marchemos, para sustituirnos por una policía nombrada aquí. Esta gente tiene una idea muy curiosa del orden público. Cree por lo visto que en cuanto las fuerzas del orden público dejen de estar formadas por forasteros de otras provincias, y las formen agentes reclutados en las Vascongadas, todo el mundo podrá hacer lo que le salga de las narices. Si yo por ejemplo me llamara Iñiqui Gorostiza y hubiese nacido aquí, ¿no tendría que aplicar la ley con el mismo rigor que llamándome Manolete Heredia y siendo andaluz de nacimiento? ¿No es absurdo pensar que la justicia será más tolerante cuando hable en vascuence?

Yo, la verdad, no sabía qué responder a estas preguntas que angustiaban al oficial, pero me daba cuenta de que tenían mucha miga.

A medida que caía la tarde, las sombras del atardecer iban envolviendo el balcón de mi casa y haciéndolo menos visible desde la calle. Con lo cual los ánimos de la multitud se iban calmando, pues ya se sabe que ojos que no ven, corazón que no siente. Y como a medida que se iba haciendo de noche al interfecto se le veía cada vez menos, los ánimos acabaron por serenarse completamente.

El pueblo en el fondo es muy inconstante, y pierde el interés por todos los espectáculos que duran demasiado. Esta fue otra de las observaciones que hice a lo largo de aquella tarde nefasta.

La manifestación se disolvió porque era la hora del cine, y en la sala mejor de Tolosa echaban la enésima película de esa serie interminable llamada *Emanuela*. Y ya que el personal había dedicado un par de horas a la violencia callejera, era justo y equilibrado que dedicara otro par al erotismo cinematográfico. La España de entonces, al fin y al cabo, vibraba únicamente con estos dos estímulos: el sexo y la

violencia.

PEDAZO 2

EL JUEZ llegó bastante tarde porque yo, que soy muy malpensada, sospecho que también fue a ver *Emanuela*. Los jueces, al fin y al cabo, también son de carne de cañón. Y en cuanto certificó que el cadáver estaba muerto, cosa que ya sabíamos y que si a eso vino pudo ahorrarse el viaje, pudimos sacar a Chus del balcón donde estaba pillando un *rigor mortis* de aúpa.

Con ayuda de las vecinas, que en las pequeñas ciudades provincianas suelen ser muy morbosillas, organicé la capilla ardiente. Y no es por presumir, pero la verdad es que me quedó monísima. ¡Un sol de capilla ardiente! Porque cuando se tiene buen gusto, todo luce horrores. Y sin gastar un dineral, que es lo principal. Porque en eso se nota a la buena ama de casa: en que a todo le saca partido sin salirse de un presupuesto muy económico y sin despilfarrar.

Por si a alguna lectora de estos papeles puede serle útil, no tengo inconveniente en dar aquí mi receta para organizar una soberbia capilla ardiente.

Cójase una habitación amplia, a ser posible un comedor, y ciérrense las cortinas para lograr una atmósfera de penumbra y recogimiento. Búsquense después en los armarios las telas más lúgubres, procedentes de todos los lutos familiares, y cósanse juntas hasta formar una gran pieza que servirá para cubrir el túmulo.

Porque el túmulo, queridas amigas, es el elemento fundamental de toda capilla ardiente. Y vosotras me preguntaréis:

—¿Es difícil de preparar el túmulo?

Y yo os contesto:

—Pues no. El túmulo se prepara en un periquete apilando los libros que leía el difunto, y que ya no leerá nunca más.

Hecho el túmulo y cubierto con la gran tela lúgubre que hemos cosido previamente, colocamos sobre él al finado metido en su *cajita*. O sea, como quien dice, embalado para emprender su último viaje.

Como la caja ha de estar destapada, para que se vea al finado de cuerpo presente mientras recibe visitas de condolencia y se le rezan responsos, conviene acicalarle para que cause buena impresión. Para el acicalamiento de un muerto corriente y moliente, basta en general un poco del maquillaje que usa la viuda y que ella misma puede aplicarle con un poco de habilidad: unos toquecitos de colorete para dar un poco de vida a las mejillas cadavéricas, una pincelada de rímel para sombrear las cuencas cárdenas y las pestañas hirsutas, una pizca de carmín para reavivar los labios cianóticos... Hasta la viuda más inexperta es capaz de sacar partido al cuerpo de su marido, para que no haga mal papel en la capilla ardiente.

Pero no era éste el caso de mi Chus, que por no haber muerto de muerte natural sino accidental, ofrecía algunas dificultades para acicalarle. Aunque el balazo que se

lo cargó le había entrado por la barbilla, al desplomarse sobre la balastrada del balcón no tuvo cuidado y se pegó en todo el morro. Con lo cual labios y dientes sufrieron el impacto y los destrozos correspondientes, destrozos que una ligera capa de maquillaje no era capaz de disimular. Tuve que recurrir a mis vecinas, a las que dirigí este cumplido previo:

—Ante todo quiero daros las gracias por lo mucho que me habéis ayudado a amortajar a mi Chus. No es por daros coba, pero la verdad es que amortajáis de maravilla.

—¡Bah! —rechazaron ellas el cumplido con modestia—. Lo mismo que amortajarás tú en cuanto tengas un poco de práctica. Le cogerás el tranquillo en cuanto te casquen media docena de parientes y un par de maridos. Ya lo dice el refrán: en morir y amortajar, todo es empezar.

—Insisto de todos modos —insistí— en expresaros mi agradecimiento. Y tendréis que ayudarme también a hacerle presentable para que pueda lucirse en la capilla ardiente. Como con el porrazo que se dio después de recibir el balazo puede decirse que se partió la boca...

—Eso no tiene problema, mujer —me dijo Menchu Iparraguirre, mi vecina del piso de abajo, que ya había enviudado dos veces y confiaba en enviudar la tercera porque ya se sabe que no hay dos sin tres—. Semejantes desperfectos pueden disimularse poniéndole una manzana entre ambas mandíbulas.

—¡Menchu, por favor! —exclamé escandalizada—. ¿Quieres que mi Chus parezca un cochinillo asado?

—Pienso que sería el mal menor —opinó la Iparraguirre—. Porque algo habrá que ponerle en la boca para disimular los deterioros del porrazo. Y si es cierto que poniéndole una manzana parecería un cochinillo asado, también lo es que si se le pone un ramito de perejil parecerá una ternera al horno. Y yo creo que tratándose de un hombre, mejor es darle apariencia de cerdo que de vaca. Vamos, digo yo.

—¿Y si le tapáramos la boca con un pañuelo negro, o un pasamontañas? —sugirió mi vecina Begoña Lerchundi, que tenía una lencería en la planta baja y no desperdiciaba ocasión para vender su mercancía.

—No quiero que parezca un terrorista —rechacé, pues aún no sabía algo que supe después, y los pasamontañas eran para mí no prendas para cruzar los montes, sino para ocultar las jetas.

Se me propuso entonces poner la cara de Chus en manos de un amigo que por ser taxidermista, o sea disecador de bichos, podría reparar los destrozos causados en su físico.

—Ya sé que ésa no es exactamente su especialidad —admitió Menchu—. Pero me imagino que quien es capaz de disecar un jabalí, estará capacitado también para recomponer la cara rota de un señor.

La verdad era que todo el dinero que gastara en Chus sería una pésima inversión, ya que sólo estaría unas horas de cuerpo presente y después, fatalmente, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. De manera que decidí ahorrarme la pasta del taxidermista, y arreglé la cuestión con una chapuza muy ingeniosa:

—No le pondremos ni una manzana —decidí—, ni tampoco un manojito de perejil. De este modo, evitamos que al finado pueda comparársele con los ganados porcino o vacuno. Le pondremos en la boca una rama de olivo, como símbolo de que Jesús Elorrieta siempre amó la paz y vivió pacíficamente sin meterse con nadie.

Mi decisión cayó muy bien entre la gente de orden y por lo tanto pacífica, pues la muerte de Chus había caldeado los ánimos hasta ponerlos al rojo vivo. La primera reacción de los obreros fue declarar la huelga general, como protesta contra el brutal comportamiento de las fuerzas de orden público.

Confieso que a mí misma me pareció esta medida desproporcionada para la magnitud del suceso, ya que la muerte accidental de un solo hombre no debe provocar el paro total de toda una provincia. Pero me explicaron que, desde la implantación de la democracia en el país, cualquier pretexto les venía de perlas a los trabajadores para dejar de trabajar.

—La lástima ha sido que a Jesús Elorrieta le hayan matado un miércoles —se quejaban los trabajadores—. Porque si llegan a matarle un jueves, habríamos hecho puente huelguístico hasta el lunes.

Aparte de esta huelga general, de la que sólo se beneficiaron los trabajadores no trabajando, hubo más individuos que quisieron sacar tajada de la muerte de Chus. Concretamente, todos los líderes de los partidos políticos con representación en el País Vasco. Porque todos ellos vinieron a visitarme a la capilla ardiente, uno detrás de otro, y todos más o menos me dijeron lo mismo:

—Aplaudimos su idea de despolitizar a Jesús Elorrieta colocándole en la boca una rama de olivo, símbolo de paz y concordia, pero supongo que usted podría declarar que su marido no era ajeno a las inquietudes políticas del país. Y que en el fondo de su corazón, simpatizaba con el partido que represento. A cambio de esa mentirijilla, nosotros convertiríamos a Jesús en un mártir de nuestra causa, con las consiguientes ventajas que todo martirologio trae consigo.

—¿Qué ventajas son ésas? —preguntaba yo por si me convenía la oferta.

—Pues manifestaciones convocadas en nombre de la víctima, carteles y pósters para popularizar su nombre y su efigie, celebración por todo lo alto de todos los aniversarios de su muerte... En una palabra: llegará a ser casi tan conocido como cualquier detergente. Mi partido estaría dispuesto a pagar una pasta por el fichaje de su esposo como mártir de nuestra causa. Esta oferta se le hace porque la democracia española está muy necesitada de mártires frescos, porque los de la guerra civil ya se han quedado rancios y nadie se acuerda de ellos. Si con un poco de habilidad

convertimos a Jesús Elorrieta en héroe del pueblo asesinado por la fuerza pública, podríamos sacarle mucho jugo político.

Esto fue, poco más o menos, lo que me propusieron en la capilla ardiente los líderes políticos del abanico nacional. Y no me sorprendió que por formar todos parte de un abanico, fueran bastante frescos. Y de una frescura que coincidía en lo fundamental, o sea en la explotación del occiso. Oscilaba únicamente el volumen de la pasta que me ofrecían por la exclusiva del martirologio, aunque en general las cifras que se barajaban eran dignas de tenerse en cuenta.

Pero a mí me pareció una solemne guarrada vender el cadáver de mi marido al mejor postor, obligándole a meterse en política a título póstumo. Si estando vivo me dijo muchas veces que no quería militar en ningún partido, ¿cómo podía yo hacerle socialista, centrista o comunista ahora que estaba muerto? Decididamente, una guarrada de ese calibre no se le hace a un marido con el cual se ha convivido durante muchos años, y junto al cual se ha sido bastante feliz.

La capilla ardiente tuvo mucho éxito, en parte por el carácter político que los visitantes daban al muerto, y en parte también porque al ser el muerto dueño de una tienda de comestibles, se suponía que los visitantes serían obsequiados con abundante y sustancioso pisco. Esta última suposición no falló, pues para una vez que se le muere a una el marido, bien puede una celebrarlo con esplendidez tirando la tienda por la ventana.

Dos jamones y cuatro quesos (de los redondos como ruedas de molino), fueron los platos fuertes que se sirvieron. Amén de varios kilos de aceitunas y frutos secos que se consumieron regados con numerosas botellas de moscatel, que por ser un vino dulce es el más apto para estos velatorios tan amargos.

Puede decirse que si no llega a ser por el muerto, que estropeaba un poco la alegría de la reunión, aquello no habría sido un velatorio sino un verdadero cóctel.

Menchu Iparraguirre y Begoña Lerchundi me ayudaron horrores, tanto a cortar el jamón y el queso en tacos, como a distribuir la comida y la bebida.

—En justa reciprocidad —las prometí—, podréis contar conmigo cuando se os muera un marido.

Cuando el velatorio estaba de lo más animado, llegó el joven capitán que mandaba las fuerzas que accidentalmente se habían cargado a mi Chus. Al primer vistazo no le reconocí, porque por prudencia el hombre había venido vestido de paisano. Y los militares cuando se quitan el uniforme, resultan tan difíciles de reconocer como las serpientes cuando se quedan sin piel.

—He venido a acompañarla en el sentimiento —me dijo con respeto—, pero ya veo que no es necesario porque le sobra compañía.

Luego, bajando la voz hasta sus calcetines de paisano, me murmuró al oído:

—Me temo, señora, que tendremos que tomar medidas para evitar nuevos

disturbios en el entierro.

—¿Por qué tiene que haber disturbios —protesté— si mi marido no pertenecía a ningún partido político?

—Eso precisamente puede ser lo malo —razonó él—. Cabe suponer que todos los partidos se unirán para honrar a «una víctima inocente de las fuerzas de la represión», que es como se enfocará el sepelio. El caso es aprovechar todas las ocasiones posibles para alborotar. Y supongo que usted no querrá que se derrame más sangre.

—Pues si quiere que le diga la verdad —me encogí de hombros, pero sobre todo del derecho—, una vez derramada la de mi marido me importa un bledo que se derrame o no la de los demás.

Esto no era cierto, ya que siempre fui de una sensibilidad casi enfermiza, hasta el punto de que no se podía aplastar una mosca en mi presencia sin que me diese un mareo. Si se tiene en cuenta que la mosca sólo contiene una gota de sangre, puede imaginarse cómo reaccionaría yo ante un derramamiento en chorro: es casi seguro que me entraría una tiritona, seguida de vomitona. O poco menos. Me horrorizaba por lo tanto que por mi culpa se armara un nuevo follón que pudiera costarle el contenido sanguíneo a otra persona.

Claro está que yo quería enterrar a mi Chus por todo lo alto, con coche fúnebre tirado por caballos y gran manifestación de duelo. Claro está que yo quería echarle al entierro todo el teatro y el boato que merecía un muerto que no debió morir en una situación normal, pues en una situación normal los guardias están muy quietecitos y no tienen que disparar tiros al aire. Pero el capitán me explicó que, dada la tensión que reinaba en el País Vasco, el entierro de Chus «podía ser la chispa que hiciera estallar una bomba de potencia imprevisible». Pongo entre comillas las palabras que empleó el capitán, pues a mí no me gusta apropiarme de frases ajenas, y menos aún cuando son tan grandilocuentes como ésta.

—¡Canastos! —exclamé, pues desde que me había casado empleaba exclamaciones así de gilipollas—. Pues habrá que enterrarle de algún modo. Porque no pretenderá que, para evitar ese chispazo, vaya a deshacerme del cuerpo de mi marido arrojándolo al triturador de basuras.

—¡No, por Dios! —se escandalizó el oficial—. Lo sacaremos de la casa a las tres de la madrugada, y lo llevaremos al cementerio en una furgoneta. Una vez allí lo meteremos en un nicho bajo nombre supuesto, hasta que se olvide el escándalo de su muerte y pueda recobrar su identidad.

Así, con mucha pena y poca gloria, terminó la estancia en este mundo del tendero tolosano Jesús Elorrieta, que tuvo la mala pata de asomarse al balcón de su casa cuando la policía estaba pegando tiros al aire.

PEDAZO 3

HASTA VARIOS DÍAS DESPUÉS, no me percaté de lo sola que me había dejado la muerte de Chus. La gente se cabreó bastante al darse cuenta de que se le había escamoteado el entierro, pero cuando se le pasó el cabreo vino a darme el pésame y a que le diera otro poco de jamón y queso. En provincias, como hay poco que hacer, a un solo muerto se le pueden sacar dos visitas con piscolabis.

Entre el vaivén del visiteo y el encargarme ropa de luto, se me pasó sin darme cuenta la primera semana de viudedad. Fue al transcurrir esa primera semana cuando me percaté de mi soledad, y al percatarme los ojos se me llenaron de lágrimas. Los dos por igual.

Con los maridos pasa lo mismo que con los gatos y los perros: sin darnos cuenta les vamos cogiendo cariño, y cuando desaparecen de nuestro lado nos llevamos un disgusto horroroso. En mi caso este disgusto fue más horroroso todavía, pues hay que tener en cuenta lo enamoradísima que estuve de Chus el primer año de nuestro matrimonio. Luego el amor pasó, como pasa siempre; pero el amor es como el fuego de una fragua, que suelda a los enamorados mientras arde, y los mantiene soldados cuando se enfría. (¡Chúpate ésa, Teresa!) En ese año de enamoramiento la soldadura fue tan sólida, que habría durado todas nuestras vidas si Chus no hubiera muerto tan prematura como estúpidamente. Tanto él como yo estábamos decididos a envejecer juntos, e incluso a morir al mismo tiempo aproximadamente.

Nuestra vida en Tolosa transcurría plácidamente, y esa misma placidez me agradaba por los motivos que son fáciles de adivinar: cuando se ha tenido una juventud tan agitada como la mía, que más que agitación era una verdadera revolución, la tranquilidad y el respeto de los convecinos es un premio inesperado y siempre bien recibido. No viene mal el sosiego de aburrirse como una leona, después del ajeteo de divertirse como una zorra. La verdad es que la sosegada señora de Elorrieta nunca echó de menos a la alocada Mapi que dejó en la cuneta al casarse.

Lo cual, puesta a filosofar, quizá signifique lo siguiente: que si a las putas se les diera una oportunidad, se convertirían fácilmente en señoras respetables. Porque el hombre es golfo por naturaleza, pero la mujer no. Salvo alguna ninfómana descarrilada y excepcional, la hembra en general se conforma con acostarse con el mismo macho.

Yo, sin ir más lejos, fui fiel a Chus durante todos los años que duró nuestro matrimonio. Y ocasiones para romper esta fidelidad no me faltaron, como puede suponerse, pues Tolosa no es París; pero los tolosanos son tan machos como los parisinos y no se la cogen con un papel de fumar.

Así por encima y sin pensarlo mucho, creo que con todos los amigos de mi marido pude tener una aventura, o al menos haber echado un casquete, a poco que me

lo hubieran propuesto. Porque me consta que a todos ellos yo les gustaba más que mojar el pan en la salsa, o que comer el pollo con los dedos, o que cualquier otra guarrería gastronómica:

A Chomin Aguirre, el ferretero que tenía los ojos del color del acero; a Pachi Letamendi, el veterinario al que malas lenguas acusaban de tener relaciones íntimas con sus pacientes, acusación muy grave si se tiene en cuenta que sus pacientes eran perras, vacas y terneras; el jubilado Iñaqui Bengoa, cuya esposa estaba parálitica de cintura para abajo, razón por la cual los ojos se le iban detrás de las mujeres de sus amigos; y por último el pelotari Cherna Loigorri, que se pasaba el día con las pelotas en la mano, jugando con ellas y tocándolas a cada momento.

Con todos ellos, que eran los mejores amigos de mi Chus, pude tener algo que ver desde el punto de vista del trato carnal. Especialmente con el jubilado, que por tener medio parálitica a su señora, se volvía loco en cuanto veía menearse a una mujer. Aunque fuera la del prójimo, que según los católicos es un pecado gordo. O sea que a poco que yo hubiese querido, ¡tacatá!

Pero el caso es que no quise, porque yo gozaba horrores jugando a la decencia y haciéndome la estrecha. Mi vida de casada fue un verdadero descanso después del desmadre que viví de soltera.

Tan tranquila y relajada fue mi existencia matrimonial, que ni siquiera sentí la tentación de escribir lo que me pasaba. Claro que la verdad es que me pasaban tan pocas cosas, que no valía la pena ensuciar papeles cubriéndolos de escritura para contar memeces.

Ya dije, y no tengo inconveniente en repetirlo, que al morir mi Chus me quedé más sola que la una. Lo único que nos faltó para ser un matrimonio perfecto fue tener hijos, pues eso habría resuelto el problema de mi soledad al quedarme viuda. Pero yo no podía quedarme preñada, debido a que mis mecanismos interiores habían sufrido muy serios y profundos deterioros en la etapa que podríamos llamar de intenso puteo.

No hace falta ser médico para saber que el interior de las mujeres se compone de conductos y tuberías de suma delicadeza, a los que no se puede tratar a zapatazos. El útero sin ir más lejos, si se usa con cierto furor, puede quedar hecho un higo chumbo. También las trompas descubiertas por un señor llamado Falopio, que debió de ser un gran cochino al que le gustaba fisgar por esas partes tan íntimas y recoletas, tienen que estar muy limpias por dentro para que los óvulos circulen con facilidad y el empuñamiento se produzca.

Estas interioridades me las explicó hace tiempo mi amiga Nati, que estaba muy puesta en materia de vísceras y mondongos. A ella a su vez se las había contado un putón desorejado que había tenido diecisiete abortos, con los consiguientes raspados de matriz. A la cual con tanta raspadura, se le había quedado la matriz tan delgadita como un papel de retrete. Por ella supo también Nati, y le faltó tiempo para

contármelo, que si no se tienen las trompas de don Falopio limpias como los chorros del oro, ni pensar en el preñe. O sea que si no se tiene higiene, se obstruyen esas trompas; y por mucho que se sople en ellas, nunca llegan a sonar.

Imagino que algo de eso debió de sucederme a mí en mis tiempos de cortesana, o sea de puta. Pues en aquella época, como chingar era pecado mortal y estaba muy perseguido por el franquismo, se chingaba de tapadillo de prisa y corriendo, y había que salir zumbando después de cada polvo sin tiempo de pararse en un bidé para higienizarse las salvas sean las partes.

Imagino que estas chingaduras de mala manera, a bragueta abierta pero sin quitarse los calzones ni las bragas, con riesgo de *coitus interruptus* por llegada de la policía en mitad del acto, no eran nada sanas y dañaban a la larga los aparatos genitales del personal.

Recuerdo que transcurrido el primer año de matrimonio, al ver que después de hacerlo un par de veces todas las noches —una antes de dormir y otra después de despertar— no me quedaba preñada, Chus dijo:

—¡Jodó!

Y después de decir esto, me propuso que visitáramos a un ginecólogo de San Sebastián para ver qué coño me pasaba.

—No es normal —razonó— que después de echarse setecientos polvos, polvo más o menos, no te quedes en estado. Cualquier mujer después de gozar tantas noches seguidas ya estaría no sólo en estado, sino incluso en estado comatoso.

Como yo temía que un examen ginecológico podría poner en evidencia mi vida pasada, me hice la remolona. Porque antes de hacerme la remolona, me había hecho este razonamiento bastante lógico: del mismo modo que una gitana puede leer el porvenir en las rayas de una mano, no hay razón para que un ginecólogo no pueda leer el pasado en las paredes de una vagina. Y mis paredes debían de ser tan elocuentes como las de un urinario público que el personal cubre de inscripciones.

De manera que, por si las moscas, seguí remoloneando en cuanto Chus mencionaba la visita al especialista. Y para que no la mencionara más, zanjé definitivamente la cuestión diciéndole de una vez para siempre:

—Un niño se interpondría entre nosotros, y enfriaría este amor tan ardiente que siento por ti.

Tuve que ponerme así de romanticona para lograr mi objetivo, ya que después de esa declaración Chus se resignó a no tener descendencia. Y al enviudar lamenté no haberla tenido, porque hay pocas cosas tan tristes como quedarse viuda y sin hijos en Tolosa.

La soledad absoluta quizá sea más llevadera en San Sebastián, o en cualquier otra capital por provinciana que sea. Pero en Tolosa concretamente, la sensación que se siente al quedarse solitaria es muy parecida a la de morir de asco con lentitud, pero

inexorablemente.

Es posible que esta sensación tan deprimente no sea exclusiva de Tolosa, sino que se sienta también en todas las poblaciones pequeñas y húmedas, donde el sol brilla por su ausencia y la lluvia por su presencia. Es posible que se envíe más fácil y alegremente en las regiones secas y soleadas, donde la gente es más comunicativa y siempre está dispuesta a echar un párrafo tomando el sol en la terraza de un café, o a estar un rato de palique en la acera y a la puerta de una casa soleada. Es posible que la gente de Tolosa no sea más huraña e introvertida que la gente vasca en general. Pero el caso es que estuve en un tris de agarrar una neurastenia de no te menees, que pudo llevarme al gori-gori, o sea al sepulcro.

Porque al ambiente tolosano, ensombrecido por las montañas circundantes, había que agregar el ambiente de mi casa, sombrío también e incluso me atrevería a calificarlo de lóbrego. Creo que me atrevería mucho más si supiera lo que significa en realidad este calificativo, pero me imagino que lóbrego debe de significar algo siniestro y sumamente desagradable, porque hay palabras que no hace falta saber lo que significan para darse cuenta de que quieren decir una mierda.

Y una mierda era mi piso, en efecto, situado en la misma casa en cuya planta baja teníamos la tienda. Era grande y barato, eso sí, pues tanto el tamaño como la renta databan de los tiempos de Maricastaña, que era contemporánea del abuelo de Chus. Y ya se sabe que en la antigüedad, tanto la grandeza como la baratura, eran condiciones indispensables de todas las viviendas.

De nuestro piso no podía decirse únicamente que era de renta antigua, porque era en realidad de renta prehistórica. Pagábamos por él una cantidad tan ridícula, que a Chus se le caía la cara de vergüenza todos los primeros de mes, cuando el administrador le pasaba el recibo.

Además de baratísimo era un pisazo grandísimo. Aunque nunca las conté calculo que tendría más de quince habitaciones, amuebladas todas ellas al estilo abuelo. En este estilo englobo yo todo el mobiliario con más de cincuenta años de antigüedad, que incluye piezas tales como pianos, aparadores, trincheros, bargueños, cornucopias, y otras excentricidades ya desaparecidas de la decoración moderna.

Propuse muchas veces a mi marido que modernizáramos la casa prescindiendo de todas aquellas antiguallas, pero él se negó siempre alegando razones de tipo sentimental.

—No lo puedo evitar, Mapi: soy muy preservativo.

Con lo que no quería decir lo que ustedes suponen, sino que le gustaba preservar el mobiliario porque era muy conservador.

—Cada objeto que a ti te parece una birria —añadía cuando yo paraba de reírme, pues lo de preservativo me daba mucha risa—, es para mí un entrañable recuerdo de familia. Donde tú sólo ves un viejo costurero que se cae a pedazos, veo yo la mano de

mi abuela cosiendo un jaretón o haciendo unos bodoques. Porque mi abuela, como todas las señoras antiguas, se pasaba todo el día encerrada en casa cosiendo jaretones y haciendo bodoques. También mi madre heredó esta costumbre de mi abuela, aunque las labores de costura que ella hacía eran más ligeras y modernas: en lugar de jaretones mi madre sólo hacía dobladillos, y en lugar de bodoques ella hacía ojales. Es una lástima que tú no hayas heredado también esta tradición costurera, ya que lo pasarías de rechupete durante las horas que yo paso despachando en la tienda.

Pero a mí no me llamaba Dios por el camino de la costura, pues siempre que cogía una aguja me ponía de pinchazos como un San Sebastián, que es el santo que más se parece a un acerico.

Nuestra falta de niños hacía que tampoco tuviéramos necesidad de servidumbre, razón por la cual nos apañábamos tan ricamente con una asistenta. Esta asistenta la había heredado Chus junto con la casa. Era una antigualla más, un trasto viejo, que tendría la misma edad que el bargueño del vestíbulo o que la cornucopia de la salita.

La anciana asistenta era gruñona, irritable y pendenciera. Una alhaja, vamos. Lo poco que trabajaba lo hacía a regaña-encías, porque dientes no tenía. Intenté deshacerme de ella del mismo modo que había intentado deshacerme del mobiliario vetusto que llenaba la casa, pero tampoco lo conseguí. Chus se negó a prescindir de la vieja asistenta, alegando de nuevo la razón que él era muy preservativo. Y la vieja también pertenecía al patrimonio que debía conservar por haberlo heredado de sus mayores. Según él, la anciana desdentada había visto nacer a tres generaciones de Elorrietas.

—Y vería nacer la cuarta —añadió con cierto reproche— si tú pudieras darme un hijo.

La verdad es que mi marido, con el pretexto de ser muy preservativo, disimulaba lo que era en realidad y que ahora al cabo del tiempo me atrevo a decir: ni preservativo, ni gaitas. Era realmente bastante miserable. Su presunto respeto a las tradiciones familiares le permitía ahorrarse sendas pastas en los capítulos domésticos del inquilinato, del mobiliario y de la servidumbre.

Supongo que todos los tenderos son iguales, o sea con su poquito de miserablez, pues hay que pensar que las tiendas de comestibles no son precisamente joyerías y no dan para derroches. De manera que Chus hizo muy bien fingiendo que conservaba los cachivaches que tenía, incluida la asistenta, por respeto a sus antepasados y no por economía.

Pero a lo que iba. ¿Cuándo aprenderé a ir al grano, y a no irme por los cerros de doña Úbeda? Pretendía hablar un poco más de la asistenta desdentada, y explicar que nunca supe en realidad su verdadero nombre. Se lo pregunté muchas veces, pero siempre me lo decía envuelto en una especie de ladrido cabreado y confuso que sonaba aproximadamente así:

—¡Ajum!

De manera que terminé por llamarla Ajum, copiando el sonido-ladrido que ella emitía. Y como ella no protestaba por este nombre que yo la había puesto, Ajum seguí llamándola todo el tiempo que estuvo asistiendo en mi casa.

(No estoy muy segura pero creo que Ajum, al ser en realidad la versión escrita de un sonido, es lo que se llama en gramática una onomatopeya. Y no una onomatopoya, como dice mi vecina Menchu Iparraguirre, que es en el fondo una obsesa sexual).

PEDAZO 4

NO TENGO REMEDIO: me basta un hilo para sacar un ovillo de detalles, el cual ovillo llega a envolverme y enredarme hasta que ya no sé por dónde voy. Me enrolló contando futilidades, o sea gilipolleces, y me dejó en el tintero lo principal.

En el capítulo anterior, por ejemplo, quería contar que hasta la asistenta Ajum me abandonó, y al final no lo conté. ¿Seré lerda? Lo que se nota es que como escritora soy una calamidad, y aunque sea muy aficionada a la escritura nunca pude ganarme la vida con esa profesión. Me la gané en cambio tan ricamente con otro oficio que llaman el más viejo del mundo, aunque no me parece que sea verdad. Porque antes de ganarse la vida como putas, las mujeres se la ganaban como casadas. Pero ya me estoy enrollando otra vez, coño, y así no vamos a ninguna parte.

Volviendo al cogollo de mi relato diré que, muy poco después de estrenar mi viudedad, Ajum se despidió de mí.

—Comprenda, señora —me explicó—, que muerto el burro, la cebada al rabo. Con esto quiero decir, y supongo que lo digo, que muerto el señorito Jesús, ya no me interesa ganarme el condumio asistiendo en esta casa. Porque yo, sin hacerla de menos a usted, seguía aquí por cariño a don Jesús, a cuyos padres y abuelos también serví. Pero ahora que los Elorrietas, se han ido a freír puñetas...

Ésa fue la despedida de Ajum, la desdentada, a la que no volví a ver las greñas nunca más. Y así fue como mi viudedad se hizo más calamitosa aún, al sumarle la desgracia de la falta de asistencia. Puede decirse que me quedé absolutamente sola, sin absolutamente nadie que me echara una mano en mi casa y en mi tienda, tienda que por otra parte no era un negocio nada boyante. Y explico por qué:

Las tiendas de comestibles sólo son un negocio pistonudo en épocas de escasez, cuando el patrón-oro es sustituido por el que podríamos llamar el patrón-patata. En una época así se inventó el estraperlo, que era una especie de Bolsa clandestina en la que los víveres alcanzaban las cotizaciones más altas de la Historia.

En aquellos años de hambres caninas, cuando puede decirse que los hombres hambrientos eran capaces de morder a los perros y no viceversa como suele ser lo corriente, la tienda de Chus alcanzó su período de máximo esplendor.

Eran tiempos de gazuzas increíbles, en los que por unos kilos de patatas y unos litros de aceite para freírlas, podía comprarse lo mismo el honor de un funcionario que la virginidad de una jovencita. Me contaba Chus que en aquella época esplendorosa para él y calamitosa para todos los demás, llegó a ser como quien dice el amo de Tolosa.

—Recuerdo —me decía en las largas y siempre lluviosas veladas invernales— que entonces yo podía comprarlo todo a cambio de un puñado de víveres. Porque al acabar la guerra civil el dinero no valía nada. Y yo, que ya había heredado la tienda

de mi papá, para salir a la calle me llenaba los bolsillos de patatas. Como entonces se usaba chaleco, también en sus bolsillos que eran numerosos aunque pequeños, llevaba patatitas nuevas, menuditas pero muy sabrosas.

El recuerdo le llenaba de nostalgia, que soltaba mediante un eructo antes de continuar:

—Las calles de entonces estaban llenas de pobres, aunque el personal se dividía en dos categorías: pobres por un lado, y jerarquías del Movimiento por otro. Los pobres naturalmente eran de pedir, y cuando se acercaban a pedirme yo les daba una de las patatas que llevaba en los bolsillos. Y su alegría era tan grande, que algunos me exteriorizaban su agradecimiento cantándome el *Cara al sol* por bulerías. Yo continuaba mi paseo hasta el café más importante de Tolosa, en el que pagaba mis consumiciones con unas cuantas patatas y algunas patatitas. Porque en aquellos años de escaseces y penurias, se hacía el amo quien podía pagar en patatas contantes y mondantes.

Imagino que Chus exageraba un poquirritín al contarme estos recuerdos, pero ya se sabe que el paso del tiempo difumina el contorno real de los hechos y hace incurrir en exageraciones involuntarias. Pero la verdad es que, pese a que algunas veces exagerara, a Chus y en general a todos los que podían pagar en comestibles, la vida de la posguerra les salía lo que se dice tirada.

Una juerga flamenca por todo lo alto, sin ir más lejos, con bailaoras, cantaoras y tocaores de pura cepa andaluza, costaba todo lo más dos kilos de café, cuatro libras de azúcar y unos gramos de harina de propina. Hay quien dice que por tres litros de aceite, se tenía en el bote a los jefes locales e incluso a los provinciales.

Pero a medida que los víveres empezaron a aumentar, la categoría de los tenderos empezó a disminuir. Y de ser unos opulentos nuevos ricos, pasaron a seguir siendo los horteras que fueron siempre.

El fin del estraperlo fue también el final de la fortuna de Chus, y el principio de su repliegue gradual a una forma de vida cada vez más modesta.

Con la muerte de Franco (que según me han dicho murió con las botas puestas porque Villaverde se apresuró a ponérselas en cuanto entró en la agonía), al país se le plantearon problemas gordísimos. Pero que nada tenían que ver con la alimentación, pues este aspecto de la vida ciudadana hacía tiempo que se había resuelto. Hacía tiempo también que los tenderos de ultramarinos habían perdido los falsos poderes que tuvieron en los años de las grandes hambres y de cuyos cuantiosos beneficios vivió todo el gremio fabulosamente hasta que Franco murió.

O sea que también la fortunita hecha por Chus en la época de las vacas gordas nos la habíamos comido, y sólo nos quedaba para subsistir los cuatro cuartos que producía la tienda. Para colmo a dos manzanas de mi casa se anunciaba la apertura de un supermercado, moderna y diabólica organización de venta de comestibles

encaminada a terminar con las tiendecitas sueltas, mediante la implantación de precios mucho más bajos de los que puede ofrecer un tenderito independiente.

O sea que la mala racha iniciada con la muerte accidental de mi marido por disparo fortuito, continuó con su entierro de tapadillo en un nicho provisional, con el abandono de mi asistenta llamada Ajum, y con el convencimiento de que no me sería posible seguir viviendo a base de los exiguos beneficios de la tienda que heredé de mi marido.

A estas calamidades había que añadir una más, y no precisamente la menos desagradable de todas ellas: la calamidad de ser una viuda de vasco en Vasconia. Porque en otras regiones españolas no digo yo que se enviude más alegremente, pues enviudar nunca es cosa de risa, pero sí hay mayor tolerancia y más manga ancha en lo tocante a lutos y penitencias. En Andalucía concretamente, una viuda supongo yo que podrá aliviarse el luto con el pretexto de los calores, e incluso sigo suponiendo que podrá tomarse unas copichuelas para refrescarse. En Vascongadas en cambio la que enviuda lo pasa casi tan mal como el que se muere, ya que debe guardar al fallecido un luto larguísimo, riguroso y asfixiante, del que también se puede una morir.

Porque no hay nada tan deprimente como tener que ir vestida de negro en un clima lluvioso y plomizo. Parece que las negruras del luto se le meten a una en el alma, matando todos los brotes de alegría que le puedan quedar en la vasija espiritual.

Tampoco le queda a una el escape de ponerse unas braguitas estampadas, o un sujetador de fantasía de esos que tienen rositas alrededor como verrugas. Una se pondría estas prendas de alivio psicológico pensando que al fin y al cabo nadie verá estas frivolidades ocultas bajo la ropa. Pero ni esto es posible en Vasconia, porque las amigas de la viuda se pasan todo el tiempo acompañándola para rezar el rosario. Y como están con ella tanto cuando se viste como cuando se desnuda, no cabe deslizarse entre sus ropas interiores alguna prenda de color que aligere ese lutazo tan denso y deprimente. Menchu Iparraguirre se turnaba con Begoña Lerchundi en la tarea de hacerme compañía durante todas las horas diurnas y casi todas las nocturnas.

—O así —me decían— siempre tendrás a alguien a tu lado para rezar el rosario. Lo cual alivia horrores cualquier pena.

A mí, la verdad, no sólo no me aliviaba ni pizca, sino que encima me producía un tremendo dolor de cabeza. ¡Son demasiadas «avemarías» seguidas, jolines! Pero ¿quién es la guapa que se atreve a confesar a dos vascotas fortachonas y catoliquísimas, que el rosario le parece un rollo inaguantable?

Aguanté la compañía de Menchu y Begoña mientras pude resistir el suplicio del rosario en sesión continua. Y cuando ya estaba estomagada de tanto «diostesalve», pretexté que me había puesto enferma para poder encerrarme a solas en mi casa.

Fue en aquella soledad cuando hice balance de mi situación y cuando decidí que no tenía más remedio que seguir algún camino.

«Tu porvenir, Mapi querida —me dije para mis adentros—, no está en Tolosa. La verdad es que en Tolosa no está el porvenir de nadie, porque ésta es ciudad de paso en la que sólo pueden quedarse los tenderos. Pero teniendo en cuenta que yo no tengo ningún espíritu comercial, y que la tienda que poseo me produce un beneficio insignificante, lo mejor que puedo hacer es venderla y largarme».

Este primer esbozo de mi decisión me satisfizo (aunque yo diría «me satisficé», que me parece menos cursi), porque el esbozo me salió espontáneamente. Y me alegré al comprobar que, de modo espontáneo, admitía que no era mi deseo enterrarme en aquel poblachón para el resto de mi vida.

Mucho tendría que perfilar este esbozo inicial hasta decidir adónde iría y a hacer qué, pero me alegraba de antemano saber que tendría el coraje para marcharme de allí. Porque el coraje, como creen los hombres, no es cuestión de tener huevos. (Se ha demostrado con Hitler, que sólo tenía uno y ¡hay que ver la que armó!) El coraje puede venirle a una de alguna otra glándula, porque una de huevos nada, monada.

De este primer esbozo hecho con coraje, pasé a dar el primer paso para marcharme. Que consistía en la liquidación de la tienda. Se me ocurrió que lo mejor sería dejarme asesorar por los amigos de mi marido; pues aparte de que ellos entendían de negocios más que yo, podían echarme una mano teniendo en cuenta que yo era una pobre viuda desvalida y ellos los más íntimos compinches que tuvo mi difunto.

Para contrastar sus opiniones sobre lo que más me convenía hacer, los fui invitando uno por uno a que me visitaran en mi casa a la hora de merendar. Hasta una viuda vasca, sobrecargada de luto riguroso, puede invitar a una merienda a sus amistades sin que su conducta sea tildada de escandalosa ni pecaminosa. Siendo el País Vasco una región de tragones, una invitación a tragar no despierta suspicacias. Y menos aún si se invita a una hora tan honesta como es la media tarde, hora inocua que al elemento masculino vascuence se la trae floja.

De manera que todos mis invitados acudirían a mi casa sin ninguna malicia, pensé yo, dispuestos a darse una panzada de comestibles a cargo de mi difunto y a cambio de los consejos que iban a darme.

Preparé para todos ellos una merendola no sólo de tenedor, sino también de cuchillo y cuchara. O sea no de picar, sino de sentarse a servirse e hincharse.

Tuve que prepararla yo sola, puesto que la cabrona de Ajum ya me había abandonado, y de paso también me preparé yo misma para despertar la debida compasión en mis invitados. O sea que en lugar de maquillarme me desmaquillé del todo y me puse una bata sencillita, en plan muy casero y sin afán de excitar, para quitarle a las entrevistas toda sospecha de coquetería. Pálida, sin retoques y sin protocolo, me dispuse a recibir a los mejores amigos de Chus.

PEDAZO 5

HAY CAPITULOS de nuestra vida sobre los cuales preferiríamos correr un tupido velo, y éste es uno de ellos. El velo lo correré en cuanto lo haya escrito, y será tan tupido que nadie podrá leerlo jamás. Porque es sencillamente la verdad más espeluznante, e incluso escalofriante, del respeto que tienen los hombres por las viudas de sus amigos más íntimos.

No quisiera escribir un alegato tan brutal contra la amistad masculina, pero pienso que me servirá de desahogo. Y al fin y al cabo no perjudicará a nadie, puesto que este capítulo nunca caerá en manos de nadie. Pienso comérmelo en cuanto lo termine^[1], en vista de lo cual lo escribiré con pelos y señales, sin omitir ni un solo pelo, ni una sola señal.

Invité en primer lugar a Chomin Aguirre, el más íntimo probablemente de todos los amigos de Chus. Quizá porque ambos eran dueños de una tienda —Chomin de una ferretería y Chus de un ultramarinos— se llevaban de maravilla. La afinidad profesional une bastante, y los dos eran tenderos. Físicamente en cambio no se parecían nada, ya que ambos reflejaban en sus apariencias respectivas los productos que vendían. Si Chus era regordete y mantecoso como el tocino, la mantequilla y el aceite, Chomin por su parte era de facciones enjutas y angulosas, como los goznes, las tuercas y los tornillos.

Creo haber dicho ya que para completar su aspecto ferretero, Chomin Aguirre tenía los ojos grises como el acero. O sea que era más recio y menos blandengue que mi difunto, sin que con esto pretenda hacer a Chus de menos ni mucho menos.

Yo misma le abrí la puerta cuando llegó a mi casa, pues repito e incluso tripito que estaba sola por haberse despedido mi asistenta. Y en cuanto Chomin estuvo dentro, lo primero que hizo fue echarme mano a una teta. Así, como suena.

Me quedé tan perpleja, que no fui capaz de reaccionar en ningún sentido. ¡Hacía tantos años que no me sucedía nada semejante!... Salvo mi Chus, que por lo menos una vez al mes en los últimos tiempos solía echarme mano a una teta, nadie se había comportado de este modo conmigo desde los tiempos del catapún. O sea desde hacía una porrada de años.

Después de mi perplejidad, como si Chomin con su manotazo hubiese roto una piñata llena de recuerdos arrinconados voluntariamente, comencé a ver muchas manos más que hablan caído en otros tiempos sobre todo mi cuerpo. Manos de todas las formas, de todas las edades, de todas las temperaturas y de todas las razas, que habían iniciado así su relación conmigo.

Manos flacas, manos fofas, manos temblorosas, manos firmes, manos impacientes, manos acuciantes...

Con preferencia todas esas manos se posaban primero en una de mis tetas, por ser

la parte de mi anatomía más sobresaliente y más próxima al cliente.

Chomin con su manotazo liberó centenares de manos, miles de manos, que yo guardaba encerradas en mi memoria, y que se pusieron a palmotear furiosamente como si alguien acabara de despertarlas con brusquedad.

—¡Pero Chomin! —fue lo primero que dije en cuanto pude decir algo—. ¿No te da vergüenza?

—¿Por qué voy a avergonzarme de que me gustes, y de que siempre me hayas gustado?

—Pero tu amistad con Chus...

—Chus, con perdón, era un gilipollas al que todos sus amigos aguantábamos por ver a su mujer. Tú fuiste el motivo de que yo no le mandara a hacer puñetas hace muchos años.

—¡Qué me dices! —me asombré.

—Lo que oyes —continuó—. Cuando pensaba retirarle mi amistad, volvió de Madrid trayéndote con él y se casó contigo. Y tanta impresión me causaste, que decidí conservar su amistad para poder cultivar la tuya. En este pueblo tan triste y aburrido, tú eras un rayo de sol que rasgaba las tinieblas en las que todos vivíamos sumidos.

—¡Jopé! —se me escapó, pues era sorprendente oír a un ferretero soltar una parrafada tan poética—. Me dejás turulata, Chomin Aguirre.

—Más turulata te dejaría si tú me lo permitieras, viuda de Elorrieta —insinuó él, acentuando la presión de su mano sobre mi teta.

Pude zafarme de esa férrea tenaza que me había echado el ferretero pretextando que había puesto leche a hervir para que pudiéramos merendar. Y mientras escapaba a la cocina para retirar el cuecelech del fuego, él recobró la compostura.

—Así me gusta —le dije al volver de la cocina cuando le vi con la compostura recobrada—. Debemos respetar la memoria de mi Chus, que fue al fin y al cabo un buen hombre.

—Eso al menos consiguió que creyera todo el mundo —dijo Chomin, sibilino.

—Lo consiguió porque lo era —machaqué.

—Si tú consideras buenos hombres a los que no tienen escrúpulos en ayudar a los que matan a sus semejantes... —se encogió de hombros el ferretero.

—¿Eh? —exclamé levantándome de un salto, como si acabaran de atizarme un mordisco en el culo—. ¿Qué quieres decir? —Que ya es hora de que lo sepas.

—¿Y qué es lo que debo saber?

—Que se puede parecer una mosca muerta, y ser en cambio una mosca asesina.

—Aclárate de una vez —exigí, pues a los tíos sibilinos no los aguanto.

—Que Chus —concretó Chomin—, protegía a los activistas de la M.A.T.A.

Si me hubieran roto en la cabeza un garrafón de veinticuatro litros, no me habría

quedado tan alelada como me quedé. La acusación era tan enorme, tan increíble, tan disparatada, que desbordaba mis entendederas. Porque siendo Chus un individuo más pacífico que un conejo, costaba trabajo poderle asociar de algún modo a la aterradora M.A.T.A., que desde hacía varios años tenía aterrado a todo el País; al Vasco y a todo el que queda fuera del Vasco, que no es grano de anís.

La M.A.T.A. era mucho más extremista que la E.T.A. O sea que los «etarras», al lado de los «matarras» eran casi unos hermanitos de la caridad. La M.A.T.A., como sus siglas indicaban, mataba sin contemplaciones —o por lo menos con muy pocas— a los enemigos de su ideología, que eran por lo visto todos los españoles. Porque la M.A.T.A., entre otras menudencias, pretendía no sólo hacer independiente al País Vasco, sino además declarar a España la Guerra de los Cien Años. O sea que era gente que en eso de hacer la puñeta, daba sopas con honda a la E.T.A. Por algo sus siglas, aunque no estoy muy segura, querían decir aproximadamente: Milicia Autonomista Terrorista Antifascista.

Los miembros de la M.A.T.A., que eran pocos pero muy echados palante, tenían en jaque a toda la policía nacional y parte de la francesa. Eran sujetos capaces de todo: desde poner bombas muy bien calculadas para hacer el mayor daño posible, hasta ametrallar a todo bicho viviente en pleno día y en las calles más céntricas.

El único contrasentido era que la M.A.T.A., siendo una organización partidaria de todo lo vasco, defensora por lo tanto de la industria vasca, mataba con pistolas y metralletas fabricadas en Bélgica. Lo cual a mí me parecía fatal, pues habiendo en Vascongadas unas fábricas de armas tan buenas y que matan tan bien, ¿no sería más patriótico y propagandístico que la M.A.T.A. matara con pistolas eibarresas, en lugar de usar las armas belgas? A mí, la verdad, siempre me pareció bastante bochornoso que junto a las víctimas hechas por los «matarras», se encontraran siempre casquillos de fabricación extranjera.

Si mataran con armas vascas —pensaba yo— no sólo no tendrían que avergonzarse de estos casquillos foráneos, sino que podrían clavar a la víctima una pequeña banderita que dijera: «Made in Euzkadi». Y podría lanzarse un bonito *slogan* que ayudaría a la campaña de la M.A.T.A.: «Fabricamos nuestras propias armas para matar, pero también nuestras propias herramientas para vivir».

Pero ya me estoy yendo por los cerros de doña Úbeda, como me pasa siempre, porque yo sólo quería contar que la sola mención de la M.A.T.A. bastaba para ponerle la carne de gallina al tipo más bragado. Y no digamos si la mención iba unida, como en este caso, a una acusación de concomitancias con los miembros de aquella siniestra milicia. Entonces hasta al tipo más bragado podía darle un telele. Como estuvo a punto de darme a mí, que no era precisamente un tipo bragado sino una viuda con bragas.

Cuando recobré la calma y con ella el uso de la palabra, fui y le pregunté a

Chomin:

—¿Lo dices por despecho, en venganza por haberte obligado a retirar la mano que me pusiste en la teta? —Lo digo porque yo mismo ayudé a Chus a poner las cerraduras del piso franco que organizó para esconder a los miembros de la M.A.T.A.

—¡Amos, anda! —rechacé—. ¿Vas a decirme que el inocentón de Chus colaboraba con esos criminales, hasta el punto de ocultarlos a los ojos de la justicia?

—No voy a decírtelo —rectificó Chomin—, porque te lo he dicho ya. Y puedo decirte también dónde tenía ese piso franco.

—¿Dónde lo tenía? —pregunté, incrédula todavía.

En esta misma casa. Tiene dos entradas para casos de emergencia: una por el fondo de un armario que hay en la despensa junto a la cocina; y otra por la chimenea del salón, cuyo tabique del fondo se descorre al apretar el morro de un morillo. Este resorte tan ingenioso, así como las cerraduras disimuladas en ambas entradas, fueron obras mías.

—¡Amos, hombre! —volví a rechazar, burlona—. ¿Vas a decirme que en mi propia casa había un piso franco sin que yo me enterara?

—Siendo tu casa un caserón tan grande, no tiene nada de particular que no sepas todo lo que hay en ella. Vamos al salón y te enseñaré la puerta secreta que ocultó más de una vez, con la complicidad de Chus y tu vieja asistenta, a los miembros de la M.A.T.A.

Fuimos al salón, una de las muchas habitaciones de aquel inmenso piso que apenas habíamos utilizado en tiempos de mi marido, y el ferretero se dirigió sin vacilar a la chimenea. Al llegar allí se puso en cuclillas, y me invitó a que yo hiciera lo mismo.

—Fíjate ahora en este morillo, que representa la cabeza de un león. Ahora apretaré el morro de este león, y verás lo que ocurre.

Chomin apretó el morro citado; y pude ver, no sin cierto estupor, que el apretón accionaba un resorte que recorría el fondo de la chimenea y ponía al descubierto una abertura, por la que cabía una persona a gatas.

—¡Dios! —exclamé, atónita—. ¿Entonces es verdad?

—Y tanto —confirmó el ferretero—. Pasa al interior y podrás comprobarlo.

Chomin Aguirre me precedió gateando a cuatro patas, y yo le seguí en la misma postura hasta que ambos desaparecimos por la abertura.

El ferretero demostró que conocía el lugar, pues nada más cruzar la abertura se puso en pie y fue directamente a accionar un interruptor de la luz, cuyo emplazamiento le era familiar. Y al encenderse la luz me quedé más perpleja todavía, ya que el escondrijo era más amplio de lo que yo había supuesto.

El piso franco se componía de dos habitaciones interiores, sin ventanas al exterior, una de las cuales servía de dormitorio y la otra de sala-de-esperar-a-que-

pasara-el-peligro. Chomin me mostró también una puerta en el dormitorio, con cerradura puesta por él, que permitía pasar desde el escondrijo al interior de un armario de la despensa.

¡Y yo, después de vivir durante tantos años en la casa, no me había enterado de nada! La verdad es que el piso era tan grandullón, que cabía perfectamente el escondrijo sin que nadie se diera cuenta. Los pasillos eran tan largos y daban tantas vueltas, que no resultaba difícil acotar un recoveco para esconder a unos cuantos tipos.

Lo que yo tardaba en asimilar era que mi Chus hubiera sido capaz de ocultarme durante toda su puñetera vida —¡puñetera, sí!— esa faceta tan importante de su doble personalidad. Porque Jesús Elorrieta, para mí y para la mayoría de la gente que desconocíamos la verdad, no era más que un tendero vulgar y corriente, con un cerebro no mucho mayor ni mucho más complicado que una patata.

Con esto quiero decir que Chus no parecía tener ni pizca de imaginación, y que sus inquietudes se reducían a las propias de un comerciante pesetero. En vano trataba yo de imaginármelo involucrado en un movimiento político avanzadísimo, protegiendo terroristas y arriesgando el pellejo como una especie de «Pimpinela Escarlata», película que vi siendo muy niña y que me impresionó, no sólo por la sangre fría, sino por el coraje caliente que derrochaba el protagonista.

Esta imagen heroica de caballero que se la daba con queso a los polizontes para proteger a unos fanáticos, le venía ancha al recuerdo que yo tenía de mi marido. O sea que me costaba trabajo acoplar el retrato de Chus a este marco. Sin embargo, a la vista de lo que estaba viendo, no tenía más remedio que verificar el acoplamiento. El Chus burguesito y pusilánime que yo recordaba, fue barrido por este nuevo «Jesús Escarlata» que se jugaba el bigote como un jabato, ocultando su personalidad a todo el mundo, incluso a su propia mujer, como un auténtico lobo disfrazado con una piel de cordero.

A la vista estaba que el insospechado piso franco había sido utilizado con mucha frecuencia, pues en el dormitorio el camastro tenía trazas de haberse dormido en él, y sobre los muebles quedaban restos del paso de gente armada: mecha de bombas, casquillos de balas, cargadores de pistolas, y otros adminículos de uso frecuente entre el personal que se dedica a sembrar el terror.

No había salido yo aún de mi perplejidad cuando noté que la mano de Chomin Aguirre volvía a colocarse encima de mi teta, la izquierda para ser más concreta.

—Comprenderás —me susurró al oído haciendo que en el susurro su bigote me cosquilleara la oreja— que si esto llegara a saberlo la policía, lo ibas a pasar muy requetomal. Porque nadie creería que tú no sabías nada de todo esto. Se pensará que eras cómplice de Chus en sus relaciones con la M.A.T.A., y se te caerá el pelo. Claro que de ti depende que el pelo no se te caiga, ya que todo esto podría quedar entre

nosotros si me abstuviera de ir con el cuento a la comisaría. Bastará para eso con que te muestres un poco más cariñosa conmigo...

Nunca fui víctima de un chantaje tan descarado y directo, más sangrante todavía por proceder de quien procedía: ¡el mejor amigo de Chus! ¡El ferretero de una lealtad tan dura como el acero, al que él había pedido que le ayudara a instalar aquel peligrosísimo piso franco! ¿Qué podía hacer yo, pobre viuda indefensa, colocada por aquel chantajista en aquella situación? Porque me encontraba, literalmente, entre la espada y la pared: a mis espaldas tenía la pared, contra la cual me sujetaba Chomin, y delante tenía su espada que él acababa de desenvainar.

No tuve más remedio que ceder a su chantaje odioso, pero mientras cedía y me dejaba conducir hasta el camastro, le puse de vuelta y media. Le llamé canalla, miserable, mal amigo, e incluso pedazo de maricón. Lo cual esto último, como yo misma estaba comprobando, era totalmente falso. Pero ya se sabe que cuando se insulta, se dicen también muchas mentiras.

Aunque él seguía yendo a lo suyo, afanándose por rematar su faena con la correspondiente estocada, mis insultos debieron de escocerle horrores porque le vi que se ponía muy colorado, y más nervioso de lo que habitualmente se pone un hombre en esas circunstancias.

Es cierto que caí coaccionada por aquel chantaje inmundo, pero es cierto también que mi caída fue muy breve porque me levanté en seguida. Y mientras me ponía las bragas con suma dignidad, maldije a Chomin Aguirre, que tan indignamente se había portado con la memoria de Chus.

PEDAZO 6

PAGUÉ UN ALTO PRECIO por el silencio del ferretero, pero no tuve que hacerle nuevos pagos como temí. Porque era de temer que siguiera chantajeándome a cuenta de ir a la policía con el chivatazo del piso franco. Pero es posible que a Chomin Aguirre le remordiera la conciencia después de abusar de la viuda de su mejor amigo, y que decidiera conformarse como pago a su discreción con aquel polvejo echado de mala manera, a regaña-muslos, en el incómodo camastro de aquel escondrijo para terroristas. Después de aquel desahogo obtenido a punta de amenaza, es probable que se le exacerbara el remordimiento; fenómeno frecuente entre los habitantes de pueblos húmedos, en los que debido a la humedad abundan los meapilas.

Preferí dejar a Chomin con la conciencia remordida y no provocarle con una nueva llamada, que podía despertar otra vez sus pecaminosos apetitos. Y decidí probar suerte con otro amigo de Chus, casi tan bueno como el ferretero: Pachi Letamendi, el veterinario del que se decía que amaba tanto a los animales, que era capaz de sostener relaciones íntimas con sus hembras más jóvenes y atractivas.

La maledicencia en las pequeñas ciudades provincianas alcanza cotas verdaderamente inverosímiles. Como el caso es hablar mal de todo el mundo, al que no da pie, se le atribuyen patas.

Como yo al fin y a la postre sólo quería pedirle un consejo a Pachi Letamendi apoyándome en la gran amistad que le unió a mi marido, pensé que allá él con sus aberraciones si las tenía, y que eso, a mí, plin cataplín, o sea que ni me iba ni me venía.

Lo mismo que a Chomin Aguirre, también al veterinario le invité a merendar, ya que siendo los vascos tragones por naturaleza, se les saca con más facilidad la tajada de un favor si se les mete en el cuerpo algo de comer. Pachi aceptó la invitación con el mismo entusiasmo que Chomin. Le preparé por lo tanto unos comistrajos procurando que fueran apetitosos pero nada afrodisíacos, para evitar que se repitiera la desgarradora escena que viví con el ferretero. O sea que no llegué a echarle bromuro en los comistrajos, pero le faltó poco.

Cerré cuidadosamente el piso franco, del que me propuse no volver a hablar con nadie, y el día fijado para la visita me vestí con la ropa menos sexy que tenía en mis armarios: un ropón parecido a un hábito monjil, liso como una tabla por los cuatro costados, que me hice para asistir a las procesiones de Semana Santa, semana que antiguamente en el Norte duraba casi un mes.

Así vestida y con la comida antiafrodisíaca preparada, me dispuse a recibir a Pachi Letamendi. Que llegó con toda puntualidad y muy contento por cierto, pues una paciente suya acababa de dar a luz, con toda felicidad, cinco preciosos cochinos. Tanto le alegraba esta noticia, que el veterinario se mostraba muy eufórico. Y en su

euforia, lo primero que hizo al entrar en mi casa, fue echarme mano a una teta.

—¡Pero Pachi! —exclamé tan sorprendida como decepcionada—. ¿También tú?

—Eso quiere decir que alguien antes que yo ha hecho lo mismo —dedujo el astuto por mi exclamación—, lo cual me parece la cosa más natural del mundo. Porque la verdad es que estás estupenda.

—Pero tú eres uno de los mejores amigos de Chus —le recordé para moderar su entusiasmo.

—Desde luego —admitió—. Y una forma póstuma de demostrarle mi amistad es tratando de consolar a su viuda.

Y al decir esto me enlazó por la cintura con la manaza que le quedaba libre, mientras hacía todo lo posible por juntar sus morros con los míos. Lo cual no le resultó demasiado difícil, ya que Pachi era un hombre muy forzado como todos los veterinarios. Se comprende que esta profesión exija una fuerza hercúlea, pues sólo empleándola a fondo puede conseguirse que un caballo se tome un medicamento, o que una vaca se ponga una lavativa. De manera que Pachi logró besarme con relativa facilidad, a pesar de la resistencia que opuse.

—Vamos, mujer —me rogó con voz levemente amenazadora—. Es mejor ser razonable cuando se tiene mucho que ocultar.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no quisiera decir nada, siempre que tú no me obligues a largar.

—Y suponiendo que largaras —tanteé yo el terreno que pisaba—, ¿qué es lo que dirías?

Que a veces, a falta de médicos, buenos son veterinarios. Y Chus me llamó en varias ocasiones para que viniera a atender a algunos huéspedes, que sufrían heridas de diversa consideración. Al fin y al cabo, como las heridas casi siempre eran de bala, bastaban mis conocimientos para curarlas. La misma ciencia se necesita para curar un balazo en la pata de un animal, que en la pierna de un hombre.

—Pero ¿a qué huéspedes te refieres? —pregunté haciéndome la tonta. A lo que él contestó sin vacilar:

—A los únicos que frecuentaban el piso franco instalado en esta casa: a los miembros de la M.A.T.A. No vas a decirme que tú no lo sabías.

Se lo iba a decir, pero en vista de lo que me dijo ya no se lo dije. Me limité a suspirar con resignación, sospechando lo que se me venía encima. Porque se podía sospechar que Pachi Letamendi no sería menos exigente que Chomin Aguirre, ya que ambos sabían el mismo secreto guardado por Chus y ambos estaban igualmente prendado de mis encantos. De manera que después de suspirar, pregunté al veterinario:

—¿Prefieres merendar antes o después?

Y como él prefirió después, lo conduje al piso franco en cuyo camastro había

pagado el precio del primer chantaje.

—¿No podíamos hacerlo en un sitio más cómodo? —gruñó Pachi al ver el escenario tan poco comfortable.

Pero yo quería que fuese allí, para que mi difunto se percatara en el otro mundo de las consecuencias que me había acarreado su escondrijo. Allí podía sentirme víctima inocente, sacrificada en el altar del camastro por un pecado que yo no había cometido. O sea que follando en el camastro del piso franco, me parecía que Chus no podía reprocharme nada. Si él no hubiera hecho el piso, sus amigos no me obligarían a comprar su silencio en polvos.

No puedo decir que follando con Pachi gocé, porque no se goza cuando se folla por obligación, pero mentiría si no confesara que me lo pasé mejor que con el polvete precipitado que me echó el ferretero. El veterinario conocía a fondo sus impulsos animales, y sabía controlarlos a voluntad con maestría digna de un profesional. De manera que estuvo montándome durante mucho rato sin venirse abajo, con un control de sí mismo como no había visto yo desde hacía muchos años. Porque Chus, todo hay que decirlo, era un eyaculador precoz aunque sin exageración. Pero Pachi, por mucho dale que te pego, era como si dijéramos el cuento de nunca acabar. Fui yo la que me desfondé a consecuencia de aquel trotón infatigable, y le pedí que se detuviera antes de pasar por la vergüenza de obsequiarle con un orgasmo. Porque bien está que la follen a una a regañamuslos, con el martirologio que supone someterse por coacción y a la fuerza; pero el martirologio deja de serlo en cuanto una goza durante el follaje y exterioriza su placer orgásmicamente.

Me quité de encima a Pachi Letamendi con más dificultad que a Chomin Aguirre, ya que el veterinario, siendo un follador más experto y cachondo que el ferretero, pretendió arrancarme con arrumacos y certeras cosquillas la promesa de polvos futuros.

No será posible —suspiré desesperada—, mientras no satisfaga primero a todos los que conozcan la existencia de este piso franco. Porque lo mismo que lo sabíais Chomin y tú, puede que lo sepa la mitad de la población tolosana. Y si con todos los que lo saben tengo que acostarme una vez para comprar su silencio, voy a estar ocupadísima durante varios meses.

—Chus sólo se lo contó a sus amigos íntimos, cuando le hizo falta que nosotros le ayudáramos. De manera que aparte de Chomin y yo, sólo lo saben Iñaqui Bengoa y Cherna Loigorri.

—Menos mal —me tranquilicé—. Eso significa que sólo tendré que acostarme con cuatro sinvergüenzas.

—Con tres —me corrigió el veterinario—. Hace años que al pelotari Cherna Loigorri le pegaron tal pelotazo en sus propias pelotas, que le dejaron inválido para cualquier tipo de acto sexual. De modo que Cherna no te venderá su silencio por un

polvo que no podría echarle.

—Pues algo tendré que ofrecerle para que se calle, ya que los amigos de Chus habéis demostrado que vendéis cara vuestra discreción.

—Tendrás que preguntárselo a él —sugirió el veterinario—. Quizá se conforme con una lamida.

A continuación, comprendiendo que había dicho una grosería, le echó al asunto unos adornos científicos y médicos:

—Los impotentes por traumatismo conservan su afición al coito, y son proclives al empleo de métodos orales y otras ayudas destinadas a sustituir la erección imposible.

PEDAZO 7

DESPACHÉ PRIMERO a Iñaqui Bengoa abreviando los trámites, invitándole directamente a follar conmigo con la misma condición que los otros amigos íntimos de Chus: a condición de que guardara el secreto del piso franco. Así por un lado me ahorraba el tiempo que perdía en los escarceos previos hasta llegar al catre, y por otro me ahorraba la preparación y el gasto de una merienda. Porque si el hombre se conformaba con echarme un polvo, ¿para qué iba yo a molestarme en echarle de comer?

Pese a haber acertado los trámites yendo directamente al grano, esta tercera entrega fue la más penosa. Porque puede decirse que la primera vez, con el ferretero, me pilló por sorpresa y tuvo el aliciente del estupor que me produjo tanto el descubrimiento del piso franco como las concomitancias de mi difunto con la M.A.T.A. La segunda vez, con el veterinario, debo reconocer que fue la que menos me disgustó, y prueba de ello es que estuve al borde de estallar en el primer orgasmo que pillaba después de muchos años de resignación conyugal.

Pero la tercera vez, con el jubilado Iñaqui Bengoa, fue la más lamentable que puede imaginarse. Porque el jubilado aceptó con entusiasmo mi proposición, confesándome que estaba a punto de llamarme por teléfono para proponerme lo mismo, ya que él también estaba al tanto de lo del piso franco y pensaba sacarle el correspondiente jugo. De modo que se presentó en mi casa a la hora que convinimos y lo primero que hizo, como mis dos visitantes anteriores, fue echarme mano a una teta.

Reaccioné con un rictus de mal reprimida repugnancia, aunque más que un rictus fue una mueca descarada. Porque yo había olvidado que Iñaqui Bengoa era el más repulsivo de todos los amigos de Chus. Jubilado como chupatintas estatal desde hacía varios años, podía calcularsele una edad muy próxima a los setenta años. Si a esto añadimos que su mujer estaba paralítica de cintura para abajo y no podía moverse de su silla de ruedas, veremos que esta pareja resultaba bastante repelente por diversos motivos y variados conceptos. Por si fuera poco el jubilado setentón había empezado a pudrirse por dentro, y el hedor de esa podredumbre le salía por la boca en cuanto la abría para respirar.

Esto les ocurre a todos los viejos, que aunque sigan comportándose durante algún tiempo como seres vivos, han empezado ya a morir por las zonas más recónditas de sus mondongos.

Tan cascado y maloliente encontré al Iñaqui, que tuve la esperanza de que no se le apetecería realizar el acto sexual para el que había sido convocado. Pero me equivoqué, porque al muy rijoso se le apetecía horrores.

—Aunque tendrás que trabajarme —me advirtió—; porque a mis años y con una

vida matrimonial tan particular, las cosas no salen tan fácilmente. Pero espero que no te importará sacrificarte un poco, a cambio de que no te metan en la cárcel.

Capté la velada amenaza contenida en sus palabras, y le respondí que me sacrificaría con mucho gusto con tal de darle gusto.

—Pues verás —empezó a explicarme—. Como tú sabes, mi pobre mujer lleva muchos años paralítica del medio cuerpo que se necesita para hacer el amor. Dicen las malas lenguas que el motivo de su parálisis fue haber rodado escaleras abajo a consecuencia de un empujón que yo la di, pero eso sólo podría probarlo mi propia mujer. Y como la pobre a consecuencia de la caída, además de romperse la columna vertebral perdió el uso de la palabra, ¡a ver quién es capaz de probar lo que ocurrió realmente!

Y el muy guarro soltó una risita con la que reconocía tácitamente su participación en el empujón.

—Lo que sí puedo decirte —continuó— es que, paralizada y todo, continuó sirviéndome para mis desahogos sexuales. Tuve que adiestrarla para que me sirviera, claro está, enseñándola a utilizar su mitad utilizable, que no es precisamente la más idónea para los asuntos amorosos. Pero una cavidad vaginal paralizada puede sustituirse por una cavidad bucal activa. De manera que adiestré a mi mujer en el manejo de la boca y de las manos como instrumentos productores de placer. O sea que, dicho mal y pronto, aprendió a chuparme y menearme con una delicadeza admirable. La misma que espero tendrás tú, tanto en tus dedos como en tus labios, para hacerme llegar a una meta feliz después de las necesariamente lentas manipulaciones.

Hace muchos años, antes de encerrarme en el largo paréntesis de la decadencia matrimonial, me ocurrió alguna vez tropezarme con un cliente así de viejo y así de puerco. Procuraba entonces pensar en otras cosas mientras hacía lo que se me obligaba a hacer, con lo cual la repugnancia que me producían esos toqueteos e insalivaciones desaparecía casi por completo. Llegué a tener tal dominio de mi imaginación, que convertía el avejentado miembro viril succionado a regañadientes en un succulento pirulón, superpirulí o «chupa-chups», con un sabor según me daba: unas veces a fresa, otras a limón; y algunas llegaba a tal dominio de mis resortes imaginativos, que creaba un imaginario y sofisticado sabor a «praliné». Completamente imaginario y sofisticado, ya que nunca he sabido a qué puñetas saben ni qué coño son los «pralinés».

Con el anciano y repelente Iñaqui Bengoa tuve que recurrir a este casi olvidado truco del oficio, que funcionó a medias nada más. Mi imaginación desentrenada sólo fue capaz de imaginarse que tenía entre los dientes una salchicha insípida y blandorra. Y tuve que hacer un gran esfuerzo para dominar la rabia que me impulsaba a partirla por la mitad de un fuerte mordisco.

El vejestorio tardó tanto en endurecerse, requisito previo para llegar al espectáculo de la corrida final, que tuve tiempo de meditar largamente sobre lo miserables que son las amistades humanas. ¡Los tres mejores amigos de mi marido habían abusado de mí, aprovechándose de un secreto que él les había confiado!

El cuarto no pudo abusar porque su «impitencia» —o sea la falta de reflejos en el pito— se lo impedía. Pero abusó de otro modo.

—Comprenderás —me dijo Chema Loigorri con su voz aflautada, pues el pelotazo en sus pelotas le había aflautado la voz, fenómeno que se da con frecuencia entre los eunucos y los castrados—, comprenderás, repito para que me entiendas mejor, que no puedes quedarte a vivir en esa casa, expuesta a que uno de los amigos de Chus nos vayamos de la lengua y te metan en presidio. Porque tal y como está ahora la situación en el país en general, y en el vasco en particular, el descubrimiento de un piso franco utilizado por la M.A.T.A. puede suponerte una cadena relativamente perpetua. De manera que yo te aconsejo que me dejes el piso a mí, que te pagaré por él un buen traspaso, y que te largues de Tolosa. Eres lo bastante joven aún como para poder iniciar una nueva vida en otra parte.

—Suponiendo que te hiciera caso, que a lo mejor te lo hago porque empiezo a estar harta de este pueblo, ¿qué puedo hacer con la tienda? Porque Chus, aparte del piso que está lleno de complicaciones, me dejó la tienda que está llena de comestibles.

—¡Bah! —despreció Cherna—. Ya sabes que las tiendas de comestibles sólo son un negocio cuando nadie tiene nada que comer. Pero por hacerte un favor, yo podría cargar con ella. Si por el piso pienso darte veinte mil duros de traspaso, que aceptarás encantada por la cuenta que te tiene, por la tienda podría darte otro tanto. Y doscientas mil pesetas no es mala cifra, teniendo en cuenta que además te libras de dos complicaciones a la vez.

—Lo pensaré —dije, aunque ya había pensado que el pelotari pretendería abusar de mí por un procedimiento material en lugar de sexual, pero igualmente inicuo.

—Lo siento —me presionó él—, pero tienes que pensarlo ahora mismo.

—¿Estás loco? —me indigné—. Una decisión tan decisiva no puede decidirse con tanta rapidez.

—De acuerdo —concedió Cherna—. Te doy de margen hasta mañana por la mañana para que lo pienses. Pero no te olvides que mi oferta es sumamente generosa, porque también podría denunciarte sin darte un céntimo. De modo que tienes dos caminos: aceptar mi oferta y seguir en libertad con cuarenta mil duros en el bolsillo, o rechazarla y que te enchironen para muchos años sin recibir ni una perra gorda. La decisión, como comprenderás, no se puede decir que sea dudosa.

—Deja de todos modos que lo piense hasta mañana —le rogué despidiéndome de él, pues estaba deseando librarme de la presencia de aquel canalla.

Porque Cherna Loigorri se había portado conmigo peor que nadie. Mira por dónde, pese a su impotencia, había abusado de mí más profundamente que los otros amigos de Chus. Ellos al fin y al cabo se conformaron con echarme un polvete, mientras que Cherna quería echarme de mi casa y de mi tienda.

Pensando en la decisión que debía tomar al día siguiente, aquella noche dormí mal. Y a partir de las dos de la madrugada dormí peor todavía, porque a esa hora llamaron a mi puerta con discreción y al mismo tiempo con insistencia.

Sola como estaba y deprimida por los abusos de que había sido objeto por parte de todos los amigos de mi difunto, me llevé un susto considerable pensando quién coño podría ser a aquellas horas tan intempestivas. Y después de pensarlo durante un rato sin encontrar una respuesta, me eché un ligero batín sobre el camisón y acudí a abrir la puerta.

—¿Quién es? —pregunté al abrirla.

—Gora Euzkadi —me respondió una voz desde las tinieblas de la calle.

Aunque parecía la respuesta a mi pregunta, o sea que quien llamaba a mi puerta era una señorita llamada Gora y apellidada Euzkadi, yo entendía lo bastante de política para no dejarme engañar por esas apariencias. Sabía por lo tanto que Gora Euzkadi no era el nombre y apellido de ninguna moza, sino un «viva el País Vasco» en vascuence, al que se le daba un significado subversivo e incluso revolucionario.

Me eché a temblar, como puede suponerse, ya que semejante grito a semejantes horas no podía presagiar nada bueno, e incluso intenté cerrar la puerta en las narices del que había llamado. Pero antes de que lograra mi propósito, una bota se interpuso en la abertura para impedir que la puerta se cerrara.

Un empujón posterior abrió la puerta de par en par, y por ella irrumpieron en mi casa tres individuos con los rostros cubiertos por pasamontañas, armados con sendas metralletas.

—¡Ave María Purísima! —exclamé asustada.

—Sin pecado concebida —completó devotamente el primero que había entrado, pues ya se sabe que en el Norte la fe está muy arraigada a todos los niveles.

—¿Qué desean? —balbuceé.

—¿Es usted la viuda de Jesús Elorrieta? —me preguntaron.

—Para servirles.

—Nos servirá si nos conduce al piso franco, en el que nos ocultaremos hasta que las F.O.P. terminen de peinar el sector. Ya habrá supuesto que somos un comando de la M.A.T.A.

Oír esto y entrarme un intenso tembleque, fue todo uno. Puede decirse que debido al miedo no me llegaba el camisón al cuerpo, razón por la cual la liviana bata que me había echado por encima no era suficiente para cubrir mis desnudeces. De manera que gran parte de mi muslamen y una generosa porción de mi pechuga quedaban al

alcance de los ojos y las manos de aquellos tres terroríficos terroristas.

Tres machos acosados por las fuerzas de orden público; jadeantes y sudorosos, oliendo a hombres muy hombres, o sea mal. Tres miembros viriles tensados por una larga y agitada abstinencia, dispuestos a dispararse en cuanto las circunstancias les brindaran una diana propicia.

¿Y qué diana más propicia que aquélla, o sea yo? ¿No se les había puesto a tiro una viuda apetitosa y semidesnuda, sola en su piso inmenso y sin posibilidad de pedir auxilio con éxito? ¿Qué podía importarles a tres terroríficos terroristas las lágrimas y las protestas de una pobre mujer violada?

Mirándoles de reojo a las caras, medio ocultas por los pasamontañas, observé que sus narices eran aguileñas como picos de aves de rapiña, y sus ojos tenían la mirada tan dura como penetrante. No había por lo tanto escapatoria para mí.

Resignada, sin molestarme en ocultar mis carnes turgentes y excitantes, dije al trío de machos:

—Sígueme.

Y eché a andar delante de ellos hacia el salón, por cuya chimenea se entraba en el piso franco.

Mientras avanzaba por el pasillo, oyendo detrás de mí las pisadas y las respiraciones de los tres hombres, iba yo pensando:

«De un momento a otro, los tres se arrojarán sobre mí. Y aquí mismo, sobre la moqueta de este pasillo, saciarán su hambre de mujer en mis carnes rendidas sin lucha. Porque pensándolo bien, ¿para qué voy a luchar si llevo todas las de perder? Lo más que puedo ganarme si opongo resistencia es un culatazo en la cabeza. De modo que estoy preparada para rendirme. Porque es evidente que de un momento a otro van a atacarme».

Sin embargo, pese a mis conjeturas, entré en el salón y llegué junto a la chimenea sin que ocurriera nada.

«Es raro —me dije, aunque luego encontré una explicación a este comportamiento—: ¡Claro, qué tonta soy! Esperarán a que lleguemos al piso franco, para hacerlo en el camastro que es mucho más cómodo. Como lo hicieron todos los que se llamaban amigos de Chus».

Al llegar junto a la chimenea apreté la cabeza del morillo, y les hice pasar al interior del escondrijo. Una vez dentro, dejaron las metralletas y empezaron a quitarse los cinturones en los que llevaban las municiones.

«Llegó el momento —me dije resignada—. Después de los cinturones, se quitarán los pantalones. ¡Y a follar se ha dicho, a calzón quitado!»

Pero me equivoqué una vez más, porque después de los cinturones lo que se quitaron fueron los pasamontañas que ocultaban sus rostros. Y aparecieron ante mí tal como eran en realidad: tres chicarrones del Norte curtidos por la lucha al aire libre,

con barbas y bigotes descuidados de hombres que no tienen tiempo de afeitarse.

Uno de ellos, el que parecía el jefe del comando porque era el que más hablaba, tenía el pelo demasiado rubio para que su rubiez fuera natural. Posiblemente había tenido que teñirse para disfrazarse por necesidades de la guerrilla. Los otros dos, morenos y más recios, se quitaron también las botas para aliviar sus pies de Dios sabe cuántas y cuán largas caminatas.

Quizá por vez primera desde hacía mucho tiempo se sentían a salvo en aquel escondite y podían relajarse, soltar las armas, bromear y sonreír. Se sentaron los tres estirando las piernas, para soltar todo el cansancio acumulado en sus músculos, y al contrario de lo que yo había supuesto no me hicieron ni puñetero caso.

El rubio debió de percatarse del leve cabreo que me entró al observar la indiferencia con que me trataban, pues se levantó y vino hacia mí para decirme cortésmente:

—Usted sabrá perdonamos por nuestra aparente grosería, pero llevamos una temporada de tensión continua que forzosamente nos agría el carácter. Por otra parte, además, ante usted nos comportamos con absoluta naturalidad, sin fingimientos de ninguna especie; ya que la consideramos una compañera a la que tratamos de igual a igual, pues se arriesga tanto como nosotros.

—Tanto como eso... —protesté, asustada de que me considerasen una miembro activa de la M.A.T.A.

—Tanto como eso, y más todavía —añadió el rubio con vehemencia—. Porque nosotros al fin y al cabo somos hombres, y es natural que luchemos por la causa. Pero la lucha de usted tiene más mérito, por tratarse de una pobre mujer.

—No tan pobre, majete —me ofendí, y aparté la bata que apenas me cubría para enseñar más ampliamente la muslada—. No tan pobre, que una también tiene sus riquezas.

—Sabemos que las tenía, pero todas las puso su marido a disposición de la causa. Gracias a la generosa ayuda que Jesús Elorrieta nos prestó, la M.A.T.A. pudo reanudar la lucha.

—Vamos, no exagere —volví a asustarme.

—Es la pura verdad —insistió el rubio—. ¿Por qué cree usted que las F.O.P. le asesinaron?

—No fue asesinato —rectifiqué—, sino un accidente.

—Eso fue lo que dijo la policía. Pero la bala que mató a su marido no fue una bala perdida, sino una bala muy bien dirigida que sabía perfectamente adónde iba.

—¿Es posible? —me asombré.

—Naturalmente —me explicaron—. ¿Por qué cree usted que a su marido se le enterró de tapadillo, y además en una tumba que no lleva su nombre? Para evitar que la M.A.T.A. tuviera un mártir, cosa que siempre da fuerza a los movimientos

clandestinos. Por eso en la lápida de su enterramiento no pone «Aquí yace Jesús Elorrieta, heroico “matarra” asesinado por las fuerzas de la represión», sino esta gran mentira: «Aquí yace la señorita Palmira Bergareche».

—¿Es posible? —repetí, doblemente asombrada—. Pero la policía me dijo que le sacarían de esa tumba provisional en cuanto se calmaran los ánimos.

—Por desgracia, señora, los ánimos no se calmarán nunca.

Pero desde el día de su entierro, en la tumba de «Palmira Bergareche», nunca falta un ramo de claveles frescos. Rojos, naturalmente, como la sangre vertida por los miembros de la M.A.T.A.

Tanto me emocionó esta conducta tan sensitiva e inimaginable en un grupo de terroristas, que quise corresponder a la generosidad del comando ofreciéndome para todo lo que sus hombres pudieran desear. Hice hincapié en el «para todo», aunque más propio sería decir que hice hincapierna, ya que rocé con mi muslamen a los dos morenos mientras hablaba con el rubio.

—Es usted muy amable ofreciéndose para todo —me dijo éste—, pero nosotros estimamos que todo se lo ha ofrecido ya a la causa: su marido, su casa... Sólo deseamos no molestarla durante el tiempo que permanezcamos ocultos aquí. De manera que váyase a descansar, que nosotros velaremos su sueño.

Me despidieron con exquisita corrección, y tuve que irme a dormir sin que ningún «matarra» pretendiera meterse conmigo. ¡Qué lección para los guarros que presumían de ser amigos íntimos de Chus! Tentada estuve de castigarles por haber abusado de mí, denunciándoles a aquel comando tan fino y tan amable que me admiraba tantísimo, y que parecía dispuesto a hacer cualquier cosa que yo le pidiera. Creo que si le digo al rubio: «Oiga, rubiales: tienen que cargarse a estos cuatro fulanos porque son unos traidores que han traicionado a la causa», a estas horas Chomin Aguirre, Pachi Letamendi, Iñaqui Bengoa, e incluso Cherna Loigorri, estarían criando unas malvas así de gordas. Pero una en el fondo es una blandorra que no tiene ni un pelo de asesina, y no los denuncié.

En el fondo aquel comando tan correcto y tan bien educado, con ideas tan claras, tan correctas y tan tremendas, me daba miedo. Me daba miedo también el atractivo de sus hombres, que me envolvían en sus atenciones y sus pruebas de respeto, hasta el punto de que sin darme cuenta corría el riesgo de verme metida en la M.A.T.A. como una activista de muchísimo cuidado.

Decidí por lo tanto escapar de todos aquellos liantes que empezaban a liarme, y poner pies en polvorosa para alejarme de Tolosa. Era la decisión de una cobardica, pero la verdad es que nunca tuve valor para meterme en política a defender unos ideales como los defendió Chus. Creo incluso que si en vida de mi marido llego a saber sus trapicheos con los terroristas, le habría abandonado. De modo y manera que se comprende que todos aquellos sucesos que se habían sucedido sucesivamente, me

tenían acoñonada (porque el acoñonamiento es el equivalente femenino al acojonamiento masculino).

Sólo así, por cobardía, se explica que aceptara las condiciones miserables del pelotari Cherna Loigorri. Que por cincuenta mil duros de traspaso (le dio vergüenza darme solamente cuarenta mil) se quedó con mi piso y con mi tienda.

En cuanto cobré la pasta, que dada su pequeñez era más bien una pastilla, metí en dos maletas todas mis pertenencias y salí zumbando para la estación. No le dije a Cherna que le dejaba un comando de la M.A.T.A. instalado en el piso franco, porque se había portado tan mal conmigo que allá se las arreglara él con los conflictos que le planteasen sus recién adquiridas propiedades. Tampoco advertí al comando que había traspasado la casa, porque quizá lo interpretasen como una traición por mi parte a la famosa causa, lo cual les proporcionaría motivo suficiente para fusilarme.

La verdad es que salí huyendo despavorida, antes de que se descubriera todo ese pastel confuso de las relaciones de Chus con los «matarras». Si algo se descubría a partir de aquel momento nada tendría que ver conmigo, puesto que una servidora ya no estaría en Tolosa.

En el trayecto de mi casa a la estación, empezó a llover.

Tolosa quería despedirme con la misma lluvia que caía muchos años atrás, cuando llegué para casarme con Jesús Elorrieta. Entonces me pareció que el cielo lloraba de alegría. Ahora, en cambio, me parecía que el llanto celestial estaba impregnado de tristeza.

PEDAZO 8

TOMÉ BILLETE para Madrid en el primer tren que salía de la estación, porque ahora no era como antes, que sólo salía un tren cada veinticuatro horas e ibas que chutabas. Ahora salían trenes cada dos por tres, y podías ir a donde quisieras con entera libertad. Lo mismo a Madrid que a Cáceres e incluso a Badajoz, sin que nadie te pusiera ningún impedimento ni te pidiera ningún salvoconducto.

«Pues hay que reconocer —pensé mientras subía al tren— que ésa es una ventaja que ha traído la democracia. Porque en tiempos del franquismo, en ese único tren que salía de cada estación, sólo podías ir a donde quería el régimen; que unas veces era al Valle de los Caídos y otras veces a El Ferrol del Caudillo.

»En aquellos tiempos no valía la pena viajar, porque la mayoría del personal no tenía nada que hacer en el Valle de los Caídos ni en El Ferrol del Caudillo, razón por la cual todo el mundo se quedaba en su casa oyendo las noticias de Radio Nacional.

»Los trenes además eran viejísimos y la R.E.N.F.E. garantizaba la salida, pero no la llegada. Y cuando la gente intentaba protestar, que lo intentaba más bien poco, las autoridades ferroviarias decían:

«—Hay que tener en cuenta que ha habido una guerra, y que el material está cascadísimo. De modo que salir se sale, pero llegar es mucho pedir y no hay que ser exigentes».

Me admiró el tren en el que monté, porque este modelo no existía en mis tiempos. Yo sabía que el país había evolucionado una barbaridad, pero ahora iba a tener ocasión de comprobar las evoluciones.

En lo tocante a los trenes más que una evolución había sido una revolución, porque los de ahora eran bajitos como orugas plateadas. Y no tenían locomotoras que echaran humo y resoplaran en las cuestas. Y los vagones no estaban divididos en compartimientos de seis u ocho plazas, porque era la cifra de viajeros con la que se podía charlar e intimidar en el curso de un viaje, sino que se componían de un solo compartimiento larguísimo como la cabina de un avión.

Observé que la disposición de los asientos no permitía charlar como en los trenes antiguos, en los que las butacas estaban enfrentadas para facilitar la charla. Pero la verdad es que en los trenes modernos no es necesario charlar, porque son muy rápidos y los viajes no tienen incidentes dignos de ser comentados. Llegan en punto, en menos que canta un gallo, y los viajes no tienen historia.

Yo recuerdo que en mi juventud un viaje era una aventura que se recordaba toda la vida, y por eso los compartimientos estaban dispuestos para que los viajeros cambiaran impresiones y comentaran los apasionantes incidentes que iban surgiendo a lo largo del recorrido. Para empezar, todos los ocupantes del compartimiento se presentaban y se contaban sus vidas, porque viajar era tan arriesgado que hacía a

todas las gentes muy solidarias y comunicativas.

—Yo —decía a sus compañeros de viaje un viejecito— deseo que cuando me muera me entierren con el hábito de San Francisco. Así que ya lo saben ustedes por si acaso. Porque en los viajes nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Y si a usted le ocurre lo peor, o sea que casca durante el trayecto —se preocupaba un compañero de viaje—, ¿cómo coño nos las vamos a arreglar para ponerle un hábito de San Francisco?

—Llevo el hábito en este maletín —lo mostraba el viejecito—. Y no sólo el hábito, sino todos sus accesorios. Hay que pensar en todo antes de emprender un viaje.

El diálogo era incesante, debido a que los incidentes eran frecuentísimos.

—¿Por qué hemos parado en este descampado? —preguntaba uno, sorprendido.

—Parece un descampado —explicaba un entendido—, pero en realidad es un apeadero. El dueño de la finca por la que pasa el tren es un señor feudal que tiene el derecho de trenada.

—¿Y qué derecho es ése? —inquiría otro viajero, y el entendido aclaraba:

—Así como el derecho de pernada consiste en joder a los que van a pie, el derecho de trenada consiste en joder a los que van en tren, obligándoles a parar para retrasarles y fastidiarles.

Las muy largas e interminables horas que duraba el viaje, con retraso incluido, servían para hacer amistades que duraban toda la vida y para anudar lazos sociales indisolubles. Haber pasado junto a las infinitas vicisitudes y calamidades de un viaje en ferrocarril, creaba como una especie de hermandad, como un parentesco de tercer grado, más unidor que un padrinzgo, que un tiazgo o que un cuñadazgo.

Ahora en cambio esas inefables aventuras se han terminado, pues ya dije que hoy se puede ir a todas partes sin problemas ni retrasos. El tren tradicional ha desaparecido para dejar paso a otro sistema de transporte, que ya no parece un tren sino un avión que se arrastra pegado al suelo.

De Tolosa a Madrid tardé tan pocas horas, que apenas tuve tiempo de hacerme estas consideraciones. El paso rapidísimo por las estaciones, anunciadas ahora por un altavoz en varios idiomas y no a gritos en vernáculo como antiguamente, me distrajo horrores impidiéndome pensar en lo que iba a hacer para iniciar una nueva vida.

Como viajera de los tiempos heroicos del tren, intenté entablar conversación con mi compañera de asiento, única persona del vagón con la que podía dialogar por pillarle en la plaza contigua. E inicié el diálogo en la forma tradicional, como solía hacerse antiguamente:

—¿Llevamos mucho retraso?

Esta pregunta podía hacerse desde el momento mismo de iniciar el viaje, puesto que los trenes antiguos ya llevaban el retraso desde su punto de partida. Pero mi

compañera de viaje, haciendo un gesto de no haberme comprendido, me soltó una respuesta enigmática:

—*Sorry*.

Y yo, dispuesta a dar facilidades, añadí:

—*¿Eskarrikasko?*

Nuevo *sorry* de la viajera y nuevo gesto de incompreensión.

—Es usted vasca, ¿verdad? —deduje.

Nunca fui demasiado políglota, pues no tengo las entendederas dotadas para la poliglotez, pero al fin comprendí que la fulana no era vasca, sino inglesa. Obstáculo igualmente insalvable para mí, dado que tan pez estoy en vascuence como en inglés. Pero no dejo de reconocer que de estas dos lenguas, la inglesa es un poco más útil. Y en vista de que no podía charlar con mi compañera de viaje, medité sobre la utilidad de hablar lenguas.

Precisamente ahora se pretende implantar en el País Vasco la obligatoriedad de aprender el euskera, decisión que a mí me parece un disparate bastante gordo. Porque no todos los niños tienen facilidad para aprender idiomas. Y si hay que aprender dos por narices, ¿no sería mucho más práctico que el primer idioma fuera el español, y el segundo el inglés? Si los vascos hablaran el castellano y el inglés, ¿no estarían en óptimas condiciones de andar por el mundo y de hacer a Euzkadi mucho más universal? ¿Qué se consigue en cambio con obligar a aprender el vascuence, que es una lengua tan difícil como el chino y que sólo la hablan cuatro gatos? En esto de los idiomas, creo yo, hay que sacrificar lo patriótico a lo práctico. Y a mí me parece que mil veces más práctico sería obligar en las escuelas vascas a enseñar la lengua inglesa, que no esa lengua que —con todos los respetos— es más bien un trabalenguas para ejercitar la dicción de los propensos a la tartamudez. Claro que ésa es mi opinión, y a mí no se me puede hacer caso en cuestiones lingüísticas. Pero me permito opinar que las nacionalidades deben tender a hacerse universalistas hablando los idiomas universales, y no empequeñecer su órbita de acción obligando a hablar en sus jerigonzas para andar por casa. Creo que el mundo moderno tiene que buscar el entendimiento a través de las grandes lenguas que ya existen, y no fraccionarse en más lengüecillas y lengüetas que pueden repetir la catástrofe de la Torre de Babel.

Todo esto me sugirió la presencia de una inglesa en el tren, fenómeno que antes no ocurría en los ferrocarriles nacionales. Porque ¡hay que ver lo cosmopolita que se ha puesto el país últimamente! En el mismo vagón que yo viajaban tres negros, dos indios que a lo mejor iban ya momificados porque iban envueltos en trapos, una vieja norteamericana disfrazada de mocita, y un grupo de cuarenta japoneses. Por cierto que yo a los japoneses no los dejaría entrar, porque a lo mejor, como son tan mañosos y copiones, nos copian España con su sol, su acueducto de Segovia y su Escorial, y la venden más barata a los turistas extranjeros. El único inconveniente sería que en esa

España artificial y copiada, el arroz de la paella habría que tomarlo con palillos. Pero la baratura de los precios compensaría esta incomodidad.

Cuando llego a Madrid este tren, que ni siquiera se llamaba tren como antiguamente, sino «Talgo», me encontré con otra sorpresa: la estación era tan moderna, que parecía un aeropuerto.

¡Qué diferencia entre esta estación de Chamartín y las estaciones de mis tiempos! Recuerdo que en aquella época las estaciones tenían un jefe que agitaba una banderita colorada para que salieran los trenes, aunque a veces los trenes no querían salir.

—Usted perdone —le decía un maquinista al jefe de estación—, pero tengo la locomotora que pierde vapor por un émbolo y se me sofoca muchísimo. Y hasta que no venga el locomotorero a vendarle el émbolo no podré salir.

—Yo —se encogía de hombros el jefe—, con tal de que salga un tren de cercanías para el Valle de los Caídos, y un tren de lejanías para El Ferrol del Caudillo, me doy por satisfecho.

Las estaciones de entonces eran como hangares destartados para guardar zepelines, o sea aquellos globos dirigibles en forma de puros gigantes. Aquellos hangares tenían bóvedas altísimas sin ninguna justificación, pues los trenes eran largos pero más bien bajitos.

A las bóvedas, que se planearon encristaladas, hubo que romperlas después los cristales a pedradas para permitir la salida a las humaredas que soltaban las locomotoras. Porque cuando estas humaredas no podían salir, la gente no podía entrar en la estación a coger el tren debido a que la atmósfera era tan asfixiante que no se podía respirar.

Con la rotura de las cristalerías la gente respiró y pudo coger los trenes; pero pescó unos catarros y unas pulmonías espantosas, porque las estaciones se convirtieron en los sitios más inhóspitos y con más corrientes de aire de todo el país.

Viajar en aquellos años era peligrosísimo, no sólo por el riesgo de que no saliera el tren para el sitio al que uno quería ir, sino por los peligros de muerte que se corrían permaneciendo en los andenes de las estaciones. Para paliar la mortandad por pulmonía de estos hangares inhóspitos se crearon las llamadas salas de espera; lugares tristísimos que parecían creados para organizar las capillas ardientes de los que morían en las traicioneras corrientes, que se colaban por las bóvedas sin cristales de las estaciones.

Me sorprendió por eso la estación de Chamartín con sus escaleras automáticas que le suben a uno las cuestas en un periquete, con sus tableros electrónicos donde los modestos trenecitos de cercanías tienen tratamiento de aviones transcontinentales, y con sus modernas cafeterías que nada tienen que ver con las vetustas cantinas de mis tiempos, en las que podían tomarse gaseosas «de bolita» o dudosos refrescos de zarzaparrilla.

La atmósfera de esta estación era limpia y transparente, en contraste con los humos y neblinas que enturbiaban el ambiente ferroviario de mi juventud, y que hacían llegar al viajero con la camisa sucia de hollín y los ojos llenos de carbonillas.

Pero lo que más me fascinó fue la fila de taxis libres que había a la puerta de la estación, entre los cuales el cliente podía permitirse el lujo de elegir el que más le gustara por el color y por el confort. Yo elegí un Seat embellecido por su conductor con una serie de horteradas que iban desde una bailarinita que bailoteaba colgada de una goma del espejo retrovisor, a una dramática fotografía pegada al salpicadero, en la que cinco chavales escuálidos y braquicéfalos traumatizaban permanentemente a su padre diciéndole:

«Papá: no corrás».

—Al Hotel Princesco —ordené al chófer sin vacilar, pues las vacilaciones son las que hacen parecer paletos a los forasteros.

Yo no vacilé porque deseaba alojarme en el Hotel Princesco, del que guardaba un vago pero gratísimo recuerdo. Porque en ese hotel fue donde me citó Jesús Elorrieta por vez primera, y en el que conocí al que iba a ser mi marido durante muchos y venturosos años. En el Hotel Princesco, Chus me ofreció aquel papel en una comedia que luego resultó ser un pretexto para conocerme, tratarme, y ofrecerme el matrimonio. Fue en una palabra el principio de nuestro amor, cuya historia ya conté en otro montón de papeles que escribí hace mucho tiempo.

Yo había idealizado ese hotel en mi recuerdo, y lo recordaba como el más lujoso e ideal que había visto en mi vida. Por eso me decepcioné un poco al observar que la realidad distaba mucho de parecerse a lo que había imaginado y adornado al cabo del tiempo.

PEDAZO 9

«¿PERO ES POSIBLE que esta mierdecilla sea el hotel de lujo en el que se inició el idilio con mi difunto que en paz descanse?», me dije decepcionada.

Porque aparte de los lujos que yo le había añadido con mi imaginación, el Hotel Principesco había perdido gran parte de su antigua categoría. Bien situado cuando se construyó, dejó de ser céntrico cuando a Madrid le dio por crecer en otra dirección que la prevista por el constructor y propietario del hotel. Y a medida que el crecimiento de la capital lo alejaba del centro, disminuía tanto la cantidad como la calidad de los huéspedes. Al mismo tiempo se iban deteriorando su decoración y sus instalaciones, que por la paulatina degradación de su categoría andaba escaso de recursos económicos para reponer lo deteriorado. Debido a lo cual fueron apareciendo remiendos en la tapicería de los muebles, desconchones en las paredes, y mellas tanto en la vajilla como en la cristalería.

Con el tiempo el Hotel Principesco llegó a ser como un oficial de alta graduación, que por haber sido degradado hubiera perdido todas sus estrellas. Y andaba ahora con los uniformes de sus empleados sin planchar, sucios y desgachados, con las bocamangas que fueron estrelladas conservando en la tela la huella leve de las estrellas arrancadas en la larga ceremonia de la degradación. (Párrafos así, que le salen a una tan redonditos y apañaditos, la hacen a una lamentar no haberse dedicado de lleno a la escritura).

En el vestíbulo seguía la butaca que ocupó Jesús Elorrieta cuando le conocí, aunque ahora cojeaba de una pata y tenía el respaldo reluciente de mil cabezas grasientas y casposas que se habían apoyado en él.

Como soy una sentimental de órdago, me quedé en aquel establecimiento pese a su decrepitud. Me dieron una habitación con ventana a una calle que había dejado de ser céntrica, pero que seguía siendo muy ruidosa. No obstante, la habitación conservaba la amplitud de su antiguo esplendor; pues el tamaño es una cualidad que nunca se pierde, gracias a lo cual las habitaciones no encogen por grande que sea el empobrecimiento sufrido por un negocio.

Lo peor de todo era que el Hotel Principesco no había sabido empobrecerse con dignidad, y pretendió esconder sus lacras y defectos inventándose pretendidas virtudes, entre las cuales podían citarse dos como particularmente nefastas: una de ellas era el «trato familiar», y la otra la «cocina casera». Porque el «trato familiar», por lo que pude ver, consistía en que el personal del hotel se tomaba con los huéspedes unas familiaridades excesivas. Y la «cocina casera», por lo que pude probar, era tan elemental que consistía en sopa y huevos fritos.

Esta «cocina casera» podía evitarse no entrando en el comedor a las horas de comer. No así el «trato familiar», que era inevitable por estar repartido a todas horas

por todas las dependencias del hotel.

—¿Dónde vas, hermosa? —te preguntaba con familiaridad el conserje cuando ibas a salir, tuteándote por supuesto como si fuera un miembro de tu familia, e incluso palmeándote el culo como podría palmeártelo un tío carnal.

—A donde me sale de los ovarios —podía responder una con toda naturalidad, pues la ventaja era que al «trato familiar» podía responderse también familiarmente.

Lo malo era que el personal se pasaba un poco, ya que los camareros entraban con toda familiaridad en las habitaciones sin llamar a la puerta, precisamente cuando el huésped o la huéspeda estaban en pelota viva. Y en estas ocasiones también, no dejaban de propinar los consabidos cachetitos familiares.

—Así —explicaba el gerente— conseguimos que los huéspedes se encuentran como en su propia casa.

Porque hay gente, como aquel gerente, que cree que la familiaridad consiste en tratarse con ordinariéz y grosería, y que las familias en sus casas se pasan el tiempo eructando, entrando en las habitaciones sin llamar a las puertas, y dándose palmadas en las nalgas con campechanía.

La ventaja de este inconveniente era que el «trato familiar» se regalaba gratuitamente, y no hacía subir las cuentas semanales del Hotel Principesco, cuyos precios eran módicos.

Contenta por haber escapado de Tolosa donde había corrido tantos riesgos, y sin saber todavía a ciencia cierta si la muerte de mi Chus había sido accidental o intencionada, dediqué los primeros días de mi estancia en Madrid a recorrer la capital y a recordar los lugares donde habían transcurrido mis andanzas juveniles. Pero Madrid había crecido tan monstruosamente desde que me marché, que su crecimiento dificultaba el hallazgo de los sitios que yo recordaba. Porque, por ejemplo, el pequeño bar de mis recuerdos se había convertido en una cafetería monumental. Y el bulevar por el que yo paseaba los días en que no podía trabajar por tener la regla, había desaparecido con sus bancos y sus árboles para convertirse en una calzada anchísima por la que corría un torrente de automóviles.

Madrid había dejado de ser el simpático poblachón manchego en el que yo viví, para convertirse en una capital europea incómoda y antipática. O sea que los madrileños habían salido perdiendo.

Imposible localizar las viejas señas de las calles donde residí, ya que el callejero había sufrido profundas modificaciones al pasar el país del franquismo a otro tipo de franquismo más ligero, que llamaban democracia. Antes, impecinablemente, la calle que no llevaba el nombre de un general, lo llevaba de un santo. Entre el santoral y el generalato se repartían las calles de todo el país, que al hacerse más agnóstico y vestirse de paisano sustituyó la nomenclatura por nombres más civiles y menos rimbombantes.

Con lo cual se armaba el consiguiente follón entre las direcciones de antes y las de ahora, en perjuicio del vecindario cuyas cartas tardaban más tiempo en llegar a su destino cuando no se perdían definitivamente. Porque a lo mejor la calle de «Válgame Dios», por ejemplo, había pasado a llamarse calle de «Mecachis en Diez». Y así no había manera de encontrarla.

Paseando por este Madrid irreconocible, con modernas e inimaginables calles de Pablo Iglesias, de la Constitución, de Picasso y de García Lorca, pensé que valdría la pena dar a las calles nombres definitivos e inamovibles para evitar este desbarajuste. Para lo cual habría que suprimir para siempre los nombres de personas, que son los conflictivos, y sustituirlos por nombres de cosas.

Las personas están siempre en conflicto por aquello de los cambios políticos. A Bernardino Fernández pueden honrarle hoy dando su nombre a una calle, y deshonorarle mañana quitando su nombre porque dio la vuelta la tortilla del politiquero. En cambio, la calle de la Paja, y la de la Madera, y la del Barco, y la del Sombrerete, allí siguen. Y aguantaron la Monarquía de Alfonso XIII, la República de Alcalá Zamora, la Dictadura de Franco y la Democracia de Juan Carlos. Prueba de que las únicas calles estables son las que llevan nombres de cosas. (También aguantan las que ostentan nombres de animales, como la calle del Pez, el callejón de la Ternera y la calle del León; pero los animales, por ser perecederos, son menos duraderos que las cosas).

En resumen: que yo bautizaría todas las calles de Madrid con nombres así de sencillos, bonitos y permanentes: calle del Zapato, avenida de la Botella, callejón del Calzoncillo, travesía del Armario, alameda de la Tortilla, calle del Botón, glorieta de la Bragueta, o costanilla de la Sopera. Así las ciudades permanecerían tranquilas mandara quien mandase, lo cual sería sumamente práctico para el servicio de Correos. Porque pensándolo bien, poner el nombre de un señor a una calle no deja de ser un honor muy relativo. Las calles al fin y al cabo no son más que espacios sin edificar, que se dejan entre los edificios para poder circular entre ellos. Las calles por lo tanto son una necesidad, y no un elemento decorativo que pueda honrarse llevando un nombre más o menos ilustre. O sea que es necesario dar nombres a las calles de una ciudad para facilitarles la orientación a los ciudadanos, pero sin elevar esta necesidad orientativa al rango de un honor.

Todo esto pensé en pleno cabreo por no encontrar las calles que buscaba, que habían sido cambiadas de nombre al ser barridos los personajes del régimen anterior. Chiquillada que se repite cada vez que soplan distintas ventoleras políticas.

Suponiendo que los políticos de un régimen merezcan que se les honre de algún modo, búsquese otro sistema de honrarles que no incordie al vecindario. Descúbranse placas conmemorativas en las casas donde nacieron, o háganse monumentos en el interior de algún edificio oficial. Pero nada de sacar sus nombres a las calles, que

deben seguir llamándose sencillamente calle del Zapato, avenida de la Botella y glorieta de la Bragueta. Vamos, digo yo.

Frustrado mi intento de visitar los escenarios en los que se había desarrollado mi puterío juvenil —¡hasta el Larache, que fue el «nai clú» donde me inicié, se había convertido en la sucursal de un Banco!—, empecé a pensar en mi porvenir inmediato. Los cincuenta mil duros que me había entregado el miserable Cherna Loigorri no podían durarme eternamente, y era necesario incrementarlos con algún ingreso regular.

Pensándolo bien, la vida matrimonial no me había enseñado nada que me permitiera ganarme la vida. Hay mujeres casadas que durante el matrimonio, por narices, tienen que aprender a guisar, a coser y a planchar. Pero como yo fui una casada que pertenecí a una clase acomodada, puede decirse que ni guisé, ni cosí, ni planché. Porque estos menesteres los realizaba aquella vieja asistenta que atendía por Ajum. O sea que cuando el matrimonio goza de cierto desahogo económico para pagar a alguna Ajum, lo único que tiene que hacer la esposa es follar con su marido.

Esa fue en realidad mi única misión durante el montón de años que duró mi unión con Chus, y puedo asegurar que la cumplí con mucho gusto. Pero eso no es ninguna profesión honorable de la que se pueda vivir muy ricamente. Claro que para ejercerlo hay que reunir ciertas aptitudes físicas, que excluyen automáticamente a las petardas y a los callos.

De manera que pensando que mi única salida quizá fuera volver a lanzarme a la vida, hice un examen concienzudo de las condiciones que podría reunir mi relanzamiento.

Me examiné ante el gran espejo que había en mi habitación, después de cerrar la puerta con llave para que no se colara sin llamar algún servidor aprovechándose del «trato familiar». Desnuda totalmente, analicé mi figura con ojos críticos:

«Partiendo de la base de que estoy a punto de convertirme en una cincuentona, pues nací en el año treinta, puede decirse que no estoy nada mal. Mis tejidos se conservan relativamente turgentes, aunque debo admitir que su turgencia se debe a cierto exceso de grasa que mantiene mi piel tersa, rellenando las arrugas que sin duda se me formarían si estuviera flacucha. No puede negarse que soy regordeta, aunque no he llegado todavía a la formación de michelines irreparables. Tengo el estómago con la dilatación lógica de toda dueña de tienda de comestibles, que nunca se privó de catar las existencias almacenadas en sus estanterías».

Consideraba que mis objetivos vitales habían alcanzado la cumbre con el matrimonio, y que ya no tenía necesidad de mantenerme en forma ni de guardar ninguna línea. Por fortuna la viudedad me llegó cuando aún no había alcanzado un tonelaje alarmante e irreversible, lo cual me permitiría lucir aún una silueta discreta si me metía una faja ceñidísima pero que me permitiera respirar.

Resuelto de esta forma el contorno de mi cintura, quedaba por resolver el problema de mis nalgas y mis muslos. Mis pechos no eran conflictivos, pues siempre fui mujer de teta menuda; y aunque los años habían debilitado la musculatura de sujeción, su misma pequeñez mantenía mi tetamen erguido y hasta cierto punto desafiante.

Pero mis muslos y mis nalgas, todo hay que decirlo, habían alcanzado un volumen francamente voluminoso. La vida sedentaria desarrolla estas dos zonas del cuerpo humano: las nalgas por tener el cuerpo siempre sentado, y los muslos por no andar y moverlos con pachorra.

Decidí disimular ambas zonas poniéndome faldas negras. De modo que con esta combinación de fajas y faldas, esperaba poder representar veinte años menos. O sea: de ser una cincuentona, quedarme con la apariencia de una treintona.

Entre mis muslos crecía un matorralillo piloso que también necesitaba un retoque, lo mismo que toda la pelambreira de mi cabeza. Porque en ambas zonas, principalmente en la que podríamos llamar zona sur, habían empezado a aparecer hebras de plata. Forma fina de llamar a las puñeteras canas. Y aunque las que me salían en la cabeza me las teñía de negro, que es mi color natural, las que me salían en el pubis no me atrevía a teñirlas por miedo a que el tinte me produjera picores e irritación en lo que finalmente también podríamos llamar el chichi. Pero pensando en la posibilidad de que mi chichi pudiera entrar en combate, pasando de ser un chichi retirado a ser un chichi activo, convenía darle una tonalidad más joven y combativa.

Decidí por lo tanto que, como en mis años gloriosos de combatiente para ganarme la vida, volvería a ser rubia. Totalmente rubia de pies a cabeza, incluidas las zonas intermedias de la entrepierna y los sobacos.

Dejé de ser rubia por la misma razón que dejé de ser puta: cuando me casé y decidí ser fiel a mi marido. La rubiez era algo así como mi uniforme de trabajo, y al retirarme de aquella actividad quise dejar de estar uniformada. Volver a mi morenez natural fue como el rapado de pelo para una novicia, o el cortarse la coleta para un torero.

Incapaz de encontrar en aquel Madrid crecido monstruosamente la peluquería de Gustavín, en la que antaño me teñían, busqué otra en las inmediaciones del Hotel Principesco y encontré media docena. Porque al aumentar el nivel de vida, las peluquerías de señoras habían aumentado también. No me hizo falta ser una perita en cuestiones económicas para comprender que este aumento era perfectamente lógico: al crecer la renta «per cápita», nada más natural que parte de esta renta se destinara al arreglo de la «cápita» de las señoras. Además ya se sabe que a más desarrollo de una sociedad masculina, más ocio para la femenina y más tiempo por lo tanto para lavarse y marcarse la «cápita».

La peluquería que elegí se llamaba Chez Pericón, pues ya se sabe que tanto en

materia culinaria como en materia capilaria, los verdaderos amos son los hombres. No se conciben ni un restaurante con una «chefa», ni una peluquería de señoras dirigida por una mujer.

Pericón tenía todo de «Peri» y nada de «Mari», con lo cual quiero decir (y lo digo) que era un macho cien por cien, sin el más remoto resabio de mariconería. Al decirle yo que quería teñirme de rubia, se encogió de hombros y me dijo sin rodeos:

—Allá usted, puesto que los pelos son suyos y puede hacer con ellos lo que se le antoje. Pero va usted a permitirme que le diga que la rubiez le va a sentar como a un Cristo un par de pistolas.

—¿Qué pretende dar a entender? —le pregunté desconcertada.

—Que a una morenaza tan castiza como usted, no le va nada disfrazarse de anglosajona.

—Le agradezco el piropo, suponiendo que lo haya dicho con intención de piropoarme, pero sé lo que me hago. Y me hago este teñido por motivos profesionales.

—Hay sólo una profesión que exige a las morenas teñirse de rubias, pero para ejercerla no tiene usted la edad.

—Gracias —volví a agradecerle—, pero por desgracia no soy tan joven como usted supone.

—No; si lo que yo supongo... —empezó a decir Pericón, pero se interrumpió—. Es igual. Repito que es usted muy dueña de hacer con sus pelos lo que le plazca.

Y a continuación quiso saber el tono dorado que yo deseaba aplicar a mis cabellos.

—Un tono más bien apagado —sugerí.

—Apagadísimo sugeriría yo —me replicó él, añadiendo a continuación—: el que más le va a su edad es el oro viejo.

Sólo ahora, cuando escribo este recuerdo, me percató de la ironía que encerraba esta sugerencia. ¡Pero qué cabrón era el tal Pericón! ¡Y yo en la inopia, dejando que me asesorara!

El caso es que acepté teñirme de oro viejo, tonalidad demasiado apagada para mi gusto, pero mucho más en consonancia con mi edad. Pericón se ocupó personalmente de la maniobra, que era más bien una peliobra, y creo que le gusté mucho más cuando me contempló ya terminada.

—Ahora —dijo contemplándome— parece usted verdaderamente una... una... —vaciló mientras añadía—: ¿cómo lo diría yo?

—Será mejor que no lo diga de ninguna manera —le corté temiendo que me soltara una impertinencia.

Pero yo sabía que el objetivo estaba logrado. Porque Pericón, confusamente, se sentía atraído por aquella llamativa rubia artificial que había salido de sus manos, y

que le recordaba sin duda a las mujeres escandalosas y facilonas con las que se había acostado a lo largo de su vida. Me miraba sorprendido por la metamorfosis que acababa de sufrir, y observé en su mirada algunos fugaces ramalazos de cachondez.

Como la operación de teñirme y después peinarme había durado varias horas, era ya de noche cuando terminó y el personal de la peluquería ya se había marchado a sus casas respectivas. Quedábamos únicamente en el local Pericón y yo, calientes ambos por el aire sofocante del secador, cuando yo le dije:

—Tendrá que darme en un frasquito una dosis del tinte que ha empleado en teñirme la cabeza.

—¿Para qué? —se extrañó—. Cuando el pelo le crezca, venga aquí y yo mismo le haré las raíces.

—Vendré con mucho gusto a que me las haga.

—Pues entonces, huelga el frasquito.

—No huelga —le expliqué—. Porque esa dosis que le pido es para otras zonas pilosas, que debo hacérmelas yo misma. Comprenda que no estaría bien tener el pelo de color oro viejo por la zona norte, y negro azabache por la zona sur.

Lo comprendió inmediatamente, pero me aseguró que sus tintes eran muy difíciles de manejar y que requerían para su manejo una mano experta. La mano experta era la suya, que puso gentilmente a mi disposición para aplicarme el tinte en salvas sean las partes, sobacos inclusive.

—No se si debo... —dudé haciéndome la ruborosa.

—Lo que no debe de ninguna manera es hacerlo usted sola, corriendo el riesgo de abrasarse ciertas zonas íntimas que deben ser tratadas con infinita delicadeza.

—Si se refiere usted al chichi... —le insinué bajando la vista al suelo.

—Al chichi precisamente me refiero —confirmó Pericón—. Cuando se corre el riesgo de dañar al chichi, hay que dejar a un lado el falso pudor y ponerse en manos del experto. ¿Se avergonzaría usted, por ejemplo, si tuviera que ser tratada por un especialista en ginecología? Pues piense que tiene que someterse a un tratamiento parecido, de belleza en este caso, y que soy el tocólogo que tiene que tocarla.

El razonamiento era tan convincente, que me dejé convencer con suma facilidad. La verdad es que yo quería probar hasta dónde llegaban mis poderes de seducción desde que me había preparado para esta segunda salida al mundo, como Don Quijote.

Pericón me trató con suma delicadeza, aplicándome el tinte en el pubis, o sea en los alrededores del chichi, con leve y rítmico manoseo. La suavidad de su caricia en aquella zona, tan erógena de por sí, fue surtiendo efecto. Y no había terminado de teñirme la zona púbica cuando Pericón, con asombrosa pericia, escamoteó la mano con la que me daba masaje, sustituyéndola por otra cosa con la que siguió masajeándome, pero más profundamente.

Cuando se retiró dio un toquecito final a su trabajo, peinándome el pubis con raya

enmedio, que es lo que más favorece a los pubis en general. Luego, muy profesionalmente, me puso un espejo en la entrepierna para que pudiera ver el resultado de su trabajo.

—¿Satisfecha? —me preguntó.

—Totalmente —reconocí con un suspiro, pues debo reconocer que Pericón era un peluquero muy completo, que trabajaba perfectamente en todos los sentidos y en todas las posturas.

PEDAZO 10

CHOMIN AGUIRRE, Pachi Letamendi, Iñiqui Bengoa, y por último el peluquero Pericón, me probaron con la satisfacción de sus apetitos que yo todavía estaba apetitosa.

Con estas pruebas y mi regreso a la personalidad de rubia, abandonada durante mi largo paréntesis de honestidad matrimonial, me dispuse a volver al «trotuar»; que es como llaman los franceses a lo que yo llamo «la putefacción». Porque hay evidentemente una carne «putefacta», que es la carne de las mujeres que nacen putas y que ya lo son para toda la vida. Aunque se tomen larguísimas vacaciones en el ejercicio del oficio, como me las tomé yo.

La carne putefacta nunca sale de la putefacción, o vuelve a ella después de haber salido con un fatalismo inevitable. No me pregunten por qué, pues yo sé cómo son las cosas pero no sé explicar el motivo de que sean así.

Con los pelos a punto de caramelo, ya que su nuevo color era suavemente dorado y acaramelado, me dispuse a lanzarme a la primera conquista. Elegí para la ocasión un traje muy de vestir, salpicado de lentejuelas, con unas mangas de jamón que le iban divinamente porque ya se sabe que el jamón le da mucho sabor a las lentejuelas.

Y dediqué una hora a emperifollarme, ya que de la buena presentación y de la acertada colocación de los perifollos, depende en gran medida el éxito profesional.

Mientras me emperifollaba pensé en mi juventud, cuando para salir sólo tenía que lavarme la cara con agua y jabón, pasarme un peine por la cabeza y una esponja por el chichi, y lista. En menos de dos minutos, estaba arrebatadora. Porque no hay emperifollamiento comparable a la frescura juvenil, que sustituye con ventaja a todas las cremas y maquillajes. Cuando se pierde esta frescura hay que dedicar muchas horas al arreglo personal, porque el embellecimiento se convierte entonces en una tarea minuciosa como la del camuflaje. Hay que camuflar las patas de gallo, las patas de lagarto e incluso las patas de caimán, porque envejecemos a patadas que nos propinan distintas patas.

Por suerte mi gordura, que muy pronto me obligaría a poner mis michelines en rodaje, mantenía mi piel relativamente tersa y con pocas arrugas apreciables a simple vista. Con lo cual en una horita escasa quedé muy satisfecha de los resultados que obtuve con mi acicalamiento. Contando con la nocturnidad, a cuya poca luz todos los gatos son pardos, yo podía pasar por una mujer de bandera sumamente cotizabile.

En eso confiaba cuando salí y tomé un taxi para que me condujera al Bar Pepote. Porque en mi época, y confiaba que en ésta también, el Bar Pepote era el centro de contratación más importante de ganado femenino. A Pepote acudían los tratantes más expertos del mercadillo sexual, y en Pepote se sabía la cotización exacta del mujerío. Las mejores hembras de Madrid tenían que pasar por esa especie de Bolsa para ser

cotizadas, ya que de lo contrario se quedaban en putillas insignificantes.

Se daba tanta importancia a la tasación de Pepote, que una mujer no podía cobrar ni un duro más del precio que allí la ponían. A pesar de los años transcurridos, yo recordaba el ambiente de gran lujo que reinaba en ese local. En primer lugar las paredes estaban forradas de espejos, ya que el espejo era el elemento decorativo más suntuoso de aquella época. Podría decir que el espejo era el elemento decorativo por antonomasia, que no sé lo que querrá decir pero siempre queda mono.

Encima de aquellas paredes suntuosísimas, para acentuar más aún su suntuosidad, había globitos de cristal esmerilado con una bombilla dentro, que eran la rehostia del fasto y del boato. Para colmo las mesas eran también espejos circulares, lujo hasta entonces nunca visto en los bares de la posguerra, y las butacas estaban forradas de un plástico originalísimo que se acababa de inventar.

Se comprende que sólo las mujeres muy seguras de sí mismas y conscientes de sus muchos encantos podían moverse con desenvoltura en un ambiente tan exquisito y sentarse a beber un «chinfís» u otra bebida igualmente exótica en la fila de mesas reservadas para ellas.

Estas mesas estaban colocadas encima de un estrado para que pudieran verse cómodamente desde los restantes puntos del local, ocupados por los hombres. De este modo, las hembras en oferta podían ser examinadas con todo detalle por los clientes en demanda, antes de que éstos dieran el paso decisivo de la adquisición.

—Por la rubia del turbante —la observaba un experto antes de tasarla— pueden darse cien duros. A reserva de que abra la boca y permita comprobar su edad dejándose examinar la dentadura.

—Yo me quedaría con la pelirroja de la melena suelta —comentaba un «facha» coro bigotillo hitleriano— si rebaja su precio a las cuatrocientas pesetas, que es lo que vale en realidad.

Pepote, el dueño del bar, actuaba de intermediario entre las chicas y los clientes, negociando unas veces un aumento en la tarifa en beneficio de la puta, o una reducción en beneficio del cliente. Porque Pepote gozaba de gran autoridad tanto entre las putas como entre los señoritos de la España franquista. Y es que no hay nada mejor que suministrar alcohol y sexo para que le vaya a uno pipudamente en cualquier régimen; incluso en los regímenes que se la cogen con un papel de fumar, después de haberse puesto guantes.

Las chicas que acudían al Bar Pepote eran tan famosas en Madrid como los moros que escoltaban a Franco, aunque por distintos motivos: ellas por dar la cara y ellos por dar el todo lo contrario.

Iba yo repasando estos recuerdos cuando el taxi llegó a su destino. Me abrió la portezuela el portero uniformado del Bar Pepote, o mejor dicho intentó abrírmela pero fue incapaz de accionar el picaporte. Porque los años no pasan en balde, y el

portero del Bar Pepote andaría entonces muy por encima de los ochenta. Y a esa edad no está uno para abrir puertas, sino para que se las abran a uno.

Yo recordaba al portero en sus años de plenitud, cuando su uniforme echaba chispas y relumbraba como el de un domador circense. Y un domador era en realidad el portero de Pepote, pues regulaba la entrada de fierecillas en la pista del bar y velaba por su buen comportamiento. Entonces daba gloria verle erguido sobre sus polainas de charol, regulando con gran autoridad las entradas en el bar y las salidas de las chicas con sus ligues. Ahora en cambio daba pena verle, encorvado bajo el peso de un montón de achaques, tratando de cumplir un cometido para el que ya no servía.

Si grande fue la depresión que me produjo el aspecto del portero, mayor chasco aún me llevé al entrar en el local. Porque el Bar Pepote no era ya ni sombra de lo que había sido en tiempos del franquismo. La decoración se había quedado vieja y anticuada. No sé si el polvo o el descuido cubría como una pátina los espejos de las paredes, apagando su antiguo brillo deslumbrador. Y apagado también encontré el local, como si ahora se tratara de ahorrar luz para compensar la notable reducción de la clientela. Porque la mayoría de las mesas estaba vacía, y la mayoría de los camareros estaba ociosa.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra que reinaba allí dentro, pude ver que en las mesas colocadas sobre el estrado, antaño reservadas al mujerío, había solamente dos mujeres. Fijándome mejor observé que se trataba de dos señoras mayores, que quizá habían venido acompañando a sus hijas para prostituirlas, o quizá para cobrar las cantidades que recibieran sus hijas ya prostitutas. Pero al transcurrir varios minutos sin que se reunieran con ellas las supuestas jóvenes que yo suponía en los lavabos o hablando por teléfono, comprendí que aquellas viejas habían venido solas y con la intención probable de ligar.

Esperé varios minutos más para asegurarme de que no acompañaban a nadie, y de que sus intenciones eran tan libidinosas como disparatadas. Pues aunque la clientela de Pepote había envejecido tanto como la decoración del bar, no había clientes con vejez y ceguera suficientes como para llevarse a la cama a aquella pareja de ancianas.

Era conmovedor verlas allí, pintarrajeadas como monas y arrugadas como pasas, reliquias vivientes de un pasado que ya pasó, guiñando sus ojos lacrimosos a un puñado de hombres madurísimos que ya no estaban para aquellos trotes.

Cuando ambas se percataron de mi presencia, tuvieron un movimiento como si dijéramos de repeluzno, ya que maldita la gracia que les hacía la presencia de una competidora algo más joven y mucho más apetitosa.

Para tranquilizarlas me dirigí hacia ellas con mi rostro iluminado por una sonrisa, y cuando llegué junto a las mesas que ocupaban dije en tono de disculpa:

—Perdonadme, compañeras, pero sólo vengo a informarme de cómo sigue este

negocio. Por circunstancias de la vida tuve que dejarlo durante muchos años, y por nuevas circunstancias me veo obligada a volver a él. No pretendo por lo tanto competir con vosotras, sino simplemente pedir os información.

El recelo desapareció en la actitud de las dos ancianas, y la más vieja de las dos me invitó a sentarme a su lado. Esta lamentable birria estaba teñida de rubio-platino, y llevaba un maquillaje que se parecía al que suelen llevar los payasos que hacen de listos. Porque ya se sabe que las parejas de payasos se dividen en listos y tontos, siendo los tontos quienes lucen las caracterizaciones más grotescas. Los listos en cambio se limitan a enharinarse la cara, pintándose después unas cejas muy negras y unos labios muy rojos. Así se había maquillado este vejestorio, al que sólo le faltaba el clásico gorrito cónico para parecer un «clon» auténtico.

—¿De veras no os importa que me siente a vuestro lado?

—Pues no —dijo la otra anciana, que era mucho más gorda y parecía el payaso tonto de la pareja, pues tenía la nariz muy colorada y llevaba una peluca de color zanahoria—. Pensándolo bien, puede que nos sirvas para despertar el interés de los parroquianos, que ya ni se molestan en mirarnos.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó la vieja rubiaja con pinta de bruja. Y en cuanto se lo di añadió—: ¿Me invitas a una copa? Sabrás que estas dos peticiones siguen siendo los señuelos o ganchos que empleamos para iniciar una conversación con un hombre. En esto somos muy conservadoras. Pero como hoy no se nos ha acercado ninguno... Ayer en cambio no dábamos abasto, aceptando cigarrillos y copas que nos ofrecían por doquier...

—¿Por qué mientes, Fulgencia? —reprochó la del pelo color de zanahoria—. Si esta compañera nos ha confesado que es de la profesión, no está bien que la engañes con tus mentiras.

—¿Acaso no es verdad que dos señores de Bilbao nos invitaron a champán? —replicó la rubiaja a punto de echarse a llorar.

—Pero eso no fue ayer, sino hace un mes —puntualizó la otra—. Y no nos invitaron a champán, sino a chacolí.

—¡Era champán! —porfió Fulgencia—. ¡Y además no ha pasado tanto tiempo!

—Como quieras —se encogió de hombros la gorda antes de volverse hacia mí para decirme—: La pobre no se resigna. Trata de engañarse a sí misma...

—¡Cállate! —suplicó la rubiaja lloriqueando—. ¡No era chacolí, sino champán! ... ¿Crees que si no me engañara un poco podría seguir viviendo? Cuéntale a esta compañera quien soy yo.

—Querrás decir —rectificó la otra— quién fuiste tú.

Y volviéndose de nuevo a mí, me explicó:

—Ésta fue la famosa «Pupé».

Fue tanta mi perplejidad, que permanecí un buen rato con la boca abierta. Tan

abierta, que podían verse los empastes de mis más remotos molares.

¿Sería posible que aquella birria andante fuera la ruina viviente de la célebre «Pupé»? Digo célebre y me quedo corta, pues más propio sería calificarla de celeberrima. Hubo una época en que bastaba pronunciar el nombre de la «Pupé» para levantársela al señorito más frígido.

Aquella mujer había hecho furor en la década de los cincuenta, y protagonizó el mayor escándalo del régimen franquista: ella fue la causa de que presentara la dimisión el único ministro que hizo tal cosa en los casi cuarenta años que duró la dictadura.

Porque entonces nadie dimitía. El que tenía un cargo se aferraba a él con uñas y dientes, con pelos y señales, y con piernas y brazos. O sea por todos los medios, hasta que le echaban; e incluso después de que le echasen se arrastraba por el suelo pidiendo misericordia para que le readmitiesen.

Puede imaginarse el estupor nacional que se produjo en toda la nación cuando se supo que un ministro había dimitido voluntariamente, en lugar de ser expulsado a puntapiés como era la costumbre.

—¿Qué puede haber pasado? —se preguntaba la gente haciéndose más cruces que las habituales, ya que entonces el país era tan católico que sus habitantes se pasaban los días y las noches haciéndose cruces—. ¿Qué delito habrá cometido para verse obligado a dimitir?

—Robar no ha podido ser —opinaban los expertos en política—, porque este delito es vinculante. O sea que el que roba tiene que permanecer vinculado al cargo para que no se note, pues si dimitiera todo el mundo se daría cuenta de que está tratando de escapar con lo robado. Matar tampoco habrá sido, porque una muerte mete mucho ruido y más aún si se mata a base de explosivos.

La verdad que nadie supo nunca que al ministro se le obligó a dimitir porque fue sorprendido en una cama, que no era la suya, con una mujer que no era tampoco su santa esposa. Y esas frivolidades se pagaban muy caras durante la dictadura. Más caras aún si la mujer con la cual se cometía la infidelidad, o sea el «metesaca», no sólo no pertenecía a la Sección Femenina, sino que además era puta.

Porque ser puta, que en una democracia es una profesión tan honorable como otra cualquiera, era durante el franquismo un oficio tan ilegal y perseguido como el de bruja durante la Inquisición. Y aquel ministro, sorprendido en flagrante polvo con una puta, ya no volvió a levantar ninguna de sus cabezas: ni la que tenía sobre los hombros, ni la que tenía entre las piernas.

Aquella mujer de la mala vida que le acarreó tantas desgracias fue la «Pupé», llamada así porque tenía cara de muñeca y hacía el amor a la francesa.

Al ministro, a la larga, le vino muy bien caer en desgracia a los secuaces de Franco, porque cuando Franco murió pudo decir que el franquismo le había

perseguido. Y como los motivos de la persecución no los explicó, ya que no eran muy honorables que digamos, pudo hacerse un huequecito en el partido del Centro y ser elegido diputado. Mira por dónde su persecución por motivos eróticos, favoreció su carrera por motivos políticos.

La «Pupé» adquirió con aquel escandalazo una aureola muy conveniente de mujer fatal, gracias a la cual pudo subir su tarifa. Fue durante muchos años la mujer más cara de Madrid, aunque no todos los años que ella hubiera querido. Porque en nuestra profesión, cuando se pasa de los sesenta, lo único que se hace es el ridículo.

Pagué una consumición a aquella muñeca destrozada por la vida, mientras murmuraba para mi capote:

—¡Ay «Pupé», «Pupé»! ¡Quién te ha visto y quién te ve! Y me fui del Bar Pepote, convencida de que allí no había nada que hacer.

PEDAZO 11

COMO AÚN ME QUEDABAN RESERVAS económicas suficientes para vivir sin dar golpe, y también sin dar golpes de colchón, decidí no precipitarme para no correr el riesgo de dar un paso en falso.

Si la sida madrileña había cambiado tanto como el Bar Pepote, era preferible andar con pies de plomo para no dar un traspié. Para lo cual había que ambientarse y saber los nuevos gustos del personal capitalino.

Saltaba a la vista que la gente de la capital ya no frecuentaba los bares ni los cafés, debido sin duda a la doble falta de tiempo y de aparcamiento. Ahora los bares y los cafés estaban siempre vacíos, pues el poco personal que disponía de algunos minutos para ir a tomar una copa o una infusión, los empleaba íntegramente dando vueltas infructuosas en vana búsqueda de unos metros libres en los que poder soltar el coche.

En vista de lo cual, los gustos del público se orientaron hacia otros puntos de reunión más amplios y más aparcables. Los grandes teatros, por ejemplo, se llenaban de un público que no iba a ver obras teatrales, sino a escuchar a los ídolos de la canción moderna. Ídolos que se caracterizaban curiosamente por no tener voz, aunque gesticulaban como si de veras la tuviesen.

Entre estos idolillos, pues todos eran bastante jovencillos, destacaba y ocupaba uno de los primeros puestos en la idolatría popular el gran Phalete. Poco tiempo había transcurrido desde mi llegada a Madrid cuando el gran Phalete, blandorro y regordete, tuvo otro de sus éxitos multitudinarios.

Yo asistí a este exitazo tratando de explicarme la razón de los triunfos de este idolillo, pero no encontré ninguna explicación. En mis buenos tiempos, o sea los juveniles, para atreverse a iniciar la carrera de cantante, era indispensable el requisito de tener en la garganta ese sonido llamado voz. Luego había que demostrar que se poseían otras cualidades y talentos adyacentes, pero el fundamental era ése: emitir con la laringe sonidos hermosos y bien modulados.

Nunca comprenderé por lo tanto cómo estos cantantejos modernos se atreven a lanzarse al mundo de la canción teniendo unas vocecillas rotas y atipladas, sin ninguna potencia, débiles y quebradizas hasta la ridiculez. Como la que tenía el idolatrado Phalete, ídolo capaz de abarrotar hasta un inmenso teatro de ópera.

Sí comprendí en cambio parte de los trucos que emplean para triunfar. Uno de ellos, sus sofisticados equipos electrónicos con los que dan potencia y disfrazan los sonsonetes que brotan de sus gargantas; y otro, la colaboración constante que piden al público. El primero de estos trucos puede tolerarse, pero el segundo es inadmisibile. Y yo no lo admití.

Tanta indignación me produjo, que al finalizar el presunto «concierto» de Phalete

me presenté en su camarín. No me fue fácil verle, pues estaba rodeado y protegido por una nube espesa e increíble no sólo de admiradores sino también de guardaespaldas. ¡Como si realmente las gargantas de estos pájaros fueran de oro y pudieran robárselas! ¿Habrás visto qué tupé?

Cuando la nube se disipó, que tardó más de una hora en disiparse, quedé sola frente a un Phalete tan eufórico como exhausto, sudoroso lo mismo que un boxeador que acabara de ganar una pelea a quince asaltos.

—¿Quería usted verme? —supuso el idolillo lleno de vanidad dirigiéndose a mí.

—Sí —contesté con el aplomo que me caracteriza—, pero no para lo que usted supone. Ni pretendo felicitarle, ni pedirle un autógrafo.

—No comprendo entonces a qué ha venido —se asombró.

—He venido a cobrar —le expliqué con toda tranquilidad.

—¿A cobrar? —volvió a asombrarse él—. ¿En concepto de qué?

—De colaboradora —dije muy seria—. Porque yo he colaborado con usted en tres momentos de su actuación. Supongo por lo tanto que me pagará mis intervenciones, puesto que fue usted el que me pidió que interviniera.

—¿Yo? —parpadeó Phalete, desconcertado—. Le ruego, señorita...

—Señora —rectifiqué.

—Pues explíqueme, señora, porque no acabo de comprender...

—Tampoco yo me explico que no comprenda algo que está clarísimo —dije con el desparpajo que me gasto cuando quiero—. En tres momentos de su actuación me pidió usted que le ayudara. Me lo pidió con tanta vehemencia, en un tono tan quejumbroso y suplicante que yo, pese a haber acudido a su recital como espectadora y pese a haber pagado mi entrada, cedí a su petición y le ayudé. Contó usted también con mi ayuda en las otras dos ocasiones en que fui requerida. O sea que las tres veces que solicitó mi colaboración, la obtuvo. Y esas colaboraciones, teniendo en cuenta el dineral que usted cobra, hay que pagarlas. Le presento por lo tanto mi cuenta, desglosada en las tres intervenciones para las que fui requerida:

»Primera intervención. — Pese a disponer de una orquesta bastante nutrida para que le acompañe a donde usted quiera ir, en cierto momento de su canción *Tortolita* pidió usted al público, y por lo tanto a mí que formaba parte de él, que subrayara con palmadas rítmicas el estribillo. Para subrayar este estribillo compuesto de dos estrofas, era necesario dar dos bloques de dieciséis palmadas cada uno, con la intensidad y el ritmo adecuados. Prueba de que mi colaboración contribuyó a su éxito, fue la salva de aplausos que cosechó usted al finalizar la canción *Tortolita* con sus correspondientes estribillos.

»Segunda intervención. — Antes de iniciar la composición *Te amo a pesar del bigote*, rogó usted al público, y por lo tanto a mí que formaba parte de él, que cuando usted dijera “¡Yupi!”, coreara este “¡Yupi!” con la siguiente frase: “¡Po, po, pidup!”

Dócilmente, por hacerle a usted un favor, tanto el público como yo nos dispusimos a obedecerle, arriesgándonos a que se nos considerara auténticos mentecatos con evidente retraso mental. Porque no me negará que es una verdadera mentecatez ponerse a corear a voz en cuello esta frase que no tiene ni pies ni cabeza: “¡Po, po, pidup!” Para colmo usted nos obligó a repetir la frasecita ¡quince veces!, espoleándonos para que la repitiéramos cada vez con más vigor y energía. Al terminar la canción, suponiendo que a semejante gilipollez pueda llamársele así, yo estaba sofocadísima. No sólo por la vergüenza que me había producido repetir a gritos esa frase tan mema, sino por el propio esfuerzo de gritar con la potencia que usted nos exigía.

»Si duras fueron estas dos intervenciones, por las cuales es justo que usted me pague, más dura aún fue la tercera, en la que puede decirse que intervine como solista. Recordará que mediada su actuación bajó usted al patio de butacas esgrimiendo un micrófono portátil, y se mezcló entre el público que llenaba la sala. Éste es uno de los trucos predilectos que utiliza con gran éxito, y que consiste en aproximar el micro a un espectador y obligarle a repetir la frase melódica que usted ha cantado previamente. El espectador como es lógico la repite torpemente, pues no es un cantante tan experto como usted, y su torpeza hace estallar una carcajada general que redondea el éxito del gran Phalete.

»Pues bien: yo fui una de las espectadoras a las que usted aproximó el micrófono para redondear su triunfo de esta noche. Yo fui la espectadora que hizo reír al público cuando cantó ridículamente, por orden de usted, esta frase melódica tan llena de ingenio:

»—¡Chundarata, rata, rata!... ¡Chundaratón, el ratón!

»Me consta que hice el ridículo, pero me consta que contribuí a cerrar su actuación con el broche de oro de una carcajada.

»Creo por lo tanto que mis intervenciones han sido claras e indiscutibles, y que por haber contribuido al triunfo de usted merecen que me las pague. Hay que acabar definitivamente con estos abusos que se hacen del público. Cuando un cantante exija que el público participe en su espectáculo, debe abonarle su participación. ¿Le parece justo hacerme trabajar gratis en un espectáculo que usted cobra?

—No, claro —tuvo que admitir Phalete, que había seguido mi largo y minucioso razonamiento. Y añadió burlón—: Pero no veo el modo de calcular los emolumentos que debe usted percibir.

—Pues el cálculo es muy sencillo —le ayudé—: Teniendo en cuenta que el aforo del teatro es de dos mil localidades, que usted por su actuación ha recibido medio millón de pesetas, y que yo le ayudé a cubrir ocho minutos de su programa, estimo que debe pagarme mil trescientas pesetas.

—¿Por qué? —quiso saber Phalete, que no se esperaba esta respuesta tan

concreta.

—Es el resultado de una operación aritmética cuyos factores son: cantidad total percibida por usted, masa de espectadores asistentes y número de minutos que duró mi intervención. O sea: dividiendo la cantidad por los minutos...

—¡Basta! —me cortó el idolillo echando mano a su cartera—. Aquí tiene mil trescientas pesetas, y déjeme en paz.

—Gracias —le agradecí embolsándome la pasta—. Comprenda que los espectadores estamos hartos de que las «estrellas» nos obliguen a trabajar gratuitamente en sus «chous». El que quiera palmas, o estribillos coreados, que se rasque el bolsillo.

Salí muy digna del teatro, satisfecha de haber evitado un abuso que hasta hoy se ha cometido con el público.

PEDAZO 12

PUESTA A OBSERVAR los cambios de las costumbres, observé también que la gente sólo llenaba los espectáculos que se celebraban por la tarde. O sea: que si al mismísimo Phalete se le hubiera ocurrido dar su recital en función de noche, no habría tenido personal suficiente para subrayar con palmadas sus canciones, ni para corear con frases cretinas sus estribillos. Porque la gente prefería no salir de noche, por miedo a ser asaltada por atracadores o navajeros que se habían apoderado de la calle cuando en la calle se dijo que había estallado la libertad.

—Con Franco robábamos peor —decían los ladrones muy contentos, cuando al anoecer se adueñaban de la calle y afilaban sus navajas en el bordillo de las aceras. Y nadie les llevaba la contraria, porque la calle se quedaba solitaria.

Es evidente que en las dictaduras hay menos ladrones callejeros, debido a que los castigos son más fuertes. Y como la policía dictatorial está entrenada para dar palizas a los detenidos políticos, no le cuesta ningún trabajo zurrar también de paso a los delincuentes comunes. Con lo cual a un modesto carterista, en tiempos del franquismo, podían caerle unos años de cárcel y una mano de hostias.

Ahora en cambio, con eso de la libertad democrática, ningún juez se atreve a ser demasiado severo al juzgar a un mangante por miedo a que le acusen de tirano. Por otra parte, además, los baremos que se aplican para castigar han variado notablemente, ya que ahora los móviles políticos reducen la magnitud de los delitos; hasta el punto de que si te cargas a un señor que no comulgue con tus ideas, a lo mejor te sueltan después de echarte una buena regañina.

Todo lo cual ha deteriorado las conductas y enrarecido los ambientes, hasta el extremo de que una simple salida a la calle se convierte en una arriesgada aventura. Porque el navajero llegó a ser tan frecuente en las ciudades españolas, que no podían recorrerse ni tres manzanas seguidas sin detectar algunos ejemplares sueltos, o incluso una pandilla.

Malas eran las costumbres de la dictadura, que a lo mejor cometían la exageración de fusilar a un humilde raterillo pillado con las manos en una modesta masilla; pero malas son también las excesivas tolerancias democráticas que ponen de patitas en la calle a navajeros no sólo pillados con las manos en la masa, sino incluso pillados pinchando a la masa con sus navajas.

Un poco acojonante resultaba esta situación para el ciudadano pacífico, pero el gobierno la ha resuelto aconsejándole que no se acojone; que deje de ser pacífico y que ponga en práctica medidas de autoprotección. O sea que él mismo se saque las castañas del fuego, que ya es mayorcito para pedir lloriqueando que le proteja la policía, que la policía tiene asuntos más importantes que ocuparse de proteger las carteras y los bolsos de los ciudadanos contra sustracciones y tirones.

Yo, ¡qué remedio!, decidí hacer caso de este consejo, y puse en práctica una medida de autoprotección. Que me dio excelentes resultados, como puede leerse a continuación:

Caía la tarde, cuando a punto estuvo de caérseme el pelo. Cruzaba yo una calleja bastante solitaria camino de mi hotel, cuando de pronto, ¡zas!: un hombre surgido de la penumbra como por arte de magia, me cortó el paso. Sus intenciones estaban clarísimas ya que, aparte de llevar un pañuelo que le cubría la cara hasta los ojos, lucía y relucía en su mano derecha una navaja de dimensión suficientemente aterradora.

Seguí el consejo gubernamental, que en casos semejantes recomienda no perder la calma ni la serenidad, y dejé que el navajero me apoyara la punta de su navaja en el abdomen mientras me decía:

—Esto es un atraco.

—Eso me he figurado —repliqué—. Si se ha puesto ese disfraz y no estamos en Carnaval, ¿qué otra cosa podría ser?

—Venga la pasta —me ordenó.

—Si se refiere usted al dinero... —Al dinero me refiero. Vamos, rápido.

—Lo siento, pero tendrá que esperar.

—¿Qué?... —me preguntó, desconcertado—. ¿Cómo ha dicho?

—Que aunque yo quisiera —le expliqué— no podría entregarle el dinero con toda la rapidez que usted desea.

—¿Cómo que no? —se enfadó—. Déjese de chorradas.

—No son chorradas —le aseguré con gran aplomo, mirándole a los ojos—. Se trata sencillamente de que por razones de seguridad, estoy provista de una billetera con apertura retardada.

—¿Cómo? —se sorprendió—. ¿Qué quiere decir?

—Que el sistema de los Bancos —me enrollé— es aplicable también a las personas. Y así como hay cajas fuertes con apertura retardada, hay billeteras y bolsos de señora dotados del mismo mecanismo. O sea que mi billetera se abre solamente cada cuarenta minutos. Y aunque yo quisiera abrirla en este mismo instante para complacerle, entregándole todo el dinero que guardo en ella, sería imposible: tendría que esperar más de media hora. Usted me comprende, ¿verdad?

—¡No comprendo nada! —se impacientó, y noté su impaciencia en la presión que la punta de su navaja ejercía sobre mi región abdominal, o sea la tripa—. ¡Le repito que me entregue la pasta!

—Y yo le explico que qué más quisiera yo, pero ya sabe usted lo eficientes que son estos modernos y sofisticados mecanismos de seguridad. La apertura retardada es infalible, y permite demorar la entrega del efectivo hasta que la policía haya tenido tiempo de acudir. Como acudirá seguramente antes de que transcurra la media hora

que falta para que se abra mi billetera. Pero si quiere esperar, aunque me parece que ya está llamando mucho la atención con ese pañuelo en la cara y esa navaja en la mano...

El navajero no esperó y salió zumbando, probándome que el truco es eficaz. Pienso mejorarlo poniéndome una pegatina en la solapa, para ahuyentar a los navajeros antes de que se atrevan a atacarme. Y éste será el texto de la pegatina: «Billetera con apertura retardada. Perdonen las molestias».

Aunque teniendo en cuenta que la gente es cada día más astuta y desconfiada, dudo mucho que este truco pueda servirme una segunda vez. La situación se va deteriorando no sólo a nivel local y nacional, sino a nivel mundial y universal. Recuerdo que en aquellas primeras semanas de mi llegada a Madrid, más de un día renuncié a salir a la calle. Y no sólo por temor a los navajeros, sino por miedo cerval a todas las catástrofes que ocurren en el mundo moderno todos los días.

PEDAZO 13

CATÁSTROFES IMPREVISIBLES, desencadenadas por seres catastróficos que surgen de la noche a la mañana, y logran escalar nadie sabe cómo las más altas cumbres del Poder. Como ese Jomeini por ejemplo, que ostentaba en su país el cargo de *ayatollah*, que debe de ser en el Irán una especie de Jefe Provincial del Movimiento. O sea una birria de cargo, pero al que el tal Jomeini supo sacarle mucho partido. Tanto que logró en poquísimo tiempo que su país se convirtiera, para el Sha y su familia, en «Irán pero no volverán». Y conste que yo nunca fui muy shádica; y cuando digo shádica, quiero decir que nunca fui muy partidaria del Sha. Porque la verdad es que a mí todas las monarquías me dan un poco de risa. No deja de ser chistoso que un tipo se crea superior a los demás porque, en lugar de apellidarse Pérez o García, lleve como apellido un número romano. Pero por muy chistoso que sea, no hay derecho tampoco a ensañarse como se ensañó el *ayatollah* con el Sha.

Tanto ensañamiento me produjo una viva indignación. Tan viva, que agarré pluma y papel. Y desde mi habitación del Hotel Principesco, escribí la siguiente carta:

Santísimo Señor Ayatollah Jomeini.

Teherán (Irán).

¡Jo, Jomeini!:

¡Buena la has armado, macho! ¡Conseguiste convertirte en la máxima figura de estos últimos años! Por lo menos en la más comentada por sus machadas. Machadas que contradicen tu imagen de santón musulmán. Pero es posible que la santidad musulmana sea diferente, y se llegue a ella por distintos caminos. También el uniforme de los santos difiere bastante, pues los cristianos están menos entrapajados que los ayatollahs y eso quizás influya en las diferencias de sus bondades.

Porque es natural que la obligación de llevar tantos y tan agobiantes trapos encima, en países islámicos donde la canícula revienta los termómetros, ponga de mal café al ayatollah más bondadoso. Es posible que tú, Jomeini, no tendrías reacciones tan violentas si te permitieran quitarte el montón de trapajos que te cubren y que te hacen sudar la gota gorda. Pero ¿cómo puede reaccionar un individuo, por muy ayatollah que sea, si se le condena a vivir asfixiado permanentemente dentro de un baño turco o persa, que para el caso es igual? Es natural que reaccione haciendo la santa puñeta a todos sus semejantes. Como hasta ahora se la has hecho tú al pueblo iraní, para vengarte de que te llevaran al Irán sacándote de París, donde tú vivías tan divertido y tan fresquito.

Comprendo que tu venganza te haya llevado a la persecución de todas las diversiones que tenía el pueblo que, al sacarte de París, impidió que siguieras divirtiéndote. Por eso persigues encarnizadamente la música de baile; y cierras

los casinos donde se jugaba; y lapidas a la esposa infiel que echa una cana al aire; y fusilas a las putas como yo, que cobran por las canas que echan...

Ya te he dicho, macho, que comprendo estas machadas aunque no puedo estar de acuerdo con ellas, pues los seres vengativos me parecen lo más despreciable del género humano. Pero allá tú y el pueblo iraní. Si él te tolera que le hagas esas faenas, ¿quién soy yo para meterme a criticar? En este aspecto de la cuestión, acato la no injerencia en los asuntos internos de otros países. Aunque a veces esta no injerencia propicie que se cometan genocidios gordísimos en el extranjero sin que nadie diga ni pío. Pero ésa es otra cuestión que será necesario revisar a nivel internacional, pues no parece una postura muy digna ni airosa que las naciones del mundo permanezcan cruzadas de brazos mientras en un país más o menos importante, un ayatollah cualquiera hace mangas y capirotos con lo legislado a nivel mundial en materia de derechos humanos. Admito que mientras esa revisión no se haga, las cosas deben seguir como están y tú puedes continuar haciéndole putaditas a tu pueblo sin que nadie intervenga.

Lo que no puedo admitir de ninguna manera es la putadita que le has hecho al mundo entero. Porque una putada fue, y gordísima por cierto, ponerle precio a la cabeza del Sha. ¡Y vaya precio, jo, Jomeini! El más alto que se ha puesto en toda la Historia universal a una cabeza humana, sin más mérito que el haber sido durante algunos años una testa coronada.

¿Pero qué derecho tenías tú, Jomeini del demonio (porque demoníaca fue tu ocurrencia), de ofrecer un montón de millones de dólares al que se cargara a Reza Pahlevi, alias «el Sha»?

Con esta diabólica oferta has quitado la tranquilidad a millones de seres humanos, pertenecientes a todas las razas y a todas las nacionalidades.

Porque tú sabías muy bien que todos los hombres tienen un precio cuando se les pide que cometan una maldad, y que ese precio es más alto cuanto más alta es también la honestidad del hombre. Por eso, como la maldad que tú deseas provocar es nada menos que un asesinato, pusiste un precio desorbitado por el que muchísima gente sería capaz de cargarse a su propio padre. Mucha más, por lo tanto, estaría dispuesta a asesinar a un Sha que ni le va ni le viene, porque ni es de su familia, ni le conoce personalmente.

¿Te das cuenta, ayatollah, del refinamiento de tu maldad? Con esa cifra exorbitante has conseguido que gran parte de la sociedad humana se desquicie y viva desquiciada, acariciando la posibilidad de cometer ese magnicidio tan rentable. Me consta que padres de familia rectos y honestos, incapaces de hacer daño a nadie, no han dormido durante muchas noches tratando de urdir un plan para aproximarse subrepticamente al Sha y cargárselo.

Yo he visto con mis propios ojos cómo honradísimos oficinistas,

aprovechando los abundantes ratos de ocio que se producen en sus oficinas públicas, estudian planos de las ciudades que recorre el Sha en su inútil búsqueda de un refugio en el que pueda quedarse, tratando de hincarle el diente al egregio personaje. Y he oído también, con mis propias orejas, cómo al entrar en un salón la gente enmudecía y se ponía colorada. Porque con mi entrada inoportuna, sin duda alguna, interrumpí una conversación en la que se planeaba el asesinato del Sha. Una conversación entre personas incapaces de matar una mosca, por la razón fundamental de que nadie le puso a ninguna mosca un precio exorbitante para premiar a su asesino.

¿Cómo perdonarte, jodido Jomeini, que hayas desatado la codicia de los humildes llenándoles la cabeza de ideas criminales? ¿Cómo no reprocharte que hayas sembrado la discordia en los hogares del mundo entero? Porque gracias a ti, ayatollah puñetero, hay esposas que acusan a sus maridos de cobardes por no atreverse a dar el paso que les sacaría definitivamente de la miseria.

—Si no fueras un calzonazos —dicen llenas de reproches—, harías algo para llevarte el Gran Premio del Tiro al Sha.

Y esa provocación a la fiera codiciosa que todos llevamos dentro, esa tentación de recibir tantísimos millones a cambio de cometer un solo asesinatoillo, es tu burrada más gorda que nunca podremos perdonarte. Porque hasta yo misma he llegado a pensar que quizá, con un poco de suerte y acertándole con una piedra en el coco... Yo misma también, que no tengo nada de asesina, llegué a urdir un plan muy ingenioso para pulirme al Sha y embolsarme la fabulosa recompensa. Urdí lo siguiente:

Que me deslizaba en la cama del Sha, aprovechando una noche en que Farah Diba estaba con la regla, y conseguía que se clavara en el pito un dardo envenenado que yo escondía en mi vagina.

¿Te das cuenta de lo que has hecho, Jomeini? ¡Nos convertiste a todos los seres humanos en criminales en potencia, que soñaban con cometer un crimen perfecto y abyecto! Y ésa es una cerdada de un calibre tan gordo, que no se puede perdonar. Suya afectísima:

MARÍA DEL PILAR,
viuda de Elorrieta

Me imagino que la carta llegaría a su destino porque no la envié franqueada, como se hacía en tiempos de Franco, sino juancarlada, como debe hacerse en tiempos de Juan Carlos.

Y sospecho que Jomeini la tomó en consideración, porque varias semanas después empezó a reducir la magnitud de sus burradas: en vez de fusilar a las putas, como había estado haciendo desde que llegó a Teherán, las obligaba a envolverse en los trapos de la ropa musulmana. Y así, con la calor, se iban derritiendo y muriendo

poco a poco.

Tampoco fue tan drástico en la prohibición que pesaba sobre la música de baile, pues a partir de mi carta permitió a los flautistas que tocaran la flauta para que, por lo menos, bailarían las serpientes. Algo es algo.

Por su parte, también el Sha tuvo la suerte de pescar un cáncer de garabatillo, lo cual hizo que gran parte de la gente dejara de pensar en cargárselo. Porque se suponía que *el ayatollah* retiraría la recompensa prometida, al saber que el cáncer podía hacerle el trabajito gratis.

Yo fui una de las personas que dejó de soñar con esa exorbitante cantidad de millones en cuanto me enteré de la pachuchez del Sha. ¡Buena gana de perder el tiempo urdiendo fantasías, cuando hay que urdir planes inmediatos y concretos para ganarse la vida!

PEDAZO 14

LO MALO es que yo no podía planificar mi futuro mientras en el país no se consolidara el nuevo régimen. Porque todo el personal andaba de cabeza preocupado con el cambio: unos redactando la nueva legislación, y otros obedeciendo las nuevas leyes que se habían aprobado. Y aunque había plena libertad para hablar del sexo y la jodienda tanto en los periódicos como en las revistas, la gente estaba demasiado preocupada y atareada para poder dedicarse a la vida sexual.

De aquella época son estas notas que tomé mientras los diputados legislaban sin parar, para poner el país en órbita como una democracia occidental. Lo cual demuestra que hasta las putas, en aquella época, estábamos politizadas:

Quizá por retrasar la aprobación, ineludible a la larga, de leyes tan fundamentales como pueden ser las del divorcio y el aborto, se aprobó recientemente una ley que a mi juicio era menos urgente: la de los trasplantes. O sea, como si dijéramos, la ley de los mondongos de los muertos que pueden aplicarse a los vivos para que éstos sigan funcionando. Y considero que esta ley era menos urgente, porque urge mucho más organizar la vida de los organismos vivos, que reglamentar el trasplante de los órganos cadavéricos.

Pero como de algún modo hay que distraer al personal para que no se fije en que le están dando gato por liebre, hemos aprobado la Ley de Trasplantes más avanzada de Europa. O sea que usted no puede separarse definitivamente de su costilla mientras vive, pero todas sus costillas y sus órganos adyacentes le pueden ser confiscados en cuando usted se muera.

De modo que a partir de ahora usted tendrá que contar con su cuerpo a la hora de hacer testamento, porque su cuerpo ha dejado de ser un producto perecedero que perece definitivamente en cuanto usted fallece. Su cuerpo es ahora un estuche repleto de órganos aprovechables y muy dignos de ser tomados en cuenta, de los que usted es muy dueño de disponer como le dé la gana.

O sea que puede usted distribuirlos como mejor le plazca, bien cediéndolos a instituciones benéficas, bien vendiéndolos previamente al mejor postor, o bien distribuyéndolos equitativamente entre sus herederos más necesitados.

También puede usted negarse a que sus órganos abandonen su cuerpo después de su óbito, para lo cual deberá hacer constar en su testamento que exige sea respetada su integridad visceral, y que su estuche corporal debe ser precintado y enterrado sin que nadie pueda violar sus precintos. Claro que muy egoísta tendría que ser usted para hacer esto, ya que yo soy partidaria de hacer por lo menos unas cuantas donaciones que puedan servir a mis semejantes: los ojos, los riñones, y quizá algún otro mondonguito que se pueda aprovechar. Pero conviene concretar estas donaciones en el testamento. Porque de no existir una limitación o prohibición expresas, dictadas

y firmadas por usted, corre el riesgo de ser el protagonista del siguiente

DRAMA EN UN ACTO

Protagonista: Usted, de cuerpo presente.

Personajes: Toda su familia, de luto y sumamente dolorida porque usted acaba de fallecer.

La escena representa el salón de su casa, en el que la habilidad de sus familiares ha sabido improvisar una capilla ardiente. En un pequeño túmulo, improvisado con gruesos diccionarios y tomos de esa enciclopedia que nunca falta en ninguna casa, yace usted instalado sobre una cortina de terciopelo que cubre los librotos.

Su cadáver está enmarcado por cuatro cirios que arden a su alrededor, y que justifican el nombre de «ardiente» que tiene la capilla. Le rodean todos sus familiares que rezan o lloran, según el grado de parentesco que les unía a usted, en posturas diversas: unos están arrodillados y otros en pie, pero la tristeza de todos es evidente.

Esta conmovedora escena de dolor y recogimiento es interrumpida de pronto por la irrupción multitudinaria de unos hombres ruidosos y vociferantes, que no respetan el dolorido silencio de quienes se han reunido para rezar y llorar. Son los doctores encargados de los diversos servicios de recogida de órganos para trasplantes.

Cuando los familiares de usted les piden que justifiquen su presencia, ellos dan esta explicación:

—Desde que se aprobó la Ley de Trasplantes, en cuanto se produce un fallecimiento acudimos en tropel a la casa mortuoria. Todas las ramas de la recogida de órganos se movilizan, ya que conviene pescar el cadáver cuando aún está fresquito. Como en este caso, sin ir más lejos. Antes de actuar, según marca la ley, preguntamos a la familia si el difunto dictó alguna cláusula en su testamento limitando la cesión de sus órganos o prohibiéndola por completo. Porque hay egoístas que quieren llevarse al otro mundo todas sus vísceras puestas, y hay creyentes que no quieren ceder sus ojos para ver bien a Dios y a toda la corte celestial cuando les manden al Cielo. De manera que díganos: el finado de ustedes, ¿mencionó al testar lo que debía hacerse con sus órganos?

Los familiares de usted contestan que no dictó ninguna disposición en este sentido, y los visitantes se ponen contentísimos.

—¡Albricias, albricias! —gritan alegremente—. En ese caso, podemos empezar a actuar. Porque ustedes deben saber que según la Ley de Trasplantes, de no existir una prohibición expresa hecha por el finado, se le considera donante potencial y sus órganos pueden pasar a las organizaciones correspondientes de recolección y conservación. De modo que con el permiso de ustedes, y puesto que no existe ninguna cláusula que nos lo impida...

Dicho esto, la bandada de doctores cae sobre el cadáver de usted esgrimiendo

instrumentos cortantes y punzantes. Por un momento, su cuerpo recuerda la imagen de una carroña cubierta por voraces aves de rapiña. Los familiares de usted, arrollados por estos invasores de la capilla ardiente, nada pueden hacer para detenerles. Tijeras y serruchos, punzones y bisturíes, trabajan febrilmente manejados con destreza.

Cuando al fin se retiran, cada depredador se lleva su tajada. Y los familiares de usted, con un suspiro de alivio, vuelven a agruparse alrededor del túmulo para reanudar sus rezos y sus llantos.

Pero un grito unánime de asombrado estupor brota de sus gargantas, mientras alguien pregunta estupefacto:

—¿Dónde está el finado?

Porque el túmulo está vacío. En el terciopelo que lo recubre, no se ve ni rastro de sus restos mortales. Porque ¿puede llamarse rastro a unos cuantos pelos sueltos y a unas cuantas manchitas de sangre insignificantes?

El drama termina cuando los familiares de usted, al percatarse de que los servicios de recogida de órganos se han repartido el cadáver completo, maldicen a la Ley de Trasplantes por haberles privado de un finado al que ya no pueden llorar ni enterrar. Porque si a un muerto no se le entierra, ¿cómo diablos se le llora?

Para evitar estos dramas, y repito lo que ya dije al principio, no hay que olvidarse de concretar en el testamento las tajadas que se quieren ceder. Un olvido de esta cláusula testamentaria nos expone a un despiezamiento total, con la consiguiente desaparición de nuestro cuerpecito serrano como lo que podríamos llamar «unidad cadavérica».

Esto puede ser gravísimo si llega la Resurrección de la Carne y estamos tan troceados que no hay manera de reunir nuestros trozos para que podamos resucitar. Aparte de que a nuestros familiares siempre les gusta que les dejemos algún despojo, aunque sea la carcasa —o sea un resto mortal mermado por la donación de algunos órganos—, sobre el que puedan volcar su dolor de un modo tangible. No conviene por lo tanto, resumo, convertirse por olvido en donante potencial, pues la Ley de Trasplantes puede hacernos desaparecer del mundo de los muertos.

Me alegro de que esta Ley no existiera cuando mi Chus murió víctima de una bala perdida, según unos, y de una bala bien dirigida, según otros; porque aparte de su cabeza que sufrió el impacto, su cadáver está completo y podrá resucitar si llega el caso como Dios manda. O como Dios mandará si es como dicen los católicos, y tiene planeado ese espectáculo inenarrable que será la Resurrección de la Carne.

Claro que mi Chus resucitará bajo el nombre de Palmira Bergareche, que es el que figura en la lápida de su enterramiento. Pero pensando que también resucitarán los miembros de la M.A.T.A. y las fuerzas de orden público, más vale que resucite bajo su falsa identidad para que no vuelvan a cargárselo.

PEDAZO 15

GRAN PARTE DEL INTERÉS que me tomaba por la evolución del país, era en el fondo una distracción para no enfrentarme con el problema de mi futuro. Porque yo no era tan tonta como para no darme cuenta de que las cosas no iban a serme tan fáciles como me fueron cuando me vine a Madrid por vez primera, y decidí quedarme en plan puta.

Entonces yo tenía veintipocos años, o sea menos de la mitad de los que tengo ahora calculando a ojo de buen cubero (suponiendo que la edad de una mujer pueda calcularse como la capacidad de una cuba). A mis pocos años de entonces había que quitarles casi la mitad de los kilos que peso ahora, razones de mucho peso también para que no me hiciera muchas ilusiones. Pues aunque yo procuraba hacerme la tonta, en el fondo no olvidaba que existía este «jándica», como dicen los ingleses y pronuncia Alfonso Sánchez.

El «jándica», como su nombre no indica, es la desventaja en años y kilos que tiene una mujer frente a una niña. O sea un suponer: una tía como yo que va estando cerca de convertirse en cincuenta, frente a una chavala a la que podría llamarse «veintona» por haber acabado de cumplir los veinte.

Aparte de la edad y el tonelaje, yo me percataba también de que la sociedad había sufrido una transformación profunda; más profunda aún a partir de la muerte de Franco, que marcó el principio de una nueva etapa histórica, porque el tipo tuvo que morir para que el país pudiera evolucionar.

Puede decirse, y yo lo digo, que esta nueva etapa se caracterizó por un desmadre general en todos los campos, pero principalmente en el de la jodienda. En este campo el cambio alcanzó profundidades abismales. Porque puede decirse también que con Franco, aunque estábamos más jodidos, jodíamos peor. A las profesionales se nos perseguía como si fuéramos rojas, y no teníamos ni horario laboral, ni organización sindical, ni seguridad social.

A las putas se nos consideraba poco menos que enemigas del régimen, ya que el objetivo del régimen era entrar en el cielo y sabido es que las putas estamos condenadas al infierno.

Para ser puta durante el franquismo se necesitaba tanto valor como para pertenecer a la resistencia, pues el mismo heroísmo se requería para cometer un acto de sabotaje que para protagonizar un acto sexual.

O sea que, resumiendo, las putas éramos una clase marginada, tolerada solamente por una minoría de simpatizantes y fanáticos de la jodienda. Cuando hacías la carrera nunca sabías cuál iba a ser la meta, pues lo mismo podías acabar en la cama con un señor que en la comisaría con un guardia.

Los tiempos han cambiado tanto, que nosotras hemos dejado de existir como clase social. Ya no se puede ser exclusivamente puta, pues chingar ha dejado de ser

una profesión. Ahora más o menos chinga todo quisque y toda quisca, debido a lo cual acceder a acostarse con un individuo no es ya la meta exclusiva de algunas mujeres. Quedan, eso sí, las antiguas zorras plateadas —nombre que yo doy a las putas viejas y canosas—, pero andan por ahí desperdigadas y desorientadas, tristes y convencidas de que son los últimos ejemplares de una especie a extinguir.

Porque si antes sólo tenían el sexo en la boca las que hacían el amor a la francesa, puede decirse que ahora lo tienen todas las mujeres del país, que no saben hablar de otra cosa. Puede decirse que al desaparecer con el invento de la píldora el riesgo del embarazo, el coito dejó de ser un tabú que sólo practicábamos las «coiteras» o meretrices. Y puede decirse también que con este invento, unido a la libertad mental que trajo la nueva democracia, la mujer en general se «putificó» un poco.

(«Putificarse» es un verbo inventado por mí, con permiso de la Real Academia, aplicable a la mujer estrecha y de mentalidad cerrada que decide abrirse a las ideas modernas. Con esta apertura no quiero decir que se haya vuelto puta, pero sí que se ha «putificado» ligeramente. Cambiar su estrechez medieval y dictatorial por una tolerancia moderna y democrática, es para mí una prueba de sana «putificación»).

Estas nuevas generaciones de mujeres suavemente «putificadas», impiden que prospere la «coitera» o meretriz químicamente pura; o sea la que se daba en la antigua sociedad española para alivio de reprimidos y subdesarrollados. Porque ahora muy feo hay que ser para no chingar sin pagar. Y hasta para los feísimos incapaces de ligar, hay desahogos sexuales en el cine, en el teatro y en la prensa. O sea que por muy poco dinero, estos tíos sin suerte en el ligue pueden ver de cerca las tetas, e incluso los chichis, más hermosos del país.

Progresamos tan rápidamente en educación sexual, que muy pronto veremos en las jugueterías el anuncio de un novísimo muñeco con este llamativo texto:

«¡Niña!:

»Dispones de la gama más extensa de muñecos que existe en el mercado nacional. Ya tienes a *Lloroncete*, que llora lágrimas de verdad en cuanto le das un cachete. Ya tienes a la parejita formada por *Meoncete* y *Cagoncete*, que sueltan meaditas y cagaditas auténticas en cuanto les das la comidita y la bebida.

»Para tener el lote completo, querida niña, di a tus papás que te compren la última creación de MUÑECOS JODESA: el travieso *Masturbete*, que en cuanto le frotas su pililita, se le pone erguida y durita. A continuación *Masturbete* con su manita se hará una graciosa pajita. Mientras se masturba, te dirá con su atiplada vocecita que le sale de la tripa:

»—¡Y verás cómo eyaculo si me pegas en el culo!...»

Porque también las niñas de las últimas generaciones son de una precocidad asombrosa. Si es verdad como dicen que los niños de ahora nacen con los ojos abiertos, es tanta la picardía de las niñas actuales que deben de nacer guiñando un

ojo.

Cuando empecé a darme cuenta de estas cosas me entró la neura, o sea la neurastenia, que no me entraba desde hacía muchos años. Porque me dije:

—Si sólo sirvo para puta y esa profesión ya está pasada de moda, ¿cómo puñetas me las voy a arreglar para ganarme la vida? Si en el famoso Bar Pepote sólo trabajaban dos vetustas decrépitas, ¿qué porvenir tenemos las profesionales maduras pero todavía apetitosas?

Para averiguarlo decidí visitar otro sitio de alto puteo que en mis tiempos estuvo tan de moda como el Bar Pepote: la azotea de Cristal. Lo del «alto puteo» no lo he dicho porque el establecimiento llamado Cristal estuviera instalado en un ático, sino porque allí, en las cálidas madrugadas de verano y en su terraza al aire libre, tenían lugar los ligues de más altura entre las hembras más cotizadas de la época y los machos más rumbosos de Madrid.

Yo recordaba Cristal como una gran azotea con algunos cristales sueltos, o sea con unas pocas zonas acristaladas para proteger a la clientela del fresco nocturno. El espacio estaba cubierto de mesitas, cada una con una lamparita y casi todas con una putita.

Entre las mesas quedaba espacio suficiente para que circularan los ligones, que iban de un lado a otro fijándose en las «coiteras» o meretrices para elegir la que más les conviniese.

A medida que avanzaba la madrugada, aumentaba la circulación de ligones y disminuía el número de putitas disponibles. Quedaban sólo las más feúchas y talludas, las cuales tenían que bajar sus precios si no querían perder la noche sin llevarse un cabrito a la cama. A esas horas acudían también en tropel los que yo, con mi ingenio habitual, llamaba «los saldistas»; o sea los que buscaban la oportunidad de acostarse con una mujer a precios de saldo. Porque del mismo modo que hay señoras que acuden a las rebajas de los grandes almacenes buscando gangas, hay señores que aprovechan los últimos minutos que preceden al cierre de los putódromos para tratar de echar polvejos rebajados.

Esa última media hora del Cristal de mi juventud la recuerdo perfectamente, pues la viví muchas veces con la emoción de ser «mercancía en oferta rebajada» en espera de comprador. Porque las mujeres que acudían al establecimiento eran tan despampanantes, que yo quedaba relegada a la categoría de «monilla ligable en la última media hora a precio de saldo».

Ése era el ambiente del Cristal que yo recordaba, y que resultó no tener nada que ver con el putódromo actual situado en el mismo sitio y que seguía llevando el mismo nombre.

—¿Está usted seguro de que es aquí? —pregunté al taxista que me había traído, extrañada del aspecto que tenía la casa. Porque la casa había sido modernizada de tal

modo, que no se reconocía a primera vista.

Pero no esperé la respuesta del taxista, porque sobre el portal podía leerse un cartel de letras luminosas y parpadeantes con el nombre de Cristal. Y un portero muy correcto me condujo a un ascensor encristalado, que me llevó en un periquete a la última planta del inmueble.

Al salir del ascensor, me llevé un chasco parecido al que me había llevado al entrar en el Bar Pepote. Porque tampoco el Cristal aquél tenía nada que ver con el que yo había conocido. En primer lugar ya no era una terraza al aire libre, puesto que en sucesivas reformas se le fueron añadiendo paredes y techos, hasta convertirlo en un local completamente cerrado. También las mesitas con lamparitas y putitas habían desaparecido, para dejar paso a unas mesas más grandes y más sólidas iluminadas desde el techo por una gran lámpara central.

Con estas reformas el ambiente había cambiado por completo. Al desaparecer las pequeñas lámparas sobre las pequeñas mesas, que dejaban a las pequeñas putas en una sugerente penumbra, el establecimiento adquirió un aire más frío y decente. Lo cual no deja de ser una desventaja, o un «jándica» como dicen los ingleses y lo pronuncia Alfonso Sánchez, para un Autódromo dedicado a la contratación carnal. Aunque también en este aspecto observé que Cristal había cambiado mucho. No es que hubiera solamente un par de viejas putas tan talludas como pellejudas, pero lo que sí había era algunas señoritas con más aspecto de burguesitas acomodadas que de putitas profesionales. La gran lámpara, que iluminaba cruda y decentemente hasta el último rincón, adecentaba también la catadura de la clientela transformando cada mesa, putas incluidas, en grupos familiares celebrando una boda o una primera comunión.

Decidida a informarme de cómo funcionaba actualmente el negocio más viejo del mundo, abordé a una jovencita con vaqueros que sorbía un «cubata» en una pequeña barra que había a la entrada, desde la cual se podía otear toda la sala a la caza de cabritos. Porque también observé que la técnica de esta cacería había variado, pues ahora no era la hembra la que esperaba la aproximación del macho a su mesita, sino ella la que se movía entre las mesas ocupadas por ellos para facilitar el ligue.

La jovencita de los pantalones vaqueros no pareció muy contenta con mi abordaje, e incluso lo interpretó mal.

—Vamos, señora, circule —gruñó apartando de su boca el vaso de «cubata»—. Me ha tomado el número cambiado, porque a mí no me gusta la tortilla.

—Oye, niñaata, un respeto —gruñí a mi vez—, que no va por ahí la cosa. Servidora es una profesional que se apartó hace años de este negocio, y que ahora pretende volver a él. Lo único que necesito es información para ponerme al día.

La niñaata del «cubata» me informó en tono burlón y con mucha suficiencia que «la cosa» había cambiado horrores. En primer lugar, a los sitios de postín ya no iban

las profesionales.

—Porque se han quedado «carrozas» —me explicó mirándome con un pellizco de sorna—, y es un material humano que no se ha renovado últimamente. Las profesionales como usted pertenecen a una época ya pasada, y por fortuna desaparecida. Ahora, por lo menos las que yo conozco, no son «profesionales» sino «ocasionales».

—¿Y eso qué significa? —pregunté, extrañadísima.

—Que todas tenemos una profesión seria y honorable, de la cual vivimos oficialmente. Yo, por ejemplo, soy decoradora. Usted, me imagino que en sus buenos tiempos, sólo habrá sido decorativa. Y allí está la diferencia, ¿comprende?: en la profesión oficial de cada cual. Yo soy decoradora, y otras en cambio son manicuras, enfermeras o mecanógrafas. Algunas son dependientas, bailarinas o modistas. Ninguna hace esto «profesionalmente», lo cual sería denigrante para nuestra condición femenina, sino «ocasionalmente» y por afición. O sea que somos aficionadas a hacer el amor, posición perfectamente válida dentro de la actual democracia donde todas las libertades y aficiones se admiten y respetan.

«O sea —pensé yo—, que seguís siendo putas, pero ahora sois astutas».

—Nadie puede reprochar a una decoradora como yo —continuó la niña de los vaqueros— que al terminar su jornada laboral salga en busca de una relajante gratificación sexual. Si la pareja que encuentro desea gratificarme además haciéndome un regalo, eso no le importa a nadie ni rebaja en absoluto mi categoría de mujer democrática, libre y trabajadora. Fíjese y no verá aquí ninguna profesional del antiguo régimen. O sea, empleando el lenguaje de entonces, ninguna prostituta. Todas somos chicas liberadas e independientes, en busca de un rato de expansión.

No tuve más remedio que ponerme bastante colorada porque al fijarme, efectivamente, no vi más que mujeres mucho más jóvenes que yo, vestidas con esas prendas informales que sólo la juventud puede lucir: pantalones vaqueros, blusas, cazadoras, chalecos, gorros, boinas, botas altas y bajas... Todos esos disparates estéticos que sólo sientan divinamente a las perchas que acaban de cumplir los veinte años.

La verdad es que yo no podía permitirme aquella moda tan juvenil y disparatada. Porque suponiendo que lograra meter mis caderas y mis nalgas en uno de aquellos pantalones tan ajustados, los reventaría en cuanto me doblara para sentarme.

La verdad es también que parte del bochorno que sentí se debió a que de pronto me di cuenta de que yo no iba vestida para aquel tipo de local. Porque me había vestido y acicalado para el Cristal de mis tiempos, al que acudían profesionales de la máxima categoría, pero que al fin y al cabo eran putas. Y aunque la puta se vista de seda, puta se queda. Y de seda se vestía la puta costosa de mis buenos tiempos, con gruesas capas de maquillaje, peinado historiado y collares de perlas más o menos

cultivadas.

Puede decirse que la puta costosa pretendía vestirse como las señoras decentes de la época, pero siempre se pasaba en algún detalle que delataba su verdadera condición. A veces el detalle delator era el estampado del vestido, demasiado chillón; otras el perfume, tan intenso que resultaba mareante; otras las joyas, que brillaban excesivamente para ser auténticas...

Pero también es verdad que gracias a estos leves detalles de ordinariez no se corría el riesgo de confundir a una señora decente con una puta profesional, confusión obviamente nada beneficiosa para ninguno de los dos grupos de mujeres.

Algo abochornada por mi traje de seda chillón, mis alhajas demasiado brillantes y la densa nube de perfume que me envolvía, abandoné aquel Cristal desconocido en el que sólo las jovencitas con tapaderas de profesiones honorables, se llevaban los gatos al agua y los cabritos a la cama.

Al llegar a mi habitación del Hotel Principesco me eché a llorar de rabia, pues la verdad era que las cosas se me estaban poniendo feísimas. Tanta democracia y tanta leche, y resultaba que la nueva sociedad cerraba el paso a las putas puras. Y no digamos si además de puras, eran maduras. Entonces sí que no había nada que hacer.

Se me planteaba esta pregunta para la que no encontraba respuesta: ¿Cómo coño iba a resolver mi porvenir, si precisamente la dificultad estaba en que la sociedad rechazaba mi coño?

PEDAZO 16

Y DE PRONTO, ¡zas!: surgió la idea.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Pero si era el huevo de Colón! Incluso los dos huevos, porque uno solo quedaba cojo para una idea tan cojonuda.

Vista la decadencia de la prostitución, no quedaba más camino que ése para sacarle una buena pasta al negocio carnal: en un mundo que iba dejando de ser machista debido a que las mujeres iban logrando bajarles los humos a los hombres, había que plantear el negocio desde un punto de vista feminista. O sea que si se cerraban las casas de putas, había llegado el momento de abrir las casas de putos.

A esta conclusión tan lógica se llegaba por el caminito de un razonamiento tan simple como elemental: liberada la mujer de su sometimiento al hombre, debía consolidar su liberación sometiéndole a su vez y convirtiéndole en hombre-objeto. Conseguida la igualdad de derechos, no era difícil dar un papirotazo a la balanza para inclinarla en favor de la condición femenina, y hacer que el hombre empezara a sufrir todas las injustas sumisiones que hasta ahora sufrió la mujer.

Estas chicas de ahora, fuertes e independientes, vestidas con los mismos pantalones vaqueros que los chicos y fumando los mismos «porros», pueden conseguir esta vuelta completa de la tortilla social. Porque el hombre de ahora está debilitado, y prueba de su debilidad es el montón de concesiones que ha tenido que hacer a la mujer.

Hay que aprovechar esta debilidad, insisto, para dar la vuelta a la tortilla de los sexos, y poner encima al que antes estuvo debajo. Creo que esta frase explica muy gráficamente lo que quiero decir, aunque me doy cuenta de que ya me fui por los cerros de doña Úbeda sin haber dicho concretamente lo que quería. Concretando y resumiendo: que el mundo va camino de volverse del revés, y que en un futuro no muy lejano el sexo que antes fue llamado débil pasará a ser el fuerte, y viceversa, o como se diga.

Mi idea genial fue anticiparme a ese futuro tan próximo, y empezar a explotar esa inminente supremacía femenina, proporcionando a la hembra las mismas diversiones que antaño estaban reservadas al macho. Si la mujer se ha fortalecido y el hombre se ha debilitado, ¿no es perfectamente lógico que ella sea la que tome la iniciativa en la expansión sexual?

Y así fue como monté la primera casa de putos que ha funcionado en España. Y que funcionó con la misma organización tradicional de las casas de niñas.

Como aún disponía de casi toda la pasta que me entregó el sinvergüenza del pelotari por el traspaso de mi tienda y de mi piso, empecé por alquilar un chalé destartalado en las afueras de Madrid. Las afueras del Madrid actual, dado que el perímetro de la capital había aumentado monstruosamente, quedaba muy cerca de

Alcalá de Henares. O por lo menos eso me parecía a mí. Fue por lo tanto un chalé que se construyó en un término municipal de las cercanías, el que yo alquilé cuando ya pertenecía a un suburbio madrileño.

En el suburbio se mezclaban los restos de lo que había sido en su época un barrio residencial, con las naves y las fábricas de lo que había empezado a ser una zona industrial.

Era un emplazamiento perfecto para mi negocio, pues por un lado disfrutaba de la tranquilidad de las afueras, y por el otro no estaban lejos de concentraciones industriales que podrían nutrir la plantilla de prostitutas. Porque era en la clase obrera, viril y mal pagada, donde yo pensaba reclutar el material humano para mi establecimiento.

Del mismo modo que la prostitución femenina se nutrió de las fábricas que pagaban salarios ínfimos, la prostitución masculina tenía que salir también de las clases bajas descontentas con sus ingresos. Y a base de ese descontento fui formando la plantilla de «niños» que trabajaron en el chalé.

Villa Mancebo, nombre que le puse en la verja de entrada con letras doradas, tenía dos plantas y siete habitaciones en total, de las cuales seis las transformé en alcobas. La séptima, que era también la más amplia, la convertí en ese salón que nunca debe faltar en las mancebías, y en el cual se reunían mis mancebos para exhibirse ante la clientela.

Porque como ya dije, organicé Villa Mancebo copiando exactamente la organización de un burdel normal. O sea que en primer lugar se presentaba el «ganado» en el salón para que la clientela eligiese, y una vez hecha la elección la pareja formada por la electora y el elegido se retiraba a una de las alcobas, en la que permanecía durante el tiempo contratado.

Porque había ansiosas que no se conformaban con que las echasen un solo polvete, y pagaban por anticipado dos o tres. Y en esos casos, contando con los intermedios para la recuperación del macho, la ocupación de la alcoba era mucho más larga. Así estaba organizada la cosa: Previamente la dienta abonaba en caja el importe del servicio, y a cambio de su abono recibía un número de fichas igual al número de polvos que había pagado. Si el «niño» no cumplía por cualquier circunstancia, bien porque no estuviera en forma o bien por haber tenido una jornada de desgaste excesivo, la dienta devolvía en caja las fichas no consumidas y recuperaba su importe. Podían contratarse también noches completas, a las que yo aplicaba una tarifa especial que salía al mismo precio que cuatro polvos sueltos.

Como yo había supuesto, la «casa de niños» tuvo un gran éxito desde el primer día de su apertura. Como yo había supuesto también, las mujeres habían alcanzado el suficiente grado de emancipación como para permitirse el lujo de estas expansiones eróticas: Sobre todo las mujeres de izquierdas, pues la verdad es que las derechistas

seguían aprisionadas por sus cadenas tanto morales como supersticiosas, y no aparecían por aquel lugar que calificaban de «antro inmoral de depravación y pecado».

Pero como afortunadamente para mí el país era cada día más izquierdista, la clientela iba siendo también más numerosa. Porque hasta mentira parece la rapidez con que España se ha desbeatificado. (Quizá no exista el verbo «desbeatificar», pero yo lo uso en el sentido de «disminución del número de beatas»). Porque no hace ni diez años siquiera que el país era un auténtico obispero. Están próximos aún los años en que, en algunos pueblos del Norte, se veían por las calles tantas faldas de mujer como sotanas de cura. Y en cambio ahora, se está pensando muy seriamente en convertir los lujosos seminarios vacíos, en hoteles de «cinco hisopos». Ahora también el personal se jacta de ser agnóstico, y los templos reúnen a duras penas el número de fieles para que la misa dominical no resulte desairada.

La desbeatificación del país va tan rápida, que muchos párrocos están pensando en vender sus iglesias a Galerías Preciados o El Corte Inglés, por ser los templos locales amplios y aptos para acoplar en ellos las instalaciones de unos grandes almacenes.

Ya dije antes, y lo repito ahora, que a mí me vino muy requetebién este giro a la izquierda del personal, pues las masas izquierdistas no se la cogen con un papel de fumar y dejan a la gente en libertad de divertirse a sus anchas. Porque no parece que la izquierda esté muy convencida de que hay otra vida después de ésta. Y no creyendo en esto a pies juntillas, resulta bastante idiota prohibir las diversiones y el cachondeo en este mundo para ganar una plaza en el otro.

La verdad es que las mujeres, sin duda para desquitarse de un larguísimo pasado en el que lo pasaron fatal, se lanzaron con verdadero entusiasmo a la diversión erótica que yo les ofrecía. Diversión sana y limpia, pues mis chicos eran sanísimos y limpiísimos. Ya dije que los busqué principalmente entre la clase trabajadora, pues del mismo modo que había desaparecido la puta profesional, también estaba mal visto el puto profesional o «gigoló».

Porque lo cierto es que el «gigoló» había pasado de moda. Vivir exclusivamente de follar, era un tipo de chulería que las mujeres rechazaban. No en balde nosotras somos más imaginativas, y exigimos que el hombre que nos folla tenga alguna personalidad. El follador que se nos pone encima y «tacatá», no nos dice na. Por bien que lo haga nos deja frías, debido a lo siguiente: a nosotras el placer no nos entra solamente por la vagina en forma de pene, sino también por las orejas en forma de palabras bonitas mordisqueadas en un susurro.

O sea que las mujeres en general, salvo raras excepciones que entran en el campo de la ninfomanía, llegamos al orgasmo más por convicción que por simple fricción. Por eso en la plantilla de Villa Mancebo deseché al puto profesional capaz de

endurecerse y friccionar durante largo rato; y elegí al hombre capaz de poner en sus palabras un poco de ilusión complementaria, para desencadenar en la clientela el dulce fenómeno orgásmico.

PEDAZO 17

LA PLANTILLA de Villa Mancebo se componía de cuatro jóvenes fijos que dormían en la casa, y de seis maduros eventuales que no estaban en nómina a los que se avisaba cuando la clientela los requería.

Los cuatro jóvenes eran solteros y sin compromiso. Dos de ellos menores de edad, pues no habían cumplido todavía los dieciocho años. De los dos restantes uno acababa de hacer el servicio militar, y otro no lo haría jamás porque era subnormal.

(Nunca he comprendido por qué la subnormalidad exime de hacer la «mili», cuando debería ser el motivo para todo lo contrario: en lugar de eximirle, duplicarle la ración. Porque a mí me parece que el subnormal tiene más madera de soldado que el joven corriente, moliente e inteligente. Sólo al subnormal puede dársele una orden estúpida con la seguridad de que la obedecerá sin discutir su estupidez. Y como en todos los ejércitos hay sargentos tan brutos que dan unas órdenes tan cretinas...)

El caso es que a mí me vino bien que a Federico *el Babas* le declararan inútil total por subnormal, porque dispuse de un mozo que acababa de cumplir los veintiún años y que estaba por lo tanto en el cogollo de la plenitud sexual. Aunque las tías le gustaban a rabiar, su subnormalidad le hacía sentirse junto a ellas como un niño pequeño al lado de su mamá. Este sentimiento sólo le surgía después de haber aplacado con ellas su apetito sexual, lo que venía a ser para la clientela como la miel sobre la hojuela: ¡después de ser folladas por la vía natural, ser amadas por la vía maternal! Es mucho más de lo que puede esperarse de un amor pagado a tanto el polvo.

Federico tenía mucho éxito y era muy solicitado por la clientela, sobre todo por las mujeres más sensibles y con más acusado sentido maternal. Su excesiva secreción salivar, de la que le venía el remoquete de *el Babas*, no sólo no le perjudicaba sino que favorecía su apariencia infantil. Porque sabido es que la infancia en general es más bien babosa, y que los años infantiles son más bien húmedos y babeantes. Y es posible que estas mujeres con sentimientos maternales, experimentaran un placer morboso limpiándole las babitas a un nene zangolotino que acababa de follárselas.

Tengo que admitir esta posibilidad, aunque no sea partidaria de estas aberraciones ni de estas porquerías, pues a mí me gusta la vida sexual sana y follar como Dios manda (suponiendo que Dios mande follar). Pero allá cada cuala con sus manías, y no hay más remedio que jorobarse si a una le sale un chocho loco.

El fijo de más edad en la casa era Matías *el Guripa*, apodado así porque del servicio militar, pese a haberlo terminado, le habían quedado unos pantalones del uniforme a los que tenía muchísimo cariño y que sólo se quitaba para trabajar.

Matías acababa de cumplir los veintitrés años, y estaba como un tren de mercancías. Con lo cual quiero decir que era muy guapo, pero también muy

ordinario. Se le notaba que la «mili» acababa de hacerla en África con los moros, pues no había forma de convencerle para que chingara en la postura normal, o sea con la mujer debajo y el culo al aire.

—Pero Matías —indagaba yo—. ¿Puede saberse por qué no chingas en la postura más ortodoxa que tiene la chingadura?

Pero Matías erre que erre: seguía chingando con la mujer encima y el culo contra el colchón. Supe al fin que esta costumbre la había adquirido en tierras africanas, donde es frecuente que los moros ataquen por la retaguardia cuando uno está chingando tan a gusto. Y así, los muy mariconazos, convierten al follador en follado.

Aparte de esta precaución de proteger el culo propio contra posibles ataques morunos, *el Guripa* era simpático dentro de su ordinariéz y tenía una clientela bastante numerosa. Sobre todo entre las mujeres que prefieren estar encima, porque debajo sufren de claustrofobia y se sienten humilladas bajo el peso del macho.

A los dos menores que fiché les llamaban respectivamente Filo y Milo, pues aparte de que tenían entre sí casi tanto parecido físico como las ya viejas Pili y Mili, el nombre completo del primero era Filomeno y el del segundo Camilo.

Filo trabajaba durante el día como aprendiz en una fábrica de galletas que no quedaba lejos de Villa Mancebo, lo cual le permitía estar a disposición de la clientela desde las siete de la tarde hasta las cuatro de la mañana, pues a los chavales tan jóvenes les basta con dormir tres horas para recuperarse de tres polvos. Filo además se sobrealimentaba en la fábrica, ya que estaba en la cadena de empaquetamiento que hacía los paquetes de treinta galletas, y nadie se percató jamás de que sólo empaquetaba veintinueve.

Teniendo en cuenta que en la cadena de empaquetamiento se hacían diariamente centenares de paquetes, puede suponerse que la sobrealimentación de Filo llegaba todos los días al borde de la indigestión. De modo que el desgaste que sufría en su pluriempleo fuera de la fábrica, le ayudaba a eliminar los excedentes de galletas almacenados en su estómago.

Milo, el cuarto hijo de la plantilla, era durante el día repartidor de una importante tienda de flores. Aunque físicamente no valía nada, pues además de ser menudito y agitanado toda la fuerza se le iba por la paja, no vacilé en ficharle como «relaciones públicas» de Villa Mancebo. Era sin lugar a dudas el mozuelo idóneo para este cargo, ya que su puesto de repartidor en la florería era el ideal para anunciarme entre la clientela potencial que me interesaba.

Porque generalmente las destinatarias de las flores que Milo se encargaba de entregar a domicilio, eran mujeres jóvenes y cachondas con las cuales los hombres tenían atenciones florales por dos motivos fundamentales: bien a posteriori para agradecer los favores que de ellas habían recibido, o bien a priori para tratar de obtener esos favores. En ambos casos era evidente que las destinatarias poseían un

alto grado de cachondez, cualidad que las predisponía a ser clientes potenciales de Villa Mancebo.

Milo, al entregar cada encargo de la florería, deslizaba en cada ramo o en cada cesta de flores una tarjeta con las señas de mi negocio y unas cuantas frases de discretísima publicidad:

«Masajes vaginales a cargo de apuestos caballeros».

«Usted deje su cuerpo en completo relax, y nuestros expertos harán todo lo demás».

«Discreción absoluta y satisfacción total...»

De cada diez tarjetas distribuidas por Milo, cuatro dieron resultado positivo. Mantuve por lo tanto a Milo en el cargo de «relaciones públicas», ya que un cuarenta por ciento de éxitos es un porcentaje muy satisfactorio.

PEDAZO 18

APARTE DE LOS JÓVENES FIJOS, contaba con media docena de señores eventuales a los que avisaba por teléfono cuando me surgía una clienta caprichosa y exigente, dispuesta a gastarse una pasta para satisfacer sus exigencias y caprichos.

Estos seis individuos cobraban por actuaciones o sesiones, y no por sueldo mensual como los fijos. Y aunque por cada actuación o sesión se llevaban buenos duros, yo podía disponer de señores con mucha categoría que prestigiaban mi negocio sin desnivelar mi presupuesto.

Elegí a estos jodedores eventuales entre las profesiones más variadas y llamativas, procurando que tuvieran cierto nombre e incluso renombre dentro de lo suyo. Este equipo volandero estaba formado por un escritor, un actor, un *playboy*, un pintor, un travestí y un profesor.

El escritor había sido muy famoso durante la dictadura, pero al morir Franco cambiaron bruscamente los gustos de los lectores y sus libros dejaron de venderse.

—De la noche a la mañana —me contó el escritor Ramiro de Carrizosa, cuando aceptó el puesto que le propuse—. Si no fuera porque parece una frase nacional-sindicalista, diría que sufrí una caída vertical. Con el cambio político o el desmadre democrático, llámalo como quieras, el público dio una voltereta para sumirse en lecturas totalmente nuevas. Pasé de moda de golpe y porrazo. Lo noté en las tertulias que había frecuentado y en las que ya no se me escuchaba con el mismo respeto. Había ingenios más jóvenes, más frescos, más ágiles y vivaces que el mío, los cuales despuntaban con una audacia y una brillantez inauditas.

»Eran escritores noveles que apenas habían escrito su primer libro, pero que empleaban un idioma desconocido para mí, lleno de expresiones de un argot novísimo que acababa de saltar a las calles.

»Percibía que ya no estaba de moda porque los periodistas, que antes me asediaban por teléfono suplicándome que les concediera entrevistas, dejaron de telefonarme. Y mi esperanzada pregunta cuando volvía a mi casa:

»—¿Me ha llamado alguien?

»Recibía siempre la misma respuesta:

»—Nadie.

»¿Querrás creer que mi mano empezó a temblar cuando la metía en el buzón del portal? Porque el montoncillo de cartas era cada día más leve, y se componía principalmente de esos folletos publicitarios que se dejan en todos los buzones.

»Mi editor acaba de decirme que el año próximo no me renovará el contrato del cual vivo, pues mis libros han dejado de venderse tan espectacularmente como antes se vendían. He pasado de ser un *best-seller* a ser un petardo. Acepto por lo tanto el puesto de jodedor que me ofreces, pues necesito sobrevivir.

Gracias a que había pasado de moda pude fichar a Ramiro Carrizosa por una cantidad muy razonable, que sólo tendría que abonarle cuando le telefonara para una actuación especial. Y aunque como él mismo confesaba sus libros se vendían muy poco, su nombre todavía sonaba bastante. Y no faltaban señoras cursis que se corrían de gusto sólo de pensar que iban a ser montadas por un escritor que fue célebre. El grado de celebridad las traía sin cuidado, ya que la mayoría de las señoras del país son casi analfabetas, o por lo menos muy poco alfabetas, y lo único que saben de la literatura nacional es el nombre de algunos autores; aunque sin conocer sus obras ni calibrar sus méritos.

De manera que Ramiro Carrizosa satisfacía plenamente a las frías que sólo se calentaban al pensar que estaban follando con un intelectual. Porque a partir de ciertos niveles situados a bastante altura, aumenta la frigidez femenina. Y son muchas las señoras que necesitan barajar en el cerebro una serie de estimulantes psíquicos para correrse.

Otro de mis fichajes, con el que podía contar una vez al mes, era el famoso actor Dionisio de Juliá. Sólo lo utilizaba en una sesión mensual porque el hombre ya no estaba para muchos trotes, y menos aún para ciertos galopes.

El caso es que para la edad que tenía no se conservaba mal, aunque para su conservación se veía obligado a hacer grandes sacrificios. Uno de ellos, el de sumergirse todas las noches en un baño de formo], que tan bueno es para conservar los tejidos muertos y no digamos los moribundos.

Porque Dionisio de Juliá debutó en el cine cuando las películas españolas no eran todavía rematadamente malas, ya que por ser mudas los intérpretes no estaban obligados a decir chorradas. Por desgracia el cine sonoro comenzó a desarrollarse en nuestro país muy poco antes de que el franquismo ganara la guerra, con lo cual todas las películas que se hicieron fueron bélicas y en ellas los buenos eran siempre los franquistas.

Puede decirse que durante todos los años que duró la dictadura, todas las películas de este tipo fueron protagonizadas por Dionisio de Juliá, que dentro de estos papeles se sentía como el pez en el agua. Puede decirse también que en el cine recorrió todo el escalafón del Ejército, desde alférez provisional a capitán general. Y tanto entusiasmo ponía en sus interpretaciones de oficiales y jefes franquistas, que la gente le cambió el nombre: en lugar de llamarle Dionisio de Juliá, le llamaban *Dieciocho de Julio*.

Era tan carca que hasta se decía que sus meadas, en lugar de amarillas, eran azules, Pero a pesar de su carquez, las mujeres seguían ansiosas de acostarse con él, pues no hay nada que prestigie tanto a un individuo como haber aparecido con asiduidad en muchas películas.

Era una lástima que sólo pudiese disponer del actor una vez al mes, porque tenía

clientela para cubrir todos los días. Pero quise forzar la máquina para arrancarle más intervenciones, y a punto estuve de matar a aquel gallo de los polvos de oro. Porque al pretender y conseguir que echara un segundo polvejo sin que hubiera transcurrido el mes completo de recuperación que necesitaba para reponer los preciosos líquidos perdidos en el orgasmo anterior, a punto estuvo de desencuadernarse al darle el más fuerte de todos los patatuses.

De manera que tuve que conformarme con el polvo mensual, y administrarlo muy bien. Decidí que acostarse con *Dieciocho de Julio* fuera algo así como un premio a las dieras que se hubieran gastado más pasta en el establecimiento durante el mes. Una atención delicada que fue muy bien recibida por la clientela.

El tercer componente del equipo extraordinario que completaba los servicios de la casa, era un travestí que cacé en un «clu» donde había un «chou» de maricones. Pero el travestí de maricón nada, monada, pues tener el talento de disfrazarse de mujer no significa ser necesariamente de la piompa.

El transformista es un artista al que le da por el disfraz, pero que en cambio no le da por el culo. Lo mismo que a otro artista puede darle por cantar o bailar, o por tocar la guitarra e incluso la bandurria.

Otros había en el «chou» del «clu» que eran mariconazos perdidos, y que incluso se inyectaban hormonas para echar tetamen y se amputaban la pilila para pasar por tías de verdad. Pero Severino Cremades no hacía ninguna de esas guarrerías porque él estaba muy contento de ser un tío, aunque disfrutara horrores disfrazándose de tía.

Tan hábilmente se disfrazaba y tanto talento tenía para imitar acentos y voces de otras artistas, que hasta las madres de esas artistas que él imitaba se confundían muchas veces y creían que estaban viendo a sus propias hijas. Pero al final se llevaban un chasco al comprobar que no eran sus propias hijas, sino Severino Cremades en una de sus inigualables imitaciones.

Yo utilizaba a Severino para complacer a un tipo de clientela difícil y bastante retorcida. O sea señoras que inicialmente estaban dispuestas a acostarse con otras señoras famosas, como por ejemplo Rocío Jurado, Sara Montiel o Lola Flores, pero cuyo lesbianismo era sólo superficial. O sea que preferían que a la celebridad con la que se habían acostado, le brotara de pronto un inesperado cipote con el que pudieran pasar el resto de la noche dale que te pego.

Nadie mejor que Severino Cremades para ocuparse de estas falsas lesbianas, pues aunque él quedaba muy bien en la fase inicial disfrazado de artista conocida, quedaba mucho mejor cuando exhibía su verdadero sexo e iniciaba la fase del dale que te pego.

El polvo con Cremades fue siempre el más caro de todo el repertorio que ofrecía la casa, ya que era en cierto modo como acostarse con dos personas: primero con la mujer de la que Severino iba disfrazado, y después con el hombre que Severino

ocultaba bajo su disfraz.

PEDAZO 19

NO PODÍA FALTAR en mi equipo el típico y clásico *playboy*, por el que se pirran casi todas las mujeres.

El que yo contraté no era de primera fila, como puede suponerse, pues un *playboy* de primera fila y en pleno funcionamiento gana tantísimo dinero, que no necesita contratarse en una casa de putos por mucho que le paguen.

A Hermenegildo Berlangot había que situarle en una discreta fila quince, emplazamiento bastante honroso si tenemos en cuenta que ya había cumplido el medio siglo con creces. Con bastantes creces, pues ya andaba muy cerca de los sesenta. Aunque llevaba casi un lustro sin comerse una rosca, su pasado sin embargo era el clásico de todo *playboy* que se precie de serlo: o sea que había estado casado con la Barbara Hutton, con la Zsa-Zsa Gabor, y hasta puede que con la General Motors.

De sus pasados esplendores le había quedado un guardarropa a base de pantalones de montar a caballo, gorras y pañuelos de seda para anudar al cuello, y un par de sandalias para andar por las cubiertas de los yates. Con este equipo, siempre estaba listo para actuar como *playboy* en cuanto le llamábamos a la pensión donde vivía. Sus actuaciones eran discretas pues sus mecanismos sexuales, aunque algo desengrasados por la falta de uso, funcionaban bien. Pero la verdad es que la clientela no se pirraba por acostarse con él, ya que el *playboy* no deja de ser un tipo parasitario de la vieja sociedad capitalista.

Pese a todo conservé en el equipo a Hermenegildo Berlangot, porque me daba pena. Tanto como las ancianas prostitutas que vi en el Bar Pepote, aferradas a la remotísima posibilidad de ligar con un cliente como único medio de seguir viviendo un poco más.

Algo le ayudó a Berlangot mi consejo de que suprimiera el «Hermene» de su nombre para dejarlo convertido en *Gildo*, mucho más *sexy* y adecuado a su personalidad de presunto macho irresistible. Pero ya digo que en una sociedad tan moderna como la española actual, cuyo desmadre tiene poco que envidiar al de los países más avanzados, el vieja *Gildo* no tenía demasiado éxito ni se comía muchas roscas.

Los dos restantes *equipers* de mi selección erótica eran un pintor y un profesor. Los dos muy buenos dentro de sus especialidades respectivas, pero sin un puñetero duro. O sea que no podían cubrir sus necesidades más pepitorias (y no digo perentorias, puesto que me refiero sobre todo a la necesidad de comer).

El pintor, que era buenísimo sólo en el sentido pictórico pues como persona era un cabrón, tenía la mala pata de ver a la gente en caricatura. Con lo cual se perdía la posibilidad de hacer hermosos y relamidos retratos, por los cuales le habrían pagado

buenos montones de pasta, ya que a todo el mundo le agrada tener retratos en los que salga muy parecido, y a ser posible también muy favorecido. Pero como Teodoro Pilares tenía un ojo genial que convertía los rasgos naturales en caricaturescos, agigantando graciosamente los defectos del personal, no vendía ni un pimiento. Porque a la gente le sienta como tres patadas en la tripa que la tomen a pitorreo, por mucha genialidad que tenga el artista. Y más todavía a la gente española, que no aprenderá nunca a reírse de sí misma, siendo este su defecto más garrafal.

Por fortuna Teodoro Pilares también sabía pintar paisajes, gracias a los cuales sacaba algunas perras ya que con la Naturaleza era menos cruel que con las personas. Sin duda porque sacarle la caricatura a un árbol o a un río, es mucho más difícil que sacársela a una mujer o a un tío.

Con la venta de algunos paisajitos iba defendiéndose de la muerte por hambre que le amenazaba, y vio por eso el cielo abierto cuando le ofrecí una plaza de jodedor eventual en Villa Mancebo.

—¡Pero si es un chollo la plaza que me ofreces! —se entusiasmó—. ¡Echar un polvo con mujer de categoría, por el que cualquier hombre pagaría, y que encima te paguen a ti! Puedes disponer de mí todas las noches.

No todas, aunque sí muchas noches, encajé al pintor entre las piernas de una clienta. Que quedaba satisfecha, pues Teodoro Pilares era el más joven del equipo eventual, y chingaba con tanta propiedad como gran entusiasmo. Su aspecto desgachado y sucio, ya que siempre tenía las manos manchadas de pintura o trementina, gustaba mucho a las señoras de la moderna sociedad que no se andan con pulcritudes remilgadas a la hora de acostarse con un tío. O sea que Teodoro era muy rentable, pudiendo calcularse que me rentaba el doble que *Gildo* o el profesor.

Porque con este último me equivoqué también. Creí que tendría mucho éxito ofreciendo a mi clientela un profesor joven y guapo, ya que toda mujer que ha estudiado en colegios o en universidades estuvo siempre enamorada de algún «profe» y deseosa de follar con él. Elegí un maestro de latín y ésa debió de ser mi torpeza, pues en cuanto abría la boca y empezaba a soltar latinajos, parecía un cura.

Ese parecido asustaba al mujerío que, por mucho que presuma de audacia, tiene en el fondo una miaja de respeto supersticioso hacia todo lo que huelga a religión. Y la verdad es que muy pocas se atrevían a acostarse con el profesor de latín, porque todas se hacían este razonamiento:

—Bastante pecado mortal es ya el acto de chingar, para que encima le añadamos el regodeo de hacerlo con un tío que parece un cura y que quizá lo sea.

Y no hubo forma de convencerlas de que el profesor nada tenía que ver con la carrera eclesiástica, a pesar de que se llamaba de nombre Salvador y de apellido Capellán.

Lamenté que fracasara pues el pobre recibía un sueldo miserable a través del

Ministerio de Educación, con el cual tenía que hacer el milagro de alimentar a una esposa y nueve hijos. Con tanta prole es evidente que no podía ser cura, pero es evidente también que era muy religioso. Porque sólo los muy religiosos hacen la guarrada de ponerse a follar y a parir como conejos, escudándose en que hay que aceptar todo lo que Dios envía. ¿Y qué puede hacer Dios?: pues enviarles el preñe que ellos mismos se han buscado con tanto follaje. Más religioso sería, creo yo, que hicieran el sacrificio de sacarla antes de terminar, para no seguir llenando el mundo de religiositos hambrientos.

PEDAZO 20

MIENTRAS TANTO Madrid seguía creciendo y estaba a punto de reventar. Una sensación de asfixia cada vez más agobiante se iba adueñando del pueblo madrileño, al que los automóviles robaban diariamente unos centímetros de espacio vital. Porque diariamente seguían matriculándose centenares de vehículos. Y no era lo malo que se matricularan, sino que además pretendían circular por las calles. Pretensión disparatada puesto que las calles estaban ya ocupadísimas por millares de coches aparcados en segunda fila. Debido a lo cual se rodaba con una lentitud exasperante y siempre al borde del colapso circulatorio.

El alcalde de Madrid, que se llamaba Tierno y que además lo era, intentaba inútilmente poner orden en aquel caos. Pero nada lograba con su ternura, pues aquella situación caótica sólo podía resolverse con mano dura. Y como la dureza recordaba a la dictadura, pues venga blandura que nada resolvía.

Un concejal «ultra», y no sé si derechista o izquierdista pero me da igual (los extremismos se tocan y tan violento puede ser un guerrillero de Cristo Rey como otro de Mao Tse-tung) expuso en un pleno municipal un proyecto para acabar con los infractores del código de la circulación. Y lo expuso así, a lo bestia:

—Acabemos con el indignante aparcamiento en segunda fila, de un modo muy sencillo y radical: que los policías municipales vayan pinchando las ruedas de estos coches, pegando después en los neumáticos que acaban de pinchar una vistosa pegatina de vivos colorines con el siguiente texto: *«Esta rueda se la ha pinchado el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid. Jódase y aprenda a no dejar el coche en segunda fila»*.

El sistema fue rechazado porque algunos, tiernos y blandorros, lo consideraron demasiado drástico. Es posible que fuera antidemocrático e incluso odiosamente dictatorial, pero de lo que no cabe la menor duda es de que con él habría desaparecido ese cáncer madrileño de dejar el coche propio jodiendo al del prójimo.

Otro concejal, en el mismo pleno, propuso también algo que no era ninguna gilipollez:

—El tráfico —dijo en su proposición— parece más dramático y angustioso debido a las sirenas de las ambulancias y de los coches de la policía. Esos alaridos prolongados y sobrecogedores que se mezclan constantemente con el sordo y gigantesco zumbido de los motores, deprimen y atenazan el corazón del ciudadano predisponiéndole al infarto.

Luego se hizo él mismo esta pregunta:

—¿Qué misión tienen las sirenas de estos vehículos?

Y él mismo se contestó:

—Tienen la misión de ser oídas a distancia, para que los autos se aparten y dejen

paso a la ambulancia o al coche-patrulla. Pero no hay ninguna razón para que su sonido sea como un grito doloroso y desgarrador que llena de tristeza toda la ciudad.

»Propongo por lo tanto que se respete la intensidad actual de las sirenas, pero que sus melodías fúnebres y terroríficas sean sustituidas por otras más alegres y optimistas. Las simpáticas notas del *No me mates con tomate* irían estupendamente para las sirenas de las ambulancias; y los no menos simpáticos acordes de la canción *¿Quién teme al lobo feroz?* encajarían muy bien en los coches policiales. De este modo, los decibelios que debe soportar el oído del ciudadano, serían más gratos y soportables.

Pero nadie hizo caso a este concejal tan sensible, porque la sensibilidad no es precisamente una virtud predominante entre los concejales de los ayuntamientos.

Total: que ni las ruedas se pincharon para joder a los que jodían aparcando en segunda fila, ni las melodías de las sirenas se cambiaron para que resultaran menos dramáticas y más agradables. De manera que Madrid siguió creciendo y convirtiéndose en una de las capitales más incómodas e inhabitables del mundo occidental.

La gente procuraba salir lo más posible de lo que se llamaba «el casco» de la población y que muy pronto se llamaría «la máscara», pues se estaba al borde de tener que ponerse una máscara antigás para salir a la calle.

Yo no comprendía por qué Madrid había alcanzado un índice tan elevado de contaminación, ya que su cinturón industrial estaba formado en su mayoría por fábricas de churros, de galletas y de patatas fritas. En todo caso su industria era un poco de cachondeo. Con lo cual quiero decir que no era tan seria como la japonesa, pongo por caso, que justifica el que Tokio esté con una contaminación de garabatillo porque ¡hay que ver la de cosas importantes que se hacen allí! Pero resultaba inexplicable que sobre Madrid flotara una espesa nube de mierda, como si de una ciudad seria y auténticamente industrial se tratara.

Menos mal que Villa Mancebo quedaba ya por las afueras, lejos por lo tanto del que podríamos llamar el cogollo de la polución. La verdad es que aquel barrio periférico era todavía bastante sano, pues quedaban en él viejos jardines de antiguas casas que aún no se habían convertido en naves industriales, almacenes o fábricas.

Me instalé en la «villa» para organizar y vigilar el negocio, pues ya se sabe que el ojo del amo engorda el caballo (frase que quizá no encaje aquí, pero que siempre hace bonito). Y una vez instalada, durante muchos meses, no tuve necesidad de ir al centro de Madrid ni una sola vez. ¿Qué coño me importaba a mí que los madrileños estuvieran destrozando su capital, haciendo que resultara tan enloquecedora como irrespirable? Yo vivía en mi casa estupendamente, ya que por ser la dueña del negocio me reservé la mejor habitación.

Mi habitación estaba en el segundo piso y su ventana daba al cacho de jardín

posterior, en el que yo proyectaba hacer una huerta con ayuda de los chicos. Era amplia y además de la cama tenía un tocador muy grande en el que podía tocarme todo lo que me diese la gana. Había también debajo de la ventana un buró o escritorio que me servía de mesa de despacho, en la que llevaba todo el papeleo y el follón administrativo del establecimiento. Sin ser ni mucho menos perita mercantil, me apañaba muy bien llevando las cuentas a mi aire en unos cuadernos que me compré y en los que hice unas rayas verticales para separar los ingresos de los gastos.

A esas rayas se las llama contabilidad, y hay hombres que viven de saber hacerlas. Mira tú qué vida tan fácil. Yo aprendí un poco de eso en tiempos de Chus, cuando teníamos la tienda y era necesario llevar dos contabilidades: una falsa y amañada para enseñársela a los inspectores de Hacienda, que ésa la preparaba Chus, en la que resultaba que perdíamos dinero a chorro; y otro la fetén, que era la llevada por mí, en la que se veía lo que ganábamos en realidad.

También en la casa de putos, pensé, habría que llevar las cuentas por partida doble en el caso de que los ingresos fueran tan excesivos y abultados que hiciera falta ocultarlos. Pero ese momento no había llegado aún porque estábamos en fase experimental y no era fácil predecir cómo marcharía el asunto a medio y largo plazo, que es como se dice ahora. En principio, con los polvos que entraban en la zona del «haber» que la raya dividía, había que enjugar las deudas motivadas por los gastos de instalación que figuraban en la zona del «debe». Lo cual todavía iba para bastante largo, por mucha contabilidad habilidosa que yo le echara al asunto.

A veces en estos menesteres contables me echaba una mano Federico *el Babas*, que se daba mucha maña para contar, sumar e incluso restar, con ayuda de todos sus dedos incluidos los de los pies. A *el Babas* en el fondo le gustaban las matemáticas, y con perseverancia llegaría a conseguir el grado de preparación necesario para ganar unas oposiciones a director de Banco. Pero para conseguirlo aún tendría que echar una nube de polvos y una catarata de babas.

PEDAZO 21

PUEDE DECIRSE que todos los días en Villa Mancebo transcurrían así, sobre poco más o menos:

Por las mañanas cada cual era libre de levantarse a la hora que le daba la gana, ya que por las noches la jornada laboral no tenía horario fijo y podía durar hasta el amanecer. O sea que Villa Mancebo no se despertaba a hora concreta sino a saltos y poquito a poco.

El primero en despertarse tenía la obligación de ir a la cocina para poner la leche a hervir, con el fin de que todos pudiéramos desayunarnos. El número de desayunos era siempre variable, pues rara era la noche que no se quedaba alguna señora de dormida con alguno de los fijos o con alguno de los personajes del equipo eventual.

Por esta razón la leche no se escatimaba en la casa, ni tampoco los churros ni las porras que se consumían generosamente en los desayunos.

Generalmente yo invitaba a desayunar a las dientas que se habían quedado de dormida, del mismo modo que el dueño de un restaurante invita a una copa o un café al parroquiano que acaba de gastarse un dineral en una comilona. Era un detalle fino y una atención que me agradecían las señoras a cambio del cual pagaban sin rechistar la cuenta de la dormida, que siempre pasaba de los mil duros.

La mañana, o lo poco que quedaba de ella, se empleaba en el aseo de la casa y del personal. Hay pocas cosas que ensucien tanto las sábanas y que revuelvan tanto las camas, como las luchas cuerpo a cuerpo que se organizan con motivo de los contactos y los apareamientos sexuales.

Cuando la casa quedaba limpia y ordenada era ya la hora de almorzar. Almorzábamos todos en el salón, o sea en la pieza que por las noches servía para recibir a las visitas y presentarlas el material humano del que la casa disponía.

De la cocina se ocupaba Matías *el Guripa*, que en la «mili» había alcanzado el grado de cabo furriel y que se daba mucha maña para preparar comida a un personal numeroso. A él, habituado a guisar el rancho de todo un regimiento, no le costaba ningún trabajo cocinar para toda la plantilla que se juntaba en la «villa» a la hora de comer. Claro que sus guisos no eran demasiado delicados, pero tampoco había que pedirle peras al olmo ni exquisiteces a *el Guripa*.

Después de comer empezábamos a trabajar, ya que teníamos una clientela especial que disfrutaba follando a la hora de la siesta. En algunos casos la elección de estas horas para el follaje no era un capricho, sino una necesidad impuesta por las circunstancias; que a veces no permiten follar a la hora que más apetece, porque está el marido en casa y hay que darle conversación.

Ya se sabe que para echar un polvo extramatrimonial hay que hacer verdaderos equilibrios y ceñirse al horario del cónyuge que se pretende burlar, horario que a

veces no coincide con el de una, ni deja disponibles las horas más afrodisíacas y aptas para el cachondeo erótico. La que para unos maridos es hora de la siesta, es para otros hora de empezar a trabajar y dejar en libertad a la señora para que tenga su rato de esparcimiento carnal.

Aparte de las casadas que no tenían más remedio que aprovecharse de la ausencia del marido, a esa hora teníamos también algunas solteras caprichosas y varias ejecutivas viciosillas, a las que un polvo bien echado las equilibraba psíquicamente.

En general a aquellas horas, o sea de tres a cinco, la clientela venía a tiro hecho, con reserva previa de cama y tío.

O sea que, por ejemplo, Federico *el Babas* sabía que tenía un polvo programado para las tres y media en la habitación número 2, y el Filo o el Milo comían de prisa porque a las tres menos cuarto había que atender a una ninfómana insaciable en la habitación número 5. Y con las ninfómanas ya se sabe: hay que estar muy en forma para dejarlas satisfechas, porque si no se las satisface salen echando pestes de la casa y acusando al personal de sarasa.

Las tardes generalmente eran tranquilas en Villa Mancebo. No había aglomeraciones de personal, lo que me permitía en los meses de buen tiempo sentarme en el jardín a hacer alguna labor de punto: una mañanita de lana para *el Babas*, una fundita de ganchillo para el cipote de *Gildo*, que era muy mayor y se enfriaba; o unos patucos de angorina para *el Guripa*, que por ser muy larguirucho y no entrar completo dentro de ninguna cama, tenía siempre los pies fríos.

Aparte de estas labores, también me quedaba tiempo para ocuparme de plantar tomates y lechugas en el cacho de jardín que pensaba destinar a huerta. Porque a mí, en cuanto se me araña un poco en la superficie de mis aficiones, me sale a flote la querencia al secano y al campo en general, que me viene de mis orígenes manchegos. Si la cabra tira al monte, la manchega tira al llano. Y así, mientras estaba entretenida entre las labores del campo y del tejemanaje, vigilaba la casa para que nada fallara, la clientela follara, y el personal no me engañara.

Por las noches era otra cosa, ya que a eso de las diez empezaba el follón que no paraba hasta el amanecer. La clientela nocturna era más lanzada y bullanguera. Mayormente se componía de esas mujeres que dicen estar «liberadas», lo cual las permite hacer todo lo que las sale del salva sea la parte. Muchas fumaban «porros», que se distinguen de los cigarrillos corrientes en lo mal hechos que están y en lo pésimamente que huelen, y que se fuman estilo pobre dándole cada amiguete una chupada sucesiva. Las que no fumaban «porros» fumaban tabaco negro, que huele casi peor que la «hierba» y hace toser mucho más.

A las diez de la noche el salón de la casa se abría al público, y en cuanto se reunía en él un número suficiente de visitas me asomaba al pasillo de las habitaciones y decía dando unas palmadas:

—¡Niños!... ¡Al salón!

Obedeciendo mi orden, Filo, Milo, *el Babas y el Guripa* entraban en el salón e iban a sentarse en los taburetes de un pequeño bar que había al fondo.

Los chicos entraban recién peinados y afeitados, recién mudados también de camisa y calzoncillos, pues en lo tocante al aseo y la limpieza del «ganado» yo era muy estricta. A mí nadie podría reprocharme nunca que había pillado una enfermedad o una cascarria por haberse acostado con mis chicos, pues yo los tenía limpios como una patena. Lo mío, más que limpieza, era desinfección. O sea que se podían comer sopas en las partes pudendas de mis muchachos.

Creo haber explicado ya que mi casa funcionaba igual que los antiguos burdeles a base de mujerío: a la exhibición en el salón seguía primero la selección y luego la contratación. Yo me ponía detrás de la barra a servir copas que se cobraban aparte, pues a la que no se decidía se la echaba si no bebía. O sea que para tener derecho a mirar era obligatorio beber. De este modo, si alguna no se decidía y no se ocupaba, dejaba siempre un beneficio para la casa.

El examen del «ganado» y las aproximaciones de tanteo eran muy semejantes a los que se efectúan en las casas que trabajan al revés. O sea que a la misma velocidad que los hombres eligen a las putas para llevárselas a la cama, las mujeres elegían a los putos para acostarse con ellos. Yo desde el bar ayudaba a cerrar los tratos animando a unas y otros para que se acoplaran, y una vez pactado el acoplamiento entregaba las fichas correspondientes a los polvos. Por cierto que estas fichas eran doradas y tenían un agujerito, por si alguna señora tenía el capricho de ponérselas alrededor del cuello como si fuera un collar.

Además, de dueña, podía decirse que yo actuaba de animadora. No hay que olvidar que por ser Villa Mancebo el primer prostíbulo de hombres que se abrió en Madrid, acudían a él muchas mironas en plan fisgón para ver cómo funcionaba una mancebía de mancebos. Y a éstas había que calentarlas primero con copas y luego con magreo para que dejaran de mirar y se decidieran a participar.

—Si no les gustan los pollos que están a la vista —las animaba yo entre copa y copa—, disponemos también de una élite de caballeros capaces de complacer a la dama más exigente.

Sé que mi lenguaje resultaba antiguo, pero era el más eficaz para la clientela refinada que podía permitirse el lujo de acostarse con un miembro del equipo eventual. A estas dientas finolis, a las que los fijos parecían poca cosa, me las llevaba aparte para enseñarlas el álbum. En este álbum aparecían las fotos y los «currículos» de los fulanos costosos que la casa podía proporcionar. El álbum era una preciosidad, grande y con las tapas de ese cuero que le dicen «repijado». Y se lo dicen sin duda porque ese cuero está cubierto de pijadas y virguerías hechas a mano.

Dentro del álbum estaban los seis personajes, con ocho hojas para el material

fotográfico y el «currículo» de cada cual.

Estaba en primer lugar el escritor Ramiro Carrizosa, en cuyo «currículo» se decía que había ganado los dos premios nacionales de literatura más importantes. No se decía en cambio el nombre de estos premios porque lo consideré perjudicial, ya que los premios que había ganado el gachó se llamaban «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera», que eran los nombres que llevaban todas las cosas que se hacían en el régimen anterior: desde las calles principales, los puentes y los embalses, hasta los hospitales y los premios nacionales. O sea que jamás tan pocos nombres, han bautizado tantísimas cosas.

En las fotos del álbum se veía a Carrizosa más jovencito levantando el brazo en distintos momentos de su vida; pero él mismo explicaba que no estaba haciendo el saludo fascista, sino alargando la mano para comprobar si estaba lloviendo.

—La sequía fue uno de los problemas más acuciantes de la posguerra —decía el propio Carrizosa en su explicación.

Y yo aprovecho para decir ahora que a la posguerra, yo siempre la llamo la posguerra. Porque ¡hay que ver la de guarradas pequeñitas que tuvimos que soportar los españoles después de haber sufrido esa grandísima guarrada que fue la guerra civil!

(Por cierto que a los dos meses de trabajar para mí como eventual, Ramiro Carrizosa vino a verme muy contento.

—Querida Mapi —me dijo—, debo reconocer que me has traído suerte. He empezado a trabajar en una obra que me devolverá de golpe mi popularidad perdida y que me hará volver a estar de moda.

»Resulta que una denta muy rica con la cual me acosté por encargo de tu casa, como sabía que soy escritor, me contó que acababa de regresar de Nueva York y Londres. Y en esas capitales triunfa un espectáculo musical llamado *Evita*, basado en la vida de la que fue esposa de Perón. Para que tú lo entiendas: el espectáculo viene a ser como una especie de zarzuela, con sus cantables y bailables, zarzuela que muy bien podría llamarse *La verbena de la Perona*.

»Todo el argumento de la obra gira alrededor de esta señora que sale en plan chulapa, pero con ritmo de tango, y que viene a ser como una bandida generosa que quita el dinero a los ricos para dárselo a los descamisados, que es como llaman en Argentina a los pobres de pedir.

»Yo, al saber esta noticia, me dije: ¡tate! Y me dije «¡tate!» porque razoné:

»—Si ha tenido tanto éxito esa zarzuela llamada *Evita*, que también podría llamarse *La verbena de la Perona*, escribiré el libreto de otra zarzuela que tendrá más éxito todavía: se llamará *Paquito*, o *El pato de Meirás* y *Novolverás...*

Era tan grande el entusiasmo de Ramiro Carrizosa con su idea, que no quise desanimarle. Pero pensé que si a la figura de «Evita» se le ha podido poner música, a

la figura de «Paquito» sólo podría ponersele una marcha fúnebre. Y eso es demasiado poco adorno musical para más de dos horas de espectáculo. Vamos, digo yo. Pero claro está que yo no entiendo y puedo equivocarme).

El material fotográfico que ilustraba las páginas del álbum dedicadas al actor Dionisio de Juliá era el más vistoso, ya que no puede haber nada tan decorativo como la colección de uniformes exhibida por él a lo largo de todas sus películas bélicas y triunfalistas. Fue una lástima que el cine de entonces fuera en blanco y negro, porque las batallas ganan horrores cuando los uniformes y la sangre se filman en colores.

El travestí Severino Cremades figuraba en el álbum retratado en todas las imitaciones de «estrellas» que era capaz de realizar. La que mejor le salía, pues llevaba más de treinta años haciéndola, era la de Lola Flores. Pensaba seguir haciéndola treinta años más, cambiando la frase de los que le jaleaban diciendo «¡Y no tiene novio!», por «¡Y tiene bisnietos!».

Gildo Berlangot, Teodoro Pilares y Salvador Capellán llenaron sus páginas del álbum a base de hinchar el «currículo» con hazañas inventadas. El *playboy* enriqueció sus bodas con la Hutton y la Gabor, pretendiendo que estuvo casado también con la Imperio Argentina, y la del Soto del Parral. Poco le faltó para presumir también de haber estado casado con la *Chita* de Tarzán. También a Teodoro Pilares le permití que presumiera de haber pintado un cuadro famosísimo llamado *Las mininas*. Y Salvador Capellán exageró su carrera de profesor de latín presumiendo de haber sido un obispo renegado.

PEDAZO 22

BIEN MERECE PEDAZO APARTE los caprichos, aberraciones y vicios que imponían algunas dientas al personal que trabajaba en la casa, y por cuyas imposiciones se cargaba un sobreprecio a las tarifas normales.

Porque una cosa es echar un polvete tan relajante como delicioso, que a todo el mundo le sienta de maravilla; y otra muy distinta es tener que chingar con un cilicio abrazado a la picha, pongo como ejemplo de aberración desagradable. O con un látigo fustigando las nalgas del chingador mientras éste se dedica al dale que te pego.

Es justo por lo tanto que el personal de mi casa se beneficiara económicamente de estos retorcimientos impuestos por una clientela tan rica como antojadiza.

—La que quiera goces que se salgan de lo normal —decía yo—, que se rasque el bolsillo.

Entre estas retorcidas había una tiparraca ricachona que venía por las noches a ocuparse con *el Guripa*. La llamábamos «la encantadora dama del turbante», pues siempre lucía este largo trapo oriental que se enrolla a la cabeza como si fuera una venda. El turbante la sentaba bien debido a que era tan enjuta como rechupada y tenía rasgos tan caprinos que parecía mismamente un *ayatollah* sin barba.

La encantadora dama se encerraba con Matías en una habitación, se sentaba en la alfombrilla junto a la cama cruzando las piernas como los orientales, y sacaba de su bolso una flauta. *El Guripa* se quitaba sus famosos pantalones que se había traído de la «mili», y empezaba la aberración cuyo principio era el siguiente:

La dama del turbante empezaba a tocar la flauta, y el atributo viril de Matías tenía que reaccionar como una serpiente. En eso consistía la aberración de aquella especie de *ayatollah*, y puedo decir con orgullo que *el Guripa* nunca la defraudó: con la musiquilla de la encantadora, la «serpiente» de Matías empezaba a erguirse, hasta quedar completamente erecta. La *ayatollah cambiaba* entonces de instrumento, y sus labios pasaban de la boquilla de la flauta a la cabecilla de la «serpiente».

Y el concierto continuaba, aunque en esta segunda parte no era la flauta la que sonaba sino todo *el Guripa*, que se estremecía y lanzaba notas agudas de placer. Algunas veces a la caprichosa tiparraca le daba la ventolera de sustituir la succión por el cilicio, y en aquellas ocasiones el sobreprecio se triplicaba para pagarle la farmacia a Matías.

Digna de consignar también en este capítulo de rarezas era la solterona talluda que organizaba un «chou» a base de Filo y Milo. Sólo por lo bien que pagaba podía aguantarse aquella ridícula pantomima, en la que ella se disfrazaba de novia envolviéndose en tules blancos hasta parecer un engendro a medio camino entre momia y merengue. Filo por su parte tenía que disfrazarse de novio, con un chaqué y una chistera que la vejancona traía para complementar su propio disfraz.

Milo hacía de cura en esta ceremonia grotesca, y para hacer este papelón se disfrazaba con un traje de noche mío que era tan negro y tan largo como una sotana. El traje tenía un corpiño de lentejuelas, lo cual daba al disfraz un toque de suntuosidad que a los curas nunca les viene mal pues les gusta horrores fardar.

Así vestido de sacerdote suntuoso, Milo «casaba» a la pareja soltando una serie de latinajos en camelo, a base de añadir a las palabras corrientes terminaciones en «obis» y en «órum». Por ejemplo:

—Ego os «casórum», para que podáis «jodobis».

A continuación la pareja de «recién casados» celebraba su noche de bodas, con melindres de virgen por parte de la viejorra que gritaba de dolor en cada polvo como si de veras acabaran de desvirgarla.

Para esta clase de números solicitados por mujeres peculiares y talludas, había que tener una juventud y un estómago a prueba de bombas y catástrofes de todo tipo. Porque sólo unos chavales que tienen una erección en cuanto oyen la palabra «teta» y son capaces de meterla por cualquier agujero que tenga pelos alrededor, pueden cumplir estas «misiones imposibles» impuestas por hembras nada excitantes, y que se la traerían floja a cualquier hombre de sexualidad normal.

Y si seguimos hablando de caprichitos, ¿qué decir de la que exigía que la poseyera un vampiro, al mismo tiempo que la atizaba un mordisco en el pescuezo? ¡Hay que joderse con las exigencias que tiene a veces la jodienda!

Estas exigencias las cumplía muy bien el tontorrón de Federico, cuya cara de cretinoide podía pasar divinamente por las facciones enloquecidas y aterradoras del Conde Drácula. Una capa adecuada y unos colmillos postizos sobresaliendo entre la secreción salivar del muchacho, o sea entre las babas que soltaba *el Babas*, completaban un aspecto vampiresco terrorífico que facilitaba el objetivo de hacer correrse de gusto a la dienta caprichosa.

Tampoco era manca la individua que tenía que montarse completamente encuerada, o sea desnuda, encima de un hombre puesto a cuatro patas como si fuera un caballo, para parecerse a aquella inglesa histórica que se llamó lady Jodida, o algo así.

Los parecidos con personajes de la Historia excitaban con frecuencia la libido de las mujeres más cultas, pues ya se sabe que sólo teniendo cultura se tiene libido. Las mujeres incultas en lugar de libido tienen chichi, y van que chutan.

A una culta de ésas, con libido histórica, le daba por sentirse Agustina de Aragón durante aquella guerra que hubo muchísimo antes del Movimiento. Aquella guerra en la que los malos no eran los rojos, sino los franceses. Y aparte de que hubo que comprar un disco de *Los sitios de Zaragoza* para ponérselo en el gramófono mientras hacía sus cosas, exigía para correrse que un oficial francés la poseyera después de vencer su encarnizada resistencia a la violación.

Como aquella retorcida tenía pasta y no la escatimaba, avisábamos a *Dieciocho de Julio* para que hiciera el papel de capitán napoleónico. El actor estaba especializado en encarnar oficiales del ejército español de todas las armas y todas las épocas, y al principio se negó rotundamente a representar el papel.

—Mi patriotismo —declamó— me impide vestir el odiado uniforme de un oficial franchute. Yo, Dionisio de Juliá, tuve el honor de representar a nuestro glorioso ejército en todas las películas que reflejaron nuestras grandes gestas históricas: fui coronel en *Los últimos de Filipinas*, fui comandante en *Los últimos de Cuba*, fui capitán en *Los últimos de Flandes*, fui general en *Los últimos de América...*

Para cortar el rollo patriotero del actor hubo que ascenderle a mariscal del ejército invasor, y jurarle que su traición al uniforme español sólo se produciría una vez al semestre y en el más absoluto de los secretos.

La visita semestral de *Agustina de Aragón* fue un éxito para la casa en todos los sentidos, pero sobre todo en el patriótico. Porque la presunta *Agustina*, cuando supo que el presunto mariscal francés era nada menos que el famosísimo actor *Dieciocho de Julio*, se dejaba violar encantada y sin oponer ninguna resistencia. La verdad es que aquella escena semestral de la violación de la heroína, con la música de fondo de *Los sitios de Zaragoza*, resultaba un acto tan emotivo que hasta a mí me arrancaba algún lagrimón.

Total: que en Villa Mancebo las mujeres liberadas podían obtener toda clase de satisfacciones sexuales, siempre que dispusieran del dinero suficiente para pagarlas.

Así funcioné alrededor de un año, durante el cual se fue consolidando el negocio.

Una noche vino un policía de paisano, que son los más temibles porque no se les ve venir, y me pidió que le enseñara la licencia de apertura del establecimiento.

—¿Pero qué licencia ni qué niño muerto? —me sorprendí y me sulfuré a partes iguales—. Esta viene a ser una de las que antiguamente se llamaban «casas de tolerancia», o sea que estaban toleradas por unas autoridades que hacían la vista gorda. Además, por si fuera poco y puesta en plan de analizar, ésta no es una casa de putas, sino de putos. Y en un país tan estrecho que sólo ahora ha empezado a ganar anchura, no creo que haya reglamentos ni legislaciones para negocios de esta clase.

—Pues no —tuvo que reconocer el policía—. Es el primer caso que se da, y no existe por lo tanto ningún precedente.

Y empezó a rascarse el caletre, o sea la cabeza, cavilando sobre la decisión que debería tomar. De la rasquina salió poco después la decisión que el «poli» me comunicó:

—No existiendo leyes que regulen el funcionamiento de mancebías servidas por mancebos, le sugiero que incorpore su negocio a la rama ya reglamentada de saunas y masajes. Pienso que en esa rama se cometen guarrerías muy semejantes a las que pueden cometerse en este establecimiento, y que bien puede acogerse por lo tanto a la

legislación que regula esos negocios. Le sugiero también que monte una sauna en cualquier rincón de la casa, y haga que sus «empleados» se den de alta en la contribución industrial como masajistas. De este modo podrá seguir explotando esta inmundicia dentro de las leyes vigentes, que llaman con tolerante eufemismo «masaje» a la masturbación, y «sauna» a los baños donde los sexos se mezclan en completa promiscuidad.

Acepté la sugerencia del policía y construí una sauna en el sótano para aprovechar el calor que producía la caldera de la calefacción. En realidad me limité a construir cuatro paredes entre las cuales quedaba encerrada la caldera, y en esta pequeña habitación puse unos cuanto bancos en los que la clientela desnuda se sentaba a sudar la gota gorda.

Con este invento añadí un nuevo incentivo a la casa, ampliando las posibilidades de hacer números excitantes con el cachondeo del calor y los masajes. Además de esta ventaja, logré que mi negocio estuviera dentro de la ley; lo cual me permitía anunciarlo en la prensa de mayor tirada en la sección de «Saunas y masajes», junto a los anuncios en los que la gente agradecía los favores que había recibido del Espíritu Santo.

Al principio, bestia de mí, pensé que este Espíritu que se hacía tantísima publicidad sería una casa como la mía en la que el personal haría a la clientela toda clase de favores dignos de ser agradecidos. Pero el profesor Capellán, que estaba muy puesto en cuestión latín y religión, me dijo que de eso nada, monada: que el Espíritu Santo al que se referían los anuncios era ese pichón que en los cuadros religiosos aparece siempre sobrevolando a los apóstoles, poniéndoles una lengüeta luminosa sobre todas sus cabezas. O sea que no tiene nada que ver, aunque los anuncios del Espíritu Santo se publiquen al lado de las Saunas y los Masajes.

Debo decir también que la publicidad, salvando las distancias, hizo aumentar también los favores que nosotros hacíamos, pues casi duplicó el número de nuestras dientas. Y a punto estuve de agradecer este éxito poniéndole un anuncio al Espíritu Santo.

«Debe de ser un nuevo sistema para expresar el agradecimiento a los santos en general —pensé—. Antes se les ponía una vela y ahora se les pone un anuncio».

Pero al final no se lo puse. Me pareció que iba a sonar a cachondeo agradecerle el aumento de clientela en mi casa, lo cual significaba en cierto modo un incremento del vicio en el país.

PEDAZO 23

LA VERDAD es que ya no saben lo que inventar para aprovecharse de las libertades que hoy disfrutamos en España. Empezamos enseñando con timidez una sola teta, y ahora lo enseñamos todo con pelos y señales. Pero sobre todo con pelos, que es lo que mayormente excita al personal. Aunque la verdad es que ya hasta los pelos empiezan a aburrir, pues un chichi nunca será más que un chocho por muchas vueltas que se le dé.

Lo que todavía excita un poco son las versiones para adultos de los cuentos infantiles. El contraste entre el antiguo candor de esos cuentos y las nuevas versiones a lo bestia, provoca una excitación en la que se mezcla mayormente lo satírico con lo sádico. No sé si me explico, pero yo me entiendo.

Empezaron estas descaradas versiones para adultos con una de *Caperucita Roja*, en la que si no recuerdo mal el lobo se metía en la cama de la abuela con la aviesa intención de follarse a la apetitosa nietecita. Al final, si tampoco recuerdo mal, el cazador daba por el culo al lobo.

A ésta siguió una cínica versión de *Blancanieves*, en la que los siete enanitos, al volver a su casita, echaban a la niña siete polvitos.

Yo supongo que acabarán por hacer una novísima versión de *Cenicienta*. E imagino que al adaptar el célebre cuentecillo al gusto de los adultos, cuya guarrería es tan tangible, lo que Cenicienta perderá en el baile de palacio no será un zapato, sino el «tampax».

Al huir precipitadamente cuando empezaban a sonar las campanadas de las doce, el higiénico rollito saltó de la entrepierna de la mocita a las escaleras palaciegas. El Príncipe, que perseguía de cerca a la mocita, pisó el rollito y rodó escalones abajo descalabrándose un poco. Muy poco por fortuna, pero lo suficiente para que Cenicienta pudiera escapar y el Príncipe se quedara con dos palmos de narices. Con dos palmos de narices y con el «tampax» de la bella desconocida, de la que se había enamorado locamente. Tan locamente que puso el «tampax» en un cojín de terciopelo, y anunció a trompetazos, que es como los príncipes antiguos anunciaban las cosas:

—Mis soldados recorrerán todo el reino probando este «tampax», hallado en palacio, a todas las doncellas tanto indígenas como oriundas. Aquella en la que este «tampax» encaje a la perfección sin holguras ni escaseces, ésa será mi esposa.

Ni que decir tiene que hubo bofetadas en todo el reino para probarse aquella marranadita cilíndrica, ya que el Príncipe era el mejor partido que había por ahí, aparte de que todas las jovencitas se pirran por ser princesas. Pero el «tampax» les bailaba a todas dentro del agujero, cual badajo dentro de una campana.

Cuando les llegó la prueba vaginal a las hermanastras de Cenicienta, feas como

cazos y con vaginas amplias como chimeneas, hicieron la trampa de rellenar con trapos el orificio —como quien pone una camisa a un cilindro— para que el «tampax» encajara. Pero los soldados se percataron del truco y propinaron fuertes culatazos a las astutas, las cuales se retiraron de la competición echando espumarajos por todas sus aberturas otorrinolaringológicas, o sea por la garganta, por la nariz y por los oídos.

Cuando le llegó el turno a Cenicienta, los soldados empezaron a tocar sus trompetas y a disparar salvas con sus arcabuces:

¡El «tampax», cuya pequeñez indicaba lo estrechísima que era su propietaria, había encontrado la horma de su agujero! El Príncipe en persona acudió a comprobar que el ajuste en el orificio era perfecto, y allí mismo anunció su próxima boda con Cenicienta en una entrevista concedida a la revista *¡Hola!* Fin del cuento.

Con este truco, que consiste en pornografiar todo lo ingenuo y candoroso que queda en el mundo, puede sacarse una pasta a corto plazo. Porque a la larga el personal se aburrirá de este desmadre e incluso despadre, y se volverá al antiguo ritmo erótico dentro de un orden: o sea al sábado sabadete, camisa limpia y polvete, sin más complicaciones ni retorcimientos.

Mientras mi negocio se iba consolidando, la cosa política se iba torciendo. Mayormente porque al personal se le iba resquebrajando y cayendo el barniz democrático que se había echado por encima a toda prisa, y le salía a relucir el derechismo que llevaba debajo.

Pienso yo que es necesario restregar muy vigorosamente, empleando muchos estropajos, para arrancar de la piel una ideología que se ha llevado puesta durante cuarenta años. No bastan unos cuantos restregones democráticos para borrar el azul de una camisa que los sudores de muchos veranos, pasados cara al sol hicieron desteñir sobre el corazón de un tío. Pero eso, dicho sea sin ánimo de despreciar, a mí, plin cataplín. O sea que la política siempre me la mamflinfló, es un decir, y ustedes ya me captan.

Lo que sí me seguía preocupando horrores era el terrorismo y la violencia, mayormente en el País Vasco, donde pasé mi etapa de decencia matrimonial. Porque allí, dicho sea sin ánimo de llamar bestia a nadie, se mataba de lo lindo todos los días laborables —que de eso sólo tenían el nombre, pues entre huelgas parciales y generales, enfrentamientos, jornadas de protesta o de reconciliación, allí se laboraba un día no y otro tampoco.

Decían los entendidos que las Vascongadas para nosotros eran como el Ulster para la Gran Bretaña, o sea la reoca en plan matanza, y que había que soportar la cosa como una cruz con resignación cristiana y democrática.

Los que se resignaban menos eran los miembros de las F.O.P., pobrecitos míos, pues la mortandad entre ellos era tan numerosa que hasta se les sacó un chiste

macabro. La válvula de escape que le dicen, o sea el aliviadero para aliviar la presión de las cuestiones explosivas para que no exploten. Y en el chiste macabro, de una macabrez que pone los pelos de punta, uno le pregunta a otro:

—¿Tú sabes cuál es el río más largo de España?

Y el otro contesta:

—Pues el «Fop», porque nace en Andalucía y va a morir en Euzkadi.

A ese tipo de chistes se les dice de humor negro, supongo que por el luto que llevan dentro y la puñetera gracia que tienen. Porque los británicos, con toda la flema que tienen esos gachós, no le han sacado chistecitos al Ulster. Se ve que la flema británica, que parece una secreción bastante repugnante, no lo es tanto como la mala leche española.

Porque a mí, sin ir más lejos, ni el humor negro ni el saber que los ingleses tenían un problema parecido, me consolaba de tanta mortandad como había por la tierra vasca.

La gente se maravillaba de que al Ejército, a la vista de tantas bajas uniformadas como se estaban produciendo, no se le hincharan las narices y saliera de los cuarteles a dar un escarmiento a los «matarras» vascuences, y a los «etarras», y a todos los «terroristarras» en general. O sea a matarlos a todos en plan represión. Pero eso por lo visto era lo que buscaban los grupos terroristas, o sea el martirologio y el holocausto para poder decir luego «hay que ver lo brutos que son los militares y lo mártires que somos nosotros». Con lo cual el personal se lanzaría a la calle en plan revolución. Lo cual nanái, pues el Ejército demostró tener las narices muy bien puestas manteniéndose con serenidad dentro de su casa, que es el cuartel. Porque hay que tener mucho valor y muy equilibrado, para no hacer la guerra cuando los terroristas la están pidiendo a gritos.

O sea que la situación estaba tensa, pero sin que la tensión llegara al punto de convertirse en una ruptura. Y el personal se iba acostumbrando a despertarse cada mañana con alguna víctima en el Norte, lo cual que empezábamos a tener la misma flema que tenían los británicos respectivo al Ulster.

PEDAZO 24

Y FUE JUSTAMENTE en aquellos días de intensa actividad en el País Vasco, con la consiguiente mortandad, cuando se jodió la marrana como se dice vulgarmente.

Porque una tarde, cuando estaba yo sentada en el jardín de Villa Mancebo tejiéndole un babero a Federico para protegerle de sus propias babas (que le caían por el pecho produciéndole al enfriarse encima los correspondientes catarros), me anunciaron:

—Tres jóvenes desean verla. Son jóvenes y no mal parecidos.

Pensé que serían parados buscando colocación, pues a diario recibía propuestas de pretendientes que pretendían trabajar en la casa. Mayormente este trabajo, que consiste en follarse señoras, interesa a todos los caballeros; y más aún si están parados, pues entonces el agradable meneío de la actividad sexual retribuida, viene a ser algo así como la miel sobre las hojuelas.

Dije que los pasaran a mi presencia, ya que como propietaria del negocio me gustaba darme categoría de señora feudal, o sea de castellana en plan castillo. Y cuando los pasaron a mi presencia, lo primero que dijeron al quedarse a solas conmigo, fue esto dicho por lo bajinis:

—¡Gora Euzkadi!

Y al oírlo caí en la cuenta de quiénes eran aquellos «tres mosquetarras», lo cual me hizo exclamar:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida —replicó devotamente el más rubio de los tres, y que parecía también el jefe.

Fijándome bien comprendí que eran los mismos miembros del comando de la M.A.T.A. que me habían visitado en mi casa de Tolosa, y que se habían instalado en el piso franco que creara mi difunto Chus. Eran, en efecto, los mismos «tres mosquetarras» de entonces, y repito la frase ingeniosa porque me gusta repetir mis ocurrencias para que la gente se percate de lo chispeante que puedo ser cuando me lo propongo. Pero en Tolosa los tres estaban más sucios y desaliñados, con barbas crecidas por la cara y mugres pegadas por el cuerpo, porque entonces eran combatientes en campaña y ahora eran paisanos que trataban de pasar inadvertidos. Para lo cual se habían afeitado y posiblemente bañado, amén de haberse puesto unas corbatas cuyos colorines no encajaban demasiado con sus ceños fruncidos y sus gestos hoscos de hombres siempre tensos y dispuestos a la acción.

—¿Pero qué hacen ustedes aquí? —balbuceé en cuanto pude articular palabra, pues del susto los ovarios se me habían subido a la garganta, empequeñeciendo el diámetro de mis tragaderas.

El rubio que además de parecer el jefe parecía teñido me explicó que Cherna

Loigorri, el pelotari al que no le funcionaban sus propias pelotas, les había traicionado. Después de arrebatarme por cuatro perras gordas mi tienda y mi casa, se dio cuenta de que en esta última seguía funcionando el piso franco al servicio de la M.A.T.A. Al principio el muy hipócrita garantizó a la organización que podía seguir utilizando impunemente aquel escondite, pero era sólo una hipocresía para que la M.A.T.A. se confiara y poder pillarla cuando estuviera más distraída.

Pero la organización, cuyo lema era «no te fíes ni de la madre que te parió» no se distrajo nunca. Gracias a lo cual la denuncia del Cherna pinchó en hueso, pues cuando irrumpieron las «fop» en el «pif» (abreviatura de «piso franco») sólo encontraron unas latas de sardinas vacías, y unos casquillos de metralleta vacíos también.

Cherna Loigorri en cambio, unos días después, se encontró una bomba no vacía sino llena de goma-dos en el interior de su automóvil, que estalló cuando intentaba poner el motor en marcha.

—Fuimos muy benévolo llenándole la bomba de goma-dos —me contó el rubio teñido.

—¿Por qué? —le pregunté, ya que no veía la benevolencia por ninguna parte.

—Porque si en vez de llenársela de goma-dos se la llenamos de goma-cuatro, que es el doble de potente, además de dejarle completamente muerto le hubiéramos dejado hecho picadillo. Lo cual habría sido un ensañamiento que repugna a nuestra manera de ser.

—No cabe duda de que son ustedes muy humanos —elogié—, dentro de su bestialidad.

—Gracias, señora —me agradecieron.

—Las que ustedes tienen —piropeé con un mohín de coquetería, ya que a mí se me dan muy bien los mohines de todas clases. Y aquellos tipazos se merecían el piropo, mayormente para ver si lograba llevarme a alguno al huerto, cosa que no logré la primera vez que les conocí debido al respeto que me tenían por ser la viuda de su héroe Jesús Elorrieta.

—Sin embargo —añadí al terminar el mohín, que por cierto me quedó precioso —, no me han dicho ustedes todavía en qué puedo servirles.

Y les lancé una sonrisa en la que insinuaba la clase de servicio que podía prestarles. Pero ni el mohín ni la sonrisa surtieron ningún efecto. Los dos morenos, antes de que el rubio empezara a explicarme lo que querían de mí, tomaron posiciones uno junto a la puerta de la habitación donde se celebraba la entrevista y otro junto a la ventana. Sólo cuando se cercioraron de que no había moros en la costa, el rubio empezó a largar:

—La denuncia de ese mariconazo que se llamaba Cherna Loigorri y que le costó la vida, fue el principio de una persecución sistemática a nuestra organización. Al

perder el piso franco que disfrutábamos desde los tiempos de su marido, y algunos escondites más que cayeron tras denuncias sucesivas, la M.A.T.A. se quedó con el culo al aire. Acorralados como estábamos, sólo nos quedaban dos caminos: o replegarnos en una retirada vergonzante, o revolvernos en un ataque valiente. Y optamos por esta última alternativa. Para la cual necesitamos extender nuestro campo de operaciones a todo el territorio nacional, abriendo nuevos pisos francos en distintos puntos estratégicos. Éste es uno de esos puntos, y eso es lo que hemos venido a pedirla: que dada la simpatía que siente por nuestra organización, simpatía que anteriormente también sintió su marido hasta el punto de dar su vida por la M.A.T.A., nos permita establecer en esta casa un piso franco desde el cual se dirigirá nuestras nuevas operaciones en la capital.

Al oír esto me entró el tembleque, y ya se sabe que cuando a mí me entra el tembleque no doy pie con bola. Intenté decir algo, pero sólo me salía un balbuceo confuso que no se entendía. Del tembleque pasé al sofoco, que se me fue aclarando hasta que estuve en condiciones de hablar.

—Pues yo —empecé a decir con más miedo que vergüenza—, ¿qué quieren que les diga!

—Queremos que nos diga que acepta colaborar con nosotros —fue la rápida réplica del rubio—. Sería una lástima que la organización nos obligara a terminar con un negocio tan floreciente como el que usted ha montado en esta casa.

Capté la amenaza que contenían sus palabras, porque muy gilipollas había que ser para no captarla, y comprendí que «los tres mosquetarras» habían venido dispuestos a todo con tal de obtener lo que pretendían. Y del mismo modo que volaron a Chema Loigorri con una bomba de goma-dos, eran muy capaces de volarme Villa Mancebo con otro bombazo de ese explosivo que tiene nombre de preservativo.

De manera que opté por transigir, aunque oponiendo toda clase de obstáculos antes de llegar a la transigencia.

—El caso es —dije en plan de obstaculizar— que esta casa no reúne las mismas condiciones que el piso de Tolosa.

—En efecto —admitieron ellos—: reúne condiciones mucho mejores, puesto que una casa es mayor que un piso, es también más independiente, y tiene mayores posibilidades de albergar un escondrijo en sus infinitos recovecos.

—Tenía esas posibilidades —admití a mi vez—, pero recientemente instalé una sauna en el sótano. Y el sótano era el único sitio donde se podía instalar un piso franco.

—Si no es en el sótano —opinó el rubio que estaba dispuesto a salirse con la suya—, puede instalarse también en la buhardilla.

El «matarra» tenía razón, ya que encima de la segunda planta del chalé estaba el tejado, que como su nombre indica era de tejas. Este tejado tenía forma de copete y

estaba hueco, pudiendo utilizarse el hueco en plan desván o trastero. El copete en algunos puntos tenía la altura de un hombre y en otros la de un enano, pero era muy espacioso pues ocupaba la superficie de toda la planta de la casa. Esta buhardilla tenía un acceso único a través de una trampilla que se abría en el techo de mi habitación, trampilla a la que se llegaba por una escalerilla plegable de quita y pon, que yo guardaba plegada dentro de un armario.

De nada me sirvió opinar que en aquel desván no se podía vivir por ser muy frío en el invierno y muy caluroso en el verano: ellos opinaron que eso podía resolverse instalando un acondicionador de aire, que lo echara caliente en invierno y fresquito en viceversa.

De nada me valió tampoco advertirles del peligro que correrían instalándose allí, pues el negocio de la casa exigía un gran trajín de personal que entraba y salía a todas horas. Lo cual a los «matarras» les pareció que ese trajín no era un inconveniente sino una ventaja: en un barullo de entradas y salidas siempre es más fácil que un comando pase inadvertido, que no en una casa solitaria donde la gente se fija más en quién entra o sale.

O sea que no hubo manera de quitármelos de encima, porque encima o sea en la buhardilla se quedaron desde aquella misma noche. A mi personal, para que mis chicos no creyeran que aquel trío de individuos había venido a hacerles la competencia y a quitarles el pan, le dije que eran unos parientes de mi difunto marido a los que Franco exilió y que ahora volvían del exilio a trabajar en las fábricas que había cerca de la «villa». También para tranquilizar a los chicos dije que los recién llegados no se meterían para nada en nuestros asuntos, ya que se alojarían en la buhardilla que sólo tenía acceso a través de mi cuarto. De manera que yo me encargaría de que los tres hicieran una vida totalmente independiente de la nuestra, sin meter las narices en nuestras cosas. Con lo cual, viendo que sus posiciones en la casa no peligraban, tanto Filo y Milo como *el Babas* y *el Guripa* aceptaron a los nuevos huéspedes del desván con un encogimiento de hombros que significaba:

—Mientras no se nos perjudique, allá la dueña con sus parientes. Allá ella también si cualquiera de esos tres individuos, al pasar por su habitación camino de la buhardilla, se queda a echarle un casquete. A nosotros los asuntos familiares, plin cataplín.

O sea que por el lado de mi personal no había que temer picajoserías ni chivatazos, puesto que la discreción es la primera virtud que se aprende a respetar en este oficio del puteo. No te chivarás ni repetirás lo que oigas o veas, son mandamientos respetados a rajatabla por las gentes del puterío.

Por el lado de los «matarras» sí había que temerlo todo, porque si llegaba a descubrirse el piso franco que acababan de abrir en la capital, adiós mi negocio y adiós mi cabeza. Reconozco que ellos por su parte lo llevaban también con mucha

discreción y toda clase de precauciones, por la cuenta que les traía. Por esta cuenta elegían para salir y entrar en la casa las horas en que era más fácil pasar inadvertidos, e incluso nunca lo hacían todos a la vez sino de uno en uno.

De todos modos yo tenía los ovarios aquí, como vulgarmente no se dice y debería decirse al hablar del miedo que siente una mujer; y más arriba los tuve todavía a medida que completaban su instalación en la buhardilla. Porque lo primero que trajeron para instalarse fue unos catres de campaña plegables, en los que pusieron las almohadas y las mantas que les presté, y lo último fueron unos estuches de violín muy escamantes porque ninguno de los tres era violinista. Y no hace falta estar muy puesta en cuestión gangsterismo para saber que los gángsters en plan Al Capone, Chicago y todo eso pusieron de moda transportar las metralletas y el armamento en general en fundas de violín. De manera que al ver a los tíos entrar en la buhardilla con esos estuches siniestros, ya que yo lo veía todo pues para acceder al piso franco tenían que pasar por mi habitación, me dio un sofoco en plan patatús que acabó en llantina convulsa y bastante histérica.

—¡Ustedes van a ser mi perdición! —sollocé tirándome en la cama para sollozar más relajada—. Si por un casual les descubre la policía, del tiroteo que se armará no quedaremos ni un bicho viviente.

—Ese casual de ser descubiertos no se producirá —me aseguró el rubio zarandeándome severamente para cortar el chorro de mis sollozos— si usted no se desboca ni pierde los estribos. De modo que tranquilícese y siga ocupándose del follaje de su clientela, que por nosotros no habrá problema.

Pero ¿cómo me podía tranquilizar si el día anterior habían estado subiendo a la buhardilla diecisiete latas de galletas, que las conté muy bien contadas? Y aunque me aseguraron que eran de galletas, al observar con cuántas precauciones manejaban las latas, muy gilipollas había que ser para no percatarse de que su verdadero contenido era ese puñetero explosivo con nombre de preservativo. Y entre aquel cargamento de goma-dos de ayer, y las metralletas de hoy, ¿quién es la guapa que puede ocuparse de su negocio con toda tranquilidad? Si por lo menos alguno de aquellos tres chicarrones hubiera tenido un detalle conmigo, o sea detenerse en mi cama al pasar por mi habitación y echarme un polvete en plan gentileza, habría podido correr más fácilmente el riesgo de aquella situación. Pero como los tres seguían respetándome como el primer día, tan escrupulosamente como si yo fuera una santa o una sifilítica, además del miedo que pasaba tenía que combatir el cabreo que sufría por este desprecio.

Y había veces que este desprecio resultaba más sangrante todavía, porque ya expliqué bastantes veces que para subir a la buhardilla había que pasar por mi cuarto. Con frecuencia los «matarras» pasaban de madrugada, o a otras horas en que yo estaba metida en la cama con ese camisoncito tan majo y al mismo tiempo tan

poquita cosa que me pongo para dormir, que por abajo sólo me llega hasta media muslada y por arriba hasta media pechuga. Pues que si quieres tentación, Encarnación: los tíos pasaban junto a mis carnes tentadoras sin hacer ruido para no despertarme, como si yo no fuera una mujer apetitosa, sino una vaca furiosa. Y subían por la escalera a la buhardilla.

Por cierto que esta escalera no era de caracol, sino más bien de almeja. O sea que no subía dando vueltas, sino que se plegaba y se metía en un armario. Pero como no era cosa de estarla plegando y desplegando a cada momento, el rubio me • propuso dejarla siempre puesta para facilitar sus entradas y salidas en cualquier momento tanto diurno como nocturno. Y como las propuestas del rubio eran órdenes, puesta se quedó la escalera de almeja a disposición de los «matarras».

Es fácil de imaginar que viví durante aquellos meses con una intensidad fuera de lo común; pues ser dueña por afición de una casa de putos, y al mismo tiempo casera por obligación de un comando de la M.A.T.A., no son actividades que suelen reunirse con mucha frecuencia en una misma persona.

PEDAZO 25

PARA QUE FUERA MAYOR mi acojonamiento (y no es mía la culpa de tener que usar esta palabra tan machista por no estar autorizada aún la de «acoñonamiento» propuesta por mí para reflejar la cobardía de las hembras), empezó a notarse en el país una leve reacción derechista. Mayormente de la extrema derecha, o sea de los «plusultras», que mandaba un notario muy notorio apellidado Piñar.

Este apellido se lo pusieron sin duda basado en las piñas que repartían sus muchachos, los cuales se pasaban todo el santo día a piñazo limpio. O sea que aunque estos zagales derechistas eran una élite, con lo cual sus enemigos querían decir que eran cuatro gatos, alborotaban tanto como si fueran una porrada.

Sus alborotos se debían a que en su calidad de «plusultras» no estaban de acuerdo con ninguna de las reformas que pretendía imponer la democracia. Entre ellas una Ley del Divorcio, a la que los «plusultras» se oponían como cuatro gatos panza arriba.

También el señor Piñar, al que sus muchachos obedecían sin rechistar («lo dijo don Blas, punto redondo»), se opuso en el Congreso, donde ocupaba un escaño; que más parecía una «escoña», por lo mucho que trataba de escoñar los proyectos de las izquierdas. Para no parecer tan retrógrado, el señor Piñar dijo al oponerse al divorcio que era en cambio partidario de legalizar el concubinato.

O sea que él prefería que el matrimonio fuera insoluble (juraría que a esta palabra le falta una sílaba en alguna parte), pero que no vería mal que las concubinas fueran legalizadas. De modo que un señor podía ser bígamo legalmente, siempre que hiciera así la presentación de sus dos mujeres:

—Aquí mi santa esposa, y aquí mi concubina.

O sea que don Blas se puso en plan *ayatollah* Jomeini; pues en Persia, después del Sha (¡qué rico Sha-Sha-Sha!), cada caballero persa puede tener dos persianas: una enrollable, o sea la esposa para darle el rollo, y otra la concubina para el dale que te pego al placer.

Y no es que el señor Pinar se sintiera musulmán o sea moro, porque él siempre fue tan español y tan castizo como don Guzmán el Chanchi. Lo que pasa es que él defendió la legalización del concubinato pensando mayormente en los hijos de las concubinas, que ahora por no ser legales se les llama naturales y cosas mucho peores, como por ejemplo hijos de puta.

Lo cual no es justo porque los angelitos no tienen la culpa de nada, y con el proyecto del *ayatollah* Piñar serían hijos de concubina legalizada, cosa que siempre es menos traumatizante para el fruto del amor, que también le dicen al nene habido fuera de la santa esposa.

O sea que, un suponer, si por un descuido la querindonga de un señor se quedase

preñada, podría llevar el preñe con la frente muy alta por las calles céntricas; y no como ahora, que tiene que esconderse para parir a hurtadillas en mitad del campo, y dejar al fruto o sea al niño a la intemperie. Cuando no lo dejan a la intemperie por estar lloviendo o nevando, tienen que dejarlo en la choza de unos campesinos, también llamados labriegos, que se hacen cargo del cuidado y la crianza del chaval a base de tetas mercenarias, a cambio de cierta pasta.

Pese a lo humanitaria que parecía esta idea de don Blas, mediante la cual las concubinas nacionales quedaban tan dentro de la ley como las persianas musulmanas, al personal femenino del país en su totalidad le sentó como un tiro. Empezando por las santas esposas que pusieron el grito en el cielo, que es el sitio donde les corresponde ponerlo a las santas esposas. Y este grito de indignación decía así:

—¡Hasta ahí podían llegar las bromas! Una cosa es consentir que nuestros maridos tengan una querindonga, porque en el fondo comprendemos que el matrimonio es insoportable y que el hombre casado necesita un desahogo para no reventar; y otra cosa muy distinta es permitir que la querindonga entre a participar legalmente de los derechos sociales y de la sociedad de bienes gananciales. ¿Pero qué se han figurado esas querindongas, barraganas, furcias o pelanduscas, ya que hemos tenido la caridad de inventar muchas palabras piadosas para designarlas con el fin de evitar la crueldad de llamarlas como en realidad se merecen, o sea putas a secas? ¿Acaso no tienen bastante con las libertades que ahora disfrutan gracias a la generosidad de las esposas? Porque ahora, si la querindonga se queda preñada, es muy libre de rasparse la matriz o de parir si lo prefiere a su hijo de puta. ¿Qué más quiere esa tía guarra?

Tampoco a las concubinas logró don Blas contentarlas con su idea de legalizarlas, porque ellas nunca han querido la legalización del concubinato, sino la aprobación del divorcio. La querindonga no desea que se legalice su situación de querida, ya que aspira a que el señor con el que está liada se divorcie para ocupar ella la plaza de santa esposa.

O sea que don «Jomeini Pifiar», con su discurso en plan *ayatollah*, sólo consiguió soliviantar al mujerío. Con lo cual tuvo que dar marcha atrás y decir que, de momento, el matrimonio seguiría siendo insoluble (el que sepa la sílaba que le falta a esa palabra, que haga el favor de ponerla en el lugar que le corresponda). Y que las concubinas siguieran aguantando mecha, que ya se arreglaría su problema cuando los «plusultras» hicieran la revolución que tienen pendiente. Porque a esta revolución pendiente desde hace cuarenta años (¡y lo que penderá, moreno!) va cargando la derecha española todos los problemas que no puede resolver. O sea que mayormente parece un pretexto con el fin de librarse para siempre de la obligación de resolverlos.

Y mientras tanto, quizá con el fin de entrenarse para esa futura revolución siempre pendiente, los «plusultras» se liaban a piñazos con cualquier motivo. Por

ejemplo, por un quítame allá esas pajas, motivo más que suficiente por ser la actividad pajillera muy propia de todas las juventudes.

Lo cual que se decía que el país estaba dando un viraje hacia la derecha porque el personal, mayormente el personal ricachón, se estaba hartando de que los navajeros, cuchilleros y pincheros en general les robaran las joyas y los chalés. También empezaba a hartarse dicho personal de los robos de sus Mercedes y de las violaciones de sus Merceditas.

—Esto no es libertad —bramaban los ricachones, iracundos—, sino libertinaje.

Incluso la mayoría silenciosa, que como su nombre indica nunca había dicho ni pío, empezó a soliviantarse y a decir algunas cosas, o sea que mandó su silencio a freír espárragos.

Donde más se notó este viraje fue en las manifestaciones que tenían lugar el día 20 de noviembre, fecha luctuosa para unos y festiva para otros, en la que murió Franco a manos de la vejez.

Ese día, en la Plaza de Oriente mayormente, se congregaba una masa de personal cuyo espesor nadie era capaz de calcular con exactitud. Para los franquistas, un suponer, la masa sobrepasaba el millón; y para los socialistas, otro suponer, la masa no era más que una masilla que apenas sobrepasaba el millar.

Pues bien: el año que se inició el viraje, nadie fue capaz de desmentir que el personal congregado en la Plaza de Oriente había dejado de ser una simple masa de gente para convertirse en un auténtico gentío.

Lo cual, como puede suponerse, no me favorecía bajo ningún concepto: ni como dueña de una casa de putos, ni como casera de un comando de «matarras».

Ya me había advertido una carca casada con un impotente, que venía por Villa Mancebo a que la regaran el jardincillo que la sequía sexual de su marido no podía regar, que una nueva y siniestra Sección Femenina estaba resucitando.

—Y resucitará con tanta virulencia —profetizó—, arremeterá con tanto brío contra el pecado, que ríase usted de la Inquisición.

Me reí como ella me había pedido aunque sin ningunas ganas, porque no hace falta tener muchos estudios para saber que la Inquisición era mucho más severa que Pilar Primo de Rivera. E incluso más intransigente que los curas durante el franquismo, que se la traían también con sus estrecheces mentales, y que si no quemaban brujas era mayormente por la escasez de gasolina. Ya que por aquellos años los autos andaban —es un decir— movidos por la fuerza —es otro decir— de unos aparatos llamados gasógenos.

Lo cual que yo vivía en continuo sobresalto, ya que para colmo una mañana apareció en la fachada de Villa Mancebo, pintada a mano con brocha gorda, una de esas cruces que les dicen «jamadas», «escolásticas» o algo así; que vienen a ser como la cruz cristiana pero con las cuatro esquinas dobladas, como si hubieran querido

romperla y no hubiesen podido.

El primero que la vio fue Filo cuando salía a trabajar en la fábrica de galletas, y vino a decírmelo muy asustado.

—Como los fachas la tomen con nuestra casa —opinó—, las vamos a pasar canutas. Porque debajo de esa cruz fascista, la misma mano que la pintó escribió: «¡Arriba los pantalones!»

A mí al principio esa pintada me dio risa, haciéndome pensar con alivio que la había hecho un bromista cachondo. Pero Filo siguió opinando que la cosa no era para reírse. Y dedujo:

—«¡Arriba los pantalones!» puede ser una orden que nos dan los fachas para que acabemos con nuestras actividades. Teniendo en cuenta que el negocio de la casa se basa en el calzón quitado, o sea en que nos bajemos los pantalones para servir a la clientela, si nos ordenan que nos los subamos está claro que quieren escoñamos nuestro trabajo.

Rechacé la deducción de Filo, deduciendo a mi vez:

—No hay que ponerse en los peor, jolines. Ese «arriba los pantalones» puede ser un grito machista de los fachas que no encierre ninguna alusión a la casa. Un suponer como si dijeran «¡la virilidad al Poder!», o «¡vivan los machos!»

En cualquier caso, por si las moscas, dije a Filo que cogiera un cubo, un jabón y un estropajo, y que borrara la pintada antes de irse a la fábrica. Cuanta menos gente la viese, menos riesgo corríamos de que pudiera interpretarse erróneamente y de un modo perjudicial para las actividades que se desarrollaban en la «villa».

También les comuniqué a los tres «matarras» la aparición de aquella cruz «jamada» o «escolástica», mayormente para ver si de resultas de aquella pintada les entraba el canguelo y se iban del piso franco.

Pero aquellos tíos no se asustaban de nada, e incluso tomaron a coña la noticia. *Melchor* sobre todo fue el que más se cachondeó, aunque también *Gaspar* y *Baltasar* se cachondearon lo suyo.

(Olvidaba contar que en vista de que «los tres mosquetarras» se negaron a decirme sus nombres, decidí bautizarles por mi cuenta con una nomenclatura que le iba a sus idiosincrasias respectivas. Y como eran tres, me moló llamarles como a los Reyes Magos. O sea que al rubio que parecía tener más mando, le puse *Melchor*; al más alto y paliducho de los dos restantes le puse *Gaspar*; y al tercero, que era el más moreno de los tres, le encajé el *Baltasar*. Ellos aceptaron estos bautismos que facilitaban nuestras relaciones, pues no hay nada tan incómodo y que se preste a tantas confusiones como tratar con gentes que no sabes cómo se llaman ni la madre que los parió).

PEDAZO 26

SI HAY UN REFRÁN con el que nunca estuve de acuerdo es ese que dice: «Mal de muchos, consuelo de tontos».

Yo modificaría el final diciendo «de todos», porque la verdad es que para todos es un gran consuelo que a muchos les vaya mal. A mí por ejemplo en aquella época de tantas preocupaciones, cuando podía decirse que estaba entre muchas espadas y una sola pared, me consolaba mayormente saber que a la Farah Diba y a su marido les iba muchísimo peor que a una servidora.

Porque una servidora tiene su patria, ya que por muy mermada que quede cuando se concedan todas las particiones de los estatutos, siempre podrá decir una, como mínimo, que tiene su patria chica. La Farah en cambio, cuyo marido era tan popular hace unos años que hasta le hicieron un baile (*¡Qué rico Sha-Sha-Sha!*), no puede decir lo mismo. Y no puede por la sencilla razón de que Persia, tanto para ella como para toda su familia, se ha convertido en «Irán-pero-no-volverán».

(Estas coñas las he gastado ya, pero las encuentro tan ingeniosas que no resisto a la tentación de repetirlas. También los cantantes modernos repiten siempre la misma cancioncilla, y la gente se aguanta sin tirarles cosas).

Puede decirse que los persas, al pasarse a Jomeini y darle la patada al Sha, se hicieron partidarios del jomeinismo después de haberlo sido del shadismo. Y aunque en Persia seguía habiendo muchos shádicos, no había los suficientes como para que al Sha y a sus familiares no les pusieran de patitas en la frontera.

Que el dinero no da la felicidad (frase que también consuela a todos los que no tienen un duro) lo demuestra lo infeliz que ha sido esa familia tan rica desde que empezó su exodilio (palabra que acabo de inventar, porque hoy estoy sembrada, hecha a base de una contracción de las palabras «éxodo» y «exilio», que es lo que le va a la familia del Sha).

Desde que empezó su exodilio, repito, esos pobrecitos —es un decir— no paran. O mejor dicho no los dejan parar, porque en seguida los echan de todas partes. Y su vida se está convirtiendo en un «vía crucis», cuyas últimas estaciones por ahora fueron México, esos Estados que a primera vista parece que están tan unidos pero que luego resulta que no, una islita panameña tan diminuta en los mapas como la deposición de un díptero, y por fin Egipto, en el que tenían un amiguete que se ofreció para esconderles detrás de una pirámide. Pero después de Egipto, ¿a dónde irían a dar con sus regias osamentas?

Lo cual preocupaba tanto al Sha como a la Farah, pues tener tanta pasta y que le echen a uno de todos los países como si fuera un pobre indeseable, no deja de ser tristón.

Pero si yo estuviera en el pellejo de la Farah (que afortunadamente no lo estoy

porque tendría que acostarme con el Pahlevi y nunca me agradó follar con tiranos), no me preocuparía. Aprovechando mi estancia en Panamá, habría empleado un buen montón de pasta en comprarme el yate mejor del mundo. Un yate que fuera tan grande como un paquebote, y que tuviera casi el tamaño que tiene el Principado de Mónaco. O sea que mi barco sería como una especie de Montecarlo flotante, armado como un acorazado para protegerme de todos los comandos que quisieran matarme para cobrar el precio puesto a mi cabeza por el *ayatollah* Jomeini.

Al espaciosísimo yate le pondría bandera panameña, ya que Panamá vende banderitas para ponerlas en barcos de todas clases, y ¡a navegar se ha dicho! ¿Que me echaban de un país? Pues me iba a otro. Mi *slogan* sería «Mi isla también viaja», pues mi embarcación sería como mi pequeño reino, rodeado de agua por todas partes y susceptible de poder trasladarlo hasta cualquier puerto del globo donde fuese aceptado.

En el peor de los casos, como los trámites para echarme durarían siempre algunas semanas, ése sería el tiempo que podría permanecer tranquila en mi vida nómada. Pero mis frecuentes traslados a bordo de mi barco serían mucho más cómodos y mucho menos peligrosos.

La verdad es que no sé cómo esta idea tan buena no se le ocurrió a la pareja formada por la Farah y su marido; marido que se llamaba Reza, como una premonición de todo lo que tuvo que rezar durante su largo y angustioso exodilio.

Pensar todas estas cosas no me impedía que yo también rezara lo mío, pues mi situación era en cierto modo tan angustiosa como la del Sha. Porque yo también tenía mis *ayotallahs* amenazadores, que ponían en peligro el que siguiera viviendo en mi casa e incluso en mi patria.

La verdad es que el comando de «matarras», durante los primeros meses que vivió en el piso franco de Villa Mancebo, supo pasar inadvertido a los ojos de mis chicos y a los de mi clientela. A los míos no, claro, ya que ante mis ojos tenían que pasar para bajar y subir por la escalera de almeja que conducía a su buhardilla. Pero sus idas y venidas eran tan discretas, que hasta me cabreaba un poco que los tres comandos pasaran junto a mí con tanta indiferencia, sin echarme una mirada ni siquiera cuando me pillaban en la cama durmiendo a pierna suelta y a teta fuera, debido a que siempre usé camiones con escotes que no me agobiaran el tetamen y que permitieran toda clase de expansiones a mi pechuga.

Pese a la discreción de sus movimientos, yo sospechaba que algo estarían tramando, pues la M.A.T.A. no es organización que se chupe el dedo durante meses enteros. Por algo se les llama «*activistas*», ya que si en lugar de activos fueran pasivos, no se les llamaría «*activistas*» sino «*pasivistas*». Vamos, creo yo.

La prensa en general y mayormente el *ABC*, que era el periódico que más se veía en casa (ya que nosotros, más que leer, lo que hacíamos era ver las estampas y las

fotos), decía un día sí y otro también que últimamente se observaba una intensificación de las actividades terroristas fuera del País Vasco. Y aunque entre los terroristas había muchos grupos, me constaba que en la M.A.T.A. también se había intensificado la actividad; ya que cuando veía salir de casa a *Melchor*, a *Gaspar* o a *Baltasar* con un paquete debajo del brazo, a las pocas horas informaba la prensa de que en algún lugar de Madrid había estallado un bombazo.

O sea que los paquetitos eran de goma-dos, aunque yo no comprendía qué puñetas ganaban los «matarras» poniendo aquellas bombas que hacían tanto ruido y cosechaban tan pocas nueces. Pero algo ganarían, digo yo; por lo menos, tener acojonadito al personal, para poder emprender con éxito acciones de más envergadura.

Eso pensaba yo al enterarme de que «había explotado un artefacto» en la calle de Apodaca, a las pocas horas de haber visto salir del piso franco a *Melchor* con el paquetito de marras. Y me convencí de que mi pensamiento no era erróneo cuando nada más cumplirse el estallido de la décima bomba, «los tres mosquetarras» bajaron de la buhardilla y me dijeron:

—Mañana, de seis a ocho de la tarde, necesitamos que no haya nadie en casa. O sea que todo el personal esté en la calle. Encárguese usted de que salgan todos los «niños» que trabajan en Villa Mancebo, e impida también que acudan clientes a esas horas. Salga usted también de seis a ocho.

—¡Ave María Purísima! —exclamé asustada, obligando al rubio a completar la frase devotamente, como es costumbre entre todos los católicos:

—Sin pecado concebida.

—¿Pero qué es lo que se proponen? —indagué sin lograr que el susto abandonara mi cuerpo.

—Usted cállese y no se preocupe, que no ocurrirá nada —me contestaron—. Simplemente queremos estar solos en la casa durante ese par de horas, para poder movernos con más desenvoltura.

Y eso fue todo lo que pude sonsacarles, porque se negaron a decirme ni una palabra más. Sabiendo como yo sabía cómo se las gastaban cuando se les desobedecía, o sea cuando se ponían en plan bestia, me puse a pensar en el pretexto que emplearía para sacar a los «niños» de paseo sin que se les pusiera la mosca detrás de la oreja.

Se me ocurrió decirles que en cierto modo yo era para ellos como una madre, y que en ese aspecto estaba bastante avergonzada por haber descuidado mis deberes maternos. No me refería como es natural a darles teta, ya que para eso no eran ya tan niños, pero sí a otra clase de deberes que una madre debe cumplir.

—De manera que estoy dispuesta a subsanar ese descuido ocupándome desde ahora de vuestra formación cultural. Para empezar —les anuncié—, os llevaré a todos

mañana por la tarde a visitar un museo. Y que ninguno de vosotros pretenda escurrir el bulto, porque en el futuro pienso prescindir de los chicos que no alcancen un grado suficiente de cultura.

Tanto a *el Guripa* como a *el Babas* les sentó muy mal que yo pretendiera cultivarles, pues según ellos ciertos órganos se ponen firmes sin necesidad de aprender la instrucción. Al Filo y Milo en cambio, por ser más jovencitos y menos bestias, les sedujo la idea de ver un museo puesto que nunca habían visto ninguno.

En ese mismo caso estaba yo, o sea que no tenía ni puta idea ni de dónde estaban los museos, ni de lo que tenían dentro. Tuve que recurrir a los «matarras» para que me orientasen. Les expliqué que me había puesto en plan maternal y cultural, prometiendo a los chicos que al día siguiente por la tarde les llevaría a un museo. Al trío le pareció una idea muy ingeniosa para lograr el desalojo de la casa, pero *Melchor* dudó que los chicos y yo aguantáramos dos horas completas visitando un sitio semejante.

Porque los museos, por lo visto, son sitios aburridísimos llenos de cosas viejas que cubren todas las paredes y llenan todas las vitrinas. Cuando estas cosas son barcos tan antiguos como las carabelas o los bergantines, al museo se le llama «Naval». Cuando estas cosas son retratos antiquísimos pintados a mano, porque aún no se habían inventado las fotografías, al museo no sé por qué se le llama «del Prado».

La verdad es que a mí no se me apetecía ver ninguno de aquellos sitios llenos de barquitos carcomidos y de pinturas apolilladas, que según me dijeron ocupan unos edificios enormes como cuarteles o conventos, lo cual hizo pensar a los «matarras» que el museo más entretenido para mí y mis *boys*, el más ameno y el menos rollífero, era el que llamaban «Museo de Cera».

Este museo se llamaba así porque su ingrediente principal era esa sustancia blancuzca y blandorra que segregan las abejas no sé cómo ni sé por dónde. En él no había barquitos ni retratos, sino figuras tan parecidas a los personajes de verdad que se quedaba una pasmada. Las figuras además estaban puestas en actitudes que parecían copiadas de la vida misma. O sea que al Napoleón aquel se le ponía con una mano acariciándose la úlcera de estómago, y al Nerón que incendió Roma se le representaba con una cara de gilipollas en medio de unas llamas muy bien imitadas, que parecía un anuncio de la Fosforera Española.

Por todo lo que me contaron los «matarras», que en cultura museística estaban más puestos que yo, consideré que el Museo de Cera era el más ameno para ser visitado. Y a él me llevé a todos los «niños» de la casa al día siguiente, entre seis y ocho de la tarde.

Debo decir que yo parecía una gallina rodeada de sus polluelos, pues me parece excesivo compararme a una madre rodeada de sus pequeñuelos. Debo decir también

que los chicos iban contentísimos, pues les hacía una ilusión loca cultivarse un poco el intelecto, o sea la sesera, para dejar de ser unos pedazos de carne con ojos como habían sido hasta entonces.

La verdad es que el Museo de Cera estaba muy bien traído, pues bien mirado y si una se paraba a pensarlo, las figuras estaban hechas de la misma pasta que se hacen los humanos. O sea de una secreción pastosa que cuando es segregada por las abejas se llama cera, y que cuando la segregan los hombres se llama esperma.

Nadie ignora que el ingrediente gracias al cual venimos al mundo, está formado por unas gotas de esperma y un solo tozoide. El tozoide es una especie de pececillo que nada en el líquido espermático, y tiene que nadar muy de prisa para llegar a reunirse con el ovo de la hembra. (Este ovo, como su nombre indica bastante, es un huevo que sale periódicamente del ovario). Sólo batiendo un récord de natación se arrejunta el pececillo del macho con el ovo de la hembra, produciéndose el fenómeno llamado preñe. Porque si el esperma se solidifica antes de que el tozoide alcance el ovo, el tozoide queda prisionero y el preñe se fastidia.

Si prescindimos del tozoide y de su contacto con el ovo, choque milagroso del que nace la vida, nos queda el ingrediente del esperma; material de propiedades idénticas a la cera con el que pueden moldearse figuras tan parecidas a las humanas como si fueran de carne y hueso. Quiero decir, aunque quizá me haya hecho un lío y no haya conseguido decirlo, que si se pueden hacer figuras de cera que casi se confunden con las humanas, se debe creo yo a que en el origen de nuestra vida también interviene el esperma. Que viene a ser un ingrediente igualito a la cera empleada en el museo.

Todas estas consideraciones tan profundas e incluso con su miaja de filosofía, se me ocurrieron al ver el referido Museo de Cera, cuya contemplación me produjo un impacto de rebimbalamaja, o sea gordísimo.

Porque ya de entrada, oye, es que te entran unas palpitaciones y unas congojas mayormente por la iluminación, que es escasita y habilidosa para que la cera de las caras te parezca carne y los alambres de los cuerpos se te antojen huesos. O sea que las luces están puestas en plan ahorro energético, con lo cual todas las salas adquieren un aire misterioso y un poco terrorífico que te obligan a hablar en voz baja y con respeto, como si las figuras fueran muertos de verdad.

Recuerdo que al llegar a un esquinazo que representa un café, en el que están reproducidos dos poetas apellidados respectivamente García y Jiménez, al cretino de *el Babas* le entró la risa y soltó una carcajada. Pues bien: me produjo una impresión tan sacrílega como si se hubiera reído en un cementerio estando los dos poetas de cuerpo presente. Y eso que la pareja de poetas no era nada del otro mundo, porque el García sólo escribió unos cuantos romancillos más o menos gitanos, y el Jiménez puso en lenguaje poético las memorias de un borrico. Pero de todos modos: en ese

museo todas las figuras impresionan mucho, como si fueran los propios cadáveres de toda esa gente tan conocida.

Aunque yo, la verdad, no conocía a casi nadie. Es lo malo que tiene esta profesión de una: que una tiene ocasión de conocer a muchísimos hombres, pero la mayoría de ellos son unos piernas que ni pinchan ni cortan. Pueden ser bastante ricos, e incluso haber nacido en Bilbao, pero por muy de Bilbao que sean nunca llegan a ser tan conocidos como para merecer que les saquen el molde en el Museo de Cera.

Claro que mayormente allí sólo sacan a los tipos famosos que ya se murieron, o que ya están medio muertos y no les molesta que les hagan la mascarilla para sacarles el parecido. Pero confieso que mi cultura deja mucho que desear, y que incluso entre aquellos personajes ya muertos y tan famosos dentro de la mortandad, sólo reconocí a media docena. A Cristóbal Colón, un suponer, al que se le reconoce porque siempre tiene un brazo extendido y señala con un dedo a las Américas. También ayuda a reconocerle esa melenita tan maja que lleva, y los pantalones bombachos. Me emocioné tanto cuando le reconocí, que me detuve ante él y le dediqué esta meditación:

«Don Cristóbal, macho. Siento por usted una admiración de no te menees, que equivale a decir sin límites. Admiro sobre todo la facilidad de palabra que debió usted de gastarse. Porque mucha verborrea hay que tener y muy eficaz, para convencer a una señora de que pignore sus joyas y le entregue su importe a usted, un individuo de origen oscuro, para financiarle un viaje fantástico. Porque ni siquiera tuvo usted la gentileza de invitar a doña Isabel, que fue su financiadora, a que le acompañara en aquel crucero por el Caribe. Menos mal, macho, que su viajecito fue un éxito y que a su regreso devolvió usted a la señora el importe de su inversión. Y se lo devolvió con réditos muy altos, ya que a cambio de unas joyitas que no valían gran cosa, la entregó usted un montón de joyas geográficas infinitamente más valiosas. O sea que la tía salió ganando.

»Le admiro también, señor Colón, por haber ensanchado nuestro raquíptico mundo añadiéndole un hermosísimo pedazo con el que no contábamos. Creo que por su acción, que tanto ha contribuido al desarrollo del turismo actual, bien merece que se le conceda un título fardón. Si en mi mano estuviera le nombraría Primer Turista Mundial, y pondría a todas sus estatuas que hay repartidas por todo el mundo los atributos clásicos del turista: un pasaporte para todos los países, unas cuantas tarjetas de crédito, y un corraje para llevar en banderola la cámara fotográfica y el tomavistas».

Reconocí igualmente (y me impresionó mucho) la pareja formada por Julieta y Romeo, cuyos nombres se dicen siempre al revés porque ya se sabe que en el machismo imperante, el borriquito va delante para que no se espante.

Julieta en el museo estaba muy propia, o sea muerta, y la cera daba a su muertez

un aire mismamente cadavérico que impresionaba horrores. El pobrecito Romeo daba también muchísima pena pues le habían puesto de rodillas junto a la muertita, y con un gesto tan tristón que parecía a punto de echarse a llorar. Lo cual a mí me inspiró esta meditación tan sentida:

«¡No llores, Romeo Capuleto! Anímate, hombre. Piensa que de buena te libraste. Si hubieras podido disfrutar junto a Julieta una larga vida conyugal, imagínate lo que hubiera ocurrido: tu amadísima señorita Montesco se habría convertido con los años en una señora gorda, celulítica y grasienta; en una esposa gruñona, muy probablemente bigotuda, que te reñiría si volvieras tarde a casa o si miraras de reojo y con nostalgia a alguna jovencita. Piensa que tú también te habrías convertido en un sesentón artrítico y asmático, preocupado con sus crecientes contenidos de ácido úrico y colesterol. Matando vuestro amor con un veneno rápido, lo salvasteis de ese cruel y lentísimo venenillo del matrimonio, que mata los grandes amores con lentitud exasperante».

A Federico *el Babas* también se le ocurrió algo cuando contempló el grupo conmovedor formado por la romantiquísima pareja. Y lo dijo:

—Muerta y todo, se nota lo buena que estaba Julieta. Y se explica las ganas que tenía Romeo de echarla un buen polvazo.

Otro que también estaba muy propio y que me produjo —valga la redundancia— horrores de horror, fue el conde Drácula. Lo presentaban tendido en su ataúd, como un asado puesto en una fuente, y provisto de un mecanismo aterrador que al tiempo que abría y cerraba la tapa de la caja le clavaba una estaca en el corazón.

Para contrarrestar el miedo que me producía procuré tomármelo a coña, ya que cuando quiero puedo ser muy coñona y quitarme los miedos de encima a base de cofias. O sea que muy coñona y jacarandosa, me encaré con el célebre vampiro y le espeté en voz alta:

—¿No le da vergüenza, señor conde? ¡Desayunarse con sangría! ¡Puah, qué ordinariéz! El desayuno que le corresponde a un noble como usted es un poco de té bebido en taza, y no un trago de sangre mordido en un pescuezo. Y menos aún si el mordisco es en el cuello de una señorita. Admito que hay señoritas que están para comérselas, pero no mordiéndolas sino haciéndolas el amor. Comprendo que a un tipo tan ordinario como usted se le trate a estacazos.

Filo y Milo se rieron de mi ocurrencia pero con una risa nerviosa, porque ellos al fin y al cabo eran casi unos niños y la verdad es que Drácula les asustaba una barbaridad.

También Matías *el Guripa* estuvo ingenioso poco después, cuando en nuestra visita llegamos frente a las figuras que representaban a Caperucita Roja y al Lobo Feroz. Para divertir a Filo y a Milo, a los que no se les había pasado el susto que les produjo el conde vampiro, Matías puso voz de falsete simulando la voz de

Caperucita, y dijo:

—*Guripa*: ¡qué sentido del humor tan fino tienes!

Y él mismo, con su voz normal, se contestó:

—Para comerte y digerirte mejor. Porque el humor ayuda a hacer bien las digestiones, hasta de las niñas tan indigestas como tú. No me extraña que al abrirle la tripa al lobo, salieras de ella completamente entera: el pobre animal no había podido digerirte.

O sea que en conjunto nos lo pasamos pipa, y los chicos me agradecieron mucho que hubiera sido como una madre para ellos llevándoles a un museo, cosa que además de cultivarles había servido para divertirles. Porque parece mentira la cantidad de figuras tan propias que pueden hacerse con cera, o sea con esperma, a las que sólo les ha faltado el tozoide para estar vivas de verdad.

Tan bien nos lo pasamos que permanecimos en el museo hasta que nos echaron porque iban a cerrar, lo cual sucedió a las ocho y media. Por lo tanto puede decirse que obedecí con creces la orden de los «matarras», que sólo querían que me ausentara de la «villa» con todo mi personal de seis a ocho.

PEDAZO 27

EL PORQUÉ de esta orden lo supe aquella misma noche, a las pocas horas de haber regresado de nuestra visita al museo en plan cultural. Al llegar a Villa Mancebo mandé a los «niños» al salón para que alternaran con las dieras que fueran llegando, mientras yo subía a mi cuarto a ponerme cómoda. O sea a quitarme los zapatos y la faja.

Quitándome estaba la segunda, cuando por la escalera que yo llamo de almeja, porque no era de caracol, bajó *Melchor* empuñando una metralleta. Contuve el sobresalto que este hecho me produjo con la esperanza de que el «matarra» pretendiera emplear la coacción del arma para violarme, e incluso fingí que la faja se me resistía para prolongar mis provocativas contorsiones con el vestido levantado hasta la barbilla. Pero *Melchor* se limitó a carraspear para advertirme discretamente de su presencia. Con lo cual yo no tuve más remedio que acusar recibo de su advertencia cubriendo con precipitación mi desnudez parcial y exclamando:

—¡Oh! ¡No sabía que estuviera usted aquí!

—Aquí estamos todos —me informó—, y le agradecemos que haya seguido nuestras instrucciones. Gracias a su colaboración, podemos decir que hemos alcanzado el objetivo propuesto.

—¿Puedo saber qué objetivo era ese que me obligó a abandonar mi casa con todo mi personal? —pregunté con la curiosidad que caracteriza a mi sexo femenino.

—Lo sabrá en su momento —me dijo frunciendo el ceño enigmáticamente; y el momento parece que llegó en aquel mismo momento, pues se oyeron como ruidos de lucha en la buhardilla que terminaron con el grito breve de un hombre y el sonido apagado de un cuerpo al caer al suelo.

Cuando volvió el silencio, *Gaspar* se asomó por la trampilla abierta en el techo, e informó a *Melchor* que se hallaba junto a mí al pie de la escalera:

—Nos pilló desprevenidos al despertar de la anestesia, pero ya no hay peligro: se ha vuelto a dormir con otro anestésico que le apliqué.

Y al decir esto, *Gaspar* mostró sonriendo uno de sus puños.

—Creo, caballeros —dije con toda la calma y finura que fui capaz de reunir en aquella oportunidad, que no fue mucha—, que tengo derecho a ser informada de lo que está sucediendo en mi propia casa.

—Voy a explicárselo —prometió *Melchor*, pero antes de cumplir su promesa se acercó a la puerta de mi cuarto para cerciorarse de que nadie estaba escuchando en el pasillo. Hecho esto volvió junto a mí y empezó a explicarme—: Es lógico que usted sepa lo que aquí ha sucedido, pero antes de saberlo debe usted saber también que no vacilaremos en matarla si nos traiciona divulgando lo que sepa. Porque ahora está usted metida en esta operación tanto como nosotros, y la juzgaremos con la misma

severidad que si fuera uno de los nuestros. ¿Enterada?

—Sí, claro —tuve que admitir, notando que empezaba a entrarme el tembleque.

La verdad es que tenía tanto miedo que no me llegaba la camisa al cuerpo, razón por la cual me quedaba al aire una amplia zona de cacha entre la braga y el sostén, que en otras circunstancias habría excitado a más de un hombre. Pero en aquel momento tan tenso se la traía floja al «matarra», que lo único que tenía erecta era la metralleta.

Al darme por enterada de que me jugaba la vida si cometía una indiscreción, *Melchor* bajó la voz para desembuchar:

—Por razones que a usted no le importan, hemos tenido que secuestrar a una personalidad política. Por eso la hicimos salir de seis a ocho: necesitábamos que no hubiera nadie en casa, para que nadie pudiera vernos cuando trajimos al secuestrado y lo encerramos en el piso franco.

—¡Jodó! —musité, aplastada por el notición.

—Todo salió bien en la primera fase de la operación —prosiguió el «matarra», y esperamos poder decir lo mismo cuando concluyan las fases sucesivas. Calculamos que la operación completa durará a lo sumo quince días, durante los cuales Villa Mancebo permanecerá abierta a su clientela respetando su horario de costumbre. Esa será nuestra mejor tapadera: que la casa siga funcionando con absoluta normalidad. ¿Entendido?

—Desde luego —respondí soltando un doloroso suspiro, con el que pretendí expulsar toda la angustia que el «matarra» me había metido en el cuerpo—. ¿Me necesitan para algo más?

—Quizá la necesitemos para dar a nuestras relaciones con el secuestrado un toque humano. Pero en ese caso ya la avisaríamos. Y ahora compórtese con naturalidad, como si aquí no hubiera pasado nada.

—¡Se dice fácil! —volví a suspirar.

—Y se hace también cuando se trata de salvar la vida —me replicó con dureza y en tono de *amenaza*.

Melchor subió por la escalera de almeja a reunirse con sus compinches que vigilaban al secuestrado, y yo bajé al salón a reunirme con los chicos que alternaban con las primeras dieras de la noche. Las cuales estaban nerviosas como flanes y sólo hablaban de lo mismo.

—¿Pero no sabe usted lo que ha pasado? —me preguntó una ninfómana pizpireta, que venía tres veces por semana a hacer cama redonda con Filo y Milo—. Lo acabo de oír en la radio del coche cuando venía hacia aquí: ¡han secuestrado a Filisteo Fachón!

Y como a mí ese nombre no me decía nada, tampoco yo dije nada cuando lo oí. Lo cual provocó un inaudito cacareo entre todas las dieras presentes.

—¡Pero, doña Mapi! —se escandalizó una señorona con algo de bigote, que venía una vez por semana a que la dieran unos masajes contra la frigidez—. ¿De veras no sabe quién es Filisteo Fachón? ¡Nada menos que el líder de «F.N.»!

—No, mujer —contradijo la ninfómana—. Usted se confunde con Blas Pinar.

—Nada de eso —terció una tercera que entendía mucho de política—: las que se confunden son las siglas. Porque la «F.N.» de don Blas quiere decir «Fuerza Nueva», y la de Filisteo Fachón significa «Franquistas Nostálgicos».

—Deberían prohibirse estas coincidencias —opinó la frígida— que se prestan a confusiones.

—Ya quisieron prohibirlo —explicó la políticastra—, pero la oposición se opuso en el Congreso.

»—Si empezamos a prohibir cosas —opinó la izquierda—, esto no va a parecer una democracia, sino una dictadura.

»Y Filisteo Fachón se aprovechó de esta circunstancia para seguir empleando esas siglas equívocas, lo mismo que se había aprovechado de sus propias iniciales para que le confundieran con Francisco Franco. Y así, con estos trucos, ha logrado reunir bastante gente en su partido de “Franquistas Nostálgicos”.

La noticia de que ha sido secuestrado —aventuró la ninfómana— ¿no será un truco más de ese líder tan astuto para hacerse propaganda?

—¡No, por Dios, por la Patria y el Rey! —se escandalizó la políticastra que era muy tradicionalista—. A tanto no llega su astucia ni su audacia. Además a última hora de esta misma tarde se ha recibido en un periódico una llamada de la M.A.T.A. reivindicando el secuestro de Filisteo Fachón.

Yo me limitaba a escuchar estas conversaciones sin decir esta boca es mía, mayormente porque el miedo que sentía me agarrotaba el gástrico impidiéndome hablar. Porque mi situación era como, mal comparado, acojonar al tío más macho: ¡en mi salón las dieras comentando el secuestro, y en mi buhardilla los secuestradores vigilando al secuestrado!

¿Era de extrañar que tuviese el corazón al borde del infarto, y que sudara tan copiosamente como si estuviera cociéndome dentro de una sauna?

Para más «inri» la clientela me pidió que, dada la gravedad del suceso, enchufara la «tele» que tenía instalada en el salón. Y en el último telediario echaron un reportaje referente al secuestro que había conmocionado al país, en el cual salían retratos de Filisteo Fachón desde que era recién nacido.

Primero se le veía desnudito y patas arriba sobre un cojín, sin que nada en su aspecto hiciera adivinar que con el tiempo llegaría a ser un conspicuo fascista. Luego aparecía vestidito como en la canción infantil, o sea con su camisita y su canesú.

En retratos sucesivos aparecía creciendo foto a foto, o sea poco a poco: en una foto podía vérselo con pantalón corto; en otra con pantalón bombacho, que fue una

chorrada de pantalón intermedio entre el corto y el largo; y en otra más se veía al joven Filisteo con pantalón de montar a caballo y botas altas, que era no se sabe bien por qué el atuendo que más agradaba a los jóvenes durante la guerra civil (que para mí fue la más incivil de todas las guerras). Mayormente supongo que la predilección por estas prendas nacería por su vinculación con el uniforme militar, ya que caballos propiamente para montar había más bien pocos, por habérselos comido la población durante las hambres y las penurias que la guerra trajo consigo.

El reportaje incluía también fotos del secuestrado con sus papás e incluso con sus mamás, pues aquel líder pertenecía a una familia tan sumamente pudiente, que hasta tenía los progenitores por parejas. O por lo menos eso parecía en la exhibición de su profusa y abigarrada parentela. Así de injusta sigue siendo la sociedad, y mucho va a tener que hacer la democracia para acortar las distancias enormes que hoy separan a las clases sociales: mientras unos son tan pobres que incluso son huérfanos, otros nadan en la abundancia y pueden permitirse el lujo de ser hijos de padres numerosos.

Por su parte la prensa, o sea los periódicos y revistas, dedicaron muchas páginas a comentar el secuestro y a contar la biografía del secuestrado.

Observé con este motivo un fenómeno muy curioso: aunque parezca mentira, en este país impresiona más a la opinión pública un secuestrado que un asesinato. Debe ser porque la gente, que es muy sentimental pero al mismo tiempo muy práctica, piensa sin duda: «Para el muerto, ya terminó el sufrimiento. El secuestrado, en cambio, puede sufrir mucho más cuanto mayor sea la duración de su secuestro. Y es más digno de compasión, un suponer, el mártir vivo que empieza a sufrir su martirio, que el mártir muerto cuyo martirio ya terminó. O sea que bien podría decirse: el muerto al hoyo y el secuestrado al rollo, pues es increíble lo que se enrollan los medios informativos en cuanto secuestran a cualquier individuo».

La reacción es tan fuerte contra los secuestradores, que la gente se indigna igual aunque el individuo secuestrado sea franquista. Porque a mí me parecería lógico que el personal se encogiera de hombros, e incluso que se alegrara una pizca, al saber que un grupo terrorista se había apoderado de un líder más bien fascistón. Y lo mismo cabría pensar si el líder fuera franquista. Porque el franquismo al fin y al cabo acabó cayendo gordo a todo quisque, mayormente por el afán de todos sus partidarios de adular a Franco. Los aduladores se pasaban de rosca, ya que puestos a dar coba no se detenían ante ningún obstáculo.

En plan cobista se pusieron, un suponer, cuando para mandar una carta obligaron a ponerla un «franqueo», como si Franco hubiera sido el inventor de los sellos de Correos. En plan cobista se pusieron también, otro suponer, cuando al escondite para ocultar secuestrados le llamaron «piso franco» (nombre impropio puesto que debieron llamarle con propiedad «piso contra franco», ya que contra él actuaban los ocupantes de esos pisos. Pero como el caso era dar coba a toda costa...)

Por estos y otros muchos excesos de lameculismo, acabó por caer gordo el franquismo, lo cual me hizo suponer que el secuestro de sus líderes alegraría al personal, o por lo menos se la traería floja. Franco al fin y al cabo, si se le quitaba la nube de incienso en la que le habían envuelto sus lameculos, no era más que un señor bajito y regordete cuyo único mérito consistió en ganar una guerra civil siendo militar. Y así cualquiera, mira qué gracioso.

Todos estos razonamientos antifranquistas, forzados por mí para que fueran de lo más negativos, me los hacía yo tratando de minimizar el secuestro de aquel facha. Pensaba yo que si llegaba a convencerme de que aquel líder era mi enemigo político, me parecería más aceptable y menos atroz el hecho de que lo tuviera secuestrado dentro de mi propia casa.

Pero por mucho que razonaba no me convencía, y el hecho continuaba pareciéndome una atrocidad monstruosa; que me impedía dormir y me aceleraba el asunto cardíaco, produciéndome lo que yo llamaba familiarmente «la taqui», o sea la taquicardia.

PEDAZO 28

POR SUERTE los «niños» que hacían «salón» en Villa Mancebo no tenían ni la menor sospecha del huésped clandestino que teníamos en la buhardilla, ya que todos ellos creyeron que la visita al Museo de Cera fue efectivamente en plan cultural y no un pretexto para que los «matarras» pudieran colar al secuestrado de matute.

O sea que yo por ese lado podía estar tranquila, aunque sólo por ése, pues por todos los demás me rodeaba una intranquilidad creciente que cada día se iba haciendo más acoñonante. (Con «ñ» de coño, y no con «j» de cojón).

Tan acoñonante, que ni siquiera podía disfrutar de todos los tipos y tipas que acudían a mi negocio, y lo llenaban de tipismo.

Una de estas tipas típicas, por ejemplo, era una madre de diez hijos que venía dos veces por semana a que *el Guripa* la echara un «cortado». En el lenguaje profesional que empleábamos para andar por la casa, un «cortado» era un polvo al que se le aplicaba la técnica del *coitus interruptus*. O sea que al ser un polvo con corte, nada más propio ni más fino para que una señora lo encargara así al hombre que iba a servírselo:

—Matías: échame un «cortado».

Mucho más elegante que encargarse un *coitus interruptus*, pues aunque hay guarrerías que ganan horrores al traducirlas al latín, ésta queda igualmente guarra aunque se diga en sánscrito; que es también una lengua muerta, y además enterrada.

Pero volviendo a la madre de diez hijos y a su encargo tan especial, el caso es que me picó la curiosidad; que es lo único que les pica a las mujeres limpias y cuidadosas con su higiene íntima. Y tanto me picó, que un día la dije:

—Por su número de hijos, da usted la impresión de estar sexualmente muy bien servida. Sospecho que su marido, para lograr tan nutrida descendencia, habrá tenido que cohabitar con usted no sólo con envidiable potencia, sino con inusitada frecuencia. Porque el preñe, como usted sabrá, se consigue a base de insistencia. ¿Cómo se explica entonces que busque fuera del matrimonio un placer sexual que debe encontrar con creces dentro de él?

A lo cual ella fue y me dijo:

—Por las creces precisamente, ya que mi marido es en lo viril como un mono salido. O sea que en cuanto se encama, menos de tres polvos no me los quita nadie. Lo cual para mí, que soy alérgica y me salen unas ronchas como rosquillas en cuanto uso un anticonceptivo, me supone un preñe cada dos por tres. Como una ya está aburrída de parir como una coneja, propuse a mi marido que cohabitáramos vistiendo a su pajarito con un traje de goma, mismamente como si su pajarito fuera un hombrecillo rana. ¿Usted me comprende?

—¡Ya lo creo! —dije yo—: usted lo que quería era joder con condón.

—Pues sí. Pero él con tanta grosería como la que usted acaba de emplear, prescindiendo de los finos eufemismos que yo había usado, me dijo que no se apañaba a chingar con preservativo. Le propuse entonces que practicara lo que en esta casa se llama «echar un cortado», explicándole que ni mi organismo ni nuestra economía podían soportar más partos. Lo cual pareció convencerle hasta el punto de que le arranqué la promesa de que llegado el momento, no se vaciaría en mi interior. O sea que prometió sacarla a la intemperie cuando notara los primeros cosquilleos precursores del orgasmo. Para mantenerle despierta la memoria y recordarle que cumpliera lo que había prometido, hice lo que había visto hacer a las esposas de los automovilistas: hice una foto en grupo a nuestros diez hijos, la puse en un pequeño marco con un letrero alrededor, y la pegué en lo que podríamos llamar el salpicadero de la cama; o sea enfrente del sitio que ocupaba él y donde pudiera verla bien. En el letrero que rodeaba a los niños, podía leerse:

«Papá: no te corras. Piensa en nosotros, que ya somos bastantes».

La inventora de esta idea tan ingeniosa suspiró tristemente antes de concluir:

—Pues ni por éstas fui capaz de frenar a mi marido, que no lograba contenerse y continuó empolvándome por dentro. En vista de lo cual, una noche me apeé en marcha de nuestra cama, y no he vuelto a montarme con él. Desde entonces, cuando necesito un desahogo, vengo aquí a que me echen un «cortado», sin riesgo de que quien me lo sirve no lo corte a tiempo.

O sea que observando a estas viciosas tan pintorescas se pasaba bomba, siempre que estuviera una relajada. Pero que me digan a mí cómo coño se relaja una sabiendo que en la buhardilla de su propia casa se esconden tres secuestradores con un secuestrado al que busca toda la policía del país.

Ni siquiera eran capaces de relajarme las viciosas retorcidas que no deseaban ser «sodomizadas» por el culo, sino «gomorrizadas» por una oreja.

A propósito de oreja, recuerdo ahora a un putón desorejado, viuda reciente de un indiano tan riquísimo que había hecho a su ciudad natal el más espléndido de los regalos. Al volver de América nadando en millones, preguntó a sus coterráneos:

—¿Qué puedo regalar a nuestra ciudad?

Y sus coterráneos, sabedores de que podía permitirse cualquier lujo tanto por su fortuna como por su generosidad, respondieron al unísono, que es como decir todos a la vez:

—Puedes regalarla un río.

Ése era el sueño de aquella pequeña ciudad, como suele ser el de todas las ciudades del mundo: tener un río en el que pueda bañarse, y pasear en barca o en *bateau-mouche*. Las grandes ciudades tienen también grandes ríos, como el Sena y el Támesis, o el Hudson y el Río de la Plata.

Pero lo malo era que por la pequeña ciudad del indiano, ni cerca ni lejos de ella,

pasaba algún río que pudiera desviarse artificialmente para hacerlo pasar por aquel apartado casquillo urbano. El más próximo era el Chorrito, afluente a su vez de otro afluente, que no tenía caudal para alimentar el desvío de siete kilómetros que se requería para que mojara la falda de la pequeña ciudad.

Estas dificultades no desanimaron al indiano, que además de apellidarse Mula era terco como una ídem.

—Puesto que no se puede traer hasta aquí un río natural, yo construiré un río artificial.

Y a golpe de millones mandó cavar un cauce que él mismo había diseñado. El cauce empezaba en lo alto de una montaña próxima a la pequeña ciudad, y bajaba serpenteando por la ladera como suelen serpentear todos los cauces.

Al llegar al pie de la montaña el indiano diseñó unos meandros, que son unas cosas con nombre muy feo que suelen tener los ríos verdaderos, y que el señor Mula quiso que tuviera también su río simulado.

—Le advierto —le advirtió el contratista que hacía la obra del cauce— que los meandros le costarán un pico, ya que cavar un cauce recto y sin meandros suele ser mucho más económico.

Pero el indiano dijo que tratándose de su ciudad natal no era cosa de escatimar meandros, e incluso añadió al plano sobre la marcha un par de meandros más para redondear su donativo y que su río quedara más majo.

Terminados los meandros, que quedaron muy pocholos, la ancha zanja del cauce bordeó el casquillo urbano de la pequeña ciudad, ciñéndola en un airoso semicírculo, antes de alejarse de ella en línea recta hasta alcanzar el borde de un precipicio; en el que el río diseñado por el indiano moría al despeñarse convertido en cascada.

Terminado el cauce, que desde su nacimiento en lo alto de la montaña hasta su desembocadura medía cinco kilómetros y medio, el señor Mula anunció que su inauguración y entrega a las autoridades se efectuaría el domingo siguiente.

Y en la fecha anunciada todo estuvo dispuesto para el gran acontecimiento: a lo largo del cauce, seco todavía, se había desparramado toda la población. En una tribuna levantada junto a la zona del cauce que bordeaba la ciudad, se congregaron las autoridades con el alcalde al frente. A su lado estaba el indiano benefactor, donante del río.

Llegado el momento, el alcalde pronunció un discurso de agradecimiento al señor Mula por su donación, que permitiría a la ciudad codearse con las grandes capitales regadas por ríos propios.

Después del alcalde, el nuncio de Su Santidad, llegado de Madrid expresamente para tan especial ceremonia, procedió a bautizar el cauce con el nombre de quien lo donaba: río Mula.

En cuanto el nuncio sacudió al río que acababa de nacer el primer hisopazo de

agua bendita, bajó por el cauce un borbotón de agua sin bendecir que lo llenó por completo.

El río artificial había empezado a ser alimentado por una docena de camiones-cisterna, que cargaban el agua en el embalse de Trincherpe, la subían a la montaña donde empezaba el río Mula, y la soltaban en su cauce artificial.

El señor Mula, terco como una ídem, logró que su ciudad tuviera un río relativamente caudaloso mientras él vivió. Por fortuna para su esposa sólo vivió cuatro meses desde la inauguración del río que llevaba su apellido. Río que además se llevaba diariamente dos millones de pesetas, en alquiler y gastos de los camiones-cisterna que transportaban su caudal.

—Si tardo un poco más en enviudar —decía el putón desorejado de su viuda—, no podría pagar ahora las sesiones intensivas que me pego para sustituir a mi marido. Porque yo no invierto su fortuna en ríos de agua, sino en riachuelos de leche.

Los días iban pasando y mis preocupaciones aumentando, ya que el asunto del secuestro se iba liando y agravando por momentos. Las posiciones de los dos bandos se endurecían, ya que por un lado los secuestradores pedían un rescate, y por el otro las autoridades no querían dárselo.

Yo no seguía con mucha atención la marcha de estas negociaciones, debido a que el tema me escocía tan de cerca que hacía con él lo mismo que el avestruz: esconder la cabeza para no ver lo que pasaba a mi alrededor, esperando que así podría aguantar mejor.

Pero ni por ésas. Quizá debido a que no soy avestruz (aunque en cierto modo algo de ave sí que tengo por ser tan puta como una gallina). Fuera por lo que fuese, el sistema de esconder la chola que emplean esos pajarotes tan grandullones no me daba resultado. Yo no quería enterarme de nada referente al secuestro, pero mi tensión nerviosa crecía hasta límites insoportables. Tanto creció que *Melchor*, o sea el «matarra» principal, tuvo que decirme:

—Como no se tranquilice, señora, va usted a cagarla con perdón. De manera que haga el favor de tomarse este tranquilizante.

Y abrió su mano, en cuya palma había una píldora redondita y sonrosada.

A mí el aspecto de aquel tranquilizante me pareció muy poco tranquilizador, de modo que intenté rechazar la píldora alegando que no podía tragármela por tener las tragaderas obstruidas. *Melchor* entonces me encañonó con su metralleta, de la que no se había separado desde la tarde del secuestro, y me dijo con una voz tan grave que parecía moribunda:

—Comprenda, señora, que hemos llegado a un punto en el que nada ni nadie puede hacernos retroceder. Comprenda también que si no nos obedece, nos veremos obligados a eliminarla. Comprenda por último que para nosotros una vida humana significa muy poco, y menos aún si eliminándola evitamos un riesgo. De modo que...

No hizo falta que terminara la frase, porque ya había cogido yo la píldora del tranquilizante y me la había tragado. Me bastó con mirar a los ojos del «matarra» para comprender que hablaba completamente en serio, ya que su dedo comenzaba a crisparse. Y teniendo en cuenta que su dedo lo tenía apoyado sobre el gatillo de la metralleta, no hacía falta ser muy perspicaz para deducir que la crispación podía resultarme mortal.

El pildorazo me hizo un efecto fulminante, con lo cual supuse que contendría una droga prohibida. Porque me pareció sentir de pronto que mi cuerpo, al convertirse en ingrátido, emprendía un viaje. Y yo sabía que viajar así no era legal, pues las únicas drogas que pueden consumirse para viajar legalmente en este país son los trenes de la R.E.N.F.E. y los tabacos de la Tabacalera.

Ambos medios, pese a ser bastante mortales, son legales porque los organiza el Estado y de ellos se lleva una buena pasta. Lo cual hace pensar que si algunas drogas están todavía fuera de la legalidad, es por la sencilla razón de que el Estado no ha encontrado aún el medio de intervenir en su explotación cobrando la pasta correspondiente.

El caso es que a mí el pildorazo suministrado por *Melchor* me sentó de maravilla, pues durante algunas horas vi la vida de color de rosa, que era el color que tenía la pastilla.

Analizando a fondo lo que sentí al tragarme aquella pócima, llego a la conclusión de que me entró una flojera en la que entraban a partes iguales una dosis de modorra y otra de pachorra. O sea que me quedé por un lado relajada y por el otro un poco desmadejada, con unas ganas de reírme tontamente, como si acabara de recibir un golpecillo en los llamados huesos dulces que están en las rodillas y en los codos. Con la risa dejó de preocuparme el secuestro, y hasta me pareció graciosísimo el nombre del secuestrado.

—Más gracioso le parecerá el mote que le han puesto sus íntimos —me contó *el Guripa*, que lo había leído en un periódico—: como en sus discursos de líder siempre habla de «exterminar a esa nube de insectos chupópteros traída por los aires democráticos que ahora soplan», a Filisteo le llaman *Flit*.

Lo cual me produjo una nueva carcajada inexplicable para *el Guripa*, que no entendía por qué me divertía tanto un tipo como Fachón que nada tenía que ver conmigo. Por lo menos eso creía él.

Agradecí entonces a los «matarras» que me hubieran obligado a tomar aquella píldora, gracias a la cual dejé de considerar dramática mi situación e incluso me pareció divertida. O sea que me divertí mientras me duró el efecto de la droga, considerando el secuestro como una peripecia ingeniosa y por supuesto exenta de todo peligro.

Lo bueno de aquella píldora era que nadie se daba cuenta de que yo estaba

drogada, lo cual me permitía alternar con la clientela en el salón como si nada estuviera ocurriendo en la buhardilla.

PEDAZO 29

«MELCHOR» tuvo que atizarme muchos pildorazos más, estas veces a petición mía, para mantenerme inhibida de lo que ocurría en el piso franco.

—No abuse del tranquilizante —me aconsejó—, porque por tranquilizarse demasiado puede usted morir; con lo cual sería una complicación que no nos conviene en absoluto.

—Podría tranquilizarme sin necesidad de píldoras —sugerí— si me convenciera con mis propios ojos de que el secuestrado se encuentra bien. Últimamente ha corrido el rumor y el temor de que quizá Filisteo Fachón haya muerto, y es natural que eso me intranquilece.

—Eso es mentira, y usted lo sabe.

—Yo sólo sé que ustedes me hacen preparar unas comidas que dicen que son para el secuestrado, pero que yo no he visto que él se las coma. Porque ustedes no me han permitido ni asomarme a la buhardilla, con lo cual no puedo saber lo que realmente esconden en ella: si un secuestrado vivo todavía, o un cadáver ya descompuesto.

Mi razonamiento era muy convincente y convenció a «los tres mosquetarras», que debieron celebrar una reunión antes de decidirse a invitarme a subir a la buhardilla.

—Subirá usted esta noche, no sólo para que se convenza de que el secuestrado está vivo, sino para ayudarle a superar su depresión —me explicó el rubio cuando acabaron de reunirse—. Porque Filisteo Fachón es un hombre bastante joven todavía, proclive a deprimirse en soledad, máxime al cabo de tres semanas en las que sólo ha visto las caras de sus secuestradores cubiertas por un capuchón. Lo cual resulta más siniestro y deprimente todavía. Creemos por lo tanto que se animará viendo a una mujer e incluso charlando con ella, y hasta es posible que recobre el apetito que ha perdido totalmente.

O sea que las cosas para los «matarras» tampoco iban tan bien. No sólo se decidían a enseñarme al secuestrado para tranquilizarme y satisfacer mi curiosidad, sino que pensaban utilizarme para que el secuestrado no se les quedara macilento y chuchurrío; ya que en ese caso nadie daría por él ni un pimiento de rescate.

Excitada por la visita que iba a hacer a la buhardilla, pasé toda la tarde acicalándome para la noche. Porque si «los tres mosquetarras» lo que pretendían era animar al deprimido Filisteo, alias *Flit*, supuse que no me obligarían a presentarme ante él cubierta con un capuchón y que me permitirían una discreta exhibición de mis encantos.

—Tampoco se trata de que le ponga usted cachondo —gruñó *Melchor* al ver cómo me había acicalado para la visita nocturna—. Porque entre cubrirla con un capuchón y presentarse casi desnuda como usted pretende, hay un abismo.

—Pues, hijo —me enfadé y me puse en jarras, pues siempre que me enfado me

pongo en jarras o en otros cacharros mucho peores—. Ustedes los vascos se ponen cachondos con bien poca cosa. Porque si se fija usted bien, sólo me he puesto un camisoncito muy discreto de encaje muy tupido, con dos aberturitas laterales.

—Dos aberturitas laterales —completó el «matarra» mirándolas de reojo— que ascienden por encima de las ingles hasta la cintura, dejando al aire tanto el caderamen como el muslamen.

—Está bien —me resigné—. Yo sólo trataba de hacer una obra de misericordia.

—¿Cuál?

—Dar de mirar al cautivo. Pero si la M.A.T.A. es tan poco misericordiosa...

Y sobre el camisoncito de encaje, me puse una bata forrada de guata. Con lo cual lo de «dar de mirar al cautivo» se fue al carajo, perdiendo una servidora unos cuantos puntos para ganar el cielo. Porque el cielo, creo yo, se gana sumando puntos de obras misericordiosas como se gana un premio coleccionando puntos de los detergentes. Pero aquellos vascotes se la cogían con un papel de fumar, y no precisamente para meneársela.

Cuando estuve embutida en la bata de guata, *Melchor* me invitó a subir por la escalera que no era de caracol sino de almeja. En todo lo alto, o sea junto a la trampilla que daba acceso a la buhardilla, estaba de guardia *Gaspar*, al que en *principio no reconocí ya que llevaba toda la cabeza cubierta por una capucha.

—Condúcela a presencia del prisionero —ordenó *Melchor* a su compañero, echándole a la orden mucho teatro y mucha voz campanuda. (Por un momento tuve la sensación de hallarme en la mazmorra de un viejo castillo, visitando al Conde de Montecristo).

Seguida por el «matarra» que yo llamaba *Gaspar*, el cual con la capucha y la metralleta tenía un aspecto acoñonante, avancé por la mal iluminada buhardilla hacia una esquina en la que se veía más luz.

En esa esquina, «los tres mosquetarras» habían montado una celda para Filisteo Fachón. Y la montaron como un decorado de cine, con cuatro paredes que eran en realidad tableros de esa madera delgadita que antes se llamaba contrachapada, y que ahora con la libertad se llama «fornica». Aunque no sé qué coño tendrá que ver la madera prensada con la fornicación. Los tableros estaban apoyados en unos soportes hechos con tablas. O sea que los tableros acotaban una pequeña porción del gran espacio que quedaba bajo el tejado de la «villa».

Quizá los tableros ya estaban arrinconados en la buhardilla cuando los «matarras» establecieron allí su piso franco, y lo único que ellos hicieron fue disponerlos en forma de celda. El caso era que dentro de aquel pequeño cuadrilátero sin ventanas y con una sola puerta, no había forma de saber si se hallaba uno en la quinta puñeta, o en la cuarta, o en la tercera. Y de eso se trataba precisamente: de que el secuestrado no pudiera sospechar el emplazamiento del escondite al que le habían conducido.

Al llegar a la única puerta de la celda practicada en uno de los tableros, me la abrió desde dentro *Baltasar*; que tenía el aspecto más acoñonante de «los tres mosquetarras», pues en lugar de capucha se cubría la cabeza con una especie de capirote morado, como los que llevan los penitentes en la que antes se llamaba Semana Santa, y ahora se llama Semana Turística; ya que de santidad nada, monada, y sólo la ropa morada.

—Pase —me dijo *Baltasar* echándose a un lado.

Y entonces pasé al interior del espacio acotado por los tableros, en el centro del cual había un catre fuertemente iluminado por un cono de luz. El cono procedía de una lámpara colgada de una viga del techo, e iluminaba intensamente la figura de un hombre tumbado en el catre.

(Trato de esmerarme al describir este momento, e incluso empleo en la descripción un lenguaje cuidadosamente seleccionado en algunos periódicos que he leído a lo largo de mi vida, porque este momento, por lo que se irá sabiendo después, tuvo para mí singular trascendencia).

El hombre tumbado en el catre no se dignó dirigirme ni una mirada de curiosidad, ya que permanecía absorto en la contemplación de la lámpara y nada parecía capaz de sacarle de aquella especie de pasmo hipnótico. No siquiera una servidora, que es muy capaz de sacar de sus casillas hasta a los tíos más frígidos. Lo cual, dicho sea con el debido respeto, jodióme bastante.

Porque yo, sin ánimo de presumir, soy vistosa y llamo la atención incluso envuelta en una bata forrada de guata. Pero a aquel secuestrado se la traje floja, y para demostrarme su indiferente flojera permaneció tumbado panza arriba, con la vista clavada en la bombilla colgada del techo.

Observé entonces que tenía un perfil aquilino, y cuando digo aquilino quiero decir que se parecía bastante a don Aquilino Menéndez, un tendero en cuya tienda compraba yo los caramelos siendo muy niña.

Si su perfil era aquilino por esta razón, puedo decir también que su silueta era bonifacia por una razón parecida; ya que la silueta de Filisteo Fachón se asemejaba como una gota de agua a otra gota del mismo líquido a la de don Bonifacio Lumbreras, un médico manchego que siendo yo muy niña me curó las paperas.

Comprendo que con estos datos del perfil y la silueta referidos a don Aquilino y a don Bonifacio sólo yo me hago una idea de cómo era el secuestrado; pero para que también puedan hacérsela los lectores eventuales de estos papeles, debo añadir que era alto y bien proporcionado; y que ni hablar de que estuviera tumbado panza arriba, porque no tenía ni un gramo de panza. Su prominente mentón era voluntarioso, y su abundante cabello canoso.

Sin verle los dientes me arriesgué a calcularle entre cuarenta y cincuenta años, pues de habérselos visto le habría calculado la edad que tiene. Una prótesis, el

principio de una caries o el hueco dejado por un molar extirpado, me bastan para extender una partida de nacimiento como si yo misma hubiese parido al edad que tiene. Una prótesis, desde el principio de una caries o el hueco dejado por un molar extirpado, me bastan para extender una partida de nacimiento como si yo hubiese parido al caballero. Pero sin este examen dental, sólo me atrevo a hacer aproximaciones con diez años de margen.

Puedo anticipar aquí que no me equivoqué en el cálculo, pues Filisteo tenía justamente cuarenta y cinco años; o sea que estaba en mitad de la década que yo le había calculado.

Observé también que *Flit* Fachón había perdido peso durante las semanas de su secuestro, ya que entre su cuello y el de su camisa cabían dos dedos de los más gordos que tenemos en las manos.

—Más peso perderá todavía —gruñó *Baltasar* cuando le comuniqué esta observación— si sigue así. Porque hasta ayer comió, aunque haciendo muchos dengues, Pero desde ayer no come nada, porque ha decidido declararse en huelga de hambre.

Lo cual puede jeringamos la «Operación Fachón», ya que nada sacaremos de ella en limpio si la dieta obligatoria que se ha impuesto acaba con su vida.

—Nos jeringará lo mismo aunque no llegue a morirse —rezongó *Melchor*, que había subido también detrás de mí—. Sólo con que se depaupere ostensiblemente, bastará para que se nos echen encima todas las organizaciones humanitarias tipo Cruz Roja y Amnistía Internacional, cuyos reglamentos exigen que los secuestrados se conserven regordetes y lustrosos. De manera, señora, que venga conmigo.

Comprendí que deseaba hablarme aparte, y le seguí fuera de la celda donde me dijo bajando la voz:

—Comprenderá, doña Mapi, que no la hemos permitido ver al secuestrado para satisfacer su curiosidad, sino para convertirla en nuestra cómplice y obligarla a que colabore con nosotros. Ahora que ha visto usted al sujeto, podemos considerarla una de los nuestros. Y en vista de que ya la hemos metido en el asunto hasta el pescuezo, la pedimos que intervenga.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para que el prisionero coma y no puedan reprocharnos que lo devolvemos depauperado. En el caso de que lo devolvamos, claro está.

—Pero —empecé a decir con un principio de sofoco—, ¿cómo quieren ustedes que obligue a comer a este zangolotino?

No pretenderán que me lo siente en las rodillas, que le ponga un baberito, y que le meta la comida en la boca a cucharadas diciéndole al mismo tiempo: «Ésta por papá, ésta por mamá, y ésta por la tata que preparó la papa».

—Lo que pretendemos —replicó *Melchor*— es que ponga en práctica toda su

larga experiencia para manejar a los hombres, con el fin de que logre manejar a éste también. Sospechamos que dispondrá de ardides sutiles y muy eficaces para conseguir que los hombres hagan lo que a usted se le antoje. Y eso es lo que la exigimos: que ponga en juego esos ardides para que el prisionero coma y recobre sus ansias de vivir. Sugerimos que conseguirá un resultado más rápido y seguro si además de despertarle su apetito normal, le despierta también su apetito sexual.

—¿Pero en qué quedamos? —protesté, volviendo a ponerme en jarras—. Antes intenté visitar al prisionero con un camisoncito majísimo, y usted me obligó a ponerme una bata forrada de guata.

—Es que de antes hasta ahora las cosas han cambiado. Nuestra estrategia, por lo tanto, debe cambiar también. El prisionero se ha vuelto tan apático, que antes de que entre en coma hay que ponerle a punto. Si usted logra levantarle la moral, nos garantizaría la conservación del secuestrado en óptimas condiciones durante todo el tiempo que puede durar todavía su secuestro.

Pude negarme y hacer una escena de estrecha cuyo pudor ha sido ofendido, pero me abstuve por parecerme que no estaba el horno para bollos teatrales. Porque además, al primer vistazo, Filisteo Fachón me había impresionado horrores. Y el trabajito que me había encomendado el comando de la M.A.T.A. se me apetecía una barbaridad. Nada hay tan apasionante para una mujer como tratar de seducir a un hombre por el que se siente atraída.

PEDAZO 30

PEDÍ CARTA BLANCA y toda clase de facilidades a los secuestradores para lograr que el secuestrado renunciara a la huelga de hambre y recobrase el deseo de vivir. Entre estas facilidades, que se me concedieron sin discusión ni límites, figuraba el libre acceso a la celda de *Flit* y el permiso para quedarme a solas con él cuando lo creyera conveniente. En este último caso, el vigilante más próximo se alejaría lo suficiente para no coartar mis maniobras de seducción ni las reacciones del seducido si las hubiera.

Con estas garantías, me lancé a la conquista del objetivo.

Tuve la grandísima suerte de que por aquellos meses me vino la menopausia, lo cual me llenó de alegría pues me permitía actuar con más libertad y limpieza.

Aprovecho la oportunidad para confesar que la menstruación femenina siempre me pareció no sólo una solemne guarrada, sino también un fallo de la naturaleza que siempre ha presumido de ser tan sabia. Porque sólo a un fallo de su sabiduría puede atribuirse el hecho de que las mujeres más jóvenes y guapas manchen las bragas una vez al mes, por venirles inopinadamente una hemorragia que tienen programada en su organismo sin la menor posibilidad de poder controlarla. O sea que cuando viene la cosa, ni tiempo hay de correr al retrete más próximo para taponarse con un «tampax».

Y yo razono con mucha lógica:

—Si de tanta sabiez presume la Naturaleza, ¿por qué no ha colocado en el interior de las mujeres un mecanismo de alarma, para avisarlas con la debida antelación de que se aproxima ese derrame tan asquerosito?

O mejor aún:

—¿No ha instalado en los puntos estratégicos del organismo sendos esfínteres para controlar otro tipo de derrames, tanto líquidos como sólidos, gracias a los cuales se evita que las bragas se manchen también por sorpresa de pis y caca? Pues entonces: ¿qué trabajo le habría costado a la Naturaleza instalar un tercer esfínter en el cuerpo de la mujer para que ella pudiera controlar la salida de su menstruación, evitando de este modo la vergüenza de manchar sus bragas?

Estos razonamientos tan lógicos me los hice después de haberme hecho el razonamiento más gordo. Que fue así:

—Dejando aparte que la menstruación sea indispensable por todo este lío de la ovulación y la fecundación, es evidente que el sistema mensual de sangrar sin previo aviso con el riesgo de manchar las bragas, debió quedar para las mujeres viejas. Que por ser ya feas de por sí, pueden soportar cualquier fealdad que se les eche encima, o por la parte de abajo. La mujer joven y guapa, en cambio, debería estar libre de la servidumbre de esa sangrienta guarrada. O sea que la Naturaleza debió organizar las cosas al revés: mantener a las mujeres jóvenes con los sexos limpios, apetitosos y

libres de sanguinolencias repelentes, y dejar la menstruación como manifestación de la menopausia. O sea que menstruen las mujeres viejas, que ya nada pueden esperar del amor ni de la vida.

Esto es lo que yo pensé siempre. Pero como la Naturaleza nunca me hizo caso, me beneficié por fin de la menopausia tradicional; que a cambio de unos sofocos pasajeros, me permitía terminar definitivamente con la sucia y depresiva regla mensual. O sea que por fin podría tener mi sexo limpio como los chorros de oro, y bastante apetitoso todavía para intentar la conquista de Filisteo Fachón.

Para entregarme de lleno a este objetivo, que era urgente puesto que el secuestrado seguía negándose a comer, delegué la dirección de Villa Mancebo en *el Babas*, que por ser el más imbécil de los chicos era también el más obediente y leal. Mi experiencia me ha enseñado que la obediencia y la lealtad son virtudes que se dan en los seres humanos cuya característica dominante es la imbecilidad.

Libre ya de ocupaciones engorrosas y de menstruaciones oprobiosas, lancé mis encantos a la batalla amorosa.

En la primera entrevista que sostuvimos Filisteo y yo (y lo digo en plural para que haga bonito, pues en realidad la sostuve yo sola ya que él no me hizo ni puñetero caso), traté únicamente de que se acostumbrara a mi presencia. Para lo cual me paseé repetidas veces alrededor de la cama en la que se hallaba postrado, esgrimiendo un plumero y simulando que estaba limpiando el polvo de la celda.

—¡Cuánta basura se acumula en estos pisos francos, parece mentira! —murmuraba yo como hablando conmigo misma, pero procurando que lo oyera *Flit* para llamar su atención.

Al mismo tiempo procuraba levantar mucho el brazo con el que sostenía el plumero, movimiento que hacía desbordar una de mis tetas fuera de la copa del sostén; con lo cual lograba con aparente espontaneidad que asomara mi todavía sonrosado pezón por la abertura que, previa y astutamente, había dejado en mi blusa. Pero ¡que si quieres pezón, Catalina!: por lo visto el ayuno prolongado enfriaba la libido del secuestrado, ya que a pesar de que mi pezoncillo asomó traviesamente varias veces por la abertura de mi blusa, no pude observar en Filisteo ni la más leve reacción libidinosa. Lo cual cabreóme bastante, ya que una presume de las cosas seductoras que tiene. Y los pezones de una, valga la comparación, son como dos medallones de bronce bruñido que valen un tesoro.

Aquel primer fracaso no me desanimó y volví al ataque al día siguiente con el armamento reforzado. O sea que me puse una batita ligerita cubriendo someramente el sujetador y la braguita. Usé esta vez un plumero mucho más coqueto, hecho a base de plumas de avestruz. Y después de evolucionar durante mucho rato alrededor de Fachón, conseguí que desclavara sus ojos que mantenía clavados en el techo y me dirigiese una mirada.

¡Pero qué pedazo de mirada, joroba! Me atrevo a decir que jamás sentí una emoción semejante. Era como si aquellos ojos penetrasen en mí, produciéndome una dulcísima cosquilla.

Para rematar aquella caricia psicológica, después de mirarme penetrantemente, el secuestrado contrajo sus músculos faciales para dirigirme una sonrisa.

¡Pero qué pedazo de sonrisa, joroba! Al cosquilleo producido por su mirada se unió el cosquilleo producido por su sonrisa. Lo cual ya fue demasié para una servidora. Porque tanto me emocionó esta suma de actitudes acariciadoras (primero la mirada y luego la sonrisa), que salí corriendo de la celda tan sofocada como una colegiala antigua (ya que las modernas no se sofocan por nada).

Era tan grande mi excitación que no me anduve a pensar en el verdadero origen de este sofoco, que yo atribuí a un amor naciente pero que obedecía en realidad a mi sexualidad declinante. Porque la verdadera causa de que yo me sofocara no era mi enamoramiento, sino mi menopausia.

Pero de esto me doy cuenta ahora, cuando ha pasado el tiempo suficiente para ver las cosas desde lejos y con preservativa (o como se diga). Entonces me cegué y creí que aquellos arreboles que me asomaban al rostro eran el fruto de una pasión tan arrebatadora como la que puede sentir una niña por un niño.

Fueron quizá esos ardores menopáusicos los que me llevaron a un estado que casi me atrevo a calificar de delirante, pues recuerdo con cierta vergüenza que aquella noche no pude dormir porque acababa de hacer un descubrimiento trascendental.

—¡Le amo! —exclamé trascendentalmente al descubrirlo—. ¡Amo a Filisteo Fachón!

Lo cual indica lo chalada que yo estaba, pues era la primera vez en mi vida que empleaba el verbo amar. Porque a mí ese verbito siempre me ha parecido de una cursilería que tumba de espaldas; hasta el punto de que los escritores que lo emplean en sus escritos me dan risa.

Hay que ser un cursilón de campeonato para atreverse a poner en la boca de un personaje esta declaración:

—Te amo.

Pudiendo decir «te quiero», o «te deseo», o más sencillamente todavía «me gustas», o «me atraes»... ¡buena gana de caer en esa ridiculez románticoide, indigna de un temperamento tan realista como el mío! Porque las putas, y digo putas para definir una profesión sin emplear el término con ánimo peyorativo, podremos ser todo lo que ustedes quieran menos cursis.

Muy chalada tenía que estar yo, por lo tanto, para caer en la dulzarrona y pegajosa cursilada de exclamar que «amaba» a Filisteo Fachón. Por fortuna lo exclamé en voz baja, quizá porque mi subconsciente se avergonzaba de aquel sentimiento tan enormemente cursilón. Quizá también porque si «los tres mosquetarras» llegaban a

enterarse de que el tiro les había salido por la culata (no era yo la que debía enamorarse del prisionero sino viceversa), era muy probable que me prohibiesen el acceso a la celda. De manera que mantuve en secreto mi sentimiento, lo mismo que una colegiala oculta emocionada su primer amor. Aunque en este caso había alguna diferencia no se trataba del primer amor de una colegiala, sino del último de una menopáusica.

PEDAZO 31

NO ENCUENTRO EXPRESIÓN más acertada para explicar lo que entonces sentí, que esta frase tan vulgarcita: aquella pasión me sorbió el seso. Literalmente eso era lo que sentía: que Filiberto Fachón, succionando por un canuto que me había metido bajo la bóveda craneana, me había sorbido la masa encefálica en su totalidad dejándome el cráneo vacío.

Este hueco dejado por mi sesera sorbida lo llenaba la imagen del secuestrado que cubría como un mural o un póster gigantesco las paredes interiores de mi cráneo vaciado. Al menos ésa era la sensación que yo tenía. Porque sólo así se explica que la dueña de un negocio tan floreciente y rentable como Villa Mancebo perdiera la chaveta por un fulano que lo único que podía darle era disgustos.

Es posible también que en esta pérdida de la vulgarmente llamada chaveta influyera la especial predisposición al desequilibrio que tienen todas las mujeres cuando pasan de maspáusicas a menopáusicas. Pues aunque yo me puse muy contenta cuando se me cortó esa guarrería mensual, puede que mi psiquis sufriera un trauma de garabatillo y le diera por esa pasión tardía.

El caso es que la pasión que me entró fue tan sumamente volcánica, que a duras penas podía disimularla para que no se percataran ni «los tres mosquetarras», ni el sujeto desencadenante de aquel amor.

Aunque a este último no logré ocultársela, ya que los hombres tienen un don especialísimo para detectar a la señora que se les da bien y que se les pone a huevo. Noté en seguida que se había dado cuenta de lo que yo sentía por él, porque empezó a corresponder a mis miradas ardientes con otras no tan ardorosas pero sí bastante calentitas. Y en cuanto el «matarra» que lo vigilaba se descuidaba, me echaba mano a una nalga o a una teta, según le pillara más cerca mi trasero o mi pechuga.

Pedí entonces al vigilante que me dejara sola con el prisionero; y en cuanto el encapuchado desapareció de nuestra vista. Filisteo Fachón se levantó del catre y vino hacia mí con intención de abrazarme. Esa intención se la adiviné porque se me acercaba con los brazos abiertos.

Tuve el tiempo justo de darme cuenta de que era un hombre muy alto, pues no había tenido tiempo de darme cuenta de nada más cuando observé que Filisteo se caía al suelo.

—¡Amor mío! —exclamé sin poder contenerme, precipitándome a socorrerle—. ¡Ésas son las consecuencias de la huelga de hambre!: ¡ni siquiera se tiene en pie! Prométame que desde ahora comerá, aunque sólo sea para darme gusto a mí.

Lo dije con toda mi alma aunque la frase sonó egoísta, ya que según ella yo le pedía que comiera para que su pajarito se endureciese y pudiera darme gusto. Y bien sabe Dios que no era ésa mi intención, porque mis buenos sentimientos están muy por

encima de todos los egoísmos y de todos los pajaritos.

A partir de ese instante, con la misma avidez que un nene se aferra al seno materno para sobrevivir, se aferró Filisteo a mis cuidados para recuperarse del ayuno que le había debilitado hasta ponerle a las puertas de cascar.

Era evidente que esa reacción tan vital y positiva obedecía a la impresión que yo le había causado. Ya que cuando intervine se estaba dejando matar por la inanición, y al verme decidió recobrar su perdida potencia física, quién sabe si con el ánimo de poder echarme algunos polvos.

Por si eran ésas sus intenciones le atiborraba de sopicaldos y de «potetes grandine», pues había estado tantos días sin probar bocado que era necesario habituarle el estómago al alimento mediante papillas infantiles. Y los «potetes grandine» son unas potentes papas que venden en las farmacias, que ya vienen masticadas en los tarros y casi digeridas. Lo cual facilita la recuperación del adulto que haya hecho la gilipollez de jugar a la huelga de hambre.

Al quinto día de estos cuidados intensivos que yo le prodigaba, el secuestrado comenzó a reaccionar espectacularmente. Yo seguía muy de cerca esta evolución tan favorable, pues como era la encargada de darle a Filisteo los sopicaldos y los «potetes», le cogía en brazos para dárselos. Y en esta postura me era muy fácil echarle una mano al pajarito, y comprobar que sus reacciones al tacto iban siendo cada vez más espectaculares.

Este pajarito —murmuraba yo durante el toqueteo— no tardará mucho en echarse a follar.

Estaba tan loca por mi secuestradito, que a duras penas lograba disimular la ilusión que me hacía cuidarle como si fuera mi nene grandullón. A medida que se iba reponiendo iba mostrándose más expresivo conmigo. Y ya se sabe que yo, cuando digo expresivo, quiero decir cachondo.

En cuanto me reponga del todo —me susurraba en la oreja mientras se tragaba el «potete» que ya venía masticado en el tarro—, te demostraré lo mucho que te amo.

¡Porque él también había caído en la inefable cursilería de emplear ese verbito tan ridículo!: ¡amar! ¡Oh, amor mío!

¿Sería posible tanta dicha? ¿Sería posible que ambos hubiéramos caído en la gilipollez entontecedora de tratarnos como mentecatos con la baba caída? ¿Sería posible que un líder fascista y una puta menopáusica alcanzaran de pronto la cima de un amor puro, cretinizado a fuerza de pureza?

Eso creía yo entonces, y me entregué a aquel juego amoroso que para mí era embriagador, sin percatarme de mi peligrosísima situación real. Que era la siguiente:

Yo era la dueña de una casa de putos, en cuyo interior la M.A.T.A. me había obligado a instalar un piso franco, dentro del cual estaba secuestrado un líder fascista por el que yo estaba coladísima y dispuesta a hacer cualquier locura.

¡Santo Dios! ¿Cómo se puede haber liado una de semejante manera? Hace muchos años, una amiga justificó esta habilidad mía para meterme en líos diciéndome que yo era «virgo».

Se entiende que se refería al signo zodiacal, pues a mi amiga la constaba que el otro virgo lo había perdido yo antes incluso de que ella naciera. Pero siendo «virgo» zodiacalmente hablando, era muy natural que tuviese la vida tan embrollada y con tendencia a embrollármela más todavía, ya que los nacidos bajo ese signo tienen el defecto de que no saben decir «no». O sea que por esa incapacidad para negarse a todas las proposiciones, se meten hasta el cuello en tantísimos follones.

Daríais risa que a estas alturas de mi vida yo empezara a presumir de «virgo», aunque mi «virginidad» se basara en el zodiaco. Pero algo de eso debe de haber en mis orígenes pues es evidente que siempre tuve dificultad para negarme a todo lo que me propusieron a lo largo de mi vida, ya fuera honesto o deshonesto. Con lo cual fui metiéndome en jaleos sucesivos, que culminaron en este jaleote monstruoso en el que me hallaba inmersa.

Pero estos fríos razonamientos puedo hacérmelos ahora, ya que la distancia permite ver las cosas con preceptiva (o como se diga). Entonces, metida en aquella pasión cegadora, que por cegarme me impedía ver las cosas con frialdad ya que estaba cachonda perdida, no podía pararme a pensar y continuaba como en la letra de un tango: deslizándome locamente por una pendiente, hacia mi perdición. ¡Porón-ponpón!

PEDAZO 32

COINCIDIENDO con la ingestión de su primer alimento duro, Filisteo se sintió lo bastante endurecido como para echarme el primer polvo. Los «matarras» se alegraron tantísimo al observar la total recuperación del prisionero, que dieron toda clase de facilidades para la consumación de este desahogo.

—Os lo merecéis los dos —me dijo *Melchor* en nombre de los tres—, tú por haberle camelado y él por haberse dejado camelar. Gracias a lo cual seguimos disponiendo de un secuestrado en óptimas condiciones físicas y mentales, por el que podemos seguir pidiendo el rescate que se nos antoje. Y sin temor a que se nos muera de hambre si la negociación se prolonga en el tira y afloja de las condiciones. Porque tú le has devuelto las ganas de vivir, y es justo que ahora no le dejes con los ganas —concluyó con segunda intención, guiñándome un ojo.

El posible lector de estos papeles se habrá percatado de que últimamente los «matarras» me trataban de tú, lo cual no lo hacían por faltarme al respeto, sino por considerarme una compañera que luchaba por la misma causa que ellos. Cosa que no era verdad, porque a mí me metieron a la fuerza en aquel ajo que cada día olía peor; pero ¡cualquiera se pone a discutir esos matices con una organización que usa como siglas lo que suele hacer cuando se discute con ella!: M.A.T.A.

Confieso que además, en aquellos días, andaba yo tan loca por Filisteo que sólo pensaba en encamarme con él para que mi pasión cerebral se transformara en encoñamiento real. Como así ocurrió en cuanto consumamos nuestra unión física.

Fue en el transcurso de un bello atardecer primaveral, cuando los pajarillos trinaban en los árboles y los pajaritos triscaban en las braguetas. Porque ya se sabe que la primavera, la sangre altera. En Villa Mancebo, los putos dormitaban en las camas de sus habitaciones. Los tres «matarras» bajaron de la buhardilla por la escalera de almeja, y me hicieron un guiño pícaro invitándome a subir.

—Vía libre para el amor —me dijeron con una sonrisa que ponía una nota candorosa en sus facciones más bien patibularias.

¿Querrán ustedes creer que sentí un ramalazo pudibundo, a consecuencia del cual me sonrojé como una novia virgen que se dispone a iniciar su noche de bodas? Para colmo, «los tres mosquetarras» formados al pie de la escalerilla que conducía a la buhardilla, empezaron a tararear toscamente un remedo de la *Marcha nupcial*, chundarata muy típica que se toca en las bodas con novias vírgenes de verdad. Y yo, tonta de mí, me emocioné como si de veras se estuviera celebrando la ceremonia de mi enlace.

Emocionada subí al encuentro de mi amado, y emocionada le pregunté con infinita dulzura:

—¿Follamos?

Y Filisteo Fachón, tomándome con delicadeza por un brazo, me condujo mimosamente al catre de su celda mientras me susurraba al oído:

—Follemos.

Pese al tiempo transcurrido desde aquel atardecer, lágrimas de felicidad asoman a mis ojos cuando rememoro aquel polvo irrepetible.

Hay en la vida de cada cual, y también en la de cada cuala, algunos instantes sublimes que dejan una huella imborrable: la primera comunión, la primera erección o menstruación, el primer revolcón... Pues bien: juro que toda la sublimidad de todos los momentos importantes que yo había vivido a lo largo de toda mi existencia fue superada con creces por aquel polvazo tremebundo y salvaje.

Fue como si un terremoto de placer devastador hubiese sacudido hasta la fibra más remota y recóndita de mi carne. (¡Chúpate ésa, Teresa!) Si existiera una escala de Richter para medir la intensidad de los orgasmos, yo calculo que los míos en aquella ocasión llegaron a ser de fuerza quince; intensidad orgásmica que se alcanza muy raras veces en los pueblos mediterráneos más cálidos y cachondos.

Teniendo en cuenta que yo en la cama sólo pretendo hacer feliz al hombre que se acuesta conmigo, pues jamás olvido que soy una profesional en estos trotes amorosos, es fácil imaginar lo turulata que me quedé al darme cuenta de que estaba gozando como una enana. Tanto gocé que hasta me hice sangre en los labios para no gritar del gusto que me daba Filisteo con su meneo.

En vez de gritar, cosa que habría escandalizado al personal de la «villa» haciéndole preguntarse qué coño estaba pasando en la buhardilla, lo cual no era conveniente por ningún concepto, me encontré murmurando las vulgaridades que solía decir en mis buenos tiempos de «trotuar», para que el cliente que me estaba follando creyese que me estaba haciendo gozar:

—¡Ay, mi amor!... ¡Dame tu lechecita!... ¡Métemela hasta que me dejes clavada en el colchón!... ¡Qué meneo tan sabroso!... ¡Riégame con tu leche, so cabrón!... ¡Muérdeme las tetas!... ¡Que me corro, que me corro!... ¡Me corrí!

O sea que recité toda la antología de la vulgaridad. Pero esta vez, por vez primera en toda mi vida, estas frases tan vulgares me salían del cogollo del alma porque estaba gozando de verdad.

Tanto gocé que en el paroxismo del placer, al alcanzar el último orgasmo, lancé un «¡viva!» atronador a los «potetes grandine», a quienes tenía que agradecer aquel fabuloso cama-moto que me había hecho temblar con inolvidable potencia.

Está visto que los productos creados para los bebés tienen resultados espectaculares cuando se aplican a sus papás. Por ejemplo: los polvos de talco, inventados para evitar escoceduras en el culito del recién nacido, son un suavizante pipudo para el cutis recién afeitado de su padre. Y no hay mejor champú para los pelazos de una señora que el ideado para los pelines de su nene.

Por la misma razón esos tarritos para la alimentación infantil, pensados para que los niños crezcan, pueden ser eficacísimos también para hacer crecer ciertas partes pudendas de los adultos. O sea que si es recomendable tomar «potetes» al principio de la vida para favorecer el crecimiento total, deben aconsejarse también en casos de debilidad parcial o de empequeñecimiento senil.

Lo afirmo yo que tuve ocasión de comprobar cómo un insignificante pajarito, debilitado por un largo ayuno, levantaba el vuelo cual poderosa ave fénix renacida de sus propias cenizas. O sea: como una Resurrección de la Carne limitada al pene).

Rota, derrengada, ojerosa y jadeante, pero completamente feliz, salí de los brazos de Filisteo Fachón. El cual a su vez salió de los míos igualmente zurrado, aunque tan contento como yo.

—¿Vendrás mañana? —me preguntó con voz en la que se percibía cierto matiz de súplica.

—Si me dejan tus secuestradores...

—Tienen que dejarte. De lo contrario, iniciaré de nuevo la huelga de hambre.

—¡Astuto fascista, jolines! —exclamé—. En este caso, es seguro que tendrán que dejarme.

Y me dejaron, claro está, aunque los «matarras» me hicieron prometerles que no abusaría del prisionero, permitiéndole que me echara únicamente un polvo mondo y lirondo.

—Pero si se embala —discutí—, y pretende echarme dos sin sacarla...

—Como tú te darás cuenta —me dijo *Melchor* muy serio—, al primer acuse de recibo gritas «¡alto!» y te apeas en marcha. Porque tan fatal es que se nos muera de hambre por falta de comer, como que casque de agotamiento por exceso de chingar.

—Está bien —rezongué, aunque decidida a hacer trampa, pues estaba yo demasiado colada por el líder para conformarme con que me echara un solo «pulvis». (Así lo llamaba él, que había estudiado el latín en un colegio de frailes).

Pero aunque yo le animé a que hiciéramos trampa, para lo cual después del primer «pulvis» me puse a silbar haciendo la vista gorda, fue el propio Filisteo el que detuvo su dale que te pego y me indujo a la moderación. Yo, gilipollas de mí, no encontré nada raro en aquella firme decisión de ahorrar energías. Debí sospechar que algo tramaba aquel amante cuando evitaba consumir todas sus fuerzas entregándose a la repetición del acto amoroso hasta el agotamiento.

—Ten en cuenta que aún estoy débil —se disculpó mientras volvía a ponerse los pantalones—, y no es conveniente que haga excesos.

—Pues ayer bien que los hiciste —le recordé.

—Era la única forma de declararte mi amor. Pero ahora que ya está declarado, podríamos pasar el rato charlando. Me interesa mucho que me hables de ti.

—¿Qué quieres saber? —le pregunté poniéndome en guardia civil, o sea muy

seria y dispuesta a no soltar prenda.

Porque los «matarras» me habían jurado que me matarían si informaba al secuestrado de dónde se hallaba, quiénes eran sus secuestradores, o cualquier otro detalle que le permitiera orientarse. Para eso le mantenían encerrado en una celda sin ventana, ya que un solo vistazo al paisaje circundante y al tipo de vegetación que crecía en la zona le habría bastado para comprender que se hallaba en las afueras de Madrid. Y el éxito de un secuestro estriba precisamente en que el secuestrado no sepa dónde puñetas está. Por eso, repito, me puse en guardia civil al preguntarle:

—¿Qué quieres saber?

—Detalles de tu vida —me insinuó astutamente—. Como, por ejemplo, qué haces aquí. A qué te dedicas. Qué coño tienes tú que ver con esos encapuchados...

—¡Calla, calla! —le corté horrorizada—. Si quieres seguir viéndome con vida, no me preguntes nada.

—Pero, amor mío —me susurró aterciopelándome su voz, como sólo saben aterciopelarla los hombres ladinos e hipócritas que desean sonsacar a las pobres mujeres que previamente han seducido—: ¿Ni siquiera puedes decirme dónde carajo está situada esta casa?

—En cuanto te lo dijera —suspiré con dramatismo—, nos matarían a los dos. De modo que olvídate de dónde estamos y disfruta de lo que tenemos a nuestro alcance.

Y mientras pronunciaba estas palabras, dejé que me agarrara una teta mientras yo le echaba mano al pajarito. Pero él insistía en saber, para lo cual no dejaba de preguntar.

—¡Basta! —le atajé soltando el pajarito, temerosa de que el muy ladino lograra ablandarme y me arrancara algún dato de los que yo debía ocultarle.

Y abandoné la celda a todo correr, dejando que entrara a ocupar mi puesto un «matarra» encapuchado. Porque yo sabía que la carne de mujer enamorada es débil, y me constaba que si Filisteo presionaba sobre aquella debilidad, no tardaría en saber todo lo que se le antojase. Y mi instinto me decía que si el prisionero obtenía todos los informes que solicitaba, una servidora perdería la oportunidad de seguir acostándose con él. O sea que tanto si se liberaba por las buenas como si se escapaba por las malas, yo no podría seguir beneficiándome al líder fascista. De manera que después de darle muchas vueltas al asunto, llegué a la siguiente conclusión:

Lo que a mí me convenía era que *Flit*, una vez recobrado gracias a mí su deseo de vivir, continuara viviendo sin salir de su secuestro. Para lo cual yo pinchaba a los secuestradores con el fin de que siguieran pidiendo un rescate fabuloso, completamente inaceptable para cualquier familia u organización política.

—No debéis hacer ni una rebaja en el alto precio que habéis pedido por el prisionero —no cesaba de pinchar yo—. Por mucha crisis económica que haya en el país, en el mercado de los secuestradores no se puede rebajar el kilo de secuestrado.

¡Aviados estaríais los terroristas si rebajarais la mercancía como si fuerais tenderos! Además, ya no tenéis el problema de que la pieza se deteriore con el ayuno. De modo que podéis conservar a Fachón en vuestro poder hasta que no tengan más remedio que aceptar el elevado precio que pedís por él.

Con estos pinchazos sostuve la situación que se iba deteriorando, ya que sólo *Melchor* estaba de acuerdo conmigo.

Gaspar y Baltasar estaban empezando a acojonarse, pues el plan había sido que el secuestro durara menos de dos semanas, e iba camino de durar más de tres meses. Y con tal de terminar de una vez con aquella situación que se iba eternizando, se mostraban partidarios de ceder al prisionero por cuatro perras gordas.

—O recibimos cuatro perras —amenazaban—, o le pegamos cuatro tiros.

Pero *Melchor* impuso su autoridad, pues para algo era un poco más jefe que los otros dos, y las cosas siguieron como estaban. O sea que siguió Filisteo en mi casa, y yo seguí el folleteo en su cama. Folleteo controlado, porque el astuto individuo se mantuvo impertérrito en su postura de no echarme más que un polvo en cada sesión. O sea que el astuto individuo seguía ahorrando energías, y yo estaba demasiado enconada para pararme a pensar en el objetivo de este ahorro. Y cuando lo pensé, ya fue demasiado tarde para detener la rueda de la Historia, que había iniciado su marcha inexorable. (¡Chúpate ésa, Teresa!)

PEDAZO 33

PERO aún transcurrieron ocho días más de vida relativamente normal, antes de que se desencadenara el dramático desenlace de esta historia. Durante una semana más, Villa Mancebo siguió ofreciendo al público la amplia gama de sus servicios: los ordinarios suministrados por la plantilla de chicos fijos, y los extraordinarios que atendía el equipo de adultos eventuales.

Aunque mi encoñamiento (o mi empollamiento) por el secuestrado me mantenía alejada de las tareas directivas, el haberlas delegado en Federico *el Babas* fue un acierto del que nunca me arrepentí. La picaresca ha proliferado de tal modo en la España contemporánea, que sólo hay dos clases de españoles: los pícaros y los cretinos. Y sólo en los segundos se puede confiar, porque sólo en el cretinismo y en la subnormalidad quedan todavía atisbos de compañerismo y de lealtad.

El Babas defendió mi negocio como un perro grandote y bobote, y jamás se le pasó por la imaginación —quizá porque no la tenía— la idea de investigar qué carajo hacía yo en mi cuarto con aquellos misteriosos huéspedes a los que había dado hospitalidad.

—Allá la dueña con su vida privada —decía él encogiéndose de hombros cuando algún chico de la casa se extrañaba de mi comportamiento. Y cortaba de raíz cualquier conato de hurgar en mi conducta, pues no consentía que nadie explorara mis intimidades.

Tanto ardor ponía *el Babas* en la defensa de mis intereses, que en varias ocasiones se peleó con Matías *el Guripa* por considerar que éste gastaba demasiado en la compra y preparación de las comidas para todo el personal de la casa.

—¿Crees que todavía estás en el cuartel —reprochaba a *el Guripa*— preparando el rancho para todo un regimiento? Calculando por todo lo alto, con los huéspedes de doña Mapi y las dientas que se quedan a desayunar o comer, tienes que preparar unas veinte comidas. De manera que con cuatro mil pesetas diarias, vas que ardes.

—Muy barato compras tú, canastos —se encocoraba *el Guripa*, al que el trato permanente con la cocina había dado ciertas ínfulas feminoides y cocineriles—. Porque yo, por cuarenta duros por barba, sólo puedo dar unas cuantas sardinas con una guarnición de bazofia indescriptible.

—No pretendo tampoco que con esa cantidad por cubierto sirvas a diario merluza y solomillo —explicaba *el Babas* con bastante lucidez dentro de su cretinez—. Pero si no eres capaz de guisar con dignidad ciñéndote a ese presupuesto, yo mismo me encargaré de hacer la compra todos los días.

Bajo esta amenaza de perder el derecho a hacer la compra, que suponía la pérdida aneja de hacer la sisa, Matías *el Guripa* se vio obligado a reducir notablemente el gasto por el concepto alimenticio.

—Lo que le pasa a este subnormal —rezongaba el cocinero— es que se ha enamorado de doña Mapi, y nos jode a todos defendiendo sus intereses.

Yo le oí estos rezongamientos, y si no llego a estar tan encoñada (o empollada) por el fascistón, me habría dejado querer por *el Babas*, que tenía fama en la casa de follar como los ángeles (suponiendo, claro está, que los ángeles tengan sexo, suponiendo también que su sexo sea masculino, y suponiendo por último que sean aficionados a follar. Que son muchas suposiciones, vamos).

Pero aunque mi encoñamiento (o empollamiento) me tenía como quien dice sorbido el sexo, no dejaba de halagarme que un hombre joven, aunque babeara ligeramente y fuera proclive a la subnormalidad, estuviera enamorado de una pedorra tan madura y cascada como yo.

Gracias a aquel enamoramiento providencial mi negocio seguía funcionando y produciendo, hasta el punto de que aquel año me habían advertido que tendría que hacer una «Declaración de la Renta de las Personas Físicas». (Por lo visto no todas las personas son físicas, como yo creía, sino que deben haber también personas químicas que tendrán, supongo, unas rentas más artificiales y sofisticadas).

Resumiendo: que mis negocios marchaban viento en popa, pese a lo poco que yo me ocupaba de ellos. Porque aparte de lo que rendían los chicos fijos de la plantilla, no había que echar en saco roto el rendimiento de los eventuales, ya que estos adultos también dejaban a la casa una buena pasta.

Ramiro Carrizosa, el escritor franquista que había pasado de moda cuando yo le contraté, volvía a tener cierto éxito entre las señoras mayores y ricas, que casi siempre eran de derechas. Porque a medida que pasaba más tiempo desde que Franco murió, crecía la nostalgia de todas aquellas personas que habían vivido cojonudamente antes de que él muriera. «Con Franco vivíamos mejor —decían ellos, y yo añadía—:... los franquistas».

Y es que el sentimiento nostálgico de aquellas gentes crecía a medida que se alejaban los que habían sido para ellas buenos tiempos. Buenos tiempos cuyos contornos se iban desdibujando con el paso de los años, hasta que nadie recordaba claramente en qué consistió su bondad. O sea que cualquier tiempo pasado no es que fuera mejor, sino que el alejamiento permite recordarlo como si hubiera sido más bonito.

A Carrizosa le contrataban no las mujeres jóvenes e inquietas que querían tener una experiencia sexual y al mismo tiempo intelectual, sino las «señoras-carroza» que deseaban revivir un pasado cada vez más lejano. Y cuya reconstrucción era cada día más difícil porque ya casi nadie recordaba cómo había sido en realidad.

—Porque en realidad —recordaba el escritor cuando estaba a solas conmigo— aquel pasado que suscita tanta nostalgia era, pensándolo bien, una puñetera mierda.

—¿Pero qué me dice, don Ramiro?

—Lo que oyes, Mapi, mona. La gente comía mal y vestía peor. Había escasez no sólo de materias primas, sino también de materias tías e incluso cuñadas. Una censura feroz ejercida por mindundis con estreñimiento mental, arrancaba de raíz cualquier semilla intelectual que pudiera dar fruto. Y el panorama del país era tan pelado como desolado.

»¿Cómo es posible que una época tan estéril y siniestra sea capaz de despertar tan fuertes sentimientos nostálgicos? ¿Es que las gentes han olvidado el ácido sabor que tenía el pan negro de entonces? ¿Es que el personal ya no recuerda la peste que levantaba el aceite de aquella época al echarlo en la sartén para intentar una fritanga? ¡Pero si parecía que todo el país guisaba con el aceite de ricino que los fascistas obligaban a ingerir a los castigados en sus depuraciones!

»¿Cómo ha podido olvidarse por completo el interminable rosario de incomodidades que en aquellos añorados tiempos debíamos soportar?: el certificado de buena conducta expedido por el párroco; la cartilla de racionamiento; el salvoconducto para moverse dentro del propio país; el certificado de adhesión al Movimiento; el cupo de gasolina; el visado para el país al que queríamos ir; el permiso de salida, sin el cual nuestro pasaporte no servía para nada; el economato para el militar y el “estraperlo” para el civil...

»¿Y qué se puede decir de la industria de entonces? ¿Se pueden añorar las cubiertas de goma sintética llamadas “Batallas” no se sabe por qué, pues lo único que no podían hacer era batallar porque se destrozaban al entrar en combate? ¿Se puede añorar el “gasógeno”, pesada mochila que cargaban a la espalda los automóviles y que según decían algunos servía para andar, aunque lo más frecuente es que sirviera para no poder moverse? ¿Se puede añorar el “biscúter”, con el cual nos arrastrábamos a nivel de parias pertenecientes al tercer mundo?...

»A mí, Mapi, mona, no me cabe en la cabeza que un pasado tan pobre y tan mezquino pueda levantar tantas oleadas de nostalgia. Pasado en el que sólo se salva el orden público garantizado a base de poner un guardia en cada esquina armado hasta los dientes, con órdenes de disparar contra cualquier asomo de libertad.

»Pero de esto las gentes ya no se acuerdan, y a este olvido se debe el crecimiento de la ola nostálgica. Ola de la que también yo voy a beneficiarme. ¿Recuerdas que te hablé de un éxito mundial llamado *Evita*, que viene a ser algo así como una zarzuela que se llamara *La verbena de la Perona*? ¿Recuerdas que te anuncié mi propósito de copiar el éxito de esta *Evita*, escribiendo un espectáculo musical muy semejante que se titularía *Paquito*?

—Sí —le dije, pues lo recordaba perfectamente.

—Pues ya tengo listo el libreto, al que está poniéndole música el maestro Narciso Estribor. Que se apellida así para que la gente sepa discretamente que es un compositor de derechas. Estribor compuso hace muchos años el célebre pasodoble

derechista titulado *Las estrellas no tienen cinco puntas*, que fue el número bomba de la revista *La camisita azul y el canesú bordado*. Y me está componiendo unos números musicales para *Paquito* que harán furor entre los nostálgicos. Uno de ellos, dedicado a Cataluña y alusivo a la unión de los hombres y de los pueblos de España, se titula *No llores por mí, Barretina*. Otro, muy pegadizo también alusivo a los desplazamientos triunfales del Caudillo y su esposa para inaugurar embalses, es una marcha que se llama *Los viajes de Franco-Polo*.

El espectáculo empieza con un número bailable, en el que «Paquito» y sus muchachos llegan de Canarias disfrazados de moros Muzas...

Sñar con el éxito de su opereta musical no impedía a Ramiro Carrizosa sacar muy buenos duros a las nostálgicas que iban a constituir el cogollo del público cuando estrenara su obra.

A mí en cierto modo me ocurría lo mismo que a él: que por muchas vueltas que le diera, no lograba percibir los encantos que aquellas «carrozas» de ambos sexos descubrían en las décadas de la dictadura. Porque yo, igualito que Carrizosa, sólo recuerdo de aquellos interminables años un montón de prejuicios, otro de hipocresías, y otro de incomodidades. La que era puta no podía prosperar y en puta se quedaba. En cambio ahora a la puta se la puede llamar mujer liberada, y nadie le impide que se presente a las próximas elecciones para ser elegida diputada.

Otro eventual que seguía siendo muy rentable para la casa, aunque sus actuaciones no fueran muy frecuentes, era el veterano Dionisio de Juliá, también conocido por el remoque *Dieciocho de Julio*. Se respetaba a rajatabla la orden que yo había dado de que sólo se le llamara para echar un polvo al mes, ya que aquel semental no estaba para cubrir a muchas jacas, y no era cosa de matar al actor de los huevos de oro.

Aunque aquel orgasmo mensual era para Dionisio como una enfermedad, de la que tenía que convalecer metiéndose en la cama y haciendo reposo absoluto hasta el mes siguiente, le compensaba. Puesto que a aquel esfuerzo tan agotador le sacaba casi todo el dinero que necesitaba para vivir. Ya se sabe que a ciertas edades proyectas se vive con poco, a base de sopicaldos aguados en los que flotan unas miajas de pollo.

Además de aquel laborioso y costoso polvo mensual (que a mi casa le salía a veinte céntimos por cada tozoide que largaba Dionisio bañado en esperma), el viejo actor redondeó sus ingresos de aquella temporada haciendo una película. Hizo el único papel que le faltaba por hacer en su larguísima carrera cinematográfica: protagonizó *El último de Filipinas*, cuyo argumento era éste poco más o menos:

Un heroico oficial que manda una posición perdida en el corazón de la jungla tagala, ignorando que la guerra ha terminado porque España ha sido derrotada, sigue resistiendo hasta nuestros días. Al cumplir un siglo de resistencia, cuando él mismo se ha ascendido a general e incluso se ha jubilado después por haber cumplido la edad

reglamentaria, desembarcan en esa isla filipina unos turistas yankis vestidos con sus trajes chillones y típicos. Tan gorda es la impresión que esta visión produce al héroe, que se muere del susto. O algo así, aproximadamente.

Con este bodrio patriotero, *Dieciocho de Julio* cerró con broche de oro la carrera más larga y brillante del cine español.

(Aunque quizá este broche pueda abrirse para añadir una nueva actuación: el papel de «Paquito», cuando la obra de Ramiro Carrizosa con música de Narciso Estribor sea llevada a la pantalla. Porque Dionisio de Juliá, después de recorrer varias veces el extenso escalafón de la carrera militar haciendo todos los papeles, el único papelón que no ha hecho todavía es el de Generalísimo. Y tal como se están poniendo las cosas, quizá le dé tiempo de hacerlo antes de morirse).

El travestí machote, que para rematar la imitación de una «estrella» sacaba el cipote, tenía mucho éxito entre las dientas en general, ya que todas las mujeres somos en el fondo un poquirritín lesbianas. Así como el homosexualismo entre hombres, además de ser una mariconada es una guarrería de pésimo gusto, siempre he sido más benévola a la hora de juzgar a dos mujeres que se acuestan juntas. Y si además estas mujeres son guapas y jóvenes, mi benevolencia llega a la amnistía total.

Y es que, estéticamente hablando, las posturas que adoptan dos mujeres guapas durante el revolcón, tienen la armonía plástica de un ballet dirigido por un hábil coreógrafo.

Dos hombres, en cambio, con sus antiestéticos canutos erguidos y sus ridículos pechos atrofiados sin una mala teta a la que agarrarse, revolcándose con la mutua pretensión de meterse los canutos respectivos por el ano de su oponente, constituyen un espectáculo vergonzoso y repelente.

Cremades, que remataba sus números como lo que era en realidad, o sea un verdadero macho, iniciaba estas actuaciones con la simulación habilísima de que era una hembra, con todas las suavidades y ternuras propias de nuestro sexo. Este equívoco gustaba horrores a las dientas, pues nada excita tanto a cierto tipo de mujer como ser acariciada por Rocío Jurado —a la que Cremades imitaba de maravilla— y que de pronto a la falsa Rocío le nazca un pajarito en la entrepierna para follar como Pedro Carrasco. Por experimentar ese milagro tan excitante, aunque sea trucado, bien puede pagarse una pasta. Vamos, digo yo.

Los otros tres miembros del equipo eventual no dejaban ni un duro, por los diversos motivos que cito a continuación:

El pintor, porque se lio con una modelo guapísima a la que hizo un retrato en pelota. Fue en pleno retrato y en plena desnudez, al tomarle medidas en la zona del chichi para pintarlo con más realismo, cuando empezó el jadeo que le mantuvo liado con esa mujer, obligándole a cancelar todas las ofertas de trabajo que le llegaban de mi casa.

Tampoco el *playboy* Berlangot resultó rentable, e incluso hubo que quitarle del álbum en el que figuraban sus fotos y su «currículo»; porque tan aburrido y saturado estaba de mujeres por las muchísimas que había tenido, que le entró un leve pero peligroso ramalazo de mariconería.

—Pues Mapi, mona —me confesó poniendo una boquita pequeña y redondita que me escamó—: de todo se aburre uno. Y yo estoy harto de cazar conejos. Tantos he cazado, que ahora se me apetece cazar «bambis». O sea cervatillos jóvenes y culilampiños, en vez de conejos húmedos y peludos. Puede decirse que he dado un giro de ciento ochenta grados a mis aficiones: hasta hoy me venían de cara, pero desde hoy espero que me vengan de culo. Si, Mapi, mona, te surge algún trabajito de esta clase, no dejes de avisarme.

No volvimos a avisarle, ya que yo, aunque soy bastante tolerante para los vicios y aberraciones de todo tipo, soy una intransigente tremenda en materia de mariconería. Estoy convencida que sólo el nido de la mujer es el único adecuado para el pajarito del hombre. Y ya pueden, llamarme retrógrada, que nunca cambiaré.

El profesor de latín que se apellidaba Capellán tuvo un final triste aunque en cierto modo lógico: como por culpa de su apellido y por saber tantos latinajos no tenía ningún éxito con las mujeres, decidió hacerse cura.

—¡Lo que hace la desesperación! —comenté al saberlo.

—De desesperación nada, monada —me corrigió *el Babas*, que era quien me había traído la información—. ¡Menudo chollo ha pescado el andova! Creo que si yo no hubiera pecado tanto, pues los pecados están muy mal vistos dentro del negocio del curato, me habría presentado también a la carrera de cura.

—Pero Salvador Capellán —recordé— ¿no era casado e incluso estaba cargado de hijos?

—Fue casado durante muchos años, pero tuvo la suerte de enviudar después de darle a su mujer unas setas que él mismo había cogido en el campo sin mala intención. De manera que era libre cuando los curas le ofrecieron el puesto.

—¿Cómo? ¿No fue él entonces quien se presentó a ocupar la plaza, sino los propios curas quienes se la ofrecieron?

—Exactamente —confirmó Federico, babeando de gusto—. Hay tanta crisis de vocaciones sacerdotales, que los seminarios hacen ofertas tentadoras para cubrir las muchas plazas que tienen vacantes. Como el profesor ya sabe latín, que es la base del asunto eclesiástico, le han ofrecido nombrarle cura haciendo un cursillo intensivo, y destinarle a una parroquia espaciosa con calefacción central. Además, mientras hace el cursillo, ocupará una *suite* en uno de esos grandes y confortables seminarios, hoy medio vacíos, que construyó el régimen anterior pensando sin duda en lograr que la población española se compusiera de dos enormes ejércitos: uno de militares, y otro de curas.

—Pero —objeté yo— Salvador Capellán ha trabajado en esta casa. Y está, al fin y al cabo, es una casa de putos.

—Imagino que la penuria de vocaciones habrá hecho a los curas menos tiquismiquis. Y el mismo perdón conceden cuando hacen la vista gorda, que cuando lo que engorda no es la vista sino la polla.

PEDAZO 34

AQUELLOS DÍAS las cosas empezaron a agriarse, porque la M.A.T.A. no lograba el rescate que pedía. Y eso ponía nerviosísimos a los «matarras» con la única excepción del que yo llamaba *Melchor*, que era el que mejor controlaba sus nervios.

—Lo que nos ha ocurrido —razonaba éste con mucha sensatez— es que nos hemos pasado de rosca. O sea que hemos dejado pasar el momento de sacarle el jugo al secuestro. Porque todo secuestro tiene su momento psicológico en el que se obtiene por el secuestrado todo lo que se pide por él. Ese momento suele producirse, como máximo, a los quince días de haberse cometido. Porque a los quince días, la capacidad de resistencia al dolor de los familiares y amigos del secuestrado ha llegado al límite.

»También la opinión pública, en esa quincena, ha alcanzado la máxima tensión que puede soportar. Si entonces no se llega a un acuerdo entre ambas partes, el asunto puede darse por echado a perder.

»Porque a partir del instante en que se cumplen las dos semanas, empieza a formarse un callo en la sensibilidad de todo el personal que participa en el asunto: en la familia del secuestrado, que empieza a pensar que al fin y al cabo los secuestradores, si no lo han hecho ya, no se atreverán a matarle; con lo cual es muy posible que se pueda conseguir su liberación por un precio mucho menos abusivo.

»La opinión pública se encallece también, ya que otros temas de gran impacto reclaman su atención “y no vamos a estar pendientes toda la vida de ese puñetero secuestrado; que si se mira bien no es un personaje tan importante, sino un personajillo que con dedicarle dos semanas de atención ya va que chuta”.

»La prensa, igualmente encallecida, va reduciendo diariamente la superficie que dedica al tema del secuestro y estrechando la anchura de los titulares dedicados a él. Este derroche de espacio alcanza la cota máxima al cumplirse el decimoquinto día después del suceso, pues a partir de entonces el panorama cambia por completo: se inicia una contracción progresiva tanto del espacio como del tamaño de los titulares.

Contracción que alcanza su mínima expresión al cumplirse el mes justo del suceso, día en que la prensa le dedica cuatro líneas metidas en un recuadrillo perdido en una página interior.

Página interior que, por estar muy próxima a la reservada para las esquelas, parece como una indirecta a los secuestradores para que liquiden al secuestrado y acaben así con un personajillo que ya ha dejado de interesar a todos los lectores.

»Esto es lo que nos ha ocurrido a nosotros con Filisteo Fachón: primero con las negociaciones fallidas por el alto precio que pedíamos por él, y luego con la necesidad de salvarle la vida que él quería quitarse mediante la huelga de hambre, le hemos tenido secuestrado mucho más del mes-límite. Y en ese exceso de tiempo, el

negocio se nos ha venido abajo: los negociadores ya no quieren dar ni un duro, porque suponen que nos hemos ablandado y que pueden recuperarlo gratis. Tampoco la prensa nos ayuda, ya que desde hace ocho días no ha dedicado a este asunto ¡ni una sola línea! Nos tiene olvidados por completo, y en el fondo hace bien: otros sucesos más vivos, que son paradójicamente los que producen más muertos, reclaman la atención de los periódicos.

»Estamos, por lo tanto —concluyó *Melchor*—, metidos en un callejón que sólo tiene una salida.

—La que te dijimos nosotros hace unos días —intervinieron *Gaspar* y *Baltasar*, orgullosos de haber adelantado la solución—: cargarnos al secuestrado para que no pueda delatarnos, y deshacernos del cadáver para que vea el personal que no nos andamos con chiquitas.

—Con esa solución —siguió razonando *Melchor*— conservaríamos la imagen que tiene la M.A.T.A. de estar compuesta por tipos duros que hacen honor a sus siglas. Pero aparte de salvar nuestro prestigio moral, nada positivo conseguiríamos desde el punto de vista material. O sea que muerto el burro, ni cebada ni nada. Queda descartada por lo tanto la ejecución de Fachón, puesto que se me acaba de ocurrir otra solución.

Y yo, que también asistía a este conciliábulo, tuve que escuchar este plan escalofriante que *Melchor* expuso fríamente:

—He llegado a la conclusión de que matar a Filisteo no sería rentable, pero tampoco podemos conservarlo vivo durante toda su vida, porque sería menos rentable todavía. Lo que debemos hacer es lograr que vuelva a hablarse del secuestro y del secuestrado. O sea actualizar el tema, revitalizarlo, para que vuelva a ocupar un lugar preferente en los medios de comunicación. Y así podremos reiniciar las negociaciones con nuevos bríos.

—En teoría está muy bien —admitió *Gaspar*—, pero no sé cómo vamos a conseguir revitalizar un tema que a todo el personal se la trae flojísima.

—Yo sí que lo sé —dijo *Melchor* con una sonrisa siniestra que quitaba el hipo a quien lo tuviera—. Anunciaremos a la prensa que a partir de este momento, si no se aceptan nuestras condiciones sin discusión, enviaremos semanalmente al presidente del Congreso un cachito del secuestrado. Con esto conseguiremos dos objetivos: demostrar por un lado que no nos hemos ablandado, y forzar por el otro que sean aceptadas nuestras condiciones lo antes posible. Porque cada semana de retraso, le costará al secuestrado un nuevo pedazo.

Con cierto tembleque y temiéndome lo peor intervine yo haciendo esta pregunta:

—¿Puedes explicarme qué entiendes tú por «un cachito de secuestrado»?

—Está clarísimo, mujer —me explicó el «matarra» confirmando mis temores—: que cada semana cortaremos un pedacito a Filisteo Fachón, y se lo enviaremos en una

cajita (por correo certificado) al presidente de los diputados.

—¡Genial! —aplaudieron *Gaspar* y *Baltasar*—. ¡Una idea colosal!

—¡Una animalada bestial! —rechacé yo, notando que un frío ramalazo me recorría el espinazo.

—El grado de bestialidad dependerá de la prisa que se den en pagar el rescate. Si lo pagan dentro de la primera semana, devolveremos al secuestrado casi entero. Total, sólo le faltará una pizquita. Claro que si demoran el pago más de un mes, las mermas que sufra Filisteo pueden ser bastante importantes. Pero no será culpa nuestra, puesto que nosotros lo habremos advertido: cortaremos al secuestrado un cachito semanal...

—¿Y por qué cachito empezaremos? —quiso saber *Gaspar*, tan entusiasmado con la idea que sacó una navaja del bolsillo y comprobó el filo de la hoja.

—Por un cachito que resulte espectacular —propuso *Melchor*—, y que no perjudique ni merme demasiado la integridad de la pieza. Por ejemplo, un dedo.

—¿Cuál?

—Uno cualquiera.

—¿De una mano o de un pie? —quiso concretar *Gaspar*.

—De una mano, hombre. Los dedillos de los pies son tan pequeñajos, que además de parecer percebes no impresionan a nadie.

—Tampoco creas tú que con un solo dedo de una mano vamos a dar un gran susto al personal —opinó *Gaspar*—. El que más y el que menos pensará: «¡Bah! Al fin y al cabo le quedan nueve todavía, con los que puede apañarse divinamente». O sea que siendo tan pequeño el cachito, no soltarán la pasta.

—Pero si el cachito fuera demasiado grande —razonó *Melchor*—, pondría la gente el grito en el cielo llamándonos asesinos. O por lo menos carniceros. Y tampoco soltarían la pasta. Admito que un dedo puede ser poco, pero debéis admitir también que un brazo puede ser demasiado.

—Hay que cortar el trozo justo —opinó *Baltasar*—, que no sea ni grande ni chico, y que al mismo tiempo resulte suficientemente espeluznante. Yo propongo que le cortemos una oreja.

—¡Buena idea! —aplaudió *Melchor*—. Abrir una cajita que contenga una oreja sanguinolenta, no deja de ser bastante espeluznante.

—¡Bah! —despreció *Gaspar*, que seguía empuñando y jugueteando con la navaja abierta—. Espeluznante será para vosotros, que sois más bien blandorros. Pero para mí, una oreja no es más que un cartilaguillo sin importancia; un pellejo al fin y al cabo del que todo el mundo puede prescindir. Tened en cuenta que las orejas se les cortan a los toros en las corridas, y a nadie del público le asusta ni le da un soponcio al verlas cortadas y sangrando.

—Eso es verdad —tuvo que reconocer *Melchor*—. Pero dime entonces qué pedazo le cortarías tú.

—Pues yo —dijo *Gaspar* sin vacilar—, un cojón.

—No seas salvaje, hombre —le reprochó su jefe, mientras a mí empezaba a castañetearme la dentadura.

—No es ninguna salvajada —defendió su tesis *Gaspar*.

Al fin y al cabo le quedaría el otro para seguir funcionando, pues por eso elegí un órgano que no perjudica demasiado puesto que lo tenemos «repe». Salvajada sería cortarle el hígado, o el bazo, o cualquiera de los órganos de los que no tenemos repuesto. ¿Imagináis lo espeluznante que resultaría enviar por correo ese cojón, dentro de una caja y adornado con un lacito como si fuera un huevo de pascua?...

—¡Basta, basta! —interrumpí gritando y tapándome los oídos con las manos—. ¡No puedo seguir oyendo tantas burradas!

—No las oigas si no quieres —se encogió de hombros *Melchor*—, pero tenemos que decidir hoy mismo el cachito que le cortaremos. Para cortárselo mañana, y mandárselo al presidente del Congreso.

Aunque todavía faltaba media hora para iniciar mi visita diaria a Filisteo Fachón, subí a la buhardilla con una gran confusión en mi cabeza. Por un lado quería protegerle contra el peligro atroz de una mutilación inminente, y por otro no me atrevía a traicionar a los «matarras» que tantas facilidades me habían dado para follar con *Flit*.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó el preso, invitándome a que me sentara en su camastro.

¿Por qué me lo preguntas?

Aunque no tengo reloj —me explicó—, he aprendido a calcular la hora por el tiempo que transcurre entre las comidas.

Y calculo que hoy has venido más temprano que ayer. Y más nerviosa también.

—¿Nerviosa yo? —reí con esa risa tan falsa que nos sale cuando queremos mentir y no somos capaces.

Empezamos entonces el jugueteo de todos los días, en el que Filisteo siempre llevaba las de ganar. Porque después de magrearme me ponía cachonda y quedaba a su merced.

Era en ese momento, cuando yo alcanzaba una temperatura más bien alta, cuando él aprovechaba para sonsacarme. Puedo decir para que resulte fino que, al tiempo que por un lado me sonsacaba, por otro lado me sonmetía. Y claro está con este sonsacarme y sonmeterme, me excitaba muchísimo y me exponía a contarle todo lo que debía callarme.

Aquel día concretamente, entre la excitación producida por el sonsaca y el sonmete, unida al nerviosismo que no lograba dominar, estallé de pronto en lo que yo llamo el paroxismo. Claro que lo llamo así a bulto, por parecerme una palabra importante, aunque quizá por chiripa haya acertado en la nomenclatura. Porque yo

doy el nombre de paroxismo a una mezcla de ataque histérico y orgasmo a partes iguales, durante el cual no sé lo que digo aunque digo todo lo que sé. Y a borbotones, atropelladamente, dije a Filisteo lo que pensaban hacer con él.

—Comprenderás —le confesé histéricamente— que no puedo consentir que te capen, o que en el mejor de los casos te mutilen. Porque el cacho que te cortarán no lo han decidido aún, pero están decididos a cortarte un cacho. Y si sólo fuera uno, yo podría transigir y hacer la vista gorda. Pero a ese primer corte seguirán otros muchos.

—¿Qué? —se asustó Filisteo, que no se asustaba por casi nada.

—Sí, amor, como lo oyes —seguí largando—. Te irán troceando poco a poco, a trocito semanal, hasta que se decidan tus amigos a pagar el rescate que piden por ti. Y si tardan en decidirse, sólo quedará de ti una piltrafa. De manera que voy a ayudarte a escapar.

—Estoy preparado —dijo Filisteo Fachón levantándose de un salto del catre en el que nos estábamos revolcando.

Entonces comprendí por qué se había negado a cometer excesos sexuales conmigo, reduciendo su ración a un polvo diario: ¡el muy ladino había querido estar en buena forma física cuando llegara el momento de huir! Y como ese momento había llegado, lo mismo que un atleta que se disponía a iniciar una carrera, empezó a hacer en la celda ejercicios de precalentamiento.

—Continúa preparándote —le aconsejé—, porque mucho tendrás que correr siguiendo el camino que yo te indique cuando te dé la salida. Para poder dártela, debo reunirme ahora con tus guardianes y terminar de decidir el cacho que te cortarán para empezar la serie de cortes. Cuando lo tengan decidido, les propondré venir sola a verte con el fin de prepararte para la operación.

»—Llevaré escondido un pañuelo empapado en cloroformo —será mi proposición—, y en cuando tenga a Filisteo encandilado con el juego erótico, le plantificaré el pañuelo en las narices. Así se dormirá sin oponer resistencia, y podréis cortarle la rebanada que queráis con toda tranquilidad.

—¿Serás capaz de hacerme semejante cabronada? —me reprochó el prisionero.

—No, hombre —le tranquilicé—. Eso será lo que voy a proponerles, para que piquen y se confíen. De este modo, cuando te crean dormido por efecto de la anestesia, subirán a operarte confiados y sin metralletas. Y cuando vayan a darte el primer corte, tú, que estarás completamente despierto porque yo no te habré anestesiado, pegas un salto y sales corriendo en la dirección que ahora te explicaré. Porque estamos en la buhardilla de una «villa» situada en un suburbio de Madrid. Debajo de nosotros hay dos pisos, a los que se baja por una trampilla abierta en el suelo a seis metros según se sale de esta celda en línea recta. Cuando llegues a la planta que está debajo de ésta, sales a un pasillo por la puerta que hay enfrente...

Y así, le fui explicando con todo detalle el camino que debía seguir para llegar a

la calle. Una vez en ella, le expliqué la dirección que debía tomar para llegar a una boca del suburbano que le conduciría al centro de Madrid. Como yo sabía que Filisteo había sido «boi-escaut», que era una organización de mocitos que aprendían a orientarse en los bosques, me constaba que siguiendo mis instrucciones lograría escapar con suma facilidad cuando llegara el momento.

El momento llegó como yo había previsto, cuando los «matarras» me comunicaron que había prevalecido la tesis moderada. O sea que habían decidido cortarle al secuestrado el dedo índice de la mano izquierda, y no un cojón como quería el bestia de *Gaspar*.

Me ofrecí entonces a narcotizar al preso previamente, para lo cual subí a su celda con un pañuelo empapado en cloroformo que *Melchor* me entregó.

Allí, entre Filisteo y yo, organizamos el «paripé» de que él se fingiera dormido. Antes de que entraran los «matarras» a cortarle el dedo, le recordé el itinerario que debía seguir para escapar de la casa.

Y cuando los «matarras» entraron, lo hicieron como yo había previsto también: o sea confiados, y sin más armas que una navaja bien afilada con la que pensaban hacerle la amputación planeada.

¡Menudo susto se llevaron los tres cuando vieron que el presunto dormido, que yacía de bruces sobre el catre, saltaba como si se le hubiese disparado un resorte y salía como una bala por la puerta de la celda!

Yo fingí también una gran sorpresa, aprovechándome de la cual corrí a la puerta para obstruirla con mi cuerpo e impedir que los «matarras» salieran inmediatamente en persecución de Filisteo. Cuando al fin reaccionaron y me apartaron a empujones para perseguirle, el fugitivo ya había ganado la libertad a todo correr.

PEDAZO 35

CUANDO «los tres mosquetarras» comprendieron que Filisteo Fachón se les había escapado de un modo absolutamente gilipollas, se cabrearon horrores. Y como el cabreo les pilló con las metralletas en la mano, pues fueron a cogerlas cuando ya era tarde para darle alcance al fugado, me dieron a mí unos cuantos culatazos. Por suerte las culatas de las metralletas son pequeñas y ligeras, lo cual hizo que el ser aporreada por ellas no me resultara tan doloroso. Pero yo exageré mis gritos de dolor durante el aporreo, aunque sabía de sobra la razón de aquella tunda. No obstante, *Melchor* tuvo la gentileza de explicármelo también:

—Tenías cloroformo suficiente para dormir al prisionero durante veinticuatro horas. Es fácil por lo tanto deducir que no lo usaste, porque te encoñaste con Fachón y nos traicionaste.

—¡Me cago en lá! —rezongó *Baltasar* pegándome otro metralletazo—. ¡Acabemos con la traidora!

—Eso —estuvo de acuerdo *Gaspar*—. Suéltale una ráfaga...

—¡Quietos! —les contuvo *Melchor*—. Dejadla en paz. La verdad es que se ha portado bien con nosotros hasta que se encoñó con el fascista. Y la culpa de que se encoñara fue nuestra, por permitirle que se acostase con él. De modo que dejadla y vámonos zumbando.

—¿Cómo? —parpadeó *Baltasar*—. ¿Nos vamos?

—Inmediatamente. Lo primero que hará Filisteo es mandar aquí a toda la policía del país. Y si nos ponemos a luchar en la proporción de tres contra tres mil, creo que llevaríamos todas las de perder. ¡Hale, rápido!

—Mal vamos a andar de rapidez si no tenemos coche. —Lo tendremos en cuanto salgamos y robemos el primero que pase. ¡Vamos, de prisa!

No me ofendí porque se marcharan sin despedirse, ya que bastante despedida tuve con los culatazos y el riesgo de que me mataran en su cabreo. Incluso me alegré de que se fueran con todo su armamento y todas las complicaciones que trajeron a mi casa.

Lo primero que hice en cuanto se largaron fue lavarme los dientes, pues tantos sustos y disgustos tan seguidos me había dejado mal sabor de boca. Luego, con la boca fresca y los nervios relajados, bajé a reunirme con mis chicos.

Como siempre a aquellas horas, mis chicos estaban terminando de preparar el salón para iniciar su jornada laboral. Tentada estuve de decirles a Filo y a Milo que no se molestaran en prepara lo, porque algo estaba a punto de ocurrir que les impediría trabajar, cuando de pronto empezaron a oírse los aullidos de las sirenas.

Volví a pensar en lo inútilmente dramáticos que resultan esos sonidos angustiosos y desgarradores, que sobrecogen el ánimo de los ciudadanos y les meten el corazón

en un puño. Volví a pensar en cuanto mejor sería para los nervios de la población civil que las sirenas de los coches policiales entonaran melodías alegres, pegadizas y optimistas, que llevaran a los martirizados tímpanos de los ciudadanos un poco de buen humor. Y no pude pensar más porque aquel ulular quejumbroso, cada vez más denso y más intenso, llegó a hacerse ensordecedor a medida que los coches de la policía iban acercándose a mi casa.

—¡Vienen hacia aquí! —constató *el Guripa* saliendo despavorido de la cocina.

—Eso me temo —suspiré resignada.

—¿Pero qué hemos hecho nosotros? —preguntó *el Babas*, que afortunadamente no se había enterado de nada.

Me encogí de hombros, ya que el estrépito creciente de las sirenas no permitía oír ninguna explicación.

Este alboroto continuó por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales se hizo un silencio absoluto alrededor de Villa Mancebo. Después empezó a oírse como un fuerte carraspeo de alguien que se disponía a hablar, y una voz bronca, magnificada por uno de esos chismes que yo llamo «gritáfonos», empezó a gritar:

—¡Habla la policía!... ¡Tenemos la casa rodeada y no existe ni la más remota posibilidad de que podáis escapar!... ¡De manera que rendíos!... ¡Os damos tres minutos para que salgáis!... ¡Hacedlo de uno en uno, y con las manos encima de la cabeza!... ¡Repito!: ¡Pasados tres minutos, si no habéis salido, abriremos fuego! ...

—¡Dios! —masculló *el Guripa*—. ¿Es que se han vuelto locos?

—Vienen buscando a esos tres amigos míos, que ya no están aquí —expliqué yo—. Pero será mejor obedecer las órdenes que nos han dado y salir antes de que se pongan a disparar. Porque son muy capaces de dejar la casa como un queso *gruyere*.

Como ya era de noche, los coches de la policía encendieron sus faros y sus focos para iluminar la «villa». Y era tan intensa la luz, que daba la sensación de que el sol había vuelto a salir súbitamente.

—Será mejor que salga usted primero —me sugirió Filo, pero *el Babas* saltó en mi defensa:

—¡Ni hablar! Si se escapa una bala, y hay precedentes de que a veces las balas se escapan, lo correcto es que nos toque a alguno de nosotros.

—No dispararán si la primera que sale es una mujer —razonó Filo.

—Por si acaso —insistió *el Babas*—, saldré yo delante.

—Gracias, Federico —le agradecí conmovida, pues una vez más aquel leal subnormal daba una prueba del cariño que sentía por mí.

—Es lo menos que puedo hacer por usted, señora, que me ha dado de comer y de joder...

—Basta de cháchara —cortó Matías *el Guripa*—, que la policía sólo nos ha dado tres minutos y están a punto de cumplirse.

Se cumplieron dos segundos más tarde, porque oímos de pronto como un gran estallido, que era la suma de todas las armas cortas disparadas simultáneamente por los policías que nos rodeaban. Se oyó al mismo tiempo el fragor de una cascada de cristales que caían hechos pedazos desde todas las ventanas; y el sordo impacto final de las balas, que, después de un corto silbido se incrustaban en las paredes por encima de nuestras cabezas.

El instinto de conservación hizo que todos, sin que nadie diera la orden, nos tiráramos al suelo. Con lo cual quedábamos muy por debajo de las ventanas, por las que entraban balas a puñados como si fueran confeti.

Cuando todas las pistolas vaciaron el primer cargador, se hizo de nuevo un silencio en el curso del cual volvió a oírse la voz del «gritáfono».

—¡Habla la policía!... ¡Os habréis dado cuenta de que es inútil resistir!... ¡Esta vez os concedemos un minuto para que os rindáis!... ¡Es vuestra última oportunidad! ... ¡Aprovechadla!...

Antes de que transcurriera el minuto que se nos concedía, Federico *el Babas* corrió a la puerta y salió al jardín con las manos en alto y haciendo señas a los guardias de que no dispararan. Todos los faros y los focos que se movían por la fachada de la casa, convertida en tiro al blanco, se concentraron en él.

—¡Tira el arma —le ordenó la voz que manejaba el «gritáfono»— y avanza con las manos encima de la cabeza!

—¡No estoy armado! —gritó a su vez Federico, avanzando como se le había indicado.

Inmediatamente después salió Matías *el Guripa* con sus clásicos pantalones que le habían quedado de la «mili», seguido a corta distancia por los menores Filo y Milo.

—¡Avanzad con las manos encima de la cabeza —repitió la voz del «gritáfono»—, pero primero tirad las armas!

—¡Nosotros no tenemos armas! —explicó *el Guripa*.

—¿Quién las tiene entonces? —preguntó la voz, que, sin esperar respuesta, volvió a preguntar—: ¿Cuántos quedan dentro de la casa?

—¡Sólo la dueña! —informó *el Guripa*.

—¿Dueña? —repitió la voz con extrañeza—. ¿Dueña de qué?

—¡De la casa de putos!

Una ráfaga de metralleta arrancó salpicaduras de tierra a los pies del pobre Matías, que pegó un salto instintivamente como si saltando pudieran evitarse los balazos. *El Guripa* había dado aquella explicación de buena fe, pero sin duda en el cordón policíaco que nos rodeaba había sonado a cachondeo.

—¿Por qué nos disparan? —se quejó Matías bastante acojonado.

—¡Para que no gastes coñas! —gritó el «gritáfono».

—¡El chico ha dicho la verdad! —grité yo a mi vez saliendo de Villa Mancebo a

la zona fuertemente iluminada, con los brazos en alto—. ¡Ese es el negocio de esta casa, y yo soy la dueña!

Hubo una pausa, durante la cual supongo que la policía me contempló desde la zona en sombras que ocupaba. Y supongo también que me contempló con admiración, ya que aparecí como una heroína de tragedia griega bajo los focos de aquel escenario improvisado.

Lo de heroína de tragedia griega lo digo por mi atuendo, o sea mi fachenda, pues vestía una bata que tenía algo de túnica, amplio trapo al que tan aficionados eran los fulanos nacidos en Grecia. La tal túnica tenía algo de tornasolada, por lo que al ser herida por las luces de los focos cambiaba de colores como los camaleones. O sea que era una prenda muy vistosa y propia de la ocasión.

—¡Avance con las manos sobre la cabeza —me ordenó la voz respetuosamente, impresionada sin duda por mi aspecto—, y que vayan saliendo todos los demás!

—¡Ya no queda nadie dentro! —expliqué.

—¿No? —preguntó el «gritáfono», un poco desconcertado—. Entonces, ¿quién tiene las armas?

—¡Aquí no hay armas de ninguna clase! —afirmé— ¡Pueden entrar a comprobarlo!

Unos policías muy jóvenes y muy majos, con los nuevos uniformes que sientan estupendamente porque llevan una boina muy favorecedora, cruzaron corriendo la zona iluminada y entraron en la casa. Entraron como entran los policías en los telefilmes, o sea pegándose a las paredes y acercándose a saltos y pequeñas carrerillas, metiendo ante ellos por las puertas y las ventanas los negros cañones de su armamento.

Mientras tanto a mí y a todo mi personal nos acomodaron en unos coches-patrulla con unos cuantos inspectores de paisano. Y así, haciendo sonar de nuevo las lúgubres sirenas, nos condujeron a una comisaría para interrogarnos antes de pasar a disposición judicial.

PEDAZO 36

DE LOS DÍAS que siguieron a mi detención guardo un recuerdo confuso, debido sin duda a la amabilidad del comisario que me interrogó, el cual me daba frecuentes capones y tortazos para ayudarme a que me mantuviera despierta.

—Lo peor que se puede hacer durante un interrogatorio —me explicaba— es dormirse. Con el sueño se corta el hilo de la declaración, y luego hay que volver a empezar desde el principio. Con lo cual, entre amodorrarse y despabilarse, se desperdicia buena parte de las setenta y dos horas de que dispone la policía para decidir si suelta a un detenido o lo pone a disposición judicial.

Me atizaba entonces un capón y dos cachetes, antes de proseguir en el mismo tono amable y respetuoso:

—En su caso, doña María del Pilar, no hay duda de lo que haremos con usted cuando pasen estas setenta y dos horas que marca la ley; pues lo que yo siento personalmente es que se haya abolido la pena de muerte. Y lo siento porque sólo aplicándole esta pena media docena de veces pagaría usted las muchas deudas que ha contraído con la sociedad. Pero le ruego que no tome en cuenta esta opinión personal y que olvide este inciso, puesto que la sociedad según parece se ha amariconado y aplica penas de ridícula levedad para castigar a las grandísimas hijas de puta como usted. ¿Me permite propinarla unos también leves cachetitos, que no tienen más objeto que mantener despierta su atención?

Me propinó los leves cachetitos, que a mí me sonaron y me dolieron como fuertes tortazos, pero claro está que yo no entiendo de modales policíacos y no sé calcular la intensidad habitual que tienen las caricias que reparte este cuerpo.

También en nuestro cuerpo de putas no todas las caricias tienen la misma intensidad ni producen la misma reacción en la persona acariciada, pues un masaje que puede resultarle brutal a un hombre corriente, puede parecerle suave como una cosquilla a un masoquista.

De manera que aguanté los que el comisario llamó cachetitos, ya que aguantar lo que te den es una norma que aconsejo a todos los que se vean obligados a visitar una comisaría. Creo además que yo, debido quizá a la acumulación de capones y cachetes y horas sin dormir, estaba un poco obnubilada (o sea jodida) y exageré al calcular la intensidad de las caricias que había recibido.

Porque mal podía aquel comisario sacudirme un par de tortazos, siendo físicamente un alfeñique que no tenía ni media torta. Y siendo la torta completa una medida aceptada para calibrar el tamaño de un hombre normal, se deduce con facilidad que si el comisario no tenía ni la mitad de esta medida, es que era casi un enano.

Pero pese a su enanicie poseía una voz tan grave como profunda, de señor muy

alto e importante, con la que me recitó una vez más los cargos que había contra mí:

—Viuda de un miembro de la M.A.T.A. que tenía el alto grado de socio protector, muerto por las Fuerzas de Orden Público en una operación de limpieza...

—Oiga, oiga —protesté débilmente, puesto que el ya larguísimo interrogatorio me obnubilaba y me cabreaba a partes iguales—: que a mi marido no lo mataron en ninguna operación, sino de un tiro al aire que se le escapó a un guardia en una manifestación.

—No trate de minimizar la eficacia de nuestras acciones —gruñó el comisario— atribuyendo a la chiripa lo que fue sin duda el resultado de un minucioso plan elaborado por el mando de las unidades antiterroristas. Se la acusa también de haber montado un piso franco en su casa de Tolosa, para que fuera utilizado por miembros de la M.A.T.A.

—Ese piso franco —me defendí— no lo monté yo. Lo había montado mi marido, y al morir él la M.A.T.A. me obligó a que yo la dejara seguir utilizándolo.

—Falso —rebatí la menudencia policíaca con su voz imponente y llena de estatura—. En ese piso, cuya existencia fue denunciada por un patriota que pagó con su vida la denuncia, se han descubierto huellas que demuestran que usted no sólo estuvo dentro numerosas veces, sino que incluso pernoctó allí.

—¡Eso sí que no! —protesté muy ofendida, pues yo creía que pernoctar tenía que ver con el derecho de pernada, o sea que la pernoctada tenía una concomitancia con la jodienda—. ¡De pernoctar nada, monada! ¿Qué clase de huellas han encontrado para poder acusarme de haber hecho semejante guarrería?

—Huellas dactilares y huellas capilares —concretó el polizone—. Por sus dedos en los muebles dedujimos que estuvo allí más de una vez, y por sus pelos en la almohada del catre allí instalado dedujimos que había pernoctado.

—Si los pelos que encontraron eran de la cabeza, pudieron deducir que estuve allí durmiendo y no jodiendo.

Me aclaró entonces el comisario el significado del verbo pernoctar, explicándome que la gravedad de la acusación consistía en que yo hubiera estado en el piso franco, y no en lo que hubiese hecho en él.

Aclarado ese extremo, continuó con la lista de cargos que a fuerza de ser larga resultaba cargante:

—Se la acusa igualmente de haber sido enviada a Madrid, con el fin de organizar la infraestructura de la organización en la capital de la nación...

—¡Oiga, oiga! —volví a interrumpirle, indignada—: que a mí a Madrid no me mandó nadie. Vine yo solita al quedarme viuda, huyendo precisamente de los «matarras» que, por haber estado liados con mi marido, querían liarme a mí también.

—Sí, ¿verdad? —dijo incrédulo el enano, que ya no encontraba pretexto para despabilarme a cachetes porque me veía muy despabilada—. ¿Y va a negar también

que usted organizó la infraestructura de la M.A.T.A. en Madrid?

—¿Que yo organicé la infra... qué? —dije asombradísima—. ¿Pero cómo quiere que organizara una cosa que ni siquiera sé cómo se pronuncia, y menos aún lo que significa?

—Infraestructura, pedazo de burra —me explicó sonriendo amablemente—, es lo que podríamos llamar la base.

—Pues si pueden llamarla la base, que es tan fácil, ¿por qué se empeñan en complicar la cuestión llamándola esa infrapollez?

—No crea que por simplificar su nombre va usted a aliviar el peso de su responsabilidad penal —prosiguió el comisario menudo, que ¡menudo comisario me estaba resultando! Porque aparte de los esporádicos cachetes, con los que logré despabilarme del todo, no se le olvidaba ni uno solo de los cargos acumulados contra mí. Y dichos por él, que los iba enumerando con la peor leche del mundo, sonaban mucho más graves de lo que habían sido en realidad. Hasta el punto de que no pude contenerme y le interrumpí para preguntarle:

—¿Es usted de Chinchón?

—No. Soy de Navalcarnero.

—Pues por su afán de chincharme con tantas chinchorrerías, parece usted de Chinchón.

Lo cual, o sea el chiste, no le hizo mayormente ni puñetera gracia. Ya me habían dicho a mí, y esto lo confirmaba, que la policía no es un cuerpo que se caracterice precisamente por su sentido del humor.

—Obedeciendo las consignas que la trajeron a la capital —continuó el enano dando a los hechos la interpretación que más podía perjudicarme—, fundó usted astutamente una casa de mala nota, para poder ocultar dentro de ella el piso franco que deseaba la organización.

—¡Mentira! —rechacé furiosa—: yo fundé la casa, que no era de mala nota sino de putos, como un negocio para ganarme la vida. Fue la M.A.T.A. la que más tarde, a punta de metralleta, me obligó a que cediera la buhardilla para convertirla en piso franco.

Pero mi versión de los hechos, que era la verdadera, parecía un intento forzado y desesperado para quedarme al margen de unas acusaciones que me pillaban de lleno y en las que estaba metida hasta la coronilla.

Me daba cuenta, demasiado tarde por desgracia, que unas veces a lo tonto y otras por miedo me había hundido en una situación peligrosísima de la que me iba a ser imposible salir. Ni siquiera pude aprovecharme de la oportunidad que me ofreció el comisario para aligerar el peso de mis culpas:

—Si traiciona usted a la organización y nos dice los nombres de los componentes del comando que secuestró a Filisteo Fachón, le garantizo que la pesada cadena

perpetua que el juez le impondrá, quedará reducida a una liviana cadenilla; no más larga que la que cuelga de la cisterna de un retrete.

Tan obnubilada estaba yo a consecuencia de la amable cachetada que el «comí» me había propinado, que vi el cielo abierto con aquella oferta y me apresuré a decir:

—No es una traición que le diga los nombres de «los tres mosquetarras» que formaban el comando, puesto que jamás pertenezco a la M.A.T.A. y lo único que hice fue obedecer sus órdenes para que no me mataran. Declaro por lo tanto que quienes me obligaron a cederles el piso franco y secuestraron a Filisteo Fachón, se llamaban *Melchor, Gaspar y Baltasar*.

¡Y ahora me dirás que tú te llamas la Virgen María! ¿No te jode?

Tan cabreado se puso el comisario al oír lo que tomó por una coña mía que, además de sacudirme un tortazo, dejó de ustearme y empezó a tutearme.

—¡Digo la verdad! —grité protegiéndome con las manos la mejilla opuesta a la bofetada, por si el pegón quería hacer un doblete—. ¡Le aseguro que por esos nombres conocía yo a los tres «matarras» que vivieron en mi casa y secuestraron al fascista! Lo malo es —tuve que reconocer a continuación— que esos nombres se los puse yo misma porque ellos nunca quisieron decirme cómo se llamaban.

—¿Y te imaginas que vamos a creernos ese embuste?

—Le juro que es verdad. ¿Me cree tan estúpida como para desperdiciar la ocasión que usted me brinda?: reducirme la condena, a cambio de darle los nombres de tres individuos que me importan un pimiento. Si no se los doy es porque no los sé. Sólo sé que yo les conocía por *Melchor, Gaspar y Baltasar*.

—El que no conocieras sus nombres —concluyó el polizone antes de pasar a otro tema— no te impidió colaborar con ellos y ser su cómplice. Porque no vas a negar tu complicidad en el secuestro del líder derechista Filisteo Fachón.

—¡Pues claro que lo niego! —salté encocorada—. A Filisteo lo secuestraron los «matarras» y lo metieron en mi casa aprovechando una tarde en que yo había salido con todos mis «niños» a visitar el Museo de Cera en plan instrucción.

Hasta yo me daba cuenta de lo falsos que sonaban, pese a ser verídicos, mis argumentos para rechazar las acusaciones que se me hacían. ¡Cuán cierto es que así como hay falsedades que suenan a verdaderas, hay verdades en cuya veracidad nadie puede creer! (¡Chúpate ésa, Teresa!)

Ni siquiera el careo con los muchachos que trabajaron en Villa Mancebo me sirvió de ayuda. Aunque ellos recordaban que yo les había llevado una tarde al Museo de Cera, se supuso que lo hice de acuerdo con los «matarras» y como parte del plan para secuestrar a Filisteo Fachón, plan del que yo fui cómplice desde que empezó a elaborarse.

O sea que todo se me iba poniendo en contra. Y a medida que transcurrían las horas (las setenta y dos fijadas por la ley) el comisario iba acumulando papeles para

empapelarme no sólo a mí, sino también a todas las paredes de la celda donde me encerrasen.

Sospecho que había cierto interés en hacerme aparecer como colaboradora de la M.A.T.A., e incluso como cabecilla del comando que había dado el golpe del secuestro, por la sencilla razón de que yo era el único personaje capturado mientras todos los demás habían escapado. No se podía por lo tanto declararme inocente, sino por el contrario había que inculparme todo lo posible para ensalzar a las F.O.P. por el importante servicio prestado con mi captura. O sea que a falta de «matarras» auténticos, convenía hacerme a mí responsable de sus fechorías.

Los periódicos por su parte, mientras tanto, se ocupaban de mi caso una barbaridad. Aunque era muy poco lo que sabían, era mucho lo que se inventaban: que si yo pertenecía al célebre comando «matarzale» compuesto por Xikle Tchzklúa, Patxtrrki Koxkltzartzklan y Shakzñzñaki Pérez; que si yo había cruzado la frontera disfrazada de obispo anglicano; que si yo patatín y yo patatán...

Todas estas fantasías las inventaban los periodistas a falta de informaciones veraces que la policía se negaba a dar, pues llevaba el asunto muy en secreto (que es el pretexto que se suele poner cuando se sabe muy poco de un asunto y no quiere reconocerse la propia ignorancia).

Y sin embargo todas las fantasías periodísticas eran tan enanas como el comisario si se comparaban con la realidad. Porque pensándolo bien, ¿qué cantidad no habría pagado la prensa del corazón, que yo llamo del colchón, por la exclusiva de mis revolcones con el secuestrado durante su largo secuestro? ¡Qué historia tan emotiva e impregnada del más puro romanticismo podría escribirse con esos ingredientes!: ¡Los amoríos del fascista secuestrado con la roja secuestradora! ¡Chúpate ésa, Teresa! ¡Menudo «beséler», que le dicen al libro que se vende mayormente! ¡Como para entrar en la Real Academia por la puerta grande!

Pero esto que ahora escribo en plan cachondeo, jamás se me pasó por la imaginación durante las largas horas que duró el interrogatorio. O sea que nunca pensé en usar mis relaciones íntimas con *Flit* para hacerme un nombre en la literatura ni para abrirme una puerta hacia la libertad. Jamás pensé en mi propio beneficio porque yo, en lo más profundo de mi ser, seguía soñando con aquel individuo que no era Príncipe, pero que sí era Azul. Y una ha sido siempre lo bastante sentimental, o sea gilipollas, para creer en los sueños románticos y no aprovecharse de ellos.

PEDAZO 37

MÁS EMPAPELADA que una valla en período electoral (¡chúpate ésa, Teresa!), pasé a disposición judicial. El comisario se creció, dentro de lo que cabe, para comunicarme con voz campanuda su decisión. Que no me pilló de sorpresa, pues ya me había anunciado que de soltarme nada, monada. Y aún tuve la coquetería de hacer este comentario:

—¡Jesús, señor comisario! ¡Me pone usted a disposición del señor juez, y yo con estos pelos!

Pero yo no sabía que las costumbres judiciales son distintas a las normales. O sea que por lo visto, cuando ponen a una señora para que disponga de ella un señor juez, no es para que éste se la beneficie en plan derecho de pernada. De modo que no importaba el hecho de que después del interrogatorio yo estuviera desgredada y hecha un adefesio, ya que al juez se la traían floja mis atractivos debido a que el fulano no tenía más remedio que respetar las leyes que le daban de comer. Y ya se sabe que las leyes, las españolas mayormente, lo primero que hacen es prohibir al personal que se distraiga echando canas al aire y polvos al prójimo.

Salí de la comisaría en un coche que llaman celular no sé por qué, aunque supongo que será porque en este tipo de coche meten a las células terroristas para llevarlas a la cárcel. Cuando el coche celular paró a la puerta de la comisaría para recogerme —atención que agradecí al comisario sin deber agradecérsela, pues el coche se les manda a todos los detenidos para que no se escapen—, ya iba casi lleno. Pero no de células terroristas, sino de mujeres celulíticas. O sea de tías gordas que practicaban la prostitución callejera, oficio que tiene el riesgo de caer en alguna de las frecuentes redadas que hace la policía cuando no tiene nada que hacer.

A mí me dan pena estas compañeras, pues en cierto modo lo son ya que todas hemos trabajado con más o menos éxito el mismo material llamado hombre. Y me dan pena porque forman el escalón más bajo en la carrera de la «prosti», como yo la llamo familiarmente. Este escalón no es el más bajo por ser el primero que se sube al empezar la carrera, sino por ser el último que se baja al terminarla. O sea que se llega a puta callejera —que no es un grado sino una degradación— cuando la echan a una de todas partes y se queda una en la puñetera calle. La puta callejera, llamada también trotacalles (¡cultura, ricura!), y llamada así por lo que trota e incluso galopa huyendo de los polizontes, es el último escalón de la putería en el camino hacia la tumba. (¡Chúpate ésa, Teresa!)

Porque a la puta, a medida que va envejeciendo y engordando, se la va echando de los sitios. Puede decirse que una puta está en su apogeo cuando a su silueta ni le sobra ni le falta un kilo, momento en el que la dejan que entre a trabajar en cualquier parte. Incluso en sitios muy exclusivos, en los que habitualmente no trabajan putas

propiamente dichas.

Pero a medida que su figura va perdiendo la línea y su esqueleto va ganando peso, empiezan a cerrársele las puertas. Primero son los sitios de más postín los que prescinden de ella, y luego los menos lujosos también la cierran el paso. Y a medida que aumentan el número de arrugas y la cantidad de grasas, disminuye la categoría de los locales en los que puede entrar a ganarse la vida (que tratándose de una puta se llama la mala vida).

Llega un momento, cuando la mencionada está en plena decrepitud, en que la última puerta del último antro se le cierra de un portazo en las narices. Y entonces la puta no tiene más ovarios que convertirse en callejera, estado inmediatamente anterior a su ingreso en el depósito de cadáveres.

Pero las putas en general tenemos los ovarios como una catedral, e incluso las que llegan a descender a la categoría ínfima de trotacalles, conservan una dosis increíble de buen humor. Las que casi llenaban aquel día el coche celular, no paraban de reír y de cantar como si estuvieran participando en una juerga flamenca. Algunas estaban todavía bastante borrachas de aguardiente, que es el único alcohol que pueden permitirse las putas callejeras. Porque el aguardiente pasa directamente del gollete al gaznate, y no requiere vasos en los que se mezcle con soda o hielo, complementos que no pueden encontrarse en mitad de la calle. Prolongar las borracheras de la madrugada hasta muy entrado el día siguiente es una forma que tienen estas infelices de hacer más llevadera su mala vida de putas callejeras.

Al subir yo al coche arreció el jolgorio de palmas y cantes, porque al verme tan desgreñada y con el maquillaje tan corrido como churretoso, me tomaron por una de ellas. Cosa que, ahora lo confieso, me ofendió. Porque una no ha estado toda la vida dando el callo y el coño para que no se note a simple vista su ascenso en la escala social. Pese a que por edad y por celulitis a mí se me podía comparar con cualquiera de esas elementas, no podía evitar que me ofendiera la comparación. De manera que poniéndome unas pizcas de altanería en la voz, las dije digo:

—No es por haceros de menos, monas. Pero la diferencia entre nosotras es que soy una presa política, y vosotras sólo sois unas presas putícolas.

Rieron mi chiste con franqueza y sin rencor por el insulto que contenía, abriendo mucho sus bocas pintarrajeadas y enseñando sus lastimosas dentaduras llenas de caries negruzcas y de relucientes muelas de acero. Sus risas eran francas aunque aguardentosas, y cuando terminaron de reír mi hicieron explicar por qué carajo me consideraba presa política, teniendo pinta de ser tan putícola como ellas.

Yo se lo expliqué durante todo el trayecto del coche celular, contando con todo detalle mi contacto con miembros de la M.A.T.A. y mi participación indirecta en el secuestro del facha Fachón. Lo que no conté fueron mis relaciones íntimas con el secuestrado, que precisamente por eso, por pertenecer estrictamente a mi intimidad,

tampoco quise sacarlas a relucir en el interrogatorio a que me había sometido el comisario canijo.

—¡Joder! —exclamaron las putas callejeras, que no tenían pelos en la lengua porque se los habían quemado con los tragos de aguardiente—. Por todo lo que nos has contado y por tacaño que sea el fiscal, lo menos que pediré para ti es una bonita cadena perpetua.

Eso mismo pensaba el comisario, y también empecé a pensarlo yo. Y me entraba la tentación de confesar mis amoríos con Filisteo. Porque la imagen de un secuestrado se deteriora si se le imagina follando con una señora. O sea que la acusación de secuestro sería mucho más débil si yo demostraba que el secuestrado había estado beneficiándose a la presunta secuestradora. Es más: en un país como el nuestro, en el que quien logra chingar es envidiado por multitud de insatisfechos sexuales, puede que a Filisteo Fachón le condenaran por haber dicho que sufrió secuestro en una celda, cuando lo que hizo en realidad fue gozar de una mujer en un folladero.

Pero después de pensarlo mucho, rechazaba la idea de hacer esta confesión tentadora. En el fondo de mi corazón, amé limpiamente a Filisteo Fachón. Y aunque él al final se portara como un charrán desagradecido, olvidando que gracias a mí pudo escapar enterito y sin que le cortaran ningún pedazo, no por eso iba yo a ensuciar la pureza de aquel amor que sentí en el crepúsculo de mi vida sentimental. Por la misma razón que se procura conservar sin ensuciarlo el recuerdo del primer amor, debe conservarse limpio también el último. Y con más motivo en una vida tan agitada como la mía, en la que no abundan precisamente los amores que brillen por su limpieza.

PEDAZO 38

POR SER POLÍTICA y no putícola, al llegar a la cárcel me separaron de las viejas y alegres trotacalles para encerrarme en una celda especial.

—Aquí —me dijo la celadora que tenía cara de guardia y además lo era— estarás hasta el día del juicio.

Dicho de este modo, daba la sensación de que iba a estar en aquella celda el resto de mi vida y parte de la eternidad. Pero el juicio al que se refería la guardiana no era el Final, sino el mío particular. Lo cual me tranquilizó bastante, porque aquella cárcel no me gustaba nada. No era lo que podríamos llamar una cárcel de «cinco barrotes», que supongo será el sistema de clasificación que se aplicará a las cárceles. Las habitaciones eran pequeñísimas, con una sola ventanita enrejada por toda ventilación, provistas de puertas muy sólidas cuya finalidad no era que no entraran ladrones, sino que no salieran. Y en vez del cuarto de baño que no debe de faltar en las cárceles de «cinco barrotes», sólo había en un rincón del minúsculo cuartito un lavabillo para lavarse y un retretejo para cagarse. Un desastre, vamos.

Me dijeron al principio que estaría incomunicada, pero se contradijeron a las pocas horas al meter dentro de mi celda a otra individua que dijo ser una presa política.

—¿Qué hiciste tú para que te encerraran? —quise saber, pues muy voluminosos tenían que ser sus delitos para que la metieran en la misma celda que yo.

—Maté a un guardia —me dijo con toda naturalidad.

—Pues mirándote bien —la dije después de mirarla atentamente—, no tienes cara de asesina.

—¿Pero tú en qué país vives, so panoli? —se burló de mí—. Ahora •a los que matan guardias no se les llama asesinos, sino luchadores contra la opresión. Y los abogados no dejan que se les aplique el Código Penal, sino el Derecho Político. Lo cual quiere decir, poco más o menos, que si lo haces por política puedes cargarte a todos los guardias que se te pongan por delante.

A mí la verdad, aquella tiparraca me caía fatal porque siempre pensé que cargarse a un semejante es una bestialidad como la copa de un pino.

—A un semejante —admitió la tiparraca cuando se lo dije—, desde luego que es una bestialidad. Pero dime tú dónde ves la semejanza que hay entre una servidora y un guardia. Porque yo, por muy buena voluntad que tenga, no veo que un guardia sea semejante a mí.

O sea que la tiparraca era una buena bestia, que sólo tenía de humana su doble condición de bípeda y de mamífera. Fuera de estas dos cosas, se la podía catalogar en la categoría zoológica de las hienas y otras fieras igualmente cabronas.

Mal síntoma era que me pusieran en la misma celda que aquella fiera, porque eso

significaba que a mí también se me consideraba tan peligrosa como ella. Recordé entonces, para más «inri», que cuando hicieron mi ficha en la cárcel me pareció ver que quien la hizo puso con tinta roja en un ángulo una gran «P». Pensé entonces que a lo mejor aquella inicial era un resumen biográfico de mi pasado, y que la «P» quería decir «Puta». Pero como la tiparraca que había matado al guardia era más bien hombruna y marimacho, deduje entonces que la «P» no significaba «Puta», sino «Peligrosa».

O sea que las cosas se me estaban poniendo cada vez peores. Incluso la tiparraca, a la que conté los motivos de mi encierro, se llevó las manos a la cabeza cuando terminé de contárselos y exclamó:

—¡La cagaste, macha!

—¿Por qué? —me preocupé.

—Porque los abogados te defienden con más facilidad cuando has matado que cuando has secuestrado. Matar tiene atenuantes, ya que se mata en un pronto o en un momento de cabreo. Pero secuestrar sólo tiene agravantes, pues se secuestra con premeditación y alevosía. También el muerto produce menos impacto en la opinión pública, porque no dice ni pío, se le entierra y se le olvida en cuestión de pocos días. El secuestrado, en cambio, no para de decir cosas desde que le secuestran, y las sigue diciendo muchos meses después de que le hayan libertado.

—Creo que exageras —insinué, pero ella me rebatió:

—De mi guardia muerto ya no habla nadie, pero de tu líder secuestrado sigue hablando todo el mundo. Otra ventaja de matar es que en mi juicio, el muerto no podrá declarar contra mí. En tu juicio en cambio, la declaración del secuestrado contra ti hará que el juez te aplique la pena máxima.

Me envolvió en una mirada llena de lástima antes de concluir:

—Si es verdad todo lo que me has contado, creo que hiciste mal no dejando que la M.A.T.A. cortara en pedazos a Filisteo Fachón. Ya dice el refrán, con mucha razón, que muerto el perro se acabó la rabia. Y muerto Fachón, se habría acabado también su persecución rabiosa.

Los razonamientos de la tiparraca, aunque eran espeluznantes, no dejaban de estar impregnados de sensatez. De manera que cada día que pasaba, estaba yo más acoñonada. Lo estuve más aún cuando supe que la tiparraca y yo no estábamos comunicadas, sino simplemente separadas de las demás reclusas porque éstas no querían juntarse con nosotras.

—Las muy hipócritas —masculló rabiosamente mi compañera de celda— nos consideran demasiado peligrosas y tienen miedo de que nos las comamos crudas.

—Entonces —me puse a razonar preocupadísima—, el hecho de que no venga nadie a visitarnos no se debe a nuestra incomunicación, sino a algo mucho más grave todavía: a que nadie tiene ningún interés en comunicarse con nosotras.

—Pues eso será —dijo la tiparraca encogiéndose de hombros—. Pero eso a mí me tiene sin cuidado.

—A mí, en cambio —dije yo—, me importa horrores. El que nadie venga a visitarme en estas circunstancias, significa que todo el mundo me considera culpable.

—¡Bah! Mientras tengas un buen abogado como tengo yo, que te considere inocente y sea capaz de convencer al tribunal...

—¡Es que yo —me eché a gemir desesperada— tampoco tengo abogado, ni bueno ni malo! ¡Estoy completamente sola en mitad de este enorme follón!

En aquel momento sentí que me ahogaba sin remedio, envuelta en una ola de soledad y abatimiento. (¡Chúpate ésa, Teresa!) Podía decirse, sin ambages ni rodeos, que me hallaba completamente jodida. Después de pensarlo mucho, había llegado a la desoladora conclusión de que no podía recurrir a nadie. Mis amigas tolosanas no querrían saber nada de mí en cuanto supieran por los periódicos mis concomitancias con la M.A.T.A., grupo terrorista considerado mucho más violento que la E.T.A. Rechazarían también, escandalizadas, la suciedad de los negocios que emprendí a mi llegada a Madrid. Ellas, que me habían ayudado a acicalar el cadáver de mi Chus para que estuviera presentable cuando lo exhibí en la capilla ardiente, que dieron colorete a sus mejillas cadavéricas e incluso estuvieron de acuerdo en ponerle entre los dientes una ramita de olivo, no eran capaces de ayudarme ahora a maquillar mi moral para mantenerla erguida y presentable el día de mi juicio.

Tampoco acudían a visitarme los que presumían de haber sido amigos íntimos de mi difunto, y que abusaron de mí cuando enviudé con el pretexto del piso franco que se escondía en mi casa.

También brillaron por su ausencia los componentes del equipo especial que trabajaron como eventuales en Villa Mancebo, sacando de su trabajo muy buenos dineros. No vi el pelo ni al viejo actor *Dieciocho de Julio*. Ni al escritor que, gracias a los polvos estupendamente retribuidos que yo le proporcioné, podía dedicarse a preparar el estreno de su espectáculo musical titulado *Paquito*.

Me dolió igualmente que no vinieran a visitarme los chicos del equipo fijo, aunque supuse que ellos no estarían en condiciones de visitar a nadie por hallarse también retenidos en alguna cárcel, pendientes de ser juzgados como yo.

O sea que estaba completamente sola en el mundo, como una pequeña isla rodeada de enemistad por todas partes. Me dolió por lo tanto que la tiparraca con la cual me veía obligada a compartir mi celda empezara a recibir algunas visitas. ¿Era posible que semejante puerca, que había sido capaz de asesinar a un guardia, tuviera más amistades que yo? Era posible, en efecto, y también lo era que tuviese un abogado muy eficaz que empezó a visitarla con mucha frecuencia para preparar su defensa.

Un día, cuando la tiparraca regresó del locutorio, me dijo:

—Cuando mi abogado ha sabido que tú eras mi compañera de celda, se ha pasado todo el tiempo de la visita hablándome de ti. Eres por lo visto un caso jurídico de lo más famoso que se ha producido en los últimos años. ¿Sabías tú que, sumadas todas las penas que pedirá para ti el fiscal, tendrías que tener siete vidas como los gatos para poder cumplirlas? A mi abogado le parece natural que no hayas encontrado todavía quien te defienda, porque está seguro de que ninguno de sus colegas está dispuesto a hacerse cargo de tu caso. O sea que tu caso es un caso perdido.

—Pues muchas gracias, maja, por los ánimos que me das.

—Yo me limito a contarte lo que piensa mi abogado. Que por cierto me asegura que me conseguirá una sentencia de un año y un día.

—Enhorabuena, chica —me burlé con peor leche que un «yogur»—. Por ese precio, en lugar de cargarte a un solo guardia, podías haber hecho un doblete cargándote a una pareja.

—Quizá lo haga la próxima vez —dijo la tiparraca tomando en serio mi sugerencia—. Porque ya lo dice el refrán: «en joder y en matar, todo es empezar». Y en cuanto salga de la trena, no me faltarán compañeros para hacer las dos cosas.

A medida que se iban ennegreciendo mis horizontes, más fatalista me sentía y menos dispuesta a luchar. Hay momentos tan malos en la vida, que es mejor esperar a que pasen sin intentar enderezarlos porque el intento los empeoraría más aún. En eso soy mora, pero sólo en eso, porque en todo lo demás no soy tan guarra como las moras, que sólo se lavan cuando se mojan en la estación de las lluvias. Pero en el fatalismo, sí. O sea en eso de que todo está escrito en el libro del destino, y nada se consigue con pretender variar las escrituras.

De modo que si estaba escrito que yo me jodiera o jodiese, nadie podría librarme de ser víctima de semejante e inevitable jodienda. Lo cual me sumía en una especie de «neura», que es como siempre he llamado yo a la neurastenia que me entra a veces, mezclada con una fuerte dosis de abulia y apatía.

En aquellas semanas que iban transcurriendo en espera de que se celebraran nuestros juicios respectivos, la tiparraca se mostraba mucho más locuaz y optimista que yo. Como su abogado la visitaba constantemente para perfilar la estrategia de su defensa, ella se pasaba el tiempo comentándome los planes que tenía para cuando recobrase la libertad. La muy bestia pensaba casarse con un activista de su partido, porque le hacía mucho ilusión fundar un hogar y tener una metralleta.

—Y con el tiempo —me decía muy ilusionada—, quizá nos decidamos a matar a la parejita. Porque un solo guardia sabe a poco.

Yo escuchaba sus burradas como quien oye nevar (imagen que me parece más propia puesto que la lluvia es más ruidosa y su caída provoca menos indiferencia acústica que la caída de la nieve). O sea que no la hacía ni puñetero caso, ya que me pasaba la mayor parte del tiempo sentada en mi catre, con la vista perdida en el

rectangulillo del ventanuco de la celda, cuyo espacio estaba cortado en cuatro pedazos por la cruz que formaban los barrotes. Todo el panorama que alcanzaba a descubrir por aquel ventanuco eran cuatro cachitos de cielo, por los que volaba sin rumbo mi deprimida imaginación.

Volando estaba una mañana, vuelo al que yo me entregaba poniendo una inefable cara de idiota, cuando la celadora descorrió los cerrojos de nuestra puerta anunciando:

—Tienes visita de tu abogado.

La tiparraca fue hacia la puerta dispuesta a seguir a la celadora hasta el locutorio, pero ésta la rechazó diciendo:

—La visita no es para ti, sino para Mapi.

Dejé caer al suelo mis ojos que volaban por el cielo, y dije con el desabrimiento que me embargaba en aquellos días:

—Tiene que haber un error, porque yo no tengo abogado.

—Claro que no —me apoyó la tiparraca—. La visita por lo tanto es para mí.

—Es para Mapi —insistió la cancerbera—. De manera que es ella la que debe ir al locutorio.

—Iré si se empeña —dije levantándome del catre de mala gana—, pero daré el paseo en balde. Ya verá como tendrá que volver a buscar a mi compañera.

—Sígueme —me ordenó la celadora invitándome a salir y volviendo a cerrar después la puerta de la celda.

PEDAZO 39

SI LOS CAPÍTULOS marcan en los libros el fin de un episodio y el principio de otro, debo terminar yo también el pedazo anterior puesto que la visita de aquel abogado fue el final de mi negra resignación pesimista, y la iniciación de unos acontecimientos tan sorprendentes como misteriosos.

Porque aquel abogado que esperaba en el locutorio, había venido efectivamente para visitarme a mí. Era un caballero alto y de sienes canosas, con toda la pinta de aquel actor tan elegantón que se llamaba Victoriano de Sica. Era también el típico abogado que en las películas se las sabe todas y es capaz de ganar todos los pleitos que se le echen.

Me saludó muy finamente en plan caballeroso, o sea con una inclinación de cabeza acompañada de una sonrisa. Y al mismo tiempo que hacía estos movimientos musculares, se las ingenió para decirme:

—Me llamo Juan Alberto de la Rábida y del Moral-Castañeda.

O sea que el tío tenía nombres y apellidos suficientes para bautizar a todo un bufete de abogados asociados.

—Tiene que haber un error... —empecé, pero él me atajó:

—No lo hay. Usted, doña María del Pilar, viuda de Elorrieta, es la cliente de cuya defensa voy a encargarme. Para que usted me ponga al corriente de algunos pormenores de los acontecimientos que la trajeron aquí, he venido a visitarla. De modo que ya puede admitir el hecho de que voy a ser su abogado para que empecemos a hablar.

—Pero usted no puede haber venido por las buenas —razoné—, o sea por iniciativa propia. ¿Puede decirme entonces quién le ha enviado?

Y dejándome tan asombrada como puede suponerse, don Juan Alberto de la Rábida y del Moral-Castañeda me contestó:

—Me envía la Embajada de los Estados Unidos de América.

Debí quedarme tan rígida y patidifusa a consecuencia de la perplejidad, que el fulano tan largamente bautizado se vio obligado a pellizcarme con suavidad las mejillas al tiempo que me preguntaba:

—¿Se encuentra bien?

—Sí... —pude balbucear por fin—. Pero le juro que no comprendo nada.

—Pues si usted no lo comprende, yo tampoco puedo aclarárselo más. Lo que le he dicho es todo lo que estoy autorizado a decirle.

—¿Puede repetirme lo que me dijo?

—Que me envía la Embajada de los Estados Unidos de América, para que me encargue de su defensa.

—¿Y qué tengo yo que ver con los Estados Unidos? —pregunte.

—Eso —se encogió de hombros el abogado—, usted sabrá. —Pues allí está lo malo precisamente: que yo no sé nada.

Mi consejo es que no pierda el tiempo en averiguarlo, porque faltan muy pocos días para que la juzguen y debemos aprovecharlos para preparar el juicio. De manera que acepte mis servicios como defensor y colabore conmigo. Tiempo tendrá después de agradecerse a quien me contrató. Sea quien sea, supo lo que hacía, pues no sé si usted sabrá que soy el primer abogado de España en la especialidad de terrorismo y secuestros. O sea que nadie más idóneo que yo para llevar con éxito su caso. De modo que olvídense por ahora del poderoso protector que me envía a salvarla, y vamos a trabajar en su salvación.

Empiece por contarme el origen de sus contactos con la M.A.T.A.

Y empecé a contarle la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, porque estuve de acuerdo con él: tiempo habría después para averiguar por qué coño la Embajada de los Estados Unidos de América había decidido costearme al mejor abogado de España para que me defendiera. Porque por mucho que lo pensara no era capaz de encontrar la relación que podía existir entre el país más fuerte del mundo y la mujer más débil y perseguida de España.

Cierto que yo, a lo largo de mi vida y a la ancho de mi cama, había prestado mis servicios a un buen puñado de yanquis pertenecientes tanto a las bases americanas como al cuerpo diplomático de aquel prepotente territorio. Pero era cierto también que ninguno de ellos tenía categoría suficiente como para movilizar a su Embajada y poner a mi disposición a un abogadísimo carísimo. Porque con estos superlativos lo calificó la tiparraca, abriendo unos ojos como platos, cuando al regresar del locutorio le conté quién había venido a visitarme.

—¿Hablas en serio? —dudó la tipa, incrédula—. ¡Pero si el todo el mundo sabe que don Juan Alberto de la Rábida y del Moral-Castañeda es el mejor abogado defensor del país, y también el que más cobra! ¡Es un abogadísimo carísimo!

Con lo cual, tanto la tiparraca en la celda como las demás reclusas en el patio al que nos sacaban a pasear empezaron a mirarme con una miaja de respeto.

En la primera visita y en las sucesivas, ya que don Juan Alberto empezó a visitarme un día sí y otro no, fui contándole todo lo que él consideró necesario para montar sus alegatos defensivos.

Cuando llegamos al capítulo del secuestro insistió tanto en saber con todo detalle cuáles habían sido mis contactos con el secuestrado, que no tuve más remedio que sincerarme y contarle toda la verdad. Incluso lo de nuestras relaciones íntimas se lo conté polvo por polvo, pues un defensor viene a ser como un confesor. Y en ambos hay que volcar todas las basuras del alma. Y aunque para mí aquel amor con Fachón no era ninguna basura, sino todo lo contrario, o sea una joya de la más alta preciosidad, me pareció que don Juan Alberto podría defenderme mejor conociendo

la naturaleza carnal de los contactos que yo había tenido con Filisteo.

—Esta confesión que acaba usted de hacerme —me dijo en cuanto acabé de hacérsela—, hará que yo varíe totalmente el enfoque de mi defensa.

—Allá usted —repliqué encogiéndome de hombros—. Lo que sí le ruego es que estas relaciones, tan íntimas y tan queridas para mí, no salgan a relucir en el juicio.

—No saldrán en ninguna forma que pueda herir sus sentimientos personales —me prometió don Juan Alberto. Con lo cual me quedé completamente tranquila ya que, además de un estupendo abogado, era también un perfecto caballero.

A la tiparraca se la llevaron una mañana para juzgarla. Salió de la celda muy segura de sí misma, convencida de que su defensor conseguiría para ella una condenilla ridícula. Incluso tuvo la chulada de despedirse de mí con un displicente y altanero:

—¡Chao, nena!

Unos días después supe en el patio que la habían trasladado a un penal de provincias, en el que tendría que cumplir una pena, penita, pena. O sea tres veces más larga de lo que su optimismo y su abogado habían calculado. Lo sentí por la tiparraca, pero me alegré por la justicia en general, porque ya iba siendo hora de que la vida de los guardias valiera tanto por lo menos como la de cualquier paisano.

Pasé algunos días bastante deprimida, pues a mi soledad en la celda se sumó una pausa en las visitas que me hacía don Juan Alberto. Volvieron de golpe los negros nubarrones a oscurecer los horizontes de mi futuro, pues lo menos que pensé era que mi misterioso protector, oculto en la Embajada de los Estados Unidos, había decidido retirarme su protección y dejarme en la estacada. Lo cual me exponía a que por carecer de un experto defensor en mi juicio cuya celebración era inminente, me cascaran una condena más gorda aún que la que le habían cascado a la odiosa tiparraca.

Por suerte don Juan Alberto volvió excusándose por su ausencia que había durado varios días, y que obedeció a que tuvo que salir de Madrid para hablar con uno de los testigos que presentaría ante el tribunal para que declarase a mi favor. Por lo visto era un testigo tan valioso (y para mí tan misterioso), que el abogado no había vacilado en ir él personalmente a asegurarse su declaración.

—¿Puedo saber de qué testigo se trata? —le pregunté.

—Considero más prudente que no lo sepa —me contestó—, ya que podría afectar tanto a su sistema nervioso como a sus reacciones emocionales. Y es de suma importancia que conserve usted la serenidad hasta que sea juzgada.

O sea que la cosa seguía siendo de lo más misteriosa: ni sabía quién me había proporcionado aquel abogado, ni qué testigos iba a proporcionarme aquel abogado. Pero no me quedaba más remedio que confiar en don Juan Alberto, que después de aquel viaje para conectar con el misterioso testigo se mostraba muy contento y seguro

de sí mismo.

—Confíe en mí, doña María del Pilar —me decía para tranquilizarme cuando me ponía nerviosa—. Todo saldrá bien, ya lo verá.

—Lo que me gustaría ver —rezongaba yo— es la cara del yanki que me protege, y la de ese testigo tan importante que declarará a mi favor.

—Tenga paciencia —me recomendaba don Juan Alberto—. Faltan ya muy pocos días para que se aclare todo.

PEDAZO 40

FALTABAN TAN POCOS, en efecto, que al final de aquella misma semana me sacaron de la celda para conducirme a la sala de la Audiencia en la que iban a juzgarme.

Me condujeron en un coche celular para mí sola, acompañada de una escolta formada por varios guardias de los que antes se llamaban «grises» y que en el futuro corren el riesgo de que los llamen «cacas», por haber pasado sus uniformes a ser marrones.

He sabido después que para mi traslado desde la cárcel a la Audiencia se montó un dispositivo de seguridad compuesto por un montón de agentes, pues se temía que la M.A.T.A., de la que se me consideraba miembro activísimo, intentaría dar un golpe de mano para liberarme. Como esta suposición era errónea, puesto que yo no sólo no pertenecía a la M.A.T.A., sino que además la había traicionado facilitando la fuga de Filisteo Fachón, nadie intentó liberarme. Debido a lo cual mi traslado se efectuó sin ninguna novedad ni violencia.

No obstante, las medidas de seguridad adoptadas con mucha antelación y sobre una base falsa se extendían también al juicio que iba a celebrarse a puerta cerrada, para impedir que entre el público pudieran colarse los presuntos «matarras» libertadores. O sea que en la sala a la que fui conducida sólo estábamos el personal juzgador y la persona juzgada. Me alegré de que así fuera, pues yo había imaginado con verdadero horror que mi juicio iba a ser con espectadores y alboroto, al estilo de los de aquel picapleitos de la «tele» que se llamó «Perrimeison», así como suena. Y me horrorizaba ser la protagonista de un espectáculo legal que siempre me ha parecido cruel y lamentable. Es efectivamente de una crueldad y de un salvajismo sólo comparables al que se derrochaba en los circos romanos cuando Cristo era un chaval. Porque juzgar a una persona ha de ser una cosa muy dramática que no debe utilizarse para divertir a un público proclive a ver las emociones desde una óptica circense. Y me extraña mucho que la Ley, que tiene fama de ser tan seria, autorice estos juicios al que asiste el populacho frívolamente, como si la persona juzgada fuese un toro al que se estuviera lidiando en un ruedo con banquillos en lugar de burladeros. O sea que me alegré de que, por miedo a una posible intervención armada de la M.A.T.A., se me iba a juzgar sin miramientos pero también sin mirones.

Los guardias que me habían traído me acomodaron en lo que a mí me pareció una silla bastante incómoda, y que resultó ser el famosísimo banquillo de los acusados. ¡Jolín con el prestigio que tiene el jodido mueble! En cuanto me dijeron que estaba sentada en él, pegué tal salto como si mismamente acabaran de clavarme un rejón en pleno culo. Para mí, que todas las bambollas de la judicatura me apabullan y me acoñonan, era tan acoñonante como apabullante ocupar un asiento reservado a los criminales y delincuentes en general. Quise por lo tanto quedarme de pie junto a

aquel jodido mueble que consideraba que no me correspondía ocupar, porque yo de criminala nada, monada, pero los guardias me sentaron a la fuerza.

Por una puertecilla secundaria de aquel escenario impresionante que era la sala, por la que también había entrado yo, fueron entrando los personajes más importantes de aquella vista, de la que yo iba a ser protagonista.

Primero entró el fiscal, que tenía cara de eso, o sea de mala leche, porque viene a ser en este juego el «acusica barrabás, en el infierno te verás». Después entraron mi abogado defensor y el señor juez, a los que tentada estuve de dedicarles un aplauso para darles coba. Pero la presencia de los «cacas» me hizo desistir.

Desperdigados por la sala estaban también otros personajillos; pero como eran menos importantes, habían tenido que madrugar más para estar en sus puestos cuando entráramos las figuras principales del reparto. Estos personajillos secundarios eran los secretarios del tribunal, los taquígrafos que todo lo escriben a mano (porque el Estado es muy roñoso para gastarse unas pesetas en máquinas grabadoras), los guardias y los botones (que aquí se llaman ujieres porque son más mayores y más pomposos).

Pero siendo bastante nutrido este personal subalterno, eran cuatro gatos si los comparamos con el enjambre de curiosos que asisten a los juicios de estilo «perrimeisoniano». Lo cual ya digo que contribuyó a tranquilizarme un poco, pues los juicios a puerta cerrada dan menos vergüenza al acusado que los juicios en que las puertas se dejan abiertas para que entre a fisgar todo el que se le antoje.

Este poco de tranquilidad me lo quitó el susto que me llevé al fijarme en que tanto el juez como el fiscal, ¡e incluso mi propio abogado defensor!, iban de luto. O al menos ésa era la sensación que daban, pues se habían puesto encima del traje una especie de funda negra que les daba el aspecto de ir enlutados.

(Después he sabido que a ese ropón los abogados le llaman «toga», pero no le basta este nombre frívolo para que la prenda siga pareciendo fúnebre. A mí, sin ir más lejos, la toga esa se me parece a los trapos que cubren las imágenes en el Viernes Santo, que es el día más triste del año para el personal católico. O sea que cuando vi así vestido al personal juzgador, e incluso al defensor, me asusté pensando que si los gachón se habían enlutado «a priori», era porque estaban seguros de que el juicio tendría para la acusada un resultado fatal.

A mí me parecía bastante lógico que el fiscal, e incluso el juez, se vistieran de luto puesto que los ambientes que yo había frecuentado eran merecedores de una condena francamente gorda. Pero que mi abogado defensor se enlutara también de antemano, lo interpretaba yo como una prueba de desconfianza en su propia defensa y un curarse en salud antes de un posible fracaso).

Confirmando esta idea mía tan deprimente, don Juan Alberto se acercó a mí para decirme en voz baja que no prestara demasiada atención a lo que dijera el fiscal, porque su deber era acusarme y ponerme como un trapo.

—Lo mejor que puede usted hacer —me susurró— es no escucharle, para no llevarse disgustos innecesarios. Porque la va a poner de chupa de dómine.

«¡Dios mío! —pensé temblando—. ¿Tan mal están las cosas para mí que ni siquiera este abogado tan buenísimo puede evitar que me pongan a parir?»

Sin embargo le hice caso, y cuando al empezar la vista le tocó hablar al fiscal, traté de no oír lo que decía. O sea que mientras él hablaba, yo canturreaba por lo bajo una canción que le oí en varias ocasiones al señor Escobar (don Manuel), en la que ese señor (aunque no podría jurarlo debido al tiempo transcurrido y a lo flaca que es mi memoria musical) no sé si busca un carro que le han robado unos facinerosos, o si se queja con muchísima razón del ruido infernal que hacen los ejes de su carreta.

En todo caso, el problema que tenía el señor Escobar con su vehículo (problema que no debía de ser muy grave pues le permitía cantar con bastante alegría), me permitió a mí tapar casi toda la acusación que me hizo el fiscal. Digo casi toda pues aunque repetí la canción con todas sus letras y estribillos, el fiscal seguía acusándome cuando yo había terminado el canturreo. Y le oí el último párrafo de su acusación, en el que dijo señalándome con un dedo:

—... la suma de todos estos delitos, me obligan a pedir que la acusada sea recluida a perpetuidad.

De manera que el tipo no se anduvo con chiquitas. Pidió la pena máxima que puede pedirse en un país donde ya no puede matarse legalmente. Y la pidió así, escueta y rigurosa; sin ese colgajillo de «y un día» que se añade a las condenas para que parezcan más livianas, que viene a ser como el «noventa y nueve» puesto al precio para que el producto parezca más barato.

Porque al reo, si se le comunica que ha sido condenado a un enorme montón de años «y un día», lo soporta mucho mejor que si le sueltan, pelado y en números redondos, el enorme montón de años.

Tan inhumano fue conmigo aquel fiscal, que no quiso suavizar la sentencia pidiendo que me condenaran «a cadena perpetua y un día». Privándome de este alivio puramente psicológico, su petición me sonó mucho más brutal y rotunda.

—Ya le advertí al principio que no escuchara —me recordó don Juan Alberto al percatarse del abatimiento que me había entrado al escuchar las conclusiones del fiscal—. Ahora en cambio sí puede escuchar, porque me toca hablar a mí.

Y después de pedir «la venia», que a lo mejor se la dieron aunque yo no vi cómo se la daban, mi abogado se puso a largar por lo fino demostrando que su pico era realmente de oro y que valía lo que cobraba.

Resumiendo diré que me puso por las nubes, muy cerca del cielo en el que se halla santa Juana de Arco con la que me comparó. Tentada estuve de darle un disimulado tironcito de la toga mientras le decía por lo bajo:

—No te pases, macho.

Pero el rollo que estaba soltando era tan emocionante, que no quise interrumpirle. Puede decirse que me desnudó simbólicamente, dejando en cueros vivos las virtudes espirituales que embellecen mi carácter, y que una vez desnuda me puso en una bandeja para presentarme al señor juez adornada con una guarnición de artículos eximentes del Código Penal.

Nunca vi un hombre tan hábil para presentar un plato tan bien adornado y tan convincente, tan capaz de ablandar a una gallina vieja y dura como yo hasta hacerla tan apetitosa y digerible como una tierna polluela. Incluso a mí me avergonzaban un poco los adornos que me ponía don Juan Alberto, pues aunque siempre consideré que exageraban los que me creían francamente mala, jamás intenté pasar por buenísima y mucho menos por santa. Pero mi abogado era capaz de hacer comulgar a sus oyentes con ruedas de molino, y escuchándole se tragaba cualquiera sin ninguna dificultad las hostias más monstruosas. Como por ejemplo que yo había sido toda mi vida una mártir manchega, que sufrió estoicamente la persecución de los malvados que sólo pretendían abusar de ella.

Lo cierto es que mi martirologio fue más bien relativo, porque manchega lo soy y a mucha honra, pero de estoica no tengo un pelo. En cuanto a los hombres que me persiguieron (que no todos eran malvados pues algunos había sumamente majos), podía decirse que mayormente era yo quien provocaba la persecución y quien cobraba al final los abusos que se cometían conmigo. Pero de alguna forma tenía que defenderme mi abogado, y no era mal sistema transformar en martirologio lo que no era más que una simple dedicación profesional al puterío.

La labia de don Juan Alberto era tan arrolladora y convincente, que logró conmover al señor juez hasta el punto de hacerle sacar un pañuelo del bolsillo para sonarse, prueba inequívoca de su conmoción puesto que el moqueo es la consecuencia inmediata del lloriqueo. Y no es extraño que el señor juez lloriqueara después de oír la conmovedora historia que el defensor había tejido alrededor de mí, en la que yo venía a quedar como una pobre e inocente virgen violada más de cien veces —eso sí era verdad y aún se quedó corto— por machos enloquecidos de brutalidad y concupiscencia.

Después de este exordio emocionante, don Juan Alberto hizo una pausa, que no se llenó de aplausos porque las gentes que manejan las leyes saben controlarse y dominar sus impulsos. Pero tengo la seguridad de que si mi juicio no se hubiera celebrado a puerta cerrada, el público habría prorrumpido en una ovación como la que se tributa a un torero al terminar una faena memorable. Porque memorable fue también la defensa que me hizo mi abogado, aunque la tiparraca con la que compartí mi celda ya me había advertido:

—De poco sirve la brillantez de los dichos si no hay testigos para probar los hechos.

Y yo supuse que por desgracia no faltarían testigos, pero no para probar los hechos a mi favor, sino en contra mía. De modo que suspiré resignada cuando el juez anunció que podían declarar los testigos que tuvieran ambas partes, o sea la acusación y la defensa.

Mi abogado pidió entonces la palabra para decir esto, poco más o menos:

—Teniendo en cuenta que el señor fiscal ha basado toda su acusación en el secuestro del líder Filisteo Fachón, delito del que responsabiliza a mi cliente y por el que pide sea castigada con la máxima severidad, espero que no tendrá inconveniente en dejar que declare en primer lugar un testigo que hará innecesarias las declaraciones de todos los demás.

—No tendría inconveniente —dijo con ironía el fiscal—, suponiendo que ese testigo existiera. Pero no creo que exista en este caso ninguna persona cuyo testimonio tenga poder suficiente para invalidar a todos los demás testigos.

—¡Esa persona existe —gritó mi abogado señalando a la puerta de la sala con gesto teatral—, y sólo espera ser llamada para declarar en esta causa!

—¿Podemos saber quién es? —preguntó el fiscal, irónico todavía, y don Juan Alberto le respondió:

—¡Es el propio secuestrado, don Filisteo Fachón!

PEDAZO 41

LA PERPLEJIDAD de todos los presentes hizo que se produjera un silencio que nadie fue capaz de romper. Yo lo habría roto de buena gana si mi garganta hubiese articulado el grito de sorpresa que me produjo esta noticia. Pero aunque puse cara de gritar e incluso abrí la boca, no logré emitir ningún sonido.

Por el rabillo del ojo pude ver la satisfacción que resplandecía en el rostro de mi abogado al percatarse del tremendo impacto que había tenido su gesto teatral. Por el rabillo del ojo también, pues no lo digo por presumir pero la verdad es que son muy amplios los rabillos de mis ojazos, vi igualmente el desconcierto que reflejaban las facciones del fiscal, al que sin duda se le había espesado el «yogur» de su mala leche. Sólo el señor juez, quizá por eso precisamente (los jueces no tienen más cojones que ser objetivos y no asombrarse de nada), conservó la ecuanimidad para romper el silencio dando esta orden:

—¡Que llamen al testigo Filisteo Fachón!

Uno de los botones maduritos llamados ujieres abrió la cerrada puerta de la sala y gritó hacia afuera:

—¡Filisteo Fachón!

No pude evitar el impulso de ponerme de pie para presenciar la entrada de aquel hombre; con el que había vivido momentos de tanta emoción y tan honda pasión, que haría falta ser un escritor de muchísimo bigote para poder describir los sentimientos que me hizo experimentar.

Entró arrogante, dominado con su estatura a todos los personajillos subalternos que pululaban por la sala. Vestía un traje azul marino que hacía juego tanto con la loción que daba a sus canas un reflejo azulado, como con la corbata color firmamento nocturno tachonado de luceros. Viéndole tan distinguido y tan viril, tan dominador y seguro de sí mismo, daban ganas de hacerse «facha».

Con paso firme y rítmico, de hombre acostumbrado a participar en desfiles paramilitares, avanzó por el centro de la sala hasta llegar frente al estrado que ocupaba el señor juez. Allí se detuvo y le hizo un saludo que consistió en juntar ruidosamente los tacones de sus zapatos, haciendo coincidir este taconazo con una rápida inclinación de cabeza. Luego se volvió hacia mí para dirigirme una mirada que me dejó turulata. Y conste que tengo un carácter tan recio como poco propenso a caer en la turulata. Pero aquella mirada risueña, acogedora y tranquilizante, resultaba francamente irresistible. Con ella Filisteo me decía que continuaba siendo para mí el amoroso *Flit* de nuestros orgasmos felices, y que no me preocupara por nada porque él estaba allí para salvarme.

Tan turulata estaba yo, que aquella escena me parecía irreal, como si la estuviera viviendo en sueños. Acentuaba su irrealidad las lágrimas que al inundar mis ojos

deformaban mi visión, haciendo que todos los contornos me parecieran tan borrosos como acuosos.

Dentro de mi turulataz oí vagamente que Filisteo juraba decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Creo que al oír su amada voz rompí a llorar estrepitosamente, obligando al señor juez a decirme que me callara y me sentara. Creo también que me senté pero que aún tardé en parar mi estrepitoso llanto, ya que era demasiado fuerte el choque emocional que acababa de sufrir.

¿Cómo iba yo a suponer que el mismísimo Filisteo Fachón, saltando por encima de todos sus prejuicios sociales y políticos, iba a ser capaz de declarar en favor mío? ¿Quién podía figurarse que aquellos polvos que nos unieron durante su secuestro traerían estos lodos? ¡Y qué lodos tan emocionantes, madre mía, si pueden llamarse así las palabras que pronunció para defenderme! Porque don Juan Alberto, en la visita que le hizo a su finca fuera de Madrid en la que *Flit* se reponía del secuestro, le había convencido de todo lo que debía declarar para favorecerme.

Y el fascistón, que tenía un par de pelotas monumentales como yo había tenido ocasión de comprobar tanto con la vista como con el tacto, dijo lleno de convicción lo que más me convenía. O sea que yo estaba en Villa Mancebo coaccionada por las metralletas de los «matarras», y que en cierto modo se me podía considerar tan secuestrada como lo había estado él. Y que gracias a mí suspendió la huelga de hambre con la que estuvo al borde de la muerte, porque yo le devolví el gusto por la vida. E incluso ofreció contarle al señor juez cómo yo le daba ese gusto, pero el señor juez dijo que ya se lo imaginaba y que no era necesario que entrara en detalles tan íntimos.

—Pues usted se lo pierde —dijo valientemente Filisteo—, porque vale la pena saber lo que hizo esta abnegada señora para levantarme la moral; que la tenía tan caída y arrugada que daba pena verla. Observará usted, señor juez, que he llamado señora a la acusada, y así pienso llamarla con todo respeto durante toda mi declaración. Porque es en las circunstancias adversas cuando se demuestra el verdadero señorío, y ella lo demostró con creces en momentos de gravedad indescriptible para ambos. Y cuando digo ambos me refiero a ella y a mí, que las pasamos igualmente canutas.

»Afirmo por lo tanto de modo rotundo que si no llego a contar con la ayuda de esta señora, a estas horas no sólo estaría muerto, sino también remuerto. Y cuando digo remuerto quiero decir doblemente muerto, o sea como si me hubieran matado dos veces. Porque de la primera muerte ella me salvó devolviéndome las ganas de vivir. También de la segunda me libré gracias a ella, cuando los “matarras” quisieron trocearme y ella lo impidió facilitándome la huida.

»Ruego por lo tanto que nadie de esta sala vuelva a referirse a esta señora llamándola “la acusada”, porque me imagino que desde este mismo momento se

retirarán todas las acusaciones acumuladas contra ella. Esto es todo lo que tengo que decir.

Dijo sin embargo algunas cosas más, pues aunque mi abogado se dio por satisfecho con su declaración y no quiso hacerle más preguntas, el fiscal no quería dar el caso por perdido y trató de pinchar a Filisteo contra mí por el lado de su moral ultraderechista.

—¿Sabía usted —le pinchó— que esta mujer a la que usted llama «señora» tiene fama de haber dedicado casi toda su vida a vender sus favores?

—Más mérito tiene entonces lo que hizo por mí —replicó Filisteo rápidamente y sin vacilar—: si venderlos era su medio de vida, a mí tuvo la generosidad de regalármelos para devolverme las ganas de vivir.

Y el fiscal, apabullado por esta respuesta, ya no supo qué añadir. Éste fue el momento que aprovechó don Juan Alberto para pedir mi absolución.

PEDAZO 42

COMO el abogadísimo De la Rábida y del Moral-Castañeda había supuesto, la declaración de Filisteo Fachón hizo innecesarias las declaraciones de los demás testigos. Y me absolvieron «con todos los pronunciamientos favorables», considerando único culpable del secuestro al comando de la M.A.T.A. compuesto por *Melchor, Gaspar y Baltasar*.

Además de absolverme, a petición de Filisteo, me dieron toda clase de excusas por haberme tenido presa hasta la celebración del juicio. Así que cuando esperaba que me cayera una cadena tan gorda que incluso podía ser perpetua, dio la vuelta inopinadamente la tortilla de mi destino y me encontré en la más completa libertad de hacer de nuevo lo que me saliera del chichi.

Como yo soy muy cumplida, lo primero que quise hacer fue agradecerles mi libertad a los que me la habían proporcionado. Empezando, claro está, por el ilustre abogado con apellidos y nombres suficientes para bautizar a todo un bufete, el cual había sido quien organizó mi defensa.

—A la que tiene usted que agradecerse de verdad —me dijo don Juan Alberto con exquisita modestia— es a la persona que me contrató y que pagará mi minuta. Porque yo en resumidas cuentas no hice más que cumplir con mi deber, que es ganar los pleitos que se me confían. Y en su caso fue más sencillo de lo que todo el mundo supone. Desde el primer momento comprendí que la figura clave del caso era el secuestrado, del que podría sacarse un óptimo provecho si lográbamos que confesara sin prejuicios los lazos que durante su secuestro le habían unido a usted. Ése fue el objetivo de la visita previa que le hice. Al principio él dudaba de la actitud que debía adoptar, pues tenía varios caminos que podía seguir:

»Uno, decir que logró escapar por sus propios medios, con lo cual ante el país y ante su partido se convertía en héroe único de la aventura.

»Otro, mencionar la ayuda que usted le prestó, aunque silenciando las que para algunos derechistas pudibundos podían ser consideradas ignominiosas relaciones que sostuvo con usted.

»El tercer camino era el que yo le convencí que siguiera, y consistía en atreverse a confesar la verdad de todo lo que ocurrió, verdad muy ventajosa para usted como se ha comprobado.

»Debo decir en honor del señor Fachón que no me costó ningún trabajo convencerle, ya que es un hombre tan íntegro y valiente que sintió repugnancia ante la idea de esconder o tergiversar la verdad».

—Yo tendría que ir a visitarle —sugerí al abogado—, para agradecerle lo que ha hecho por mí.

—Don Filisteo Fachón me rogó que no lo hiciera. Me dijo que usted

comprendería perfectamente que dada la posición política y familiar que él ocupa, sería mejor cortar de un modo definitivo la llamémosla «amistad» que les unió a ustedes durante su cautiverio. Yo creo también que usted comprenderá que bastante ha hecho él con su confesión salvadora, teniendo en cuenta estos factores: que el señor Fachón, además de ser el líder ultraderechista de moralidad más rígida, es un hombre casado y tiene siete hijos.

—¡Jodó! —se me escapó, aunque luego lamenté que se me hubiera escapado una exclamación tan ordinaria—. Usted perdone la ordinariez, pero no sabía estos pormenores.

—No son menores —malentendió el abogado—, sino ya crecidos. El mayor de los siete tiene veinte años.

La noticia, como puede suponerse, volvió a dejarme turulata, pero esta vez en el mal sentido de la turulatez. O sea que me llevé un chasco tremendo. Porque una no escarmienta nunca y cree que alguna vez podrá encontrar un hombre que se acueste con una por verdadero amor, y no por darle un simple meneíto al pajarito. ¿Será posible que con todos los palos que me ha dado la vida aún me queden ilusiones románticas de niñata?

No es que yo pensara que Filisteo Fachón iba a quedarse conmigo per sécula e incluso per seculórum, porque una sabe lo inconstantes y marranos que son todos los hombres; pero de creer que una ha podido despertar una ilusión a saber que el presunto ilusionado tiene esposa y familia numerosa...

—Pueden estar tranquilos tanto usted como él —dije a don Juan Alberto con un suspiro en el que se mezclaban al cincuenta por ciento el dolor y la resignación—. Aunque *Flit me* haya devuelto la vida, desde hoy habré muerto para él. Y ya que por ese lado no puedo expresar mi agradecimiento a mi salvador, ¿puedo saber al menos a quién tengo que agradecerle la intervención de usted en mi defensa?

—Eso me autorizaron a decírselo en cuanto terminara el proceso. Y como el proceso ya terminó, puede saber el nombre de su protectora.

—¿Protectora? —repetí extrañada—. ¿Es que se trata de una mujer?

—Sí —me confirmó el abogado—. Es la embajadora de los Estados Unidos.

—¿La embajadora? —volví a repetir con más extrañeza todavía—. ¿Y de qué me conoce a mí la embajadora esa?

—Eso usted sabrá.

—Yo no tengo ni la menor idea.

—Quizá le diga algo su nombre —sugirió don Juan Alberto—. La embajadora de los Estados Unidos se llama Vity, y se apellida Donald. Vity Donald.

—Con ese apellido sólo conozco al pato.

—Pues ella sí la conoce a usted. Por eso, en cuanto leyó su nombre en los periódicos, tuvo mucho interés en ayudarla. Como por más vueltas que le daba al

nombre y al cargo de mi bienhechora no conseguía recordar cuándo y dónde la había conocido, el abogado me aconsejó que fuera a visitarla.

—En su caso —vino a decirme—, es lo mejor que puede usted hacer. Porque no le vendrá mal seguir contando con la protección de su poderosa y misteriosa amiga. Teniendo en cuenta que ha quedado usted en una situación bastante difícil...

—¿Difícil? —me extrañé—. ¿Por qué?

—La defensa que de usted ha hecho Fachón confirma que estaba usted de su parte y que traicionó a la M.A.T.A. ayudándole a escapar. O sea que a estas horas los «matarras» la consideran ultraderechista perteneciente al grupo «F. N.» en versión «Franquistas Nostálgicos», y traidora por añadidura. Si a esto no lo llama usted estar en una situación difícil...

—Visto como usted lo ve —reconocí—, mi situación en efecto parece difícilísima.

—Pues así es como hay que verlo —insistió el abogado poniéndose muy serio—. Y creo sinceramente que va a necesitar que la proteja una potencia extranjera contra los peligros que se ciernen sobre usted.

—¡No exagere, hombre! —dije sonriendo y tomándolo a cachondeo.

—No es ninguna exageración. Debo advertirla que esos peligros han empezado a concretarse.

—¿Cómo?

—Esta mañana —concretó don Juan Alberto— he recibido en mi despacho amenazas contra usted.

—¿Es posible? —susurré empezando a acoñonarme.

—Como cabía suponer, las firma la M.A.T.A. y la acusan de traición.

De manera que salía de Málaga, o sea de la cárcel, y entraba en Malagón, o sea en estar amenazada de muerte. Primero me hicieron la puñeta los representantes de la Justicia, y ahora querían hacérmela los que estaban fuera de la Ley. Y lo de ahora era peor, porque los terroristas no se andan por las ramas legales, sino que van directamente al tronco y lo derriban a balazos.

O sea que al examinar mi situación con don Juan Alberto, encontré que había empeorado una barbaridad. Porque estando amenazada de muerte, no podía volver a Villa Mancebo para reanudar mi negocio de mancebía masculina.

—Sería una locura volver a esa casa que la M.A.T.A. conoce muy bien, pues en ella los «matarras» convivieron con usted y en ella usted les traicionó. En ella también, la matarían inmediatamente.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—No aparecer por allí y vender el negocio. Yo puedo encargarme de la venta si usted quiere. Y con el dinero que obtenga, márchese de aquí y empiece una nueva vida en otra parte.

—¿En dónde?

—Yo qué sé —encogióse de hombros el abogado—. Hable con su protectora Vity Donald, y que ella la aconseje.

Esa era la única solución que me quedaba, aunque no podía fiarme mucho de los consejos que me diera aquella desconocida envuelta en misterio. Pero a falta de pan, como dice un refrán que meto aquí aunque no estoy muy segura de que encaje, buenas son tortas. Y tenía que aceptar lo que se me ofreciera, ya que me hallaba exactamente en la misma situación que al empezar estos recuerdos, cuando las circunstancias me obligaron a vender todos mis bienes en Tolosa para iniciar una nueva vida en Madrid. La única diferencia era que entonces me los compró un sinvergüenza que abusó de mí, y ahora ofrecía vendérmelos un abogado ilustre que me salvó del presidio.

—Pues hágase su voluntad, como dicen en esa oración tan famosa —suspiré resignada, porque en el fondo soy fatalista y estoy convencida de que contra el destino no hay quien batalle, como dice también por su parte la letra de un tango muy popular—. Traspase mi negocio de Villa Mancebo, y hablaré mientras tanto con esa embajadora. Aparte de agradecerla lo que hizo por mí, me muero de curiosidad por saber quién es y por qué lo hizo.

PEDAZO 43

EL PROPIO DON JUAN ALBERTO se encargó de organizarme la visita a aquella embajadora desconocida para mí, de la que sólo me sonaba su apellido de pato. Se encargó también de llevarme en su coche a la Embajada de los Estados Unidos de América, en la que vivía la para mí misteriosa personaja. Yo le había suplicado al abogado que estuviera presente en mi entrevista con Vity Donald, en vista de lo cual la susodicha nos invitó a los dos a merendar con ella.

Como era la primera vez en mi vida que me invitaban a una merienda en una Embajada, pregunté a don Juan Alberto cómo tenía que vestirme.

—Porque sepa usted —le expliqué— que servidora ha tenido trato con el cuerpo diplomático, pero digamos para entendernos que trato más bien carnal o sea directamente con el cuerpo propiamente dicho. Y ya sabe usted que los contactos de ese tipo son más bien nocturnos, y lo que miran entonces los diplomáticos no es tu forma de vestirte, sino de desnudarte.

»O sea que no sé qué carajo tengo que ponerme para ir a una Embajada a media tarde. Porque me imagino que si las señoras empingorotadas que van a esos sitios tienen trajes especiales para cócteles y para cenas, los tendrán también para desayunos y meriendas. Vamos, creo yo. Pero mi guardarropa no es tan completo ni tiene tantos matices. A lo más que podría llegar, si supiera que merendaríamos chocolate, es a ponerme un traje marrón.

Como don Juan Alberto era un hombre de mundo, comprendió sin duda que en mis orígenes yo había sido una mujer de la calle. Y no peatona de las que andan, sino putona de las que trotan. Esa fue sin duda la razón de que temiera los excesos cromáticos de mi vestuario, y me recomendara que me vistiese para la ocasión con la máxima sencillez.

Debido a que yo de eso no tenía en mi guardarropa, tuve que improvisarme una máxima sencillez podando un vestido muy historiado, como todos los míos. La poda consistió en cortarle todas las frondosidades, perifollos y colgajos que lo adornaban y embellecían, dejándolo tan pelado como una de esas combinaciones o enaguas que se ponen debajo de los vestidos transparentes para que no se vean los pezones, la zona peluda del chichi, y demás picardías que tiene el cuerpo de la mujer.

Así, tan sencillamente vestida para complacer al abogado, me metí en su coche y nos fuimos a que yo conociera por fin a mi misteriosa protectora.

No recuerdo ya cuántos salones tuvimos que cruzar dentro de la Embajada hasta llegar a la vivienda de los embajadores, pues aunque los Estados Unidos de América presumen de ser una república democrática, la verdad es que viven con un fasto y un boato como en la más absolutista de las monarquías.

El caso es que al fin llegamos al que llamaban «el saloncito privado de la señora

embajadora», saloncito en cuyo diminutivo cabía un piso completo de una familia bastante numerosa.

—Esperen aquí —nos dijo un criado que por ser de una democracia no era de calzón corto, sino de pantalón largo.

Esperamos a que el criado avisara a su ama de que estábamos allí, y al cabo de una espera de varios minutos se abrió una puerta y entró la embajadora.

—¡Querida Mapi! —fue lo primero que dijo viniendo a mi encuentro.

Como ya dije antes que el «saloncito» era muy amplio, y larga por lo tanto la distancia que había que recorrer entre la puerta de entrada y el punto en el que yo me hallaba, el tiempo que la embajadora tardó en recorrerla lo empleé en observarla.

Y antes de que llegara a mi lado, llegué a la conclusión de que no la conocía de nada. Aquella mujer gruesa y a pesar de todo distinguida, teñida de rubio y con una capa de maquillaje que pese a su grosor era incapaz de disimular sus muchos años, era para mí una perfecta desconocida.

—¡Querida Mapi! —repitió sonriendo cuando llegó junto a mí—. ¿Tan cambiada estoy que no me reconoces?

Concentré mi mirada en aquel rostro craquelado por los años como los cuadros antiguos, tratando de recordar aquellos ojos tan pequeños y arrugados alrededor como los de las tortugas; o aquella doble papada que la ancha cinta de una gargantilla anudada al cuello trataba en vano de tensar; o aquella boca a la que el pintarrajeo no conseguía disimular la sequedad envejecida de los labios marchitos. (¡Chúpate ésa, Teresa!)

Pero por más que me concentraba, a mi memoria no acudía ningún rostro que encajara en el de aquella ruina que yo tenía delante. El sonido de su voz, sin embargo, sí me era vagamente familiar y parecía que me llegaba de una época ya lejana, mismamente como si dijéramos de la prehistoria de mi vida.

—¿Será posible que me hayas olvidado? —suspiró con cierta tristeza que enturbiaba la alegría inicial que le produjo verme—. Ven, vamos a sentarnos.

Me agarró del brazo y me condujo a un gran sofá, en el que también se sentó don Juan Alberto. Y después de mirarla un rato más, no tuve más remedio que confesar con todo respeto:

—Pues lo siento, excelentísima, pero no tengo ni la menor idea de haberla visto antes.

—Te daré una pista —me propuso, y yo no tuve más remedio que aceptar el juego —: ¿qué amiga tuviste hasta poco antes de casarte, a la cual pedías consejo y en la cual confiabas porque era mayor que tú y más experta? ¿Qué amiga te ayudó a hablar con propiedad, dentro de lo que cabe, y a redactar correctamente unos cuadernos de recuerdos que querías escribir hace muchos años?

—Nati —respondí sin vacilar—. Se llamaba Nati. Dejé de verla antes de mi

matrimonio, porque...

—... porque —me interrumpió la embajadora— nos peleamos por culpa de un negocio que hicimos a medias. El negocio consistía en engañar a un perito haciéndote pasar por menor. ¿Sabes ahora quién soy?

—¡Nati! —exclamé, cayendo en la cuenta de golpe y porrazo—. ¿Pero es posible que seas tú? —¡Pues claro, mujer!

Caímos la una en brazos de la otra, y así estuvimos estrechamente abrazadas por espacio de equis minutos. A las dos se nos saltaron las lágrimas y las dejamos correr mejillas abajo, sin importarnos ni pizca los churretes que nos dejarían en los maquillajes respectivos.

Una vez más el abogado demostró que era un caballero como la copa de un pino; porque comprendiendo que tendríamos muchas cosas que contarnos, se levantó del sofá sin hacer ruido y se fue del salón discretamente.

Cuando tuvimos ambos maquillajes suficientemente escoñados por el llanto, nos echamos a reír al ver lo feas que estábamos y empezamos a hablar atropelladamente.

—Cuando leí tu nombre en los periódicos con motivo de tu detención —me contó ella—, recordé la enorme amistad que nos había unido hace años y decidí ayudarte. Porque tú fuiste para mí la mejor amiga que tuve en el cogollo de mi vida profesional, y eso no se olvida jamás.

—También yo te consideré siempre una amiga excepcional, a la que admiraba y respetaba como a ninguna —dije empezando a llorar de nuevo y contagiando a Nati, con lo cual nos abrazamos otra vez y volvimos a unir nuestras mejillas lacrimosas y churretosas.

En la hora siguiente, entre llantos y sonrisas, fuimos recordando tiempos pasados que pasamos juntas.

—Recuerdo —decía yo— que tú eras tan redicha e incluso reculta, que yo te consultaba todo lo referente a los intrínquilis del lenguaje:

»—Puesto que se dice “anduve” en lugar de “andé”, ¿se dice también “lloruve” en lugar de “lloré”?

—¡Ya lo creo que me acuerdo! —decía ella—. Todo lo que tenías de joven y guapa, lo tenías también de poco alfabeta. Porque leer y escribir sí sabías, pero llena de faltas de ortografía.

—Pero tú me las corregías, e incluso me enseñabas modales finos. Como por ejemplo a decir «salud» cuando alguien eructaba en mi presencia, o a decir «cochino» cuando alguien se tiraba un pedo.

—Esas groserías no te las enseñé yo —rechazaba ella—. Pero sí te enseñé en cambio a no comer el pollo con los dedos y a manejar los cubiertos del pescado. Porque tú, a pesar de ser tan paleta, no sabías manejar aquel raro cuchillo en forma de paleta.

Reíamos las dos ruidosamente, abriendo mucho la boca y enseñando las prótesis de nuestras dentaduras envejecidas. Pues aunque yo no era más que una cincuentona todavía de buen ver, Nati pasaba ya de sesentona y se veía fatal.

—¡Nada de eso! —rechazó ella cuando hablamos de la edad—. Yo, como las quinceañeras jovencitas, no digo nunca que soy sesentona, sino sesentañera. Suena mucho más juvenil.

Y vuelta a reír. Y vuelta a recordar las melopeas que agarraba Nati, que casi siempre acababan a botellazos.

—Hubo una época —dije después de hacer memoria— en la que te veía siempre con un turbante puesto. Y no es que tuvieras vocación de india, sino que el turbante era la venda que te ponían en la casa de socorro para curarte del impacto de los botellazos que te arreaban durante las juergas.

—En aquella temporada precisamente —empalmó Nati un recuerdo con otro—, un día que yo estaba saliente de trompa, me llamaste tú para despedirte porque te ibas a suicidar. Pese a la resaca que tenía corrí a verte. Y te encontré viva todavía gracias a Dios, a pesar de que te habías tragado un frasco completo de píldoras. Porque las píldoras, por fortuna, no eran de un barbitúrico sino de un diurético.

—*Es verdad* —añadí para completar aquel fragmento del pasado—. Y en lugar de morirme, agarré una cagalera de campeonato. Porque las píldoras no era de «Modorrina», que se toman para amodorrarse, sino de «Graselimín», que sirve para eliminar las grasas soltando las tripas.

Comentamos también nuestros ligues en el bar del Hotel Palaciego, que fue donde Nati y yo nos conocimos y donde ella me propuso que ligáramos juntas.

—Te lo propuse por el bien de las dos —me dijo, pues se acordaba perfectamente de nuestra asociación—: yo me beneficiaba llevando a mi lado tu juventud para atraer a los hombres, y tú te beneficiabas llevando a tu lado mi experiencia para sacarles el jugo.

—Siempre admiré tu experiencia —reconocí—, y siempre también te consideré muy superior a cualquiera de nosotras. A veces pensaba que tu origen no era de una estofa tan baja como el mío. Yo suponía que quizá fueras la hija bastarda que tuvo un marqués con una lavandera, o un lacayo con una duquesa. Por eso te habrás dado cuenta de que no me he sorprendido demasiado al verte convertida en embajadora. Sabía que en el fondo tenías mucha más clase que yo, y que llegarías tan lejos como has llegado: ¡a los Estados Unidos de América nada menos!

—No fue tan difícil llegar hasta donde he llegado —comenzó Nati, y a continuación me contó la sencillísima historia de su ascensión al alto y encopetado cargo diplomático.

PEDAZO 44

—ME LLAMO AHORA VITY, porque sigo llamándome Natividad, pero en inglés. O sea *Nativity*. Por ser demasiado largo me lo cortaron por la mitad, y me dieron a elegir entre los dos pedazos resultantes. Opté entonces por el segundo, Vity, y enterré definitivamente el primero, Nati. Comprenderás que habiendo sido éste mi nombre de guerra, tenía que enterrarlo al encontrar la paz.

»La encontré poco después de pelearme contigo. Recordarás que nos peleamos por culpa tuya, cuando te negaste a que yo administrara los ingresos que ibas a obtener explotando a un perito que yo te había buscado.

—Lo recuerdo —dije suspirando—, y siempre lamenté haber desconfiado de ti. Tú planeaste astutamente que me disfrazara de menor para engañar al perito, y yo hice la gilipollez de portarme contigo como una chiquilla.

—El caso es que yo, después de pelearnos, volví a meterme en esas juergas monstruosas que organizaban los americanos en Torrejón, y que solían acabar a botellazos.

»En una de esas juergas conocí a un oficial recién llegado a la base, que había sido un héroe por partida doble: primero lo fue en la guerra de Corea, y después hizo el doblete del heroísmo en la guerra del Vietnam. El hombre había llegado a Torrejón harto de guerrear y con ganas de descansar. Tenía el pelo blanco no sólo por los años que ya había cumplido, sino por todos los sustos que le habían dado en los frentes de batalla.

»También él, lo mismo que tú, encontró que yo era más culta y distinguida que las demás mujeres que frecuentaban los solteros de la base. Así que congeniamos y estuvimos saliendo juntos durante todo el tiempo que estuvo destinado aquí. Que no fue mucho, porque al cabo de pocos meses le reclamaron de Washington, o sea de la capital de su país.

»Antes de marcharse, me propuso que me fuera con él.

»—Pero, Jimmy —le dije—: ni a un mormón se le ocurriría proponerme esa mormonada.

»—Es que yo no soy mormón —va él y me dice.

»—Lo que tú eres es un charrán, y por eso me propones esa charranada.

»Jimmy, que conocía la secta de los mormones pero no la de los charranes, no supo lo que quise decirle y me pidió que se lo aclarase.

»—Charranada —le expliqué— es que pretendas que me vaya contigo por las buenas.

»—Por las buenas malentendió y se entristeció— no podría ser en ningún caso, porque no te dejarían entrar en los Estados Unidos. Siendo un país tan grande, en materia de emigración tiene unas tragaderas muy pequeñas. De modo que tendría que

ser por las malas.

»—Y ¿qué son las malas para ti? —le pregunté.

»—Que para poder viajar juntos, tendrías que casarte conmigo. Comprendo que para ti sería un sacrificio tener que renunciar a tu libertad, pero sólo siendo mi esposa no te pondrían pegas para entrar en mi patria.

»Me quedé patidifusa como te podrás imaginar, porque plantearme el matrimonio como forma única aunque incómoda de salvar las engorrosas leyes de inmigración norteamericanas, era un modo muy elegante y delicado que Jimmy empleaba para declararme su amor. Aunque estos yankis son tan ingenuos que a lo mejor lo del sacrificio que supondría para mí perder mi libertad lo dijo en serio.

»En la duda acepté casarme con él, aunque disimulando mi alegría para que de veras pensara que hacía un gran esfuerzo para sacrificarme. ¿Te imaginas mi tupé para hacer este paripé? ¡Como si para una pelleja como yo, más corrida que una zorra perseguida por cien perros, fuera un sacrificio casarse! ¡Y encima no con un chisgarabís de fabricación nacional, que también sería un gran honor para una mujerzuela como era yo entonces, sino con un nativo del área del dólar, que además era un héroe con más medallas que una beata!

»Por si todos estos motivos fueran pocos para estarle agradecida, fue Jimmy en cambio quien me agradeció a mí que me casara con él. Demasié, ¿no te parece?

»Como según él sólo nos casábamos para que a mí me dejaran entrar en los Estados Unidos, nuestra boda fue muy sencilla. Nos casó un sargento en la base de Torrejón (pueblo que no comprendo por qué sigue llamándose “de Ardoz”, que fue sin duda su antiguo propietario, y no se llama ya de “Usa” que es su dueño actual).

»El sargento que nos casó, además de ser negro, era cura. O quizá no deba decir además sino por eso mismo, ya que en los Estados Unidos la única forma de poder ser negro sin que le linchen a uno, es haciéndose sacerdote de cualquier religión.

»De la ceremonia, a la que sólo asistieron los testigos indispensables, pasamos al avión que nos condujo a Washington. Allí, ya convertida en señora de Jimmy Donald, caí muy bien entre los muchos amigos que tenía mi marido. Porque con eso de haber sido héroe por partida doble, en su país le conocía muchísima gente.

»Jimmy era tan popular que le invitaban a un sinfín de fiestas, porque un héroe con el pecho cubierto de medallas siempre hace bonito en un guateque de postín. Y ya comprenderás que yo, por ser su esposa, tenía que ir con él a todas estas cachupinadas sociales.

»¿Te imaginas a tu vieja amiga Nati, transformada en Vity, metida hasta el cogote en todos estos follones de la alta sociedad? Pues yo no desentonaba, oye, y te diré por qué caí tan pipudamente desde el primer momento: porque los yankis son un poco como yo, o sea proclives a transformar las fiestas más finas en las juergas más sonadas. Lo mismo que hacían aquí los chicos de Torrejón, hacían allá los caballeros

de Washington. O sea empezar a beber muy finamente, para acabar a botellazos con unas cogorzas monumentales. Pues sabrás que los yankis, pese a ser enemigos de los rusos, beben como cosacos.

»Puede decirse, resumiendo, que triunfé en la sociedad norteamericana por mi dominio del bebercio. Porque tú ya sabes que para tumbarme a mí en una juerga a base de botellas, no hay más camino que arrear un botellazo en la cabeza.

Más de dos horas estuvo Nativity contándome sus años de vida en los Estados Unidos, durante los cuales Jimmy fue ascendiendo en el escalafón militar y también en el político.

Porque allí a los hombres que valen para la guerra los visten de paisano con el fin de que valgan también para la paz. Y no como aquí, que como los militares no saben quitarse el uniforme ni para dormir, en cuanto se les saca de los cuarteles te organizan una dictadura de no te menees. En Norteamérica, en cambio, puedes poner a un militar en un cargo civil sin que se convierta en un dictador, y eso fue lo que le ocurrió a Jimmy Donald:

Que unos años más tarde, cuando ya tenía un puesto sólido en la sociedad y en la Administración, nombraron presidente de los Estados Unidos a un amiguete suyo. Este amiguete había hecho la guerra con él, no sé qué guerra, pero una de las muchas que hacen los yankis, y ya se sabe que nada une tanto a los hombres como el haber compartido la mugre y los piojos de las trincheras.

De modo que lo primero que hizo el «presi» fue llamar a sus compañeros de la «mili» para darles buenos puestos, cosa que también hacen los presidentes de por aquí. Y a Jimmy Donald, como había estado en la base de Torrejón y chapurreaba algo de español, le nombró embajador de España.

—Así fue la cosa, oye —me contó Nati-vity—: el «presi» nos invitó a una cena en la Casa Blanca, que viene a ser lo que aquí llamamos el Palacio de Oriente, pero en más sencillito. A la cena asistieron muchos de los que habían sido sus compañeros en la guerra, y se recordaron todas las burradas que hacen los hombres en cuanto salen en pandilla con sus amiguetes a guerrear. Después de la cena pasamos a un salón que llaman Oval porque tiene forma de huevo, y allí el «presi» empezó a repartir los cargos.

»—A ti, Jimmy —le dijo a mi marido cuando le tocó el turno—, he pensado nombrarte embajador en España. Como tú ya conoces aquel país, y además tu mujer es española, a lo mejor puedes hacer una labor. Y si no la haces tampoco importa, puesto que nuestros embajadores en general son puramente decorativos. Tú ya sabes que cuando hay algún problema gordo en el extranjero, o voy yo mismo a resolverlo o mando a mi secretario de Estado.

»—De todas formas —dudó Jimmy antes de aceptar—, ser embajador es mucha responsabilidad y yo no tengo ninguna práctica.

»—Por eso tampoco tienes que preocuparte —le tranquilizó el “presi”—. Más responsabilidad todavía es presidir los Estados Unidos de América. ¿Y quieres decirme qué práctica teníamos todos los candidatos que nos presentamos a las elecciones presidenciales?: uno era fabricante al por mayor de palomitas de maíz, otro un actor secundario especializado en películas de gánsters, otro un señorito juerguista hijo de un papá con apellido ilustre... Lo bueno de nuestra democracia, querido Jimmy, es que hasta los más ineptos pueden aspirar a los cargos más elevados. Porque no hay error cometido por nuestra ineptitud que no pueda pagar nuestra inmensa riqueza.

»Convencido por este razonamiento, Jimmy Donald aceptó el nombramiento. Ésta es la razón de que tu vieja amiga Nati, hoy Vity, haya podido ayudarte a salir de la cárcel por ser la embajadora de los Estados Unidos.

PEDAZO 45

PERO NO BASTABA, por lo visto, esta ayuda de Nativity. Según el abogado que ella misma contrató, no podía considerarme a salvo por haber salido de la cárcel.

—La M.A.T.A. —explicaba don Juan Alberto de la Rábida—, ha jurado vengarse de la que considera una alta traición cometida por doña María del Pilar. Por lo cual me permito sugerir que la única forma de salvar la vida a esta «traidora» es haciéndola salir no sólo de la cárcel, sino también del país. Y este tipo de ayuda, afortunadamente, también puede proporcionárselo la señora embajadora.

Así fue como unos cuantos días después llegué a la situación en que ahora me encuentro: porque ahora estoy sentada en la butaca de un «Jumbo» que acaba de despegar del aeropuerto de Barajas con dirección a los Estados Unidos. Allá abajo se quedó mi amiga la embajadora, a la que debo el pasaje y la organización de este viaje.

—Ya me lo pagarás, mujer —me dijo sin darle ninguna importancia—. Lo primero es salvar el pellejo; para lo cual, entre la M.A.T.A. y tú, no hay nada mejor que poner un océano de por medio. Y en cuanto se acaben las amenazas, bien porque cacen a los terroristas o porque se mueran de viejos, podrás volver a España tan tranquila. Hasta entonces puedes quedarte en América, donde ya me ocuparé yo de presentarte a gente divertida para que no te aburras. Empezando por el presidente, que como ya te conté es muy amiguete de Jimmy y da en su casa blanca unas fiestas estupendas...

Allá abajo se quedó también el abogado don Juan Alberto de la Rábida y del Moral-Castañeda, que se encargaría de liquidar el negocio de Villa Mancebo. Le rogué que localizara a los que fueron mis colaboradores directos (*el Babas, el Guripa, Filo y Milo*), pues quizá a ellos les interese quedarse con el asunto y trabajarlo en régimen de cooperativa. Sería (o quizá no) la primera cooperativa de putos que ha funcionado en España. Allá abajo se quedó igualmente España entera, con todos los recuerdos de mi vida que en ella pasé. Con todos los recuerdos, desde el primero hasta el último.

Desde el más remoto, que vuelve a traerme ahora el ronroneo adormecedor de los reactores. Dulce ronroneo que me adormece, como me adormecía el zumbido del secador en la peluquería de Gustavín.

De esto hace ya muchísimos años. Bajo el secador trataba yo de recordar mi vida, para contarla en varios montones de papeles.

Recuerdo que aquel zumbido, como ahora este ronroneo de los reactores, me trajo a la memoria el primer recuerdo de mi vida: el ruido de otro avión mucho más pequeño que éste, que mató a mi papá cuando yo era también mucho más pequeña de lo que soy ahora.

Lo mismo que entonces bajo el secador de Gustavín, me duermo ahora en la butaca del «Jumbo». Cuando despierte estaré tan lejos de España y de mi pasado, que tendré la sensación de haberme muerto y haber vuelado o a nacer.

(Empezado en Túnez. Acabado en México. 1980).



De Álvaro de Laiglesia (1922 - 1981), se dice que, a pesar de haber vendido centenares de miles de libros editados por Planeta, es un periodista y escritor humorístico hoy casi olvidado. Cierto. Pero añadimos por nuestra parte que es también uno de los clásicos del humor español del siglo xx, como lo son Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela, Wenceslao Fernández Flórez, Julio Camba y Noel Clarasó, compañeros suyos condenados igualmente, en mayor o menor grado, a la desaparición de su memoria por una única causa: la desinformación cultural española en lo que al más elevado de los géneros literarios se refiere.

Fue bautizado con los nombres de Álvaro María Eugenio Alejandro Sebastián, y debió disfrutar de un ambiente familiar culto y de posición desahogada, pues sus progenitores poseían un chalé («Villa Sorolla») en el Monte Igueldo de San Sebastián, donde pasaban los veranos. Su padre había compartido tiradas de pichón con el rey Alfonso XIII y su abuelo fue fundador del Banco Español de Crédito y gobernador del Hipotecario.

La familia, instalada en Madrid, debió pasar estrecheces económicas pues la primera infancia de nuestro autor transcurrió en medio de una serie de cambios de domicilio, cada vez a peor: Hermanos Bécquer, Hermosilla, Marqués del Riscal, Castellana, Miguel Ángel, Velázquez y Chamartín. Estudió en el elegante colegio del Pilar, pero sólo consiguió aprobar el ingreso y los dos primeros cursos de bachillerato. Sus padres lo matricularon entonces en la Academia Goya, donde aprobaría hasta el cuarto de bachiller.

Entonces estalló la guerra civil. Los vientos de guerra que soplaban en el verano del 36 impulsaron a su familia a dejar Madrid. Se organizaron dos expediciones: la primera, compuesta por él, su madre y sus dos hermanas, salió de la capital de España el 14 de julio; la segunda, con el padre y sus dos hermanos mayores, tenía previsto hacerlo ocho días después, pero ya le resultó imposible.

La familia, así, quedó rota. En San Sebastián conocían a Manuel Halcón, que lo presentó al Secretario Nacional de Prensa y Propaganda y este le impulsó a colaborar en Fotos, haciéndolo a continuación en otras revistas como San Sebastián, Flecha y Unidad. Atraído por la poesía política escribió encendidos versos firmados como «El Condestable Azul», que aparecerían en Flechas y Pelayos, semanario infantil donde llegó a subdirector a la edad de quince años. Con el fin de que se independizara económicamente los suyos lo emplearon en el Banco de España, pero allí aguantó únicamente cien días.

Fue a parar a La Ametralladora, donde Miguel Mihura lo nombró redactor jefe con dieciséis años, y aquello cambió su vida, convirtiéndole drásticamente al humor. Colaboró también en Domingo y hasta escribió una primera obra teatral que estrenó Isabelita Garcés en 1938.

Cerrada La Ametralladora, y de regreso en Madrid, Víctor de la Serna lo acogió en Informaciones, aunque muy pronto su carácter inquieto, comenzada la II Guerra Mundial, le hizo embarcarse en el «Magallanes», rumbo a La Habana, donde le aguardaba Pepín Rivero, director del Diario de la Marina, que había recibido una carta recomendándole, de Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del Gobierno español.

Allí realizaba una columna diaria, a diez pesos semanales. Insatisfecho por el trabajo volvió a Madrid, donde Mihura le ofreció el puesto de redactor jefe de La Codorniz, apoyada por su antiguo benefactor Manuel Halcón, que iba a ser la continuadora de La Ametralladora. Aceptó encantado, aunque su desasosiego le llevó pronto a plantar a Mihura, enrolándose en la División Azul.

De vuelta a nuestro país, en 1943, recuperó su puesto de redactor jefe en La Codorniz. Y un año más tarde accedió a su dirección tras el abandono de Mihura. Ahí comienza su carrera más brillante, convirtiéndose en el director de medio de comunicación español que más años se mantendrá en el cargo —treinta y tres— hasta ser defenestrado tras una turbia maniobra empresarial.

Durante más de tres décadas Álvaro de Laiglesia capitaneó La Codorniz y la transformó en una leyenda de la prensa nacional. Al mismo tiempo se convirtió en autor de más de cuarenta libros que alcanzaban reediciones continuadas, pronunció conferencias por toda España que provocaban asistencias multitudinarias, intervino en televisión con series sonadas, y fue un personaje tan admirado por el gran público como envidiado por sus colegas.

Tras su destitución de La Codorniz ayudó a su sobrino Juan Carlos de Laiglesia (periodista de la movida madrileña, director de La Luna de Madrid) a establecerse, y planeó presentar batalla a la declinante Codorniz con otro semanario titulado La Nariz, cuya cabecera tenía registrada.

Un repentino infarto sufrido en Manchester, el 1 de agosto, dio al traste con sus proyectos y su vida.

Fuente: Equipo de Documentación de EPL.

Notas

[1] Por fin no me lo comí cuando lo terminé, pues aquel día tenía las tripas flojas y no era cosa de provocarme una colitis ingiriendo varios pliegos de papel. A esto se debe que el capítulo no haya pasado desapercibido, como era mi intención. <<